

BOTONES SERIE: LIBRO UNO

BOTONES Y ENCAJE

*ELLA ESTABA EN DEUDA.
ÉL TENÍA DESEOS.*



AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

P E N E L O P E S K Y

BOTONES Y ENCAJE

PENELOPE SKY

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Botones y encaje

Copyright © 2016 de Penelope Sky

Reservados todos los derechos

Para Kris Kendall,

Llegué a ti buscando un editor, y en vez de ello encontré a un amigo para toda la vida. No estaría aquí sin ti, y jamás podré agradecerte todo tu apoyo.

PEARL

EL INVIERNO SE ENSAÑABA CON LA CIUDAD DE NUEVA YORK. LA NIEVE, fuerza colosal de la naturaleza, se adhería a los rascacielos y rociaba las calles con sus gélidos besos. El árbol de Navidad del Centro Rockefeller aún se alzaba alto y orgulloso, pero estaba siendo cubierto rápidamente por una sábana blanca.

El árbol de Navidad se erguía en la sala de estar, con una sarta de luces blancas enrollada alrededor. Yo siempre insistía en adornar el apartamento con un árbol de verdad. El aroma a pino y naturaleza al aire libre daba vida de verdad a las festividades. Esparcía agujas de pino por todo el suelo y era difícil de manipular, pero aún así merecía la pena.

Sostuve el adorno en la mano mientras intentaba encontrar un lugar para colgarlo. Estaba pintado torpemente de rojo y tenía una foto pegada en el centro. Era Jacob cuando tenía ocho años. Lo había hecho para un proyecto de clase y se lo llevó al mudarse fuera de casa de sus padres.

A mí me costaba entender las Navidades, porque nunca las había celebrado de verdad. Había crecido en un hogar de acogida y la única vez que fui adoptada, mis padres adoptivos me devolvieron en seguida al darse cuenta de que tener otro niño era una carga económica excesiva. Ocurrió sólo unos días antes de Navidad.

Alguien llamó a la puerta, y mis dedos estuvieron a punto de dejar

escapar el adorno. Si se hubiera estrellado contra el suelo y se hubiera roto, jamás habría sido capaz de perdonármelo. Jacob recordaba su infancia con mucho cariño. Tenía dos tiernos padres que le adoraban y una hermana con la que se peleaba en cuanto tenía ocasión.

Volví a meter el adorno en la caja antes de abrir la puerta. En el umbral se alzaba un hombre con una chaqueta de cuero negro. Tenía el largo pelo negro lacio debido a la grasa, y sus pobladas cejas le daban un aspecto temible. Las botas de cuero que calzaba relucían a causa de la nieve derretida de la acera.

Entró en la vivienda como si fuese el dueño del lugar.

—¿Dónde está Jacob?

—Oye, espera un momento. —Le puse la mano en el pecho y lo empujé para que retrocediera—. No te he invitado a entrar. Así que mantén el culo al otro lado de esa raya. —Toqué con el dedo del pie la tira metálica que separaba el vestíbulo de mi apartamento.

Sus cejas se fruncieron más todavía.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarte? —No conocía a este tío, pero estaba claro que él sí que conocía a Jacob.

—Quiero ver a Jacob.

—No está aquí ahora mismo. ¿Quién eres?

—Una leche que no está aquí. —Tenía un marcado acento, posiblemente italiano—. Sé que está ahí dentro. Dile que salga, o lo obligaré a salir yo.

—De verdad que no está —le dije de malos modos—. Está en el trabajo. ¿De qué va todo esto?

—No es asunto tuyo. —Me lanzó una mirada amenazadora antes de alejarse—. Más vale que pague. No puede huir para siempre.

—¿Que pague el qué? —Saqué la cabeza para poder verlo marcharse.

—Dile simplemente que pague lo que debe, o que pagará con su vida. Es así de sencillo. —Siguió caminando, sin alterar el ritmo.

Volví a entrar en el apartamento y cerré la puerta con pestillo a mi espalda. ¿Jacob debía dinero? ¿Por qué? ¿Préstamos de estudios? Me había

dicho que los había terminado de pagar hacía más o menos un año.

A no ser que fuera una mentira.

JACOB LLEGÓ A CASA UNA HORA MÁS TARDE DE LO QUE SOLÍA AL VOLVER DEL trabajo. Echó una rápida mirada al árbol, pero no alabó las luces ni los adornos. Lanzó la bolsa sobre la encimera e inmediatamente cogió una cerveza de la nevera.

No se dio por enterado de mi existencia.

—Eh... ¿hola?

Desenroscó el tapón y se bebió media cerveza de un solo trago.

Jacob y yo llevábamos semanas sin ser los mismos. No me daba un beso cuando volvía a casa del trabajo. El sexo era escaso, y cuando había, él terminaba a toda prisa y se apartaba de mí. Aunque vivíamos juntos, nunca estaba realmente presente del todo. Cada vez que le preguntaba, me decía que todo iba perfectamente.

—Hola.

Empezaba a hartarme de sus gilipolleces. No tenía demasiada paciencia con la mala actitud. Las personas tenían que superar los problemas que tuviesen y continuar con su vida. Por duros que le pareciesen los tiempos a los que había sobrevivido, los míos habían sido mucho peores.

—Jacob, ¿qué te pasa?

A modo de respuesta, le dio otro sorbo a su cerveza.

—Eres como un zombi cuando andas por aquí. No hacemos el amor, y...

—Me han despedido. —Se terminó la cerveza antes de dejar caer la botella vacía en el fregadero. Resonó con estrépito mientras daba vueltas hasta detenerse en el desagüe. Él se aferró al borde de la pila, con el grueso abrigo cubierto de nieve.

Cerré la boca, ya que sus palabras me habían dejado perpleja. Explicaban

su comportamiento esquivo al entrar por la puerta, pero no por qué llevaba tan retraído todo el mes. Sin embargo, este no era el momento de hacer preguntas.

Sacó otra cerveza de la nevera e hizo girar el tapón.

—Me voy a duchar. —Se la bebió entera antes de tirarla al fregadero. Esta vez la botella reventó, dejando esquirlas de cristal por todas partes. Salió de la cocina y se dirigió hacia el pasillo.

—¿Quieres hablar de ello? —El mal humor de Jacob me había hecho olvidarme del extraño hombre que había venido al apartamento. Ya no parecía importante. Y sacar el tema habría sido insensible.

Él no se giró. Me dio la espalda, de anchos y poderosos hombros. Incluso desde detrás, tenía el aspecto de un hombre que no tenía nada en que creer. La desesperación manaba de él en ondas radioactivas. Afectaba a todo lo que lo rodeaba.

—No.

PASÓ UNA SEMANA Y JACOB SE QUEDÓ EN CASA TODOS LOS DÍAS. NO INTENTÓ buscar otro trabajo. Se sentaba delante de la televisión y bebía cerveza durante todo el día. Su constitución flexible pronto adquiriría una tripa cervecera si seguía así.

Yo trabajaba como ingeniera para el ayuntamiento. Mi trabajo consistía en organizar construcciones en las zonas de los alrededores. Hacía sólo seis meses, había trabajado en un proyecto de reparación de uno de los puentes. La mayor parte del tiempo trabajaba de día, pero en ocasiones tenía que ir al trabajo de noche.

Cuando llegué a casa aquel día, tuve que ocultar mi irritación. Jacob había convertido el apartamento en un estercolero. La pila estaba hasta arriba de botellas de cerveza, y el cubo de la basura estaba a rebosar. No se dio por

enterado de mi presencia al entrar.

Nunca me prestaba atención al entrar.

—Por si no lo sabías, el fregadero no es un cubo de basura. —Limpié su desastre después de un largo día de trabajo y me callé las duras palabras que quería soltarle.

—Lo siento... Tenía intención de sacar la basura.

Cambié la bolsa del cubo y tiré la llena por la trampilla que había al final del corredor. Cuando volví, Jacob todavía no había levantado el culo para saludarme. En vez de esperar a que lo hiciera, abrí la nevera y busqué algo para picar. En *tuppers* etiquetados había comidas preparadas para Jacob... por su madre.

A veces la odiaba de verdad.

Él era perfectamente capaz de cocinar para sí mismo, si hubiera tenido ganas de levantarse del sofá. Cuando estaba pasando por un mal momento ella lo consentía, haciéndolo aún más vago de lo que ya era.

Esto ya había durado tiempo suficiente.

—Jacob, un tipo extraño pasó por el apartamento el otro día. Dijo que le debías dinero, o algo así.

Jacob no reaccionó en absoluto. El único movimiento que hizo fue un rápido desvío de los ojos. Volvieron a posarse en la televisión casi inmediatamente, como si aquella información no significase gran cosa.

—Jugué al póker una noche y no llevaba dinero en efectivo encima.

—¿Entonces le has pagado?

—Sí, ya me he ocupado de ello.

Mi intuición me decía que estaba mintiendo. Haber vivido en la calle durante mi juventud y haber tenido que sobrevivir a un hogar de acogida me había enseñado a leer a las personas con una precisión asombrosa.

—Porque dio a entender que le debías un montón de dinero. —Aquel tipo medía casi uno noventa y parecía duro. No daba la impresión de ser la clase de tío con el que se juntaba Jacob.

Él suspiró, con los ojos pegados a la televisión.

—Ya te he dicho que me he ocupado de ello.

Me puse en jarras mientras entraba en la sala de estar.

—¿Me lo estás contando todo?

Jacob se sentó más derecho mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de darme la vara? Acabo de perder mi trabajo y me estás agobiando. Odio que hagas eso. —Tiró el mando y se dirigió a la puerta de la calle como un ciclón.

—No te estoy agobiando. —Lo seguí—. Simplemente me da la impresión de que no me lo estás contando todo.

Agarró la chaqueta y salió.

—Te lo he contado todo. Eres tú, que estás paranoica.

PASARON SEMANAS Y NADA CAMBIÓ.

Jacob continuó con su racha de depresión, aislándose de la realidad. Siguió dejando el apartamento hecho un desastre, permitiendo que los platos se apilasen en el fregadero y que el cubo de la basura apestase a sobras.

A pesar de mi enfado, me mordí la lengua.

En todo aquel tiempo no hicimos el amor, lo que dio a nuestra abstinencia una duración de dos meses. Yo no era adicta al sexo, pero necesitaba desahogarme con regularidad. De lo contrario, me convertía en una gruñona. El hecho de que Jacob no me desease sencillamente me irritaba. Dormíamos en la misma cama, pero él se quedaba en su lado. Yo me quedaba en el mío.

Un día, al llegar del trabajo, algo había cambiado. El apartamento estaba limpio y la tele no estaba encendida. Jacob no estaba apalancado delante de ella con una cerveza en la mano.

—¿Jacob?

Apareció por el pasillo con una bolsa colgada de un hombro.

—Qué tal, cielo. —Tenía una sonrisa en la cara, la primera que le veía en mucho tiempo.

«Y me ha llamado cielo».

Me rodeó con un brazo y me dio un beso en la mejilla.

«Un momento, ¿qué está pasando?».

—¿Por qué estás de tan buen humor?

—He conseguido un trabajo.

—¡Oh! Eso es maravilloso.

«Gracias a Dios, joder».

Estaba harta de que no parara de lamentarse y de engordar. Eso me hacía tener que limpiar más en casa, y el lugar se estaba convirtiendo rápidamente en un entorno hostil.

—Me alegro muchísimo por ti. ¿De qué es el trabajo?

—Soy el nuevo director de cuentas de una compañía de inversiones.

—Guau... eso suena muy bien.

—Empiezo el lunes.

—Qué maravilla. Te lo mereces.

—El sueldo es fantástico, e incluye prestaciones.

—Aún mejor. —Le eché una mirada a la bolsa que llevaba en la mano—.

¿Para qué es eso?

—Pues es que había pensado que nos podríamos ir de vacaciones antes de que empiece a trabajar.

«¿Unas vacaciones? Caray, me gusta mucho esta faceta suya».

—Nunca le digo que no a unas vacaciones.

—¿Qué tal las Bahamas? Hace un tiempo estupendo en invierno, y los vuelos son bastante baratos.

Unas vacaciones de cualquier tipo me parecían perfectas. Jacob y yo llevábamos un año sin ir a ninguna parte. Nuestras últimas vacaciones fueron en Florida, pero aquello daba la impresión de haber sucedido hacía siglos.

—¿Las Bahamas? —No pude contener mi emoción—. ¿En serio?

—Claro. —Sus ojos por fin parecían tener vida. Estaba contento y animado. Contrastaba mucho con el hombre apagado que había estado vagando por el apartamento en las últimas semanas—. Pararemos en algunas islas. La primera es Santo Tomás.

Me arrojé en sus brazos y enrosqué el cuerpo a su alrededor.

—Nos lo vamos a pasar estupendamente.

Inmediatamente me rodeó el cuerpo con los brazos y me estrechó más contra él. Reaccionó al instante a mi cuerpo, y lentamente, sus labios se encontraron con los míos. Me dio el primer beso que había recibido en semanas. Y fue maravilloso, justo como solía ser.

Me cogió en brazos, alzándome del suelo, y me llevó hasta el pequeño dormitorio que compartíamos. La ropa cayó y nuestros cuerpos desnudos se entrelazaron. Un segundo después estaba dentro de mí, y nos movimos al unísono sobre la cama. Llevaba tanto tiempo sin un poco de acción que sabía que me iba a correr en seguida. No tenía nada que ver con sus habilidades. Simplemente estaba así de tensa. Y no me equivoqué. Por fin tuve un orgasmo que me inundó y me dejó limpia. Era justo lo que necesitaba, después de aquellas semanas infernales.

Justo lo que necesitaba.

PEARL

EL COMPLEJO TURÍSTICO ERA PRECIOSO. SIEMPRE TENÍAMOS LOS VASOS llenos. La arena parecía perfecta bajo nuestros pies desnudos. Las puestas de sol eran aún más bonitas que los amaneceres. Era todo lo que cualquiera podía pedir.

Aquella era una gran oportunidad para que Jacob y yo reaviváramos nuestra relación moribunda. Cuando nos fuimos a vivir juntos al principio, estábamos locamente enamorados. Éramos una de aquellas parejas que no pueden quitarse las manos de encima. Pero al pasar el tiempo, el romance había muerto y nos convertimos en compañeros de piso. El sexo era mediocre, como mucho. Pillé a Jacob varias veces masturbándose en el baño. Fingí estar sólo parcialmente ofendida.

Pero quizá estas vacaciones lo cambiaran todo.

El sexo nunca había sido de la clase sobre la que leía en los libros. Esa en el que el tío sabe exactamente lo que hace, y cómo lograr que una mujer se corra. Pero si me frotaba el clítoris mientras lo hacíamos, normalmente conseguía llegar. No iba a quejarme porque no fuese capaz de llevarme al orgasmo él solo. Al menos follábamos de vez en cuando.

Nos quedábamos en el complejo turístico la mayor parte del tiempo. Tenía todo lo que necesitábamos, porque estaba todo incluido. Teníamos barra libre de cócteles y comida, y por supuesto, un sol ilimitado.

—He hecho una reserva en el sitio ese que hay junto al embarcadero. He oído que está bien.

—¿Fuera del complejo? —pregunté.

—Sí. —Se abrochó el cuello de la camisa, a pesar de la humedad y los veintisiete grados del exterior—. Tiene unas opiniones fantásticas. Está cerca de los muelles de salida donde atracan los transatlánticos de los cruceros. Nunca he visto uno en persona. Seguro que mola.

Yo siempre había escuchado cosas malas sobre la zona de salida del embarcadero. Era el lugar en el que los turistas desembarcaban y se aventuraban a tierra firme. También era donde los mendigos y los ladrones acorralaban a personas desprevenidas para pedirles calderilla o robarles la cartera. Básicamente, era una trampa para turistas.

—Estoy emocionado. —Me sonrió antes de examinarse en el espejo.

Como a él le apetecía hacerlo, yo decidí tragarme mis protestas. Nos mantendríamos juntos y todo iría bien. Dejaría el pasaporte y el carné de conducir en el hotel para que nadie pudiera robármelos. Si alguien estaba empeñado en quedarse con mi dinero, que así fuera. No era más que dinero.

—Yo también.

JACOB NO QUERÍA GASTARSE DINERO EN UN TAXI, ASÍ QUE FUIMOS ANDANDO al restaurante. A mí me pareció una idea estúpida, pero él insistió en que no pasaría nada. Nunca estaba mal quemar unas cuantas calorías extra, pero yo prefería gastarme algunos dólares de más a cambio de la comodidad.

Cogidos de la mano, llegamos al restaurante sin incidentes y disfrutamos de una agradable cena. Nos dieron una mesa cerca de la ventana, para que pudiéramos observar los barcos de los muelles. Las palmeras se mecían al viento, y el agua relucía bajo la luz de la luna.

El restaurante estaba especializado en pescado y marisco, que era una de

las cosas que más me gustaban. Pedí dorado con un vaso del vino que me recomendó el camarero. Jacob pidió una fuente variada de pescado y marisco, y por supuesto, calamares. Eran su comida favorita. Si había en cualquier restaurante, siempre los pedía.

La vela del centro de la mesa parpadeaba, creando un ambiente romántico en el restaurante escasamente iluminado. Estábamos rodeados de otras parejas, de vacaciones igual que nosotros. Nuestra relación había cambiado en los últimos días, era algo que podía sentir en el aire. Estábamos acercándonos el uno al otro, y nuestra amistad se asentaba. Durante un tiempo había perdido la fe en nuestra relación, pero ahora empezaba otra vez a creer en ella.

Jacob no estaba tan relajado como hacía un momento. Empezó a removerse sin cesar en el asiento, a tocarse el pelo y a consultar el reloj. Lo miró cinco veces en dos minutos.

—¿Te esperan en alguna parte? —bromeé.

—¿Cómo? —preguntó él sobresaltándose.

—No paras de mirar el reloj... —Le señalé la muñeca sobre la mesa.

—Ah. —Metió la mano debajo la mesa, donde yo no pudiera verla—. Estamos de vacaciones, así que no sé muy bien por qué me lo he traído. —Soltó una risita forzada, que se convirtió en una tos. Cogió su copa de vino y se la acabó como si fuera agua.

Levanté una ceja, no muy segura de por qué actuaba de un modo tan peculiar.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Claro. —Se aclaró la garganta y después miró hacia el otro extremo del restaurante.

¿Se me iba a declarar? ¿Era aquello posible? Había estado tan distante las últimas semanas que no estaba segura de poder creerme aquello. Nuestra relación había atravesado un bache importante. Si yo me había dado cuenta, él también. Pero ¿qué otra razón podría tener para comportarse de una forma

tan rara?

PARA CUANDO TERMINAMOS DE CENAR, YA ESTABA COMPLETAMENTE OSCURO fuera. Los tonos azul claro habían desaparecido por completo del borde del horizonte. Las nubes anaranjadas y rojizas se habían desvanecido bajo un manto de oscuridad. El agua parecía ahora una piscina negra infinita, que se extendía hasta mucho más allá de lo que alcanzaba la vista.

Jacob pagó la cuenta, y salimos cogidos de la mano. Yo tenía muchas ganas de llegar al hotel, y pensé en llamar a un taxi. Caminar por la oscuridad era sencillamente una estupidez, incluso estando juntos.

—Voy a llamar a un taxi. —Saqué el teléfono.

—Espera. —Tiró de mí hacia los muelles, donde los gigantescos barcos se mecían en el embarcadero—. Vamos a echarle un vistazo a eso.

—No creo que esté permitido ir hasta allí.

—No vamos a colarnos en los barcos —dijo él riéndose—. Sólo vamos a mirar.

—Eh... Aún así, no creo que debamos ir a ningún sitio en el que no podamos estar. —Volví a mirar el teléfono—. Déjame que llame a un taxi y ya está.

Tiró de mi mano hacia abajo, impidiéndome ver la pantalla.

—Llámalo después. Venga, quiero ver esto. —Volvió a agarrarme la mano y tiró de mí, arrastrándome con él.

Como lo veía de buen humor y no quería estropear el progreso que habíamos hecho, lo dejé salirse con la suya.

—No sabía que te interesaran tanto los barcos. En Nueva York tenemos un embarcadero, por si no lo sabías.

—Sí, pero huele fatal. Como a pescado podrido. Este está limpio. Siempre huele a palmeras. —Se detuvo ante todos los barcos, mirando el

costado para ver el nombre de cada uno—. Quizá algún día podríamos comprarnos un barco.

—Quizá. —O una moto de agua. Eran más manejables.

Me obligó a adentrarme más en la zona de los muelles, alejándonos de las farolas que iluminaban el camino. Estábamos totalmente rodeados de sombras, y sentí que un escalofrío me ascendía por la columna. No tenía nada que ver con el tiempo, porque hacía una humedad infernal.

—Jacob, de verdad creo que deberíamos volver.

—Guau. Mira ese barco militar que hay más adelante. ¿Crees que será un navío de Estados Unidos?

—Em... —Ni siquiera entrecerrando los ojos conseguía distinguirlo—. Probablemente. Ahora vámonos.

—Venga... —Tiró de mí—. No hay razón para asustarse. Me tienes a mí.

—Sí... —¿Sería suficiente si había un vagabundo con un cuchillo?—. Eso no quiere decir que deba meterme a ciegas en un lugar peligroso, como si fuera invencible.

—Relájate, Pearl. —Su mano seguía rodeando la mía con firmeza, apretándola hasta entumecerla. Llegamos hasta el enorme barco militar y lo contemplamos con asombro.

—Guau. Esto es increíble.

—Sabes, podríamos volver de día, para que puedas verlo mejor. —No conseguía distinguir lo que estaba mirando, porque estaba demasiado paranoica. Eché un vistazo por encima del hombro, temiendo que alguien se acercara en silencio por detrás. Era un temor absurdo, pero no conseguía librarme de la sensación de que alguien nos observaba.

—Me pregunto si se trata de un barco en activo, o si ya lo habrán jubilado.

Algo crujió a mi espalda, como una bota pesada pisando sobre plástico. Podría jurar que lo había escuchado. Quizá la mente me estuviera jugando malas pasadas, y la paranoia se había adueñado de mis pensamientos.

—Jacob, ¿has oído eso?

—¿Oír el qué? —preguntó.

Miré por encima del hombro, pero no vi más que negrura.

—Vámonos. No me gusta... —Un saco negro me cubrió la cabeza y se me ciñó dolorosamente alrededor de la garganta. No podía ver nada, y me entró el pánico de inmediato—. ¡Aah! —Lancé los brazos a mi alrededor, intentando rechazar a mi desconocido atacante. Sentí un brazo enorme rodeándome los hombros firmemente y manteniéndome inmóvil mientras me ataban la bolsa alrededor de la garganta—. ¡Apártate de mí!

—¡Pearl! —La voz frenética de Jacob parecía encontrarse a cierta distancia. Gimió cuando alguien lo golpeó, y escuché el sonido de un cuerpo pesado derrumbándose sobre el suelo de tablones de madera del muelle.

—¡Jacob! —A pesar de mis propios apuros, temí por su seguridad—. ¡Jacob!

Una voz, extranjera y terrorífica, llegó a mis oídos.

—Haz callar a esa perra.

Pateé con más fuerza, estrellando el talón contra el zapato del hombre.

—¡Mierda! —Me sacudió agresivamente y después me tiró al suelo con fuerza—. Estúpida zorra.

Me puse rápidamente en pie y corrí, pero un cuerpo pesado se me tiró encima.

—¡Suéltame, cabrón! —De repente, me clavaron una aguja en el cuello con fuerza, y me inyectaron algo.

Al instante, fui incapaz de pensar. Intenté mover los brazos, pero no me respondían. Mi cabeza descansaba sobre el embarcadero, y sentí los ojos cada vez más pesados dentro de la capucha. Se me entumecieron las piernas, mientras mi cuerpo se preparaba para sumergirse en un sueño profundo.

—No... Jacob. —Luché contra la bruma tanto como pude, pero me arrastraba, llevándome a un lugar al que no quería ir.

PEARL

MI CUERPO SE BALANCEABA DEBIDO AL MOVIMIENTO CONTINUO. ME DOBLABA sobre el estómago y volvía a echarme hacia atrás, meciéndome rítmicamente. Hasta mis oídos llegaba el lejano golpear del agua contra una superficie sólida.

Estaba de vuelta en el hotel, escuchando las olas estrellarse contra la costa desde mi ventana. La luz del sol me saludaba, animándome a levantarme y prepararme para la gloriosa jornada. Casi podía sentir el margarita en la lengua, sin siquiera dar un sorbo.

Pero entonces se impuso la dura realidad.

Lo último que recordaba era estar boca abajo en el embarcadero, con el cuerpo desmadejado de Jacob tumbado en algún lugar cercano. Me habían echado la capucha sobre la cabeza, dejándome en la más completa oscuridad. Entonces me hundieron la jeringuilla en el cuello, sedándome hasta convertirme en un fardo indefenso sobre el suelo.

«Por favor, que haya sido una pesadilla».

No abrí los ojos, porque no estaba preparada para aceptar la realidad. Si aquello había pasado de verdad, entonces mi destino era peor que la muerte. Tenía que haber sido una pesadilla, resultado de un exceso de sol y demasiadas bebidas.

Pero seguí sin abrir los ojos.

¿Qué pasaba si me equivocaba?

Finalmente, lo hice. Abrí los ojos, y lo que vi fue un ojo de buey en el casco de acero de un barco. El agua cubría el agujero, y al emerger una ola, vi el cielo. La visión de color azul pareció alargarse una eternidad, hasta que se volvió a sumergir.

Qué. Coño. Es. Esto.

Me senté de un salto y miré a mi alrededor. Mi cuerpo respondió entrando en modo de supervivencia. Estaba en un barco en medio del mar, y nadie iba a venir a buscarme. Sólo me tenía a mí misma. E iba a encontrar la manera de salir de este puto barco.

Entonces me acordé de Jacob.

«Mierda, que no esté muerto por favor». ¿Estaría en este barco conmigo? ¿Lo estarían reteniendo en alguna parte?

¿Qué quería aquella gente de mí? Tenía algo de dinero, pero no demasiado. No podía tratarse de un secuestro, porque no tenía familia que pagase el rescate. La única persona que se preocupaba por mí era Jacob. Y yo no tenía ni idea de lo que había sucedido con él.

«Simplemente mantén la calma».

«Puedes salir de esta».

«Utiliza ese cerebro que tienes para encontrar una solución».

«Siempre hay una solución para cualquier problema».

La habitación era un dormitorio. Sólo tenía la cama en la esquina, y nada más. La puerta estaba cerrada, seguramente con llave. Fui hacia ella, agradecida de seguir vestida con la misma ropa que llevaba la noche anterior, e intenté abrir la puerta.

La manilla no se movió. Estaba firmemente bloqueada. Intenté sacudirla, pero no se movió ni un milímetro.

«De acuerdo, sólo tengo que encontrar algo para abrir la puerta».

Rebusqué por la habitación, pero no encontré nada que me sirviera. Mi cama no era más que un colchón en el suelo con unas cuantas mantas. No

había armario, ni siquiera un cuarto de baño. Estaba en una habitación con cuatro paredes.

Desilusionada, eché un vistazo al ojo de buey. Aunque pudiera abrirlo a golpes, no cabría por él. Todo lo que podía esperar era ahogarme. No tenía ni idea de lo que me deparaba el futuro, así que quizá aquella era una buena opción.

Antes de tener la oportunidad de seguir dándole vueltas, se abrió la puerta.

Entró un hombre totalmente vestido de negro, con una pistola en la cadera. Tenía la barba negra y espesa, y los ojos despiadados. De un solo vistazo supe todo lo que necesitaba saber sobre él. Era frío e implacable. Nada apelaría a su buena voluntad, porque carecía de ella. Me miró fijamente con expresión impenetrable, no dejando traslucir sus pensamientos.

—Deja que me vaya antes de que te reviente la cara. —Yo no era ninguna experta en artes marciales, pero me sabía unos cuantos trucos. No me importaría romperle la nariz y llenarle de sangre toda la ropa.

Se le formó una sonrisa en los labios, aunque más bien parecía una mueca.

—Eres de las guerreras. —Hablaba con acento. No fui capaz de adivinarlo enseguida, pero parecía italiano. Yo no tenía demasiada experiencia con extranjeros. Me daba vergüenza admitir que nunca había cruzado el océano.

—No, soy de las violentas.

Soltó una risita, como si la conversación lo divirtiera.

—Oh, yo te enseñaré lo que es ser violento. —Se adentró más en la habitación, con las pesadas botas haciendo un ruido sordo a cada paso.

Resistí hasta aquel momento. Aquel hombre me aterrorizaba, y mi cuerpo reaccionó automáticamente. Retrocedí hasta llegar a la cama, con la espalda contra la pared.

Me agarró de la garganta y me tiró al suelo con violencia.

Yo me estrellé contra el acero, sintiendo todos los huesos de mi cuerpo gritar de dolor. Un tren acababa de estrellarse contra mí, y no conseguía recuperarme. Vi las estrellas, aún cuando su empujón no fue tan malo como podría haber sido.

Quizá yo no era tan fuerte como pensaba.

Se desabrochó el cinturón y empezó a quitarse los pantalones.

Fue el mejor analgésico que me habían dado nunca. Mis magulladuras parecían una minucia en comparación con la repulsa que surgió en mi interior. Aquel gilipollas iba a violarme. Bueno, iba a *intentar* violarme.

Eché un vistazo a la hebilla de su cinturón, que se balanceaba con libertad una vez desabrochada.

Mi captor me observaba con atención, con aquella mueca otra vez en la cara.

—Te voy a dar por el culo. Y después voy a follarte el coño.

—Buena suerte intentándolo. —Agarré rápidamente la hebilla y se la saqué del pantalón de un tirón. De inmediato, los pantalones se le bajaron hasta los muslos, y yo me aparté rodando, con el cinturón bien sujeto. Lo apreté alrededor de mis manos y luego salté sobre él, utilizando toda mi fuerza para cargarme a aquel bastardo. Conseguí rodearle el cuello con el cinturón y después caí detrás de él, tirando con tanta fuerza como pude. Le pateé las rodillas y lo obligué a arrodillarse en el suelo.

Él se aferró al cinturón de cuero e intentó librarse de él tirando, pero no lo consiguió. Lo tenía demasiado bien sujeto, y mi odio era imparable. Tironeé con más fuerza, sin un solo remordimiento por acabar con aquel violador.

La puerta se abrió de golpe y dos tíos más entraron a toda prisa. Vieron los pantalones alrededor de los tobillos del hombre, y el tono azulado de su rostro.

El de la izquierda me apuntó con su arma.

—Suéltalo.

Yo tiré con más fuerza.

—Dejadme marchar o lo mato.

El hombre mantuvo la pistola fija en mí.

—Ya.

Yo apreté más el cinturón y me negué a soltarlo.

—Si quieres que tu amigo siga con vida, te sugiero que me digas dónde está la salida más próxima.

Él movió la pistola hacia mi captor y apretó el gatillo.

Yo escuché el disparo y sentí cómo su cuerpo se aflojaba entre mis brazos, exactamente al mismo tiempo. Mis manos soltaron el cinturón al instante, mientras yo jadeaba al sentir la sangre rociarme la cara.

El hombre bajó el arma y entró en la habitación.

—Arriba.

El otro tipo agarró el cuerpo muerto y lo arrastró fuera de mi celda.

Yo me quedé mirando el cadáver fijamente mientras se deslizaba por el suelo, poniéndolo todo perdido de sangre. Nunca había visto morir a nadie. Nunca había visto cómo disparaban a alguien. Estaba en estado de *shock*, apenas capaz de respirar.

—Arriba. —Me cruzó la cara con fuerza, devolviéndome a la realidad.

Yo me puse de pie, sintiendo una súbita debilidad. Mi temible numerito no había logrado nada.

—Él no importa. Tú no importas. Ninguno importamos. —Me agarró del codo y me obligó a salir de mi jaula. Tiró de mí a través de un estrecho pasillo, haciendo después unos cuantos giros.

Yo no presté atención porque seguía conmocionada.

Entramos en una sala con duchas abiertas. Las alcachofas de las duchas colgaban del techo, y el agua rociaba las baldosas. Ya había allí otras mujeres, completamente desnudas para que todo el mundo las viera. Estaban cuajadas de moratones debido al trato que habían recibido. Algunas tenían cortes ya secos en la cara.

¿Qué era aquello?

—Desnúdate. —Me puso la pistola entre los omoplatos—. Ahora.

Al oír su orden se me pasó la conmoción. No pensaba desnudarme por nadie, prefería quedarme cubierta con la sangre de un criminal a obedecerle.

—Que te jodan. —Le escupí en la cara, acertándole de lleno en un ojo.

Pasó un largo segundo, y el hombre no se limpió la saliva del rostro. Resbaló lentamente por su mejilla. Apretó la mandíbula, y el labio se le arrugó en un gruñido. Con la velocidad del rayo, me estrelló el arma contra un lado de la cabeza.

Dolió tanto que solté un grito. Me caí al suelo, experimentando la peor migraña de mi vida. La pistola era sólida y pesada, y casi me rompió el cráneo. Por si aquello no fuera bastante malo, el hombre me puso el zapato sobre el estómago y presionó con fuerza.

Yo tosí e intenté respirar.

—Desnúdate. —Levantó la pierna y me dio una fuerte patada en las costillas—. Ahora.

Yo rodé a un lado y empecé a tener arcadas sobre el suelo. Me cubrí el estómago con los brazos, pero el daño ya estaba hecho.

Me agarró del pelo y tiró hasta ponerme de pie.

Aquello me dolió todavía más después del golpe en la cabeza con el arma.

—De acuerdo. —Le aparté el brazo. No quería obedecer su orden, pero tampoco quería que me matase a golpes. Me quité lentamente la ropa, sintiendo cómo mi vestido caía hasta el suelo.

Él no dejó de mirarme fijamente en ningún momento, con la lujuria ardiéndole en los ojos, haciéndose más intensa con cada prenda que caía, como si llevara años sin ver a una mujer desnuda. En las duchas había muchas más mujeres desnudas, pero él estaba obsesionado conmigo.

Me quité el sujetador y las bragas, asqueada por haber tenido que hacer lo que me ordenaba. Debería haber luchado con más fuerza, pero la cabeza ya me protestaba agonizante. No estaba segura de conseguir aguantar aún más.

—Lávate. —Hizo un gesto con la cabeza hacia las duchas.

Yo me giré, aunque sabía que me iba a mirar el culo. Me metí bajo el agua e intenté hallar consuelo en su calidez. Las otras mujeres no me miraban, cada cual iba a lo suyo y guardaba silencio.

Yo podía sentir los ojos del hombre sobre mi cuerpo. Me miraba con gran intensidad, y sus intenciones quedaban claras como el agua. Siempre he sentido cierta timidez por mi cuerpo desnudo. Que un extraño me mirase de aquella manera la hacía un millón de veces peor.

Aclaré mis pensamientos y me concentré en el agua y el jabón. Me lavé a conciencia, sabiendo que cabía la posibilidad de que no volviera a ducharme en largo tiempo. Iba a sacarle partido al privilegio, ya que estaba.

Cuando me aclaré el suavizante del pelo, escuché sollozar a una de las mujeres. Estaba de pie en un rincón, rodeándose el pecho con los brazos. Las arcadas le sacudían el pecho. Los sonidos que hacía estaban empapados de su miedo.

Al escucharla, me inundó la desesperación.

No había salida.

Excepto la muerte.

CENÉ CON LAS OTRAS CHICAS EN UNA PEQUEÑA SALA CON DOS MESAS. Éramos veinte, pero no se nos permitía hablar entre nosotras. Tampoco nos dejaron comer con cubiertos. Había tres guardias vigilándonos, con rifles y armas cortas.

Yo no tenía hambre, pero me obligué a comer de todas formas. Es posible que necesitara las fuerzas para luchar contra alguien, y para ello debía alimentarme. El hombre que me había observado mientras me duchaba estaba allí. No me quitó los ojos de encima en ningún momento. En ellos aún brillaba la misma lujuria. Me folló con la vista mientras cenaba, pensando en

las cosas monstruosas que podría hacerme.

Me dieron náuseas.

Intenté entablar contacto visual con alguna de las otras chicas. Quizá sabían a dónde nos dirigíamos. Quizá conocían alguna ruta de huída. Quizá sabían para qué nos querían aquellos hombres.

Basándome en las otras cautivas, sólo había una conclusión posible.

Eran traficantes.

Nos venderían al mejor postor, colocándonos en lugares infames para hacer cosas infames.

Prefería morir un millón de veces.

Después de cenar, nos devolvieron a nuestras celdas. Yo no sabía con seguridad si era la única con una habitación privada. Algunos podrían pensar que era un privilegio. Pero yo lo veía como una debilidad. Siempre había poder en los números. En aquel momento, estaba totalmente sola.

Y sabía que aquel hombre iba a venir a por mí.

Intentaría violarme, igual que el otro.

Pero no lo conseguiría.

PASÓ TODA UNA SEMANA Y EL BARCO SEGUÍA AVANZANDO A TODA MÁQUINA. Sentía cómo se balanceaba con las olas. A veces llegábamos a terreno más abrupto y el barco se sacudía con violencia. De repente se hundía agresivamente, y nuestra comida se deslizaba por la mesa mientras comíamos. A veces era tan intenso que no conseguía dormir, a pesar de lo exhausta y lesionada que estaba.

Mientras estaba sola, pensaba en Jacob. Lo sentía por él, a pesar de que mi destino era probablemente peor que el suyo. Era probable que estuviese muerto en alguna parte, flotando en el océano. O había escapado y se moría de preocupación por mí. Estaba en un país extranjero y desconocía el

protocolo exacto para contactar con las autoridades. Podía llamar a casa, pero ¿en qué ayudaría eso?

No saber lo que me había sucedido debía de ser lo peor de todo. Probablemente no sabía que yo estaba en un barco. Y aunque lo supiera, no tenía ni idea del aspecto que tenía, ni de cómo identificarlo. ¿Y cómo iba a perseguirlo la policía?

Jacob no vendría a rescatarme.

Para cuando llegó el octavo día, yo ya estaba nerviosísima. Estaba cansada de estar atrapada dentro del barco. El mareo por el movimiento empezaba a afectarme, y vomité unas cuantas veces. Nadie me daba nada de información, sin importar las veces que la pidiese.

Aquella noche no pude dormir. El pánico empezaba a apoderarse de mí. Estaba atrapada, lejos de casa y no tenía ningún plan de huida. Todos los hombres a bordo tenían armas, y las mujeres estaban demasiado asustadas como para luchar. Si pudiera comunicarme con ellas, es posible que consiguiese organizar una rebelión. Los superábamos en número, así que era posible. Y yo prefería morir en el intento que enfrentarme a lo que fuese que iba a suceder cuando atracásemos.

Prefería morir que convertirme en una esclava sexual.

Mis ojos se desplazaron hasta el ojo de buey que tenía justo encima. Mirar el agua lamiéndolo mientras el barco se balanceaba me proporcionaba un poco de consuelo. Era mi forma de música, el suave estrellarse de las olas contra el casco del barco. Si fijaba la vista, me ayudaba a relajarme. Paraba mis pensamientos y entraba en un estado de calma. Todo dejaba de existir.

La puerta chirrió al abrirse a mi espalda. El sonido fue tan sutil que nadie excepto yo lo habría advertido. Desde que me habían capturado, confiaba más que nunca en mis sentidos. El oído era el más importante de todos. Me permitía anticiparme a los sucesos, antes de que se produjesen. Podía escuchar voces al acercarse. Podía detectar el peligro con tiempo suficiente para prepararme para él.

Supe exactamente quién venía a visitarme en mitad de la noche. Había estado esperándolo. Pensaba que estaba dormida, sin advertir que un cazador venía a por mí. Pensaba que yo era imbécil, dichosa en mi ignorancia.

Se desabrochó con rapidez los pantalones y los dejó caer al suelo. También se quitó los calzoncillos.

Yo esperaba el momento adecuado.

Se arrodilló con cuidado sobre el colchón y colocó las manos a ambos lados de mí, preparado para agarrarme.

Abrí ligeramente los ojos, sólo para observarlo.

Y fue en aquel momento cuando vi la jeringuilla que tenía en la mano.

Aquel hijo de puta pretendía drogarme.

Le agarré la muñeca y se la retorcí dolorosamente, obligándolo a soltar la jeringuilla, que salió volando hasta el colchón y después cayó al suelo. Lo golpeé con la cabeza, haciéndolo retroceder, perplejo por la rapidez de mis movimientos.

Todavía tenía el pene duro, alzándose orgulloso y ya reluciente de lubricante.

Cerré el puño y le pegué un puñetazo con toda la fuerza que pude.

—¡Aah! —Cayó de espaldas, llevándose inmediatamente las manos a la entrepierna, contrayendo el rostro con los dientes apretados—. Maldita hija de...

Le estrellé el pie en la cara, rompiéndole la nariz con un sonoro chasquido.

Sus manos volaron hacia el rostro, dejando su erección expuesta.

Le di una patada con todas mis fuerzas, alcanzándole tanto el pene como los testículos.

—¡Zorra! —Me enganchó una pierna y tiró de ella desde abajo.

Yo no me detuve. Sus insultos no hacían más que exaltarme. Me encantaba hacerle daño a este cabrón. Sólo me estaba vengando. Me estaba vengando por todas las mujeres que no habían conseguido escapar de él.

Lo cogí por el pelo y le estrellé la cabeza contra el suelo, una y otra vez. Lo golpeé igual que él me había estrellado el arma contra la sien.

—¿Te gusta esto, gilipollas? ¿Y esto qué te parece? —Le estampé la cabeza una y otra vez contra el suelo, dándole al mismo tiempo patadas en los testículos.

—¡Aah!

Los guardias escucharon sus gritos y acudieron a la carrera. Entraron como una tromba en la habitación y me arrastraron lejos de él. No me golpearon, como pensaba que harían. De hecho, me trataron con suavidad, como si no quisieran herirme.

Los guardias no ayudaron a mi atacante a ponerse de pie. Se limitaron a mantenerme apartada de él, para que pudiera ponerse los pantalones. Apenas podía andar de lo que le dolía la entrepierna. Se la protegió con una mano y salió lentamente de la habitación.

Yo sonreía victoriosa, sin sentir remordimiento alguno por la dureza con que lo había derribado.

—Que tengas suerte meando.

—Cállate. —El hombre que me tenía cogida me sacudió el brazo, pero mucho menos agresivamente de lo acostumbrado—. Vuelve a la cama.

—Diles a tus hombres que me dejen en paz, y lo haré.

El guardia me soltó el brazo y se apartó de mí. Salieron de mi celda y cerraron la puerta con llave al salir. Sus voces se fueron alejando, hablando en italiano. Cuando ya casi no podía escucharlos, se rieron.

Y yo sabía de lo que se estaban riendo. Una mujer le había dado una paliza de muerte a su colega.

Y estaba la hostia de orgullosa de ello.

SUPE QUE ALGO HABÍA CAMBIADO CUANDO EL BARCO DEJÓ DE MECERSE. YA

no estábamos en alta mar. Las olas se habían vuelto dóciles, casi inexistentes. Se trataba de un barco grande, por lo que debíamos de estar alejados de la costa, pero ya no en medio del Atlántico.

Si pudiera escaparme de allí, podría intentar llegar a tierra a nado. No era una gran nadadora, pero siendo una cuestión de vida o muerte, conseguiría lograrlo. Atisé por el ojo de buey y capté un lejano destello de tierra. Cada vez que intentaba mirar con más atención, el ojo de buey volvía a quedar cubierto de agua otra vez.

Sólo tenía que pensar en un plan.

Un guardia estaba muerto, y otro estaba herido de gravedad. Eso quería decir que había dos armas menos por las que preocuparse. Si jugaba bien mis cartas, es posible que lo consiguiera. Me quité las sábanas, rasgué una tira de una de ellas, guardándomela en el fondo de uno de los bolsillos de mis pantalones. Podría usarla para asfixiar a alguien, en caso necesario.

Cuando volví a tirar de la manta, vi caer la jeringuilla. Rodó hasta el suelo con un pequeño golpe sordo. De ella sobresalía la aguja, y la base seguía conteniendo un líquido claro.

El guardia se la había dejado allí la noche anterior.

Y ahora era mía.

La sostuve en las manos y empecé a hiperventilar. Finalmente tenía un arma que podía usar. Podría dejar fuera de combate a alguno, quitarle la pistola, y entonces sería libre. La suerte estaba de mi parte, y jamás hubiera pensado que le estaría agradecida a aquel hombre por intentar violarme.

Me había hecho un regalo.

Me la guardé con cuidado en el bolsillo trasero, con la base sobresaliendo para poder agarrarla cuando lo necesitara. Vendrían a por mí pronto. Estaban a punto de anunciar la hora del desayuno.

Fijé la mirada en la puerta y esperé pacientemente.

Había llegado mi momento.

Iba a escaparme.

Estaba muy cerca.

Se abrió la puerta, y entró un guardia. Me dedicó una expresión llena de indiferencia, no de lujuria como los otros. Me encontraba aburrida o irritante, probablemente ambas cosas.

—Levántate.

Me puse de pie y mantuve los brazos a los lados. Cuando estuviera lo bastante cerca, atacaría.

—Hoy es tu día especial.

¿Qué quería decir?

—¿Y eso?

—Vas a ir a la subasta. No tienes ni idea de la suerte que tienes.

¿Subasta? Ni de coña, yo no iba a ir. No era un animal de granja.

—¿Para qué es la subasta? —Hice que continuara hablando para poder abalanzarme sobre él cuando menos se lo esperara. Debía apuntar bien y acertarle en la carótida, para introducir la droga en su sistema lo más rápidamente posible.

—Es donde venden a las bellezas. El resto irá a los burdeles. Pasarán drogadas el resto de su vida. —Sonrió como si se tratara de un cuento de hadas.

Me asqueó. No podía esperar ni un segundo más, así que atacé. Le estampé la aguja y presioné el émbolo con el pulgar, liberando la droga al instante.

Fue a coger su pistola, pero yo me había movido demasiado rápido. Los ojos se le nublaron y entrecerraron, confusos. Se puso lentamente de rodillas, agarrado a la aguja que le sobresalía del cuello. Cayó de espaldas, con los ojos cerrados. Su cuerpo se relajó al desmayarse.

Lo había hecho de verdad.

Saqué el arma de la cartuchera y sentí su peso en mi mano. Era una pistola. No tenía ni puta idea sobre armas, salvo el hecho de que tenían un seguro. Me aseguré de que estaba desbloqueado antes de aventurarme por el

pasillo. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo, y sus cerebros se esparcirían por la pared.

Me temblaba la mano de la emoción.

«Es posible que consiga salir de aquí».

Recorrí el corredor de puntillas, intentando no hacer ningún ruido. La mejor forma de salir del barco era yendo hacia arriba. Si conseguía llegar hasta la superficie, podría saltar al agua. Prefería vérmelas con los tiburones a enfrentarme a aquellos lunáticos.

Por un golpe de suerte, no me encontré con nadie por el corredor. Había una escalera a mi izquierda que me llevó hasta la parte superior. Llegué a una puerta con una ventana en el centro, y vi a dos hombres dentro de la torre donde estaba el timón. Estaban conversando, sin advertir mi cara justo frente a ellos. Me di cuenta de que mi celda estaba situada en la parte delantera del barco, donde las olas eran de mayor envergadura.

Ahora, lo único que tenía que hacer era esperar. Cuando se girasen o abandonaran su puesto, me iría directa al agua. Lo único que debía hacer era saltar y permanecer sumergida durante un minuto o así.

Luego estaría libre.

Mantuve la pistola preparada, por si acaso la necesitaba. Después esperé, contando los latidos de mi corazón para medir el tiempo. Cuanto más nos acercáramos a la costa, más fácil me resultaría nadar hasta estar a salvo. Pero cuanto más esperara, más probable era que me encontrase a alguien en las escaleras.

Y entonces me di cuenta de algo más.

¿Qué pasaba con las otras?

¿Podría abandonarlas así?

Serían vendidas a un burdel, donde las drogarían y violarían constantemente, para después descartarlas cuando sus cuerpos cedieran. Sus seres queridos nunca sabrían lo que les había sucedido.

No podía irme sin más.

Volví a escabullirme escaleras abajo y salí al corredor. No había nadie por allí, así que me deslicé hasta una puerta de aspecto parecido a la mía. Cuando eché un vistazo dentro, vi a una mujer rubia sentada sobre su cama. Parecía perdida, como si no le quedasen esperanzas.

Probé el pomo y me sentí aliviada cuando giró. Lo abrí y después moví la mano para llamar su atención.

Se volvió hacia mí, con los ojos entrecerrados por el asombro.

Moví la cabeza para que se acercara.

Se puso en pie de un salto, hambrienta de libertad. Cuando se acercó a mí, vio el arma que llevaba en la mano. En vez de asustarse, pareció adquirir energías renovadas.

—Vamos a por las otras —susurré—. ¿Sabes dónde están?

Asintió y me hizo un gesto para que la siguiera. Llegó hasta la puerta del corredor, donde había otra celda. Cuando nos asomamos a la ventana, no vimos a una mujer, sino a dieciocho. Estaban todas apiñadas en pequeños catres.

¿Por qué todas estaban juntas, pero yo estaba sola? ¿Por qué estaba sola también la otra mujer?

La rubia entró y después se apretó el índice contra los labios, indicándoles a todas que se quedaran calladas. A continuación, las animó a seguirnos. No había manera de escapar sin que se dieran cuenta. Pero algunas de nosotras lo lograríamos. Era mejor que ninguna.

—¿Qué coño estáis haciendo? —Un hombre me agarró del hombro y me zarandé con fuerza.

Claramente ignoraba que yo tenía un arma, porque le disparé directamente en el estómago. Ni siquiera dudé. Siempre había pensado que era del tipo de personas que nunca podría matar a nadie, aunque fuese mi vida o la suya. Pero aquello cambió rápidamente al verme en una situación de vida o muerte. No tuve tiempo para pensar. No tuve tiempo para reaccionar. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir.

Y no me iba a disculpar por ello.

Él se agarró el estómago y cayó al suelo, sangrando por la boca.

—¡Suelta la pistola! —Otro guardia se asomaba por una esquina apuntándome con su arma—. Ya.

Un hombre apareció a nuestra espalda, con un rifle en las manos.

Estábamos rodeadas.

Debería haberme marchado cuando tuve la oportunidad. No debería haber vuelto.

El hombre que teníamos detrás me quitó la pistola, mientras el otro avanzaba. Levantó el arma para golpearme en la cabeza, con la intención de matarme, o al menos de hacerme perder el sentido.

—Para. —El otro guardia le agarró el brazo y lo detuvo. Entonces habló rápidamente en italiano.

El hombre bajó el arma y se apartó. Lo que fuese que le había dicho el otro había bastado para detenerlo.

¿Qué le había dicho?

¿Por qué no me habían hecho daño?

¿Qué estaba pasando?

Agruparon a las chicas y las encerraron en la habitación, antes de agarrarme y llevarme a rastras por el pasillo. Me estaban escoltando hasta mi habitación, donde esperaba a la subasta, fuese lo que coño fuese aquello.

¿Por qué no me había disparado en la cabeza y punto cuando había tenido la oportunidad?

Pasaron delante de mi puerta y continuaron avanzando.

—¿A dónde me lleváis? —Intenté desasirme, pero me sujetaron con más fuerza—. Contestadme. —Intenté darle una patada al de la izquierda, pero sólo conseguí hacerme daño en el proceso. Me golpeé un dedo del pie con su pesada bota, y aspiré aire con fuerza.

Me escoltaron hasta una sala blanca con un sillón de cuero. Tenía estribos para abrirme los muslos. Era el mismo tipo de sillón en el que me sentaba

cuando iba a la consulta de mi ginecólogo.

Y aquello no era una buena señal.

Me trasladaron hasta el sillón y me mantuvieron inmóvil hasta haber abrochado todas las correas. Me inmovilizaron incluso la cabeza.

—¿Qué coño estáis haciendo?

—Examen —contestó el guardia—. Después podrás irte.

—¿Qué tipo de examen? —Forcejeé con las correas de cuero, aunque era inútil.

—Ya lo verás. —Los guardias salieron, cerrando la puerta detrás de sí, y me dejaron esperando lo desconocido.

Un momento después entró un médico que llevaba una bata blanca, a pesar de que no estábamos en una consulta médica. Era considerablemente más viejo que los otros. Su cara tenía un gesto de indiferencia, con las gruesas gafas colgándole de la nariz. Cogió un expediente y lo ojeó.

—¿Quién eres?

—El Dr. Wayne. —Tenía acento estadounidense.

¿Había estado en el barco todo el tiempo? Nunca lo había visto.

—¿De dónde has salido?

—De la costa. El barco atracó hace diez minutos. Tú eres mi primera paciente.

—¿Atracó dónde? —Este tío no formaba parte de la tripulación. Hasta ahí era capaz de deducir. Quizá tuviera información que me fuese de ayuda.

—En la costa, como he dicho.

—¿Qué costa? —pregunté—. ¿Dónde estamos?

—¿De verdad importa? —Sacó un par de guantes blancos.

¿Esto le parecía aburrido? ¿Nada fuera de lo normal?

—¿Qué mierda te pasa? Me han secuestrado. Soy una esclava. ¿Y te da igual?

Cogió un par de tijeras y me abrió los pantalones cortándolos. Después pasó a mi ropa interior.

Me revolví con tanta fuerza que las correas casi me rasgaron la piel.

—No —contestó finalmente—. No me importa. Ahora terminemos con esto.

—¿Terminemos con qué?

—Voy a comprobar tu salud sexual. Es una información importante en la subasta.

—¿Mi salud sexual?

—Sí. ¿Eres virgen?

Le lancé una mirada desafiante. Como si pensara decírselo.

—Pongámoslo así. Cuanto más me cuentes, menos invasivo tendré que ser. —Mantuvo dos dedos en alto.

Supe lo que quería decir.

—No.

—¿Cuántas parejas sexuales?

—Dos. —Me odié a mí misma por responder.

—¿Anal?

—¿Anal qué?

—¿Has practicado alguna vez el sexo anal?

¿Quién hacía aquello?

—No.

Tomó algunas notas.

—¿Alguna ETS?

—No.

—¿Estás tomando la píldora?

—Estaba, hasta que me raptaron. —Mi voz era más ponzoñosa que el veneno de una serpiente.

Dejó el expediente y después se colocó frente a mi abertura.

—Sólo tardaré un par de minutos.

—Ni se te ocurra tocarme, hijo de...

Me metió dos dedos y palpó en mi interior, comprobando tanto el canal

como los ovarios. Frotó un bastoncillo de algodón en mi interior y lo depositó en una bolsa de plástico. Después se quitó los guantes.

—Listo.

Me habían tocado contra mi voluntad, y lo odiaba. Odiaba el hecho de que no tenía derechos. Estaba cansada de que me intentaran violar a cada momento. Odiaba el hecho de haber estado tan cerca de la libertad, y haber cometido el error de volver. Lo veía todo rojo, de un profundo rojo sangre. Quería matar a todos y cada uno de los hombres del barco.

«Si tuviera una pistola, es lo que haría».

ME DROGARON ANTES DE TRANSPORTARME A TIERRA. NO TENÍA NI IDEA DE A dónde me llevaron ni de cómo había llegado allí. Asumí que habíamos ido en coche, pero no recordaba sentir la vibración de un motor, ni escuchar los sonidos de una radio. Llevaba un saco oscuro sobre la cabeza, por lo que no podría haber visto nada aunque hubiera querido.

Cuando volví en mí, estaba en un dormitorio. La cama hasta tenía un marco y estaba hecha con sábanas de buena calidad. Había una ventana con las cortinas echadas, de tejido color marfil. Un vestidor descansaba en una esquina, con diseño del mismo color.

¿Dónde estaba?

Salté de la cama y me acerqué de inmediato a la ventana. Abrí de un tirón las cortinas y me preparé para saltar fuera. Aunque hubiese seis metros de caída, lo haría de todas maneras. Podría bajar reptando por el lateral, agarrándome a una cañería si era necesario.

Pero al abrirse las cortinas, no vi nada más que unos barrotes de metal.

Estaba atrapada. Otra vez.

Se abrió la puerta y entró una mujer, y era muy guapa. Tenía un seductor cabello negro, estaba perfectamente maquillada, y tenía un cuerpazo que

habría hecho sentir envidia a cualquier mujer.

—Me preguntaba cuándo te ibas a despertar.

La contemplé sorprendida. Las palabras sarcásticas no me iban a ayudar. Tampoco las amenazas vagas. No tenía ni idea de a lo que me enfrentaba. Durante mi viaje a través de medio mundo, no me había encontrado con ninguna mujer libre. Hasta ahora.

—¿Quién eres tú?

—Tu estilista. Voy a arreglar todo... —hizo un gesto hacia mi pelo y mi ropa— esto.

—¿Disculpa?

—La subasta es esta noche, y tenemos mucho que hacer. Así que pongámonos a ello.

—¿La subasta? —¿Esa de la que me habían hablado los hombres?

—Sí. Te van a comprar... junto con algunas otras.

—Ya, pues me parece que no. —Iba a salir de allí cagando hostias.

Suspiró, como si esperara una respuesta parecida.

—Mira, yo sólo estoy haciendo mi trabajo. No me lo pongas más difícil, y yo no te lo pondré más difícil a ti.

¿Cómo podía decirme aquello? Aquella era una traición aún mayor que ser secuestrada en primer lugar.

—Me han secuestrado, y me van a vender para que puedan violarme. ¿Y a ti te parece bien? ¿Como mujer?

En sus ojos no apareció ni una pizca de de compasión.

—A veces somos el insecto. Otras veces somos el parabrisas.

—Entonces, ¿por qué no eres tú el puto insecto? —solté.

Levantó la mano para enseñarme una especie de mando a distancia, y movió el pulgar sobre él.

—No me hagas usar esto.

—¿Qué es eso?

Pulsó el botón, y al instante, sentí una descarga eléctrica recorriéndome la

pierna. Estaba tan caliente que me abrasaba la piel. El corazón me latió con fuerza, y pensé que me iba a dar un infarto e iba a morir. Me acurruqué en el suelo, sintiendo una creciente debilidad en las rodillas.

Ella soltó el botón.

—No me obligues a volver a hacerlo. Yo no soy como esas bestias. No quiero hacerte daño.

Era un monstruo, igual que todos los demás.

—Simplemente haz lo que te diga, y déjame trabajar. —Estaba de pie junto a mí, mirándome desde arriba con su vestido de diseño—. No tendremos ningún problema si me escuchas. Cuanto más guapa estés, más probabilidades tienes de atraer a un buen amo.

—¿Un buen amo?

—Sí. Del tipo que te cubre de regalos, te lleva a hacer viajes caros, te deja tener todo lo que quieras...

—A cambio de abrir las piernas.

Se encogió de hombros.

—Hay cosas peores, si me lo preguntas.

—Entonces, tú nunca has sido una esclava —le espeté.

—Pues de hecho, sí. —Me miró a los ojos, sin rastro de dolor o vergüenza—. Ahora mismo soy una esclava. Él es un hombre maravilloso. Y puedo decirte con franqueza que lo quiero.

Justo cuando pensaba que había conocido a una persona normal, resultaba ser una psicópata. Nadie en su sano juicio querría a su amo. Nadie podría perdonarle haber sido convertida en esclava. Nadie que estuviera en sus cabales podría sentirse agradecida. Sufría de un caso grave de síndrome de Estocolmo.

—Ahora pongámonos manos a la obra.

PEARL

AQUELLA NOCHE SE SUBASTABAN DIEZ CHICAS.

La habitación estaba a reventar de mesas iluminadas con velas. Había hombres sentados con sus trajes de diseño, las caras ocultas tras antifaces de carnaval que ocultaban sus rasgos de la vista de otros competidores. Estaba tan oscuro en aquel lugar que su disfraz era innecesario.

Las camareras caminaban entre las mesas y recogían bebidas, sin nada más encima que un tanga negro. Los hombres introducían billetes en ellos y les daban una suave palmadita en el culo mientras se alejaban.

¿Cómo coño había acabado allí?

Las otras mujeres eran de una belleza espectacular. Parecían modelos, el tipo de chicas que sólo se ven en la televisión. Muchas de ellas estaban asustadas, movían incesantemente los dedos y les temblaban las rodillas. Pero una mujer parecía realmente emocionada, como si este fuera el momento para el que llevaba preparándose toda la vida.

Allí había incontables grados de enfermedad.

Yo llevaba puesto un vestido de color champán rosado. Tenía un escote palabra de honor y me ceñía la cintura. Un collar de perlas me rodeaba el cuello, y llevaba el pelo dispuesto en elegantes rizos. La última vez que me había arreglado tanto fue para la fiesta de fin de curso.

Una a una, fueron subastando a las chicas. Cada una por un millón de

dólares o más.

Un millón.

Aquello era una locura.

¿Tanto valían las esclavas?

¿Habría alguien que de verdad pagaría esa cantidad de dinero por mí?

¿Alguien iba a embolsarse un millón de dólares por mi vida?

¿Pero qué locura era aquella?

Cuando me llegó el turno, subí al escenario y aguardé mi destino. El presentador enumeró mis cualidades, como había hecho con las otras. Me interesaba saber lo que iba a decir, porque yo no tenía ninguna.

No iba a ser sumisa. Lucharía cada día, hasta que fuese libre o estuviese muerta. Nunca aceptaría ofrecer oscuros favores sexuales. Cada día daría más trabajo que el anterior. Sería la peor esclava que alguien pudiera tener. Dormir con un ojo abierto sería la única manera de sobrevivir mientras yo estuviese dentro de la casa.

—Hostil, inquebrantable, luchadora. —Continuó enumerando mis imperfecciones—. Su puntuación de lucha es un diez redondo.

Un sonido colectivo de apreciación llenó la habitación. Hubo incluso algunos silbidos.

¿Qué quería decir aquello? ¿Era algo malo? ¿Era algo bueno?

Si nadie me compraba, ¿permitirían que me fuese? ¿O simplemente me matarían?

—Dos parejas sexuales. —Leía un trozo de papel que tenía en la mano—. Ingeniera. Experiencia sexual limitada.

No soy virgen, así que no, mi experiencia no era limitada. Pero no pensaba discutir, porque aquello no importaba.

—Se abre la subasta. —Retrocedió hasta el podio y dirigió la subasta. Marcó el precio de salida, y fue subiendo lentamente al pujar más hombres por mí. Me asqueó ver que el mismo hombre que había comprado a otra de las mujeres también estaba pujando por mí. ¿De verdad necesitaba dos

esclavas?

La cifra continuó ascendiendo hasta alcanzar un millón.

La hostia puta.

En vez de ralentizarse, siguió subiendo. Las pujas se elevaron cada vez más, y la testosterona podía palpase en la sala. Allí había alguien que iba a hacer una fortuna con mi sufrimiento. Iba a tener más dinero del que necesitaba cualquier persona, y yo estaría pagando aquella deuda hasta mi muerte.

—Sois todos unos putos enfermos. —No pude evitar que el desprecio me subiera a los labios. Me daba igual que me dieran una bofetada al instante y allí mismo. Era un ser humano, y me estaban tratando como a un animal de granja.

Uno de los hombres que había estado pujando por mí se puso de pie. Alzó su número y dijo:

—Tres millones.

¿Qué coño acababa de hacer?

Todos los hombres se volvieron hacia él, dejando sitio en la sala.

Nadie aumentó su puja. Dejaron sus paletas sobre la mesa.

El hombre que acababa de ganar sonrió.

—Tres millones de dólares por el coñito pendenciero.

El presentador dejó caer el mazo.

—Tres millones para el caballero del fondo. Felicidades. Esta belleza es suya.

COMO SI FUERA UNA SOSPECHOSA EN UNA INVESTIGACIÓN CRIMINAL, ME pusieron unas esposas y me metieron en el asiento trasero de un coche negro con las ventanas tintadas. Seguía llevando el vestido y las perlas. Los tacones rosados a juego me hacían daño en los pies, pero sospechaba que dentro de

poco estaría mucho más incómoda.

El conductor se puso al volante y esperó a que su cliente se reuniera con nosotros.

No le había visto la cara, pero no necesitaba hacerlo. Cuando sobrepujó con tanta arrogancia, supe que era una bestia despiadada. Si le rogaba que me dejase marchar, se negaría. Si le suplicaba que no me hiciera daño, no me escucharía.

Con suerte, me equivocaba.

No parecía del tipo de hombre que buscaba una mujer bella para mimarla. No parecía alguien que quisiera presumir de mí en una cena, comprándome vestidos caros y joyas. Me dio la sensación de que emanaba maldad.

Maldad pura.

Finalmente se unió a mí en el asiento trasero, sin ponerse el cinturón de seguridad. Se dejó el antifaz puesto, que le tapaba casi toda la cara.

Yo miraba fijamente hacia delante, con las manos detrás de la espalda. Si pudiera lanzar los brazos hacia delante, podría asfixiar al conductor que tenía justo en frente. Es posible que se estrellase y muriéramos todos. O mejor aún, que murieran ellos, y yo consiguiera salir ilesa.

Era una bonita fantasía.

El coche se apartó del edificio y se unió al tráfico. Estábamos en el mismo lado de la carretera al que yo estaba acostumbrada. Las calles eran estrechas, y el coche de pequeño tamaño. No estaba segura de dónde estábamos, pero definitivamente nos encontrábamos en Europa.

Cuando estábamos a kilómetro y medio de nuestro destino, mi captor se quitó la máscara. Tenía los ojos brillantes y azules, del tipo que relucía bajo la luz de las estrellas. Por un instante, lo hicieron parecer inocente. Pero tras un solo parpadeo, la maldad de su alma brilló a través de ellos. Me miró con fijeza, como si yo fuese una presa y él un cazador. La tensión saturaba el aire, y mi corazón se llenó de alarma.

Tenía el pelo rubio y peinado hacia atrás, dejando despejado su rostro

redondo. Sus labios eran finos, del tipo que apenas se ven. Tenía la cara cubierta de una espesa capa de vello, lo que me recordó a un leñador en invierno.

Me miró fríamente, preparado para abalanzarse.

Yo sostuve su mirada, jurando en aquel instante que, si intentaba tocarme, lo mataría.

—¿Tu nombre? —Su voz sonaba tan cruel como durante la subasta. Era una voz áspera, como papel de lija frotado contra hormigón. Me arañó los tímpanos mientras se me metía dentro del cuerpo. Incluso aquellas simples palabras resultaban grotescas. Mi odio se multiplicó por diez... algo que no pensé que fuera posible.

Me negaba a contestarle. Me negaba a obedecer. Si quería que hiciese algo, tendría que esforzarse por ello, y no obtendría recompensa alguna.

Soltó una risita y se reclinó en el asiento de cuero.

—Cuánto me voy a divertir contigo. Me encanta.

¿Divertirse? En el instante en el que me metiese el pene en la boca, se lo iba a arrancar de un mordisco.

—Te vas a llamar «coñito». —Miró por las oscuras ventanas, contemplando las luces de los edificios que pasaban. Llevaba un traje negro y una camisa de cuello negro debajo, lo que le daba un aspecto tan aterrador como su voz—. A no ser que me indiques otra cosa. Entre nosotros, espero que no lo hagas.

Aquello era malo. Muy malo.

Giró la cabeza hacia mí, observando mi reacción. Quería ver miedo. Quería ver terror.

Pero yo me negaba a darle lo que quería.

—No podía creer en mi suerte cuando el presentador anunció tu puntuación de lucha. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Es algo que no pasa casi nunca.

Yo seguía sin saber lo que era una puntuación de lucha. ¿Era porque

había matado a alguien? Yo no era intrínsecamente peligrosa. Pero si tenía que correr por mi vida, haría cualquier cosa para sobrevivir.

—Y entonces declaraste en la sala que éramos todos unos putos enfermos. —Se rio para sí—. No se me ha puesto tan dura en la vida.

Deseé ponerme a aullar.

—Nunca se me ha animado la polla así de rápido. Ahí estabas tú, una bella mujer de facciones perfectas con un vestido deslumbrante. Y entonces aquella boca se ensució, y tú dijiste exactamente lo que pensabas. —Los pantalones se le ajustaron al empalmarse. Alargó la mano hasta mi muslo, y le dio un suave apretón.

Asqueada, lancé el muslo hacia un lado para quitarme su mano de encima.

Él debía de haber estado esperando que algo así sucediera, porque se apartó, riéndose de nuevo por lo bajo.

—Me lo voy a pasar de muerte amansándote. Eres como un semental salvaje al que nadie consigue ponerle una silla. Eres como el toro que no se puede montar.

El miedo me nació en las venas y empezó a circular por mi sangre. Cuando me llegó al corazón, me quedé momentáneamente paralizada. Ser prisionera de este hombre pondría todas mis fuerzas a prueba. Iba a ser sometida a tanta crueldad que es posible que no consiguiera salir de ello, no completamente en mis cabales. Pero no podía ceder ante el temor. Debía continuar luchando. Todo problema tenía una solución, y yo iba a encontrar una ahora mismo.

—Cuando lleguemos a casa, te voy a dar por el culo tan fuerte que no te vas a poder sentar en una semana. Considéralo un regalo de bienvenida. —Se puso a mirar por la ventana, como si sus palabras no fuesen tan aterradoras como había hecho que sonaran.

—Cuando lleguemos a casa, te voy a matar. Considéralo un regalo de despedida.

Se volvió hacia mí al oírme hablar. En vez de darme una bofetada por contestarle, o de regañarme, sonrió. Era una visión grotesca, como si mi insolencia lo animase aún más a torturarme.

—Me gustan los desafíos.

CROW

ESTÁBAMOS EN UN CALLEJÓN, CON UNA SOLA FAROLA A LO LEJOS. LA HORA era intempestiva, entre el anochecer y el amanecer. No había coches en las calles. No había gente en las aceras. Cuando no había luz, salían los monstruos.

Cane estaba junto a mí, con la bolsa de dinero a sus pies. Echó un vistazo a su reloj negro y miró la hora.

—Llega tarde.

—Sabía que llegaría tarde. —Siempre le había gustado hacer una entrada triunfal, hacer esperar a la gente con expectación. Era el único respeto que conseguía ganarse: por la fuerza.

El corazón me latía con una lentitud peligrosa. Justo antes del peligro, siempre permanecía en calma. La llevaba escrita en mi sangre desde antes de mi nacimiento. Las situaciones a vida o muerte eran del tipo en el que yo me crecía. Pero al estar a solas en mi palacio era cuando me asaltaba el miedo. La paranoia se posaba sobre mí y yo no conseguía librarme de ella. Necesitaba romper algo simplemente para permanecer relajado. Necesitaba infligir dolor sólo para sentirme bien.

Mis hombres se reunieron a nuestro alrededor, formando una capa protectora. La norma de la reunión era acudir solo. Pero nunca nadie iba solo. No sabía muy bien por qué nos molestábamos en decirlo.

Cane volvió a mirar el reloj, con una profunda irritación en los ojos.

—Está muerta.

—No digas eso. —No tenía sentido hacer duelo por alguien, a menos que fuese un hecho comprobado que había muerto. Yo me negaba a pasar por las fases del desconsuelo cuando era innecesario. Ya me resultaba bastante difícil preocuparme por algo, tal y como estaban las cosas. Se me había congelado el cuerpo hacía largo tiempo.

Y nunca se me había descongelado.

—Está muerta, y los dos lo sabemos. —Cuando me miró, tenía la resignación pintada en el rostro—. Los pervertidos enfermos como él no permiten que la gente se marche por las buenas. Está jugando con nosotros. Lo sé.

—No somos de la clase de personas con las que le conviene jugar.

—Y esa es exactamente la razón por la que lo está haciendo.

Finalmente, hubo algo de actividad. Varios Hummer negros aparecieron al final del callejón. Nadie bajó de los coches hasta haber apagado los faros. De los coches salieron soldados, llevando rifles de asalto.

Uno de los hombres abrió la puerta trasera de un vehículo y salió ella.

Vanessa.

Incluso desde aquí y en medio de la oscuridad, podía ver los innumerables moratones que le cubrían el cuerpo. Tenía los brazos llenos de golpes, con cicatrices surcando otras cicatrices. Tenía la comisura de la boca cubierta de sangre seca, de la cantidad de bofetadas que le habían dado. Tenía ambos ojos morados, de haber recibido puñetazos. Apenas podía mantenerse en pie porque se le habían atrofiado los músculos, y parecía más débil de lo que nunca la había visto.

Empecé a verlo todo rojo.

No era capaz de pensar en lo que él le habría hecho. No podía pensar en los meses de tormento que le había hecho padecer. Todas aquellas noches mientras yo dormía, ella estaba siendo azotada y golpeada.

Él estaba constantemente en movimiento y era prácticamente imposible seguirle el rastro. Yo había trabajado sin descanso para recuperarla. Me despedí del trabajo para conseguirlo. Aunque no parecía quedar ninguna esperanza, no me había rendido.

Porque ella no se habría rendido conmigo.

El despiadado magnate saltó del vehículo detrás de ella.

Me llevé la mano inmediatamente a la pistola. Tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad para no sacarla y pegarle un tiro justo en la sien. Me imaginé con deleite su sangre salpicando al soldado que tenía detrás. Imaginé su cuerpo golpeando el frío pavimento. Atesoré aquellas imágenes como un sueño hecho realidad.

—Crow. —Cane me devolvió a la realidad con una sola palabra—. Piensa en nuestra hermana.

Mi mano le dio un apretón al arma antes de soltarla.

Agarró a Vanessa del pelo mientras la hacía avanzar. Ella llevaba un endeble sujetador y bragas viejas, cubiertas de suciedad y barro. No parecía la misma persona que yo recordaba. Podría estar devolviéndonos a una mujer completamente diferente, y Cane y yo no nos daríamos cuenta.

—Aquí la tenéis. —La empujó hacia delante, tirándola sobre el pavimento.

Ella soltó un quejido al golpear el suelo con las rodillas desnudas.

Era ella. Reconocí su voz.

La ferocidad me tensó la columna. Estaba tan enfadado que podría haber respirado fuego. Quería soltar una bomba nuclear que nos matase a todos. Sólo lograría la muerte, pero aún así acaricié la idea.

—Yo he cumplido mi parte del trato. —Llevaba un traje negro con una camisa de cuello negro debajo—. ¿Qué hay de la vuestra?

Asentí a uno de mis hombres.

Colocaron la bolsa llena de dinero en una caja con ruedas, y después le dieron un fuerte empujón. Recorrió la distancia que nos separaba, hasta llegar

a su extremo del callejón.

Uno de sus hombres abrió la bolsa y contó cada uno de los billetes, comprobando que recibía hasta el último centavo acordado. Utilizó una máquina para contarlos con rapidez y asegurarse de que no era falsificado.

El tiempo pareció alargarse para siempre.

Vanessa se puso lentamente de pie, con las rodillas enrojecidas por el golpe contra el suelo. La mujer fuerte y orgullosa que yo conocía había desaparecido por completo. Estaba rota en mil pedazos. Aunque la habíamos recuperado, nunca sería la misma. Estaría hecha polvo para siempre después de las cosas terribles que había vivido. Nos miró a Cane y a mí, y después empezó a llorar.

Mi hermana nunca lloraba.

Estaba hecha de la misma pasta que nosotros. Era dura como el acero e implacable como un demonio. Podías romperle todos los dedos, y aún así no cedería. Pero había pasado lo bastante como para conseguir romperla... un millón de veces.

—Ya tienes tu dinero. —Coloqué la mano sobre el arma—. Ahora déjala marchar. —Cuando ella estuviera a salvo, lo intentaría. En aquel momento ya no me importaba. Me hervía la sangre, con ansias de matar. Tenía que hacerlo. Tenía que aniquilarlo.

—Ya lo has oído, cariño. —La volvió a empujar hacia delante—. Vete.

Ella se tambaleó sobre sus pies antes de conseguir equilibrarse. Entonces empezó a alejarse lentamente, durante lo que pareció una eternidad. Miraba de vez en cuando a su espalda, como si no estuviera segura de que no se tratase de algún juego cruel.

—Vanessa. —Mi voz destilaba firmeza. Debía devolverla al presente. Necesitaba que cruzase la distancia que nos separaba, antes de que aquel cabrón enfermo cambiase de opinión. Me saqué el arma de la cartuchera, sólo por si acaso.

Ella se volvió hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas.

—Trae el culo hasta aquí, ahora mismo. —Más tarde nos ocuparíamos de sus problemas. En aquel preciso instante no era momento de preocuparnos por su maltrato emocional—. Muévete.

Ella aceleró el paso, llegando a la mitad del trayecto. Se abrazó la cintura con los brazos para combatir los escalofríos. Iba metiendo los pies desnudos en los charcos, pero no parecía importarle. Tenía el cuerpo insensible a todo.

Ya casi había llegado, otra vez en el frente correcto de aquella batalla. La llevaríamos al hospital y a hacerle pruebas en el centro psiquiátrico. Sin necesidad de oír una sola de sus palabras, yo ya sabía que no era la misma persona. La mujer que yo conocía como mi hermana estaba muerta. Lo único que me quedaba era su cadáver.

—Está tardando demasiado. —Él se sacó un arma del bolsillo.

—¡Dispara! —Cane reaccionó más rápidamente que yo y apuntó su pistola.

Yo me había estado concentrando en ella, y no advertí su movimiento.

Él apunto el arma directamente a mi hermana y disparó.

Yo tenía un nanosegundo para reaccionar. Lo único que podía hacer era cargar. Corrí hacia ella tan rápido como pude, con los músculos de las piernas gritando por el esfuerzo. Mis manos asieron su frágil cuerpo, y la derribé al suelo.

Pero era demasiado tarde.

Su cabeza pegó un salto hacia delante mientras la bala se le introducía en la parte de atrás del cráneo, rociando una nube de sangre por delante. Me bañó el rostro y la chaqueta. Fijó sus ojos en los míos antes de hundirse en la oscuridad. Un momento después se había ido, muerta antes de llegar al suelo.

Yo sabía que estaba muerta, pero no podía aceptarlo. La zarandé, esperando que sólo se hubiese desmayado. Apreté la oreja contra su pecho y escuché, buscando su latido. Buscando su respiración. Buscando cualquier cosa que me dijera que seguía viva.

No encontré nada.

Los disparos se recrudecieron a mi alrededor mientras se desencadenaba la batalla. Por un momento, me olvidé de la guerra. Me olvidé de todo y de todos al observar a mi hermana pequeña muerta sobre el cemento.

Los Hummer salieron del callejón y se marcharon, llevándose a su líder con ellos. Todavía me resonaban los disparos en los oídos, y algunos de los soldados habían caído. Perdimos a algunos de los nuestros. Es posible que algunos más se hubieran salvado si yo no hubiese perdido la concentración.

Cane trotó hasta mí cuando pasó el peligro. Se arrodilló a mi lado y contempló a nuestra hermana muerta. Parecía una puta maltratada de la que se hubieran deshecho después de utilizarla. Él respiraba con fuerza y la miraba fijamente, sin derramar ni una sola lágrima.

Yo tampoco lloré. Toda una vida en este negocio me había hecho renunciar a las emociones humanas. No entendía la tristeza, ni la desesperación. No entendía la felicidad ni la alegría. Lo único que entendía era la rabia.

Y eso era lo que sentía ahora mismo.

Mi hermano pronunció una sola palabra. Y aquella palabra bastó para contar una historia completa. Me indicó lo que haríamos con el hombre que había masacrado a nuestra familia. Me comunicó cuál sería nuestro próximo movimiento.

—Bones.

Bones nos había jodido. Y ahora era nuestro turno de joderlo a él.

PEARL

HIZO HONOR A SU PROMESA Y ME FOLLÓ TAL Y COMO DIJO QUE PENSABA hacerlo. Me resistí todo lo que pude, pero me ató con dolorosas ligaduras y me clavó su erección hasta el fondo.

Dolía.

No pude hacer otra cosa que quedarme allí tumbada y aguantarlo.

Me sentí asquerosa.

Sucia.

Quería llorar, pero me negué a hacerlo. Me negué a darle esa satisfacción. No se merecía mis gritos ni mis lágrimas. Quería doblegarme, porque sabía que sería un desafío.

Pero yo no iba a dar mi brazo a torcer.

Cuando terminó, volvió a tomarme, una y otra vez. Pasé la noche en agonía y pensé que iba a partirme en dos, justo por la mitad. Para cuando quedó satisfecho, yo apenas estaba consciente. Sólo podía tumbarme sobre el estómago, porque sentía un dolor horrible en el trasero. Y sabía que ni siquiera podía imaginarme ir al baño otra vez.

Él se inclinó sobre mí y me presionó los labios contra la oreja.

—Voy a hacer esto todos los días hasta hacerte llorar. Y entre nosotros, espero que no lo hagas. —Me dio una palmada en el culo antes de salir.

Cuando finalmente me quedé sola, me fui al cuarto de baño y me limpié.

Iba cubierta de su semen, y me había penetrado tantas veces que estaba sangrando. Me metí en la ducha y me quedé bajo el agua templada, porque era el único sitio seguro a mi alcance. Tenía un dormitorio, pero no tenía puerta. Él podía entrar cuando le apeteciera. Pero cuando estaba en el cuarto de baño, no se metía conmigo.

Que te violaran era mucho más doloroso de lo que yo creía. Finalmente entendía lo que quería decir la gente cuando afirmaba que no era un crimen de pasión, sino de violencia. No le ponía el estar dentro de mí. Lo que le ponía era saber que me estaba haciendo un daño inmenso.

Sabía que estar cautiva sería degradante, doloroso y traumático. Pero no tenía ni idea de que iba a ser así de malo. Mi captor era un psicópata y me haría cosas mucho peores cuanto más tiempo estuviese allí.

Sólo habían pasado unos cuantos días, y ya quería rendirme.

Quería llorar como loca y rezar por un milagro.

Quería hacerme un ovillo y morir.

Quería olvidar quién era y viajar a otro lugar, deslizarme hasta un reino en el que no existieran los pensamientos. Sólo quería estar allí, flotando en un nivel de semi-consciencia.

Pero debía permanecer fuerte. Tenía que seguir el plan que había preparado para mí misma. Necesitaba encontrar un arma y matarlo. Eso era todo lo que tenía que hacer, y entonces podría salir corriendo de allí y volver a casa. Podría volver a Jacob. Podría volver a mi trabajo. Podría volver a dormir profundamente por la noche, sabiendo que nunca me harían daño.

«Puedes hacerlo, Pearl».

«Sólo tienes que centrarte».

«Puede poseer tu cuerpo, pero no tu mente».

«Mantén los ojos fijos en la línea de meta».

LE GUSTABA DARME PALIZAS.

Creo que le gustaba más que follarme.

Le encantaba jugar al escondite. Yo salía corriendo por su intrincada mansión e intentaba buscar un lugar en el que no me encontrara. Y él salía a buscarme, con un bate en las manos.

Cuando me encontraba, lo cual siempre hacía, me pegaba hasta que me desmayaba.

Le encantaba atarme y azotarme, someterme a latigazos. Le gustaba hacerme sangrar, y cuando veía brotar la sangre de mi piel, me hacía sangrar aún más. Le ponían un montón de cosas enfermas.

Yo era su juguete. No era humana. Me trataba como a una muñeca de trapo que pudiera tirar por ahí.

Alguien había ganado tres millones de dólares con esto.

Probablemente tenía un yate en el Mediterráneo, una casa de playa en Cerdeña y un Lamborghini en el garaje.

Mientras a mí no paraban de pegarme.

Cuando saliese de allí, le daría caza. Lo encontraría y le sacaría aquellos tres millones de dólares. No me importaba el dinero. Pero me lo había ganado. Era mío. Nadie que no fuese yo misma debería sacar provecho de mi esclavitud.

Sólo tenía que salir de allí.

No estaba segura de cómo se ganaba la vida, pero debía de dedicarse a algo importante para ser dueño de un castillo. Estaba en medio de una ciudad, pero yo no era capaz de determinar dónde. Los barrotes de las ventanas impedían mi huida, pero sí que podía mirar al exterior. Era Europa, definitivamente. Sin ningún punto de referencia distintivo a la vista, no conseguía determinar dónde exactamente me encontraba. Francia, quizá. Puede que Italia. No importaba. En ambos lugares había una embajada estadounidense. Todo lo que tenía que hacer era llegar a ella y contarles que me habían secuestrado. Y entonces me pondrían en el primer avión de vuelta

a Estados Unidos. Cuando llegase allí, no volvería a marcharme nunca.

Mi torturador se marchaba durante el día, o al menos se iba a un lugar al que yo no tenía acceso. Había guardias patrullando por el interior de la casa, vigilando todas las salidas y ventanas. Había cámaras en todas las habitaciones, incluyendo el dormitorio. Yo no tenía ni una pizca de privacidad. Él vigilaba hasta el más mínimo de mis movimientos, como si yo fuera un perro.

Yo pasaba el tiempo en mi habitación, saboreando las dulces horas hasta que él volvía de lo que coño fuese que hiciera. Cada día, me tomaba brutalmente. La única excepción era cuando estaba enfermo. Hasta aquel momento, eso sólo había sucedido una vez.

No había relojes ni dispositivos electrónicos en la casa, aparte de un sistema de sonido integrado en las paredes. Yo no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Parecía una eternidad, pero es posible que sólo hubieran sido unas cuantas semanas. Quizá un mes.

Pero daba la sensación de ser toda una vida.

Como durante el día no había nada que hacer, yo me echaba muchas siestas. Pasaba mi tiempo libre recuperándome de las heridas que me infligía. Me dolían las costillas en todos los puntos en los que me había dado patadas, y tenía la espalda llena de verdugones. Se sacaba el cinturón y me azotaba con él, prestando especial atención a mi trasero.

Advertí que nunca me pegaba en la cara, al menos no con la fuerza suficiente para magullarme. Y nunca me hería de rodillas para abajo. También se libraban mis hombros y mis brazos. Lo peor del castigo recaía sobre mi espalda y mi culo.

Quizá no quería que nadie supiera lo que me hacía.

Aquello me daba cierta esperanza. Si venía algún visitante a la casa, podría contarle que me estaban reteniendo contra mi voluntad. Podría enseñar todas mis marcas y moratones. Entonces llamarían a la policía por mí. Nadie podría escuchar todo aquello, y no hacer nada.

Supe que había llegado cuando oí su voz haciendo temblar la casa.

—¿Dónde está mi coñito?

«Qué apodo tan encantador».

Un segundo después, entró en mi dormitorio, vestido con un traje nuevo como si acabara de salir de una honorable reunión de negocios. Debía de ganar su dinero con actividades criminales. Era la hipótesis más probable. Nadie tenía tal cantidad de riquezas a menos que estuviese infringiendo la ley.

Se acercó a la cama y me agarró por el tobillo, arrastrándome a la fuerza hacia el borde, hasta que estuve debajo de él.

Odiaba lo fuerte que era.

—¿Me has echado de menos?

—Aunque estuvieras muerto, no te echaría de menos. —Le di una patada en la mano y retrocedí.

Cada vez que lo desafiaba, a él parecía gustarle.

—Después te azotaré por eso. Pero por ahora, hay algo de lo que debemos hablar.

Aquello debería ser bueno.

—Francine. —Chasqueó los dedos como si estuviera llamando a un perro.

Una mujer joven entró obedientemente en la habitación. Vestía ropa de diseño y tenía una melena sedosa. Me recordaba a la estilista que me había arreglado antes de la subasta.

—Estoy preparada, señor.

—Mi querido coñito, esta mujer te va a arreglar para esta noche. Doy una cena y me gustaría tenerte como invitada.

¿Una cena? ¿Querría eso decir que iba a haber más gente? Sonaba demasiado bien para ser verdad.

—Coopera —me ordenó—. Si se lo haces pasar mal, te colgaré hasta que te desmayes.

Nada nuevo a estas alturas. No era divertido.

—¿Me has entendido?

—Que te jodan. —Aquella era mi respuesta habitual. No sentía deseos de cambiarla.

Se volvió hacia ella, divertido.

—Es una buena pieza.

—Ya lo veo —dijo ella con una sonrisa.

Ahora la fulminé a ella con la mirada.

—¿Sabes que soy una esclava, y continúas trabajando para él? ¿Te das cuenta de lo fácil que es que hubieras acabado en mi lugar? Estás más enferma que él.

Francine se tragó mis palabras sin la más mínima reacción. Rebotaron contra su rostro inexpresivo, evaporándose en el aire.

—Necesita un collar.

¿Perdona?

—De lo contrario, no trabajaré con ella. —Francine cruzó los brazos sobre el pecho y me contempló como si yo fuera una molestia. No le pagaban lo bastante para vérselas conmigo.

Sentí un poco de pena por ella... *o no.*

—Tienes razón —concedió él—. Me parece bien. —Se sacó un aro metálico del bolsillo. Tenía el mismo aspecto que una pulsera de plata, simple y sin adornos. Me la colocó en la muñeca y después colocó un mando sobre ella, bloqueándola alrededor de mi muñeca.

Yo sabía lo que era aquello. Ya me habían puesto antes una de aquellas cosas.

«Hijo de puta».

Le tendió el mando a Francine.

—Ya no debería darte ningún problema. Pero no dejes de vigilarla. Si tienes pensado cortarle el pelo, ácala. Intentará agarrar cualquier cosa.

Fuese o no una persona inocente, me la cargaría si debía hacerlo. Estaba

allí por elección propia, lo que la ponía directamente en mi camino. Y había que eliminar a cualquiera que se interpusiese en mi camino.

—Entiendo. —Tenía una voz lírica, del tipo que escuchabas en una canción.

¿Por qué no la quería a ella mi captor, en vez de a mí? Ella era más guapa. Tenía las tetas más grandes. ¿Qué le fascinaba tanto de mí? ¿Por qué no la ataba simplemente, y se la quedaba como nuevo juguete?

En aquel momento, me di cuenta de que aún no sabía cómo se llamaba mi torturador. Nunca se lo había preguntado, y él nunca me lo había dicho. Seguía sin importarme conocerlo. Pero es posible que después fuese de utilidad. Cuando llegara a la embajada, mi primer objetivo era ser libre. Pero mi segundo objetivo era cargármelo.

Y para eso, necesitaba un nombre.

FRANCINE ME ARREGLÓ DE ARRIBA ABAJO. ME CAMBIÓ EL PELO, CORTÁNDOME los mechones largos y apagados. Aplicó una serie interminable de productos nutritivos por las capas, dándole un brillo lleno de vida. Tenía un resplandor saludable, igual que el suyo. Me rizó las puntas, haciendo girar el pelo hacia adentro para enmarcarme la cara. Después, me maquilló. Me alargó las pestañas y les aplicó toques de rímel. Aplicó capa tras capa, y pronto me transformé en una persona diferente. Tenía los ojos grandes y marcados. Me pintó los labios de rojo rubí, contrastando con mi tez pálida. La base que trajo con ella fue capaz de ocultar hasta el más mínimo de mis defectos. Si me mirabas, nunca conseguirías averiguar que me estaban violando y pegando diariamente. No te darías cuenta de lo que estaba sufriendo constantemente. Parecía una persona normal.

—Entiendo su obsesión contigo. —Francine me pasó los dedos por el pelo castaño oscuro—. Eres verdaderamente guapa. Ya sabes, del tipo

natural. No necesitas maquillaje y ropa bonita para estar increíble. Pero claro, siempre ayuda.

La fulminé con la mirada en el espejo.

—Vaya, ahora me siento muchísimo mejor.

Ella ignoró mi sarcasmo.

—Ahora ya sólo nos queda ponerte el vestido, y estarás preparada para la cena.

Aquello era lo único bueno de mi cautividad. No me hacía pasar hambre. Podía comer cuando quisiera y todo lo que quisiera. Su objetivo era ocultar lo abusivo de mis circunstancias manteniendo mi peso en un nivel saludable. Si fuese más lista, me mataría de hambre hasta que se me llevara la muerte. Pero era demasiado débil para hacerlo. La comida me gustaba demasiado.

Francine volvió con un vestido de noche largo de color gris. Tenía una profunda abertura en la parte delantera que dejaba mi escote al descubierto. No llevaba el nombre del diseñador por ninguna parte, pero yo sabía que era un vestido único. Fuese quien fuese el que venía a cenar, era importante.

—No voy a ponerme eso.

—Venga... —Intentó recordar mi nombre, pero se dio cuenta de que no lo sabía. El único nombre que conocía era «coñito»—. No quiero tener que usar la Taser, pero lo haré. Sólo porque sea una mujer no quiere decir que no vaya a hacerte daño.

Le eché un vistazo al vestido que tenía en las manos antes de volver a mirarla iracunda.

—Cuando salga de aquí, te encontraré y te mataré por decirme eso.

Sus labios permanecieron firmemente apretados y no hubo cambio alguno en su mirada. Aquellas palabras no le afectaban en lo más mínimo.

—¿Quieres que te traten mejor? No es difícil conseguirlo.

—¿Escapando?

—No. ¿Quieres que Bones te trate mejor? Entonces dale una razón para hacerlo.

¿Bones? ¿Aquel era su nombre? Era lo más estúpido que había oído nunca.

—Joder, ¿no podía haber escogido un nombre peor? —Me reí de verdad por primera vez desde que me habían atrapado.

—Le llaman Bones por una razón. —Continuó sosteniendo el vestido, pero se le estaba acabando la paciencia—. Conserva un hueso de cada una de sus víctimas. Tiene toda una exposición en su casa; un recordatorio de lo que les sucede a los que lo hacen enfadar.

Tragué para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta al imaginarme aquella sala. Casi podía ver los fémures y las tibias pegados a las paredes. Me imaginé manos y pies saliendo de arcones negros. El pensamiento era tan demencial que un escalofrío me recorrió la espalda.

—No seas su próxima víctima. ¿Crees que te trata mal? Todavía no has visto todo su potencial.

¿Cuánto peor podía ser?

—Pronto, te romperá una pierna, sólo para hacerte gritar. Te hará cojear por la casa durante una semana, obligándote a llevarle un vaso de *whisky* escocés o el mando de la televisión, nada más que para verte sufrir. Únicamente cuando se canse de ello llamará a un médico.

Acababan de ponérseme oficialmente los pelos de punta.

—Sí, puede ser mucho peor. Así que estate agradecida.

¿Cómo podía estar agradecida? Mi captor estaba aún más enfermo de lo que pensaba. Sólo era cuestión de tiempo que se aburriera de sus tormentos habituales y me hiciera sentir un nuevo nivel de dolor.

A pesar de lo mucho que hirió mi orgullo, hice la pregunta que quizá me salvase la vida.

—¿Cómo consigo que me trate mejor?

Sonrió, victoriosa.

—Eres una chica lista. Eso pensaba, a pesar de esa lengua que tienes.

—¿Vas a contestarme, o qué?

Me indicó con un gesto que me levantara de la silla y me pasó el vestido por la cabeza. Me dio la vuelta y me subió la cremallera de la espalda, ciñéndome el vestido a la cintura. Alisó los pliegues de la tela. Me sentaba como si me lo hubieran hecho a medida. Después me puso un collar de plata alrededor de la garganta, dándole el toque perfecto al conjunto.

No me reconocía en el espejo. Era la primera vez que me veía limpia en muchísimo tiempo. Me duchaba todos los días, pero no tenía productos para el pelo. No tenía nada que pudiera usarse ni remotamente como arma. Hasta tenía prohibido el secador, por lo que tenía que secármelo con una toalla. Las ropas que llevaba eran viejas y estaban dadas de sí, como si otra esclava las hubiese llevado antes. La transformación era muy apreciable, como la de una oruga convertida en mariposa. Ahora era una persona diferente.

Me colocó las manos en los hombros y contempló mi rostro en el espejo.

—Es muy sencillo. Haz que se enamore de ti.

BONES ME MANDÓ LLAMAR PARA QUE ME UNIESE A ÉL EN EL PISO DE ABAJO para la cena. Yo llevaba el vestido plateado y costosas joyas, además de unos tacones que me hacían parecer ocho centímetros más alta.

Francine me había dicho que tendría que lograr que se enamorase de mí. ¿Pero podría un villano, un psicópata, sentir algo remotamente parecido al amor? ¿Le importaría siquiera? ¿Me vería como a un ser humano? Estaría bien que no me pegasen y me violasen todos los días. Si conseguía que se enamorara lo bastante de mí, ¿me dejaría marchar?

¿Era aquello posible?

Bajé la imponente escalinata y mantuve la mano en la barandilla para no tropezarme. No estaba acostumbrada a llevar tacones, ni tampoco a bajar escaleras con ellos.

—Aah... aquí está. —Bones se levantó de su silla en la cabecera de la

mesa. Había cuatro hombres sentados con él, bebiendo *whisky* escocés y *bourbon*. Todos llevaban trajes oscuros similares al que lucía él. Se pusieron en pie, observando cada paso que daba.

Los hombres tenían un aspecto igual de aterrador.

Llegué al final de la escalinata y acudí a su lado, siendo obediente por primera vez.

Él sonrió y después me miró de arriba abajo, apreciando el trabajo que Francine había hecho conmigo. Había partido de la nada y me había convertido en alguien que no resultaba repulsivo. Me cogió la mano y por primera vez, se la llevó a los labios y me besó los nudillos.

Todavía me daban ganas de vomitar.

—Deja que te presente a mis amigos. —Apartó la silla que había junto a la suya y me ayudó a sentarme.

No sabía que tenía tan buenos modales.

—Estos son Alfonso, Ricardo, Jermaine y Simon.

Cada uno de los hombres inclinó la cabeza en un saludo al ser presentado.

—Vosotros podéis llamarla Esclava. —Bones me sirvió una copa de vino—. Porque eso es exactamente lo que es.

El color escapó de mi cara al entender lo que acababa de decir. Me había presentado como una esclava, lo cual significaba que estos hombres sabían exactamente lo que yo era. No les importaba que me hubieran secuestrado. Les daba igual que me hubieran arrebatado mi vida. Ni siquiera pestañearon al escuchar las palabras de Bones.

¿En qué tipo de mundo estaba viviendo?

—Esclava se unió a mí hace un mes —dijo Bones—. Se ha adaptado bastante bien. Es fiera y combativa. Es la primera vez que veo a una esclava con agallas. Así es como supe que debía tenerla.

Alfonso estaba sentado frente a mí, y dio un largo sorbo a su *bourbon* mientras me contemplaba fijamente. Me follaba con los ojos igual que había hecho el hombre del barco... justo antes de que le rompiera el pene.

—Llegó a matar a uno de los hombres que la capturaron —declaró con orgullo—. Robó una pistola y después le disparó en el estómago.

Ricardo asintió, impresionado.

—Es una luchadora.

Había un cuchillo junto a mi plato. No era un cuchillo de carne, pero aún así tenía el filo de sierra. Podría apuñalar a uno de ellos en la yugular y hacer que muriera desangrado. Por supuesto, Bones sería mi primera víctima. Pero los otros hombres seguramente llevaban pistolas y acabarían conmigo al instante.

—Es un bonito regalo —dijo Simon—. Te lo agradecemos.

—Así es como hacemos negocios, chicos. —Bones levantó la copa en homenaje, y después bebió.

¿Un bonito regalo? ¿Qué demonios significaba aquello?

Un camarero trajo nuestros platos y los puso delante de cada uno de nosotros. Era una tierna carne de ternera con arroz y verduras. No me gustaba mucho la ternera, pero no tuve otra opción que comérmela. Si no lo hacía, me ganaría una bofetada.

No podía dejar de pensar en lo que había dicho aquel hombre. Yo era un regalo. ¿Pretendía compartirme durante la noche? La idea era aún más repulsiva que estar sola con Bones. Aquellos hombres carecían de límites. Podrían usarme hasta casi matarme, porque podrían marcharse justo después.

¿Pero me habría comprado Bones por tres millones de dólares para luego compartirme?

—Les servirás igual que me sirves a mí. —Me acercó la copa de vino, exigiéndome dar un trago.

Ahora quedaba confirmado.

—Si alguno de estos hombres me toca, les arrancaré sus partes de un mordisco.

Bones no se tomó en serio mi amenaza. Se rio, de hecho.

—Qué dulce, no quiere estar con nadie más que conmigo.

Todos los hombres se rieron juntos.

Esto era cualquier cosa menos gracioso.

—Lo digo en serio —solté—. Si me tocáis, os mato.

—Dado que vas a estar colgando del techo, me gustaría verte intentarlo —me advirtió Alfonso.

Clavé la mirada en sus profundos ojos pardos y se me revolvió el estómago. Era como el barco de mercancías, otra vez. No me iba a violar un solo hombre, sino cuatro más. Me volví hacia Bones, odiándolo aún más todavía.

—Te gastaste un montón de dinero en mí, sólo para darme en préstamo. No es muy buena inversión.

—Mis esclavas sólo duran unos cuantos años. —Lo dijo con toda sencillez, como si estuviéramos haciendo planes para unas vacaciones—. Por lo general mueren de lesiones internas o de una enfermedad.

Mi mano se alargó a por el cuchillo a la velocidad de la luz. No me importaba morir aquella noche. Prefería morir de un tiro en la cabeza que de una hernia.

Bones me inmovilizó la muñeca como si hubiera estado esperando que yo hiciera aquello.

—Qué lástima. Pensé que estabas aprendiendo. —No me soltó la muñeca. La mantuvo agarrada, amenazándome en silencio.

La antelación era peor que el propio dolor.

Brutalmente, me retorció la muñeca, haciendo que me lagrimearan los ojos del dolor. Me incliné sobre la mesa, intentando no gritar mientras me dislocaba la muñeca con un seco giro de la suya.

—Les chuparás la polla hasta que tengas los labios enrojecidos y arrugados. Te darán por el culo y te la meterán por el coño. Y te pegarán hasta casi quitarte la vida. Así que disfruta de la cena, mientras todavía puedas. —Me soltó la muñeca de un brusco empujón, obligándome a reclinar me en la silla.

Los hombres seguían comiendo como si nada hubiera sucedido. La violenta manera en la que Bones me acababa de tratar no significaba nada para ellos. No les quitó el apetito. De hecho, parecían aún más hambrientos.

La muñeca me latía tan fuerte que ni siquiera podía usarla.

Bones señaló mi plato.

—Come. Ahora.

No lo desafié de nuevo. Utilicé la mano izquierda para comer, aunque no tenía ni rastro de apetito. Intenté contener las lágrimas mientras la aterradora verdad se posaba sobre mí. Estaba a punto de ser violada: por cuatro extraños a la vez.

CROW

ME SENTÉ ANTE LA CHIMENEA DE MI ESTUDIO Y OBSERVÉ BAILAR LAS LLAMAS. Chasqueaban y reventaban, enviando chispas al fondo de la chimenea. La campiña estaba cubierta de niebla debido al persistente invierno. Rara vez lucía el sol.

Mi licorera de coñac reposaba sobre la mesa junto a mí, y me serví otra copa, aumentando mi entumecimiento con cada trago. El coñac era añejo y de buena calidad, el mejor que había probado nunca. Cada botella costaba una fortuna, pero yo me negaba a beber otra cosa.

El coñac era mi único amigo.

Yo miraba fijamente los cuadros de la pared, los originales que habían pintado exclusivamente para mí. Mostraban la frondosa campiña, las colinas de viñedos que llegaban hasta el sol asomándose por el horizonte. Había casas de adoquines en la distancia, antiguas como el propio tiempo.

Los cuadros solían hacerme feliz.

Ahora sólo me hacían desdichado.

Sonó un suave golpe en la puerta.

—¿Sí? —Mis sirvientes nunca abrían la puerta sin mi permiso.

—Cane ha venido a verle. —La queda voz de Patricia resonó a través de la puerta.

No quería ver a mi hermano. No quería ver a nadie. Las últimas veces que

había venido, lo había despedido, negándome a mirarlo. El dolor era mejor disfrutarlo a solas.

Lo único que quería era estar solo.

—Dile que estoy ocupado.

Ella no se movió de la puerta, haciendo una pausa.

—¿Qué pasa, Patricia?

—Me dijo que diría eso... también que no piensa marcharse hasta que lo reciba.

Cane ponía mi paciencia a prueba, igual que cuando éramos niños.

—De acuerdo. Hazlo pasar.

—Sí, señor. —Sus pasos alejándose señalaron su partida.

Me serví otra copa y mis ojos volvieron a posarse en las llamas. Estaba sentado en el lujoso sillón, mi lugar favorito cuando se me tragaba la depresión. Nadie se sentaba nunca en el otro asiento. Ni siquiera estaba seguro de por qué había dos.

Cane entró unos segundos después. Llevaba una poblada barba por falta de afeitado, y todavía le ardían los ojos con una ira que nunca moriría. Advirtió el coñac sobre la mesa y se sirvió una copa, igual que se permitía hacer con todas mis cosas.

Se sentó en el otro sillón y se puso frente al fuego.

Durante un rato, un cómodo silencio llenó la habitación. Nuestra camaradería fraternal combatía el dolor que ambos sentíamos. Pero después se impuso la realidad. Nuestra familia había empezado con cinco miembros, que después fueron cuatro. Y luego había pasado a tres.

Ahora éramos los dos únicos que quedábamos.

Él rompió el silencio.

—Hace tiempo que no te veo.

—Sí. Yo tampoco te he visto a ti.

—Me sorprendería que lo hubieras hecho, porque estás evitando a todo el mundo.

—No estoy evitando a nadie. —Hice girar mi copa—. Simplemente, no quiero ver a nadie. Nadie me cae bien. Hay una diferencia.

—Pero no fuiste al funeral de Vanessa.

—¿Qué sentido tiene? —pregunté fríamente—. Le dije adiós cuando sus sesos me salpicaron toda la puta chaqueta. Le dije adiós cuando sus ojos se clavaron en los míos justo antes de apagarse. Cane, yo ya me había despedido. —Me llevé la copa a los labios, consolándome con el líquido que me hacía arder por dentro.

—A mamá no le habría gustado.

—Bueno, ella también está muerta. Nunca conoceremos sus sentimientos al respecto.

—Simplemente, me pareció frío.

—Soy una persona fría. No debería sorprenderte tanto.

Sus ojos se desplazaron hasta los cuadros de la pared, las obras de arte originales que cubrían la mayoría de las paredes de mi casa. Estaban orgullosamente expuestas, obras magníficas que representaban la belleza del mundo.

—Lo que tú digas, tío. —Volvió a mirar las llamas, con los dedos tamborileando sin cesar sobre la copa—. Me parece que ya nos hemos tomado tiempo suficiente para llorar su muerte.

Yo no lo había hecho, para empezar.

—Llevo listo para la venganza desde la noche en que murió. Sólo te estaba esperando.

—¿Tienes algún plan?

Yo pasaba la mayor parte del tiempo calibrando posibilidades. No me limitaba a vengarme de las personas que se enfrentaban a mí. Los mutilaba, los humillaba para que todo el mundo lo viese. Preparaba estas cosas con bastante minuciosidad, tomándome mi tiempo hasta que llegaba la oportunidad perfecta.

—Quiero hacer exactamente lo que él nos hizo; pero hacérselo a él.

—¿Y eso qué quiere decir, exactamente?

—Quiero coger a una persona a quien ame y torturarla sin piedad. Quiero que intente dormir cada noche, sabiendo que la tenemos. Que está siendo estrangulada, violada y golpeada hasta perder el sentido. Y entonces, cuando piense que la va a recuperar, será el momento en que apretemos el gatillo.

—Suena justo. Pero hay un problema.

Yo ya sabía cuál era el problema.

—No tiene a nadie. Ni familia. Ni amigos. Ni mujer. Ni hijos.

—Todo el mundo tiene a alguien.

Hasta yo lo había tenido en un momento dado.

Él sacudió la cabeza.

—Es implacable por una razón. No ama nada ni a nadie, excepto el poder.

—Sucederá. Sólo tenemos que esperar.

—¿Esperar durante cuánto tiempo? —preguntó.

Durante toda mi vida, si era necesario. La venganza era como una carrera de fondo, no de velocidad. Requería tiempo y planificación. Exigía una paciencia inquebrantable. Debía ser justo la adecuada. Tenía que ser perfecta.

—Todo el que sea necesario.

PEARL

NO ME PODÍA MOVER.

Me dolía todo. Tenía algunas cosas rotas. Había muchísima sangre.

Agonía.

Me desmayé unas cuantas veces, y me inyectaron un estimulante en el cuerpo, forzándome a despertar con un sobresalto. Me latía el corazón con tanta fuerza que casi me dio un infarto.

Eran mucho peores de lo que Bones había sido nunca. Se turnaban para torturarme, golpeándome la cabeza contra la pared antes de meterme sus penes peludos en la boca.

Había sido la peor noche de mi vida.

Hacía parecer las sesiones habituales con Bones una verdadera minucia.

Ya no podía aguantarlo más. Pensaba que era fuerte. Pensaba que era inquebrantable. Pero rápidamente me di cuenta de lo débil que era. Estaba doblegándome ante la presión, cediendo. Mis sueños estaban poblados de pesadillas, y ni siquiera mientras dormía podía encontrar una salida. Cada minuto que continuaba viva era una tortura.

El suicidio era la única opción que me quedaba.

A menos que pudiera persuadir a Bones de que me quisiera. Si conseguía que me apreciara, que me amara incluso, se pondría tan celoso que nunca dejaría que me tocara otro hombre. Se sentiría fatal al hacerme daño. Quizá

podiera verme como a una igual. Quizá pudiera acariciarme, en vez de darme bofetadas.

Quizá todo fuese diferente.

Bones me dio cinco días para recuperarme. No se pasó por mi habitación exigiendo sexo. No me metió su enorme sexo en la boca, ordenándome que se lo chupara. Me dejó en paz.

Por primera vez.

Yo sabía que debía aprovechar su clemencia y sacarle todo el partido posible. Tenía que hacer mi movimiento, manipularlo para que pensara que yo era algo que merecía la pena proteger, y no herir. ¿Pero qué era lo que quería un hombre como aquel?

Le encantaba mi combatividad. Le encantaba mi resistencia. Debía conservar ambas para hacerlo feliz. Pero tenía que cambiar algo. Debía tratarlo de forma diferente. Debía probar que lo quería; aunque lo odiase.

UNA NOCHE BAJÉ A CENAR CON UN BONITO VESTIDO QUE HABÍA ENCONTRADO en el armario. Alguien se ocupaba de hacer mi colada, colocando toda mi ropa limpia en su sitio. Cada noche, pasaban a por mi cesto de ropa, y cada mañana me la devolvían limpia.

El vestido era color burdeos, que le sentaba bien a mi piel y también pegaba con mi pelo. Me maquillé y peiné yo misma, intentando ponerme tan guapa como lo había hecho Francine.

Esperaba que fuese suficiente.

Bones estaba sentado en la mesa con el móvil en la mano. Estaba leyendo la pantalla, desplazándose por lo que parecía ser un *e-mail*.

Yo me senté a su lado, permitiendo intencionadamente que mi rodilla tocara la suya.

El levantó la vista al darse cuenta de mi presencia. Me miró de arriba

abajo, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Parece que te encuentras mejor.

—Sólo necesitaba unos cuantos días para recuperarme. —Me pusieron un plato delante, y yo comí con los modales de una reina.

Él no dejaba de mirarme.

—Los muchachos me dijeron que se lo pasaron bien.

—Sospecho que sí. Yo no.

Soltó una risita.

—No me sorprende.

—No me divertí porque no eran tú. —Intenté sonar tan convincente como pude.

—¿Oh, en serio? —preguntó—. Yo te doy el mismo asco.

—Sí. —Tenía que mantener la historia creíble. De lo contrario, nunca funcionaría—. Pero no hacían las cosas de la forma correcta. No me poseyeron como lo haces tú. Eran niños que no tenían ni idea de lo que hacer con la polla cuando se les ponía dura. —Mantuve la farsa comiendo, fingiendo que todo era perfectamente normal.

Cuando se quedó en silencio, supe que estaba considerando la idea.

—Cuando tú me haces daño, no me gusta. De hecho, lo odio. Pero a veces... —Me llevé la copa de vino a los labios—. Da igual. —Di un largo sorbo, necesitada del alcohol para templarme los nervios.

—No —susurró. —¿El qué?

—A veces... me gusta. —Únicamente conseguí decirlo debido a mi determinación por sobrevivir. Tenía que hacerlo para protegerme. Tenía que hacerlo si quería cualquier clase de futuro en el que no me azotaran.

Se le oscurecieron los ojos de lujuria.

Yo corté la carne y comí en silencio.

—No son hombres de verdad. No son a lo que estoy acostumbrada.

Su mano se posó sobre mi muslo bajo la mesa.

Me volví hacia él, con una mirada iracunda en los ojos.

—¿No me vas a dejar terminar de comer? ¿Eres así de bárbaro?

Sonrió antes de retirar la mano.

Había retirado la mano.

—Cuéntame cosas sobre ti.

—¿Sobre mí? —Nunca antes me había hecho preguntas. La única vez fue cuando me preguntó mi nombre. Excepto aquello, no demostró ningún interés por mí como persona.

—Sí.

—No hay mucho que contar. Desde que me convertí en esclava, mis actividades extracurriculares se han resentido bastante.

Se rio por lo bajo, divertido.

—¿Qué hay de tu vida en América?

—Trabajaba como ingeniera mecánica para el estado de Nueva York. Ayudaba con diagramas de edificios y puentes. Me gradué en la Universidad de Nueva York y desde el año pasado vivía con mi novio. No tengo familia porque los servicios de protección de menores me separaron de mis padres a los diez años. Crecí en un hogar de acogida hasta hacerme adulta.

—Qué vida tan interesante.

—Supongo. Aunque algunos podrían decir que es patética.

—¿Patética? —preguntó.

Eché una mirada alrededor del comedor. Del techo colgaba una araña de cristal hecha de cristal puro. Las copas de las que bebíamos tenían filo de oro. La cubertería y la vajilla eran dignas de un rey.

—Nunca he conocido un lujo como este. Nunca he conocido a personas ricas, ni he tenido cosas bonitas. Mi vida debe de parecer aburrida en comparación con la tuya.

—Probablemente —aceptó.

«Gilipollas».

—Pero creo que tú eres interesante.

—Porque tengo tetas y culo —dijo secamente.

Sonrió.

—Sí. Pero también por otras razones.

—¿Como por ejemplo? —Seguí comiendo e intenté ocultar mi emoción. El plan estaba funcionando. Estaba entablando un vínculo conmigo, cierto afecto. Podía sentirlo.

—Tú eres la primera esclava que he tenido que se resiste. Todas las demás se rendían en cuanto entraban por la puerta. Tú posees un fuego interior que me mantiene en calor. Tienes una inteligencia en los ojos que te hace especial. Definitivamente no habrían traficado contigo si no te hubieran engañado.

¿Si no me hubieran engañado? ¿Qué quería decir con aquello? Me aguanté la pregunta porque no quería irme por la tangente. Esta conversación estaba yendo muy bien, y no quería fastidiarla. No merecía la pena.

—¿Crees en el destino?

—Creo que creamos nuestro propio destino. —Le dio un sorbo a su *whisky*.

—A veces pienso que estoy en el lugar incorrecto en el momento equivocado. ¿Pero habría sucedido algo, de no ser porque estaba destinado a suceder?

—Bajo esa premisa, eso querría decir que tú estabas destinada a ser una esclava. Y sé lo mucho que lo odias. No parece que tu fe en el destino te haya sido de gran provecho.

—¿Pero qué pasa si consigo algo con ello?

—¿Como por ejemplo? —preguntó con incredulidad.

—Sé que haces algo ilegal. —Lo miré directamente a los ojos—. Sé que te ganas la vida haciendo cosas deshonorosas. ¿Qué cosas deshonorosas haces?

Se inclinó hacia delante, intrigado.

—¿Por qué lo preguntas?

—Vivir aquí ha hecho que me atraiga el poder. Odio ser la víctima. Odio ser la esclava. Lo único que deseaba era hacerle daño a Francine. No porque

ella me lo hiciera, sino porque pensaba que era mejor que yo. Todo eso me ha hecho darme cuenta de que no soy diferente de ti. Simplemente, estoy en el bando equivocado.

Me estudió atentamente. Sus ojos escrutaron mi rostro, buscando algo que yo no conseguía adivinar.

Deseé que no descubriera mi gigantesca mentira y me diese una paliza de muerte allí mismo. Mi cuerpo todavía se estaba recuperando del trauma por el que me habían hecho pasar aquellos hombres. No podría soportar más tortura. Me volvería loca.

Pero no me acusó de nada.

—¿Te gusta el poder?

Esto estaba yendo a algún sitio, y debía seguir presionando. En vez de responder, me limité a asentir.

—¿Quieres lo que yo tengo?

Volví a asentir.

—¿Por qué?

Yo no tenía una respuesta, al menos no una que tuviera sentido.

—No hay ninguna razón. El poder es un estado mental. El poder es la capacidad para controlar a las personas. Es un subidón del que nunca se baja. Es una medalla que hay que ganarse constantemente. Es un título que se puede perder. Es simplemente... fascinante. Sé que estoy atrapada donde estoy, y no tengo forma de escapar. Pero a veces... me imagino pegándole a alguien. A veces me imagino esclavizando a alguien. A veces... me pongo cachonda sólo de pensarlo.

Sus ojos no se apartaban de los míos, y apenas pestañeaba. Algo sucedió en lo más profundo de su interior. Su opinión sobre mí había cambiado, pero no tenía ni idea de cuál era ahora. Se terminó el *whisky* antes de dejar el vaso junto a su otra mano.

—Mañana hay algo que quiero enseñarte.

—¿El qué? —¿Era una sala de tortura?

—Ya lo verás.

BONES NO VINO A POR MÍ DESPUÉS DE LA CENA. SE FUE A SU ESTUDIO Y estuvo haciendo lo que demonios fuese que hiciera allí. Me dejó tranquila, pasando la noche a solas en mi habitación.

Era agradable.

Me dio la impresión de que algo bueno había sucedido aquella noche. Creo que dije lo correcto para que me viese de una forma diferente. Quizá mi hambre de poder y mi falso respeto por él habían cambiado su opinión sobre mí.

O puede que estuviese aún más cabreado.

Quizá planeaba llevarme a algún sitio horrible al día siguiente. Quizá tenía pensado llevarme al trabajo para poder follarme delante de sus empleados en medio de la sala.

Puede que planease matarme y tirar mi cadáver por ahí.

Y entonces cogería uno de mis huesos para quedárselo.

«Uf. Qué asco».

A la mañana siguiente, uno de sus muchos sirvientes llegó a mi puerta con un conjunto. Era un vestido negro de manga larga, tacones y un grueso abrigo de invierno.

—A Su Excelencia le gustaría que estuvieses preparada para salir en una hora.

¿Su Excelencia? ¿De verdad le llamaban así?

—De acuerdo. Gracias.

El sirviente salió.

Yo contemplé el conjunto que me había comprado Bones e intenté imaginarme lo que íbamos a hacer. Venía con un abrigo, lo que significaba que íbamos a salir fuera.

Fuera.

Tenía una oportunidad de escapar. Si surgía la oportunidad, no la iba a desaprovechar ni de coña. Aunque me metiese una bala en la cabeza, no lo lamentaría. Prefería morir intentando escapar que quedarme sentada en este agujero infernal.

El vestido era elegante y de tejido lo bastante grueso para mantenerme caliente a pesar del frío invernal. Los tacones no eran adecuados para estar al aire libre. Es posible que no saliéramos, después de todo. Quizá simplemente íbamos a ir de un edificio a otro.

Yo me preparé, intentando ponerme lo más atractiva posible. No quería estar *sexy*, sino guapa. Era posible que llegara a respetarme, si conseguía sacarme el partido adecuado. Puede que me viera como a una compañera, en vez de como a un coño de bolsillo.

Lo esperé en el piso de abajo, cerca de la entrada, cálidamente envuelta en el abrigo de pieles a pesar de que la casa ya estaba caldeada. Él bajó por las escaleras un momento después, llevando exactamente el mismo traje que siempre le veía puesto. Nunca cambiaba de atuendo. Siempre era un traje negro con una camisa de cuello negro debajo. Una corbata gris era el único contraste de su conjunto habitual.

Intenté fijar en mi rostro una expresión a medio camino entre el odio y el respeto. Si lo adulaba demasiado, sabría que lo estaba intentando engañar.

Llegó junto a mí y cogió la chaqueta del perchero. Era joven para tener tanto dinero, probablemente en la cuarentena. No parecía que tuviese mujer ni hijos. Pero eso era bueno. ¿Quién querría formar parte de esto de forma voluntaria?

—¿Estás preparada?

Nunca me hacía preguntas. Simplemente me decía lo que tenía que hacer.

—Lo estoy.

De repente me cogió la barbilla y me giró la cara hacia sus fríos ojos. Sus dedos me agarraban con fuerza, recordándome lo brutal que era. En los

últimos seis días, había disfrutado de un descanso de su maldad. Pero ahora volví a tener presente que seguía siendo igual de omnipresente.

—Si te escapas, te joderé tan fuerte que desearás estar muerta.

La amenaza me envió un escalofrío por la columna y me heló el cuerpo. Intentaba no tenerle miedo a nada, pero aquella afirmación me aterrorizó. Sabía lo que era que te jodieran con tanta fuerza que te hicieran sangrar. Lo sabía demasiado bien. Asentí, y sus dedos se movieron con mi cara.

—No me escaparé.

Atrajo mi rostro hacia el suyo y me dio un rudo beso en la boca. Fue lo bastante violento para magullarme. Se apartó con rapidez y después salió por la puerta de la entrada.

Nunca antes me había besado, ni siquiera de forma violenta. Con un poco de suerte, eso querría decir algo.

NOS SENTAMOS EN EXTREMOS OPUESTOS DEL COCHE.

Bones no se ponía el cinturón de seguridad para ir de un lado a otro. Era una costumbre que yo también había adquirido. O bien pensaba que era invencible, o se mantenía preparado para salir de un salto del coche en cualquier momento dado.

Yo miraba pasar los edificios mientras conducíamos hacia el interior de la ciudad. Traté de leer las señales y carteles que veía por todas partes, en un intento por adivinar dónde estaba. No vi qué daño podía hacer preguntar. Me había dejado salir de casa, así que las circunstancias parecían permitirlo.

—¿Dónde vivimos? —Escogí las palabras con cuidado, para alimentar su ego en vez de agitarlo.

—Alessandria. —Mantenia los ojos pegados a la carretera.

Aquello no me ayudaba.

—¿Francia?

—Italia. Pero estamos cerca de Francia.

Deseaba haber tenido un mapa para concretar el punto en el que estábamos. Ni siquiera sabía dónde estaba la embajada. Dudaba que hubiera varias. Probablemente sólo habría una en un área turística importante.

—Cuando estaba en el barco de mercancías viniendo hacia aquí desde América, mate a aquel hombre con un arma. No me sentí mal por hacerlo. No sentí culpa, ni remordimiento. Y cuando de hecho disfruté, me di cuenta de que me pasaba algo malo.

Él volvió la cabeza en mi dirección, intrigado por la confesión.

—Quitarle la vida a alguien es el mayor signo de poder.

—Uno de los hombres intentó violarme. Así que le di un puñetazo en la polla, y estoy bastante segura de que se la rompí. Dudo que consiga mear algún día sin sentir dolor.

Se rio suavemente, y me puso la mano sobre el muslo.

—Por eso me gustas tanto. Eres fuerte. No eres débil, como todas esas otras mujeres patéticas.

Sólo porque tuvieran miedo no quería decir que fuesen patéticas. Me enfureció que hablara de mi propio género de aquella manera. Las mujeres llevaban sin ser tratadas como iguales desde que el tiempo era tiempo. Pero contuve mi enfado y fingí que sus palabras no significaban nada para mí. Debía centrarme en lo importante. La prioridad era escapar. Ya obtendría justicia después.

—¿Cómo te ganas la vida?

—¿Cómo gano dinero? —preguntó.

—Sí.

—Soy traficante de armamento.

No estaba segura de lo que quería decir. ¿Traficaba con armas? No me sorprendería.

Aunque estaba mirando por la ventana, captó mi confusión.

—Creo armas y las vendo al mejor postor. Cada una es exclusiva, por lo

que quienquiera que la compre es el único que la tiene en todo el mundo.

Aquel era un morboso giro de moralidad.

—La gente me paga más por la exclusividad.

Realmente me hallaba en presencia de un maníaco. Era un procurador de la guerra de la droga. Era el tipo de hombre que Estados Unidos siempre andaba persiguiendo. Lo tenía ante mis narices. Era el hombre que me penetraba con violencia.

Repugnante.

—Impresionante. —Mantuve el tipo—. Ni siquiera estoy segura de cómo se empieza a construir un imperio así.

—Lleva tiempo —explicó—. Y dinero.

Yo miré por la ventana y sentí crecer mi nostalgia. Llevaba sin salir a la calle meses. Quería sentir la brisa en el pelo mientras caminaba por la acera. Necesitaba que la luz del sol me tocara la piel. Quería oler café justo al entrar en una cafetería. Puse mi mano contra el cristal, sólo para sentir el frescor del invierno. La mansión en la que vivía se caldeaba con calefacción central. Pero yo anhelaba sentir la frialdad. Tenía deseos de nieve.

Tras veinte minutos conduciendo, paramos en un mar de almacenes. Estaban cercados y eran inaccesibles a menos que pasaras por delante del guardia que había en la parte delantera y le facilitases un código. El guardia prácticamente le hizo una reverencia a Bones cuando este le dio sus datos de admisión.

¿Cómo había logrado un loco retorcido como él tanto poder? ¿Era verdad que el dinero te daba todo lo que querías? ¿Miraría la gente hacia otro lado por el precio adecuado? ¿A eso se reducía el mundo? ¿Al dinero?

Nos adentramos con el coche en el complejo hasta parar ante uno de los almacenes. Era de color azul intenso y no tenía ningún distintivo. No había señales ni direcciones por ninguna parte. Cada edificio tenía un aspecto idéntico al siguiente. ¿Cómo los distinguía?

—Ven conmigo. —Me ofreció su codo.

Yo lo miré, insegura de qué debía hacer.

Lo alargó más, observándome con desaprobación.

—Si me desobedeces te daré una paliza aquí mismo.

Pasé mi brazo por el suyo, manteniendo los ojos desviados en un gesto de sumisión. Mis dudas no se debían a una actitud desafiante. Simplemente no había entendido lo que quería. Nunca tenía aquellos gestos conmigo. Las únicas veces en que deseaba que lo tocara era cuando se la chupaba.

Entramos en el edificio y vi la fábrica a pleno rendimiento. Una cinta transportadora acarrea trozos de metal antes de ser forjados y pintados bajo un fuego intenso. Pasaba a la siguiente etapa, en la que los trabajadores montaban las piezas. Trabajaban en silencio, como hormigas dentro de un hormiguero.

Intenté ocultar mi asombro, pero mi cara no cooperaba. No podía creer lo que estaba viendo. Era imposible que esto fuese legal. ¿Cómo no se daban cuenta las autoridades italianas de lo que estaba pasando? ¿Cómo no lo atrapaban? La única explicación que encontraba era el soborno. Debía de haberles pagado por su silencio.

Bones me hizo adentrarme más en la fábrica, sin darse por enterado de la presencia de sus empleados mientras se desplazaba. Ellos tampoco lo miraban a él, aunque sabían exactamente quién era. Pasamos por diferentes áreas de montaje, serpenteando a través de diversas secciones. El calor de la fábrica resultaba incómodo. El abrigo empezó a pesarme mucho cuando la humedad se me pegó al cuerpo. Había ceniza en el aire, y me quemaba los pulmones cada vez que respiraba. Los trabajadores se encontraban en las peores condiciones que había visto nunca.

Doblamos una esquina y llegamos a una habitación en la que había hombres sentados a una mesa. Con pequeños pinceles, pintaban cada pequeño detalle en el metal de las armas montadas, retocando las imperfecciones y preparándolas para la distribución. Llevaban el rostro cubierto con máscaras para no inhalar los vapores de la pintura. Pero con toda

la suciedad que había en el aire, ¿qué importaba aquello?

Un hombre estaba sentado con la cabeza apoyada en la mesa. No parecía estar cansado, sino totalmente reventado. Todavía tenía el pincel en una mano, y la otra descansaba sobre un cuenco de pintura negra.

¿Se encontraba bien?

Bones lo divisó, y la falta de alegría de su mirada bastó para captar la atención de todo el mundo. Los hombres lo miraban de reojo, pero continuaban trabajando, haciendo todo lo posible por mantener la cabeza gacha y no llamar la atención.

Bones se apartó de mi lado y se acercó al hombre derrumbado sobre la mesa. Lo agarró de un hombro y lo sacudió con violencia. Empezó a gritarle en italiano en la cara.

Yo no hablaba italiano y no pude reconocer ni una sola palabra. Pero no me hacía falta comprender el idioma para saber lo que estaba diciendo. La cara de Bones se volvió de un tono rojo granate mientras le chillaba al hombre en la cara. Me recordó a las veces que me había gritado a mí, antes de cruzarme la cara de un fuerte bofetón.

Bones lo agarró por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta el suelo. Presionó su bota sucia contra la cabeza del hombre, obligándolo a permanecer contra el cemento.

Como si no estuviera sucediendo nada, el resto de los hombres continuaba trabajando. El sonido de las máquinas en funcionamiento nunca desaparecía del fondo. Los pistones seguían comprimiendo aire, y las cintas transportadoras seguían zumbando. No había nada fuera de lo normal.

Bones sacó una pistola y apuntó con ella al hombre en la cabeza, todavía gritándole en italiano.

Mi primera reacción fue intervenir y proteger al pobre hombre tirado en el suelo. Pero aquello arruinaría mi tapadera y posiblemente también me costaría la vida. No podía hacer otra cosa que permanecer a un lado y rezar para que aquello acabase de una manera no violenta.

Pero no fue así.

Bones le disparó directamente en la cabeza. Un charco de sangre se formó instantáneamente bajo el cuerpo, y los ojos del hombre permanecieron rígidamente abiertos.

Yo me sobresalté ligeramente cuando el sonido retumbó en las paredes. Se me revolvió el estómago. Las náuseas me abrasaban la garganta, y deseaba desmayarme. Mi mente estaba trastornada, más trastornada por aquel asesinato que por todas las cosas aterradoras que me había hecho a mí. Pero debía mantener el rostro sereno. Debía seguir avanzando. De otra manera, jamás saldría de allí. Debía centrarme en sobrevivir.

Sopló la pistola humeante antes de metérsela en la parte trasera de la pretina. Pasó por encima del cuerpo como si no estuviera allí y volvió a mi lado, buscando una reacción en mi cara.

Yo mantuve su mirada y permanecí todo lo estoica que pude, insegura del tipo de reacción que él quería.

—Eso es poder. —Habló imponiéndose a los sonidos de la fábrica, sin importarle que los trabajadores escucharan lo que había dicho—. No he sentido remordimiento ni culpa. He apretado el gatillo y me he sentido bien haciéndolo. —Me repitió mis propias palabras, pero sin tener en cuenta el contexto para nada.

Yo había disparado a alguien para sobrevivir, no para ser una jodida hija de puta.

Señaló con la cabeza a los trabajadores, que no habían dejado de trabajar en ningún momento durante la conmoción. Se centraban en sus tareas, ignorando el sangrante cadáver.

—Y ellos siguen trabajando porque saben lo que sucede cuando se pasan de la raya.

Aquello no era poder. Era gobernar por medio del miedo. Bastante diferente.

—El camino hacia el poder absoluto no es sencillo. Pero cuando llegas, el

mundo se inclina ante ti.

Yo nunca me inclinaré ante ti.

Me cogió del brazo y me guió fuera de la sala.

Le permití llevarme porque quería alejarme del cadáver. Quería alejarme del olor de la muerte. Este encierro me estaba haciendo darme cuenta de lo débil que era realmente. Siempre había pensado que era dura como el acero, pero ahora comprendía la verdad.

Nunca antes me habían puesto a prueba hasta ahora.

CUANDO VOLVIMOS A LA MANSIÓN, BONES ME SIGUIÓ A MI HABITACIÓN. CON cada paso que nos acercaba a ella, temía lo que iba a suceder. Llevaba casi una semana dejándome en paz. ¿Tenía un falso sentido de seguridad, por llevar tanto tiempo sin ser maltratada?

Entró detrás de mí y se quitó la ropa, dejando caer las prendas al suelo una a una.

El miedo se me metió en el cuerpo.

Quizá mi plan no había funcionado para nada. Quizá sólo había logrado que se obsesionase aún más conmigo. Quizá deseaba hacerme todavía más daño.

Se me acercó por la espalda y me quitó el chaquetón, tirándolo al suelo junto a sus cosas. Entonces me abrió la cremallera del vestido y tiró de él con saña, sin importarle lo caro que seguramente había sido. El dinero no significaba nada cuando tenías lo bastante.

Me cogió por el cuello y me tiró con fuerza sobre la cama.

Habíamos vuelto a la normalidad.

Se me subió encima y me dio una violenta palmada en el culo. Pero no tenía el matiz doloroso que habían tenido las otras. Me picó, pero no de manera insoportable. Su enorme mano me arrancó las bragas de un tirón, y un

instante después me penetró de un violento empujón.

Yo me quedé tumbada boca abajo e intenté conservar la calma. Cuanto más me resistiese, más me dolería.

Bones me embestía, pero no con la violencia de otras veces. En todo caso, sus movimientos eran suaves. Se balanceaba sobre mí como las olas contra la orilla de un lago. Apretaba el pecho contra mi espalda y descansaba la cara en el hueco de mi cuello. Aspiraba mi perfume y gemía mientras me la metía hasta el fondo.

Era el sexo más delicado que habíamos tenido nunca.

Yo seguía sin desearlo. Aquello quedaba claro por lo seca que estaba. No podía ocultar mi repulsión por ser penetrada contra mi voluntad. Tenía su larga erección dentro de mí y odiaba cada segundo de aquella intrusión. Pero de alguna manera, algo había cambiado.

Era soportable.

No me estaban azotando con un cinturón ni dando puñetazos en la cara. No me estaban dando por culo ni metiéndomela en la boca. Me estaban tomando con suavidad, frágilmente. Yo era un cuerpo cálido en el que correrse, pero no un saco de arena.

Nunca me había tratado tan bien.

¿Lo había conseguido? ¿Había logrado que me viese de una forma diferente? ¿Me iban a maltratar menos? ¿Sería mi existencia más tolerable? Si esperaba el tiempo suficiente, ¿podría convencerlo de que me dejara marchar?

Los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza me distraían de mi posición actual. No tenía en cuenta la forma en que gruñía cada vez que se enterraba en mi interior. No prestaba atención al sudor de su pecho al frotarse contra mi espalda. Lo único en lo que pensaba era en la libertad, y en lo cerca que estaba de ella.

CROW

DEJÉ EL SENDERO QUE TRANSCURRÍA ENTRE LOS OLIVOS Y GIRÉ POR EL camino de tierra que conducía a la casa. El pecho me reventaba por el esfuerzo, y los músculos de las piernas me hormigueaban por la afluencia de sangre.

Mi carrera matinal siempre era exactamente la misma. Esperaba hasta que el sol asomaba apenas sobre la colina, cubriendo el valle con parches de luz. Las uvas de las viñas centelleaban debido al zumo, y el rocío relucía sobre las hojas. El aire tenía una pizca de frío matinal, que ardía cada vez que entraba en mis pulmones.

Me bajé la capucha y deceleré para continuar andando. La casa de tres pisos hecha de piedra tenía un aspecto glorioso bajo el sol toscano. Las antiguas ventanas hacían pensar en tiempos diferentes, y la hiedra que se extendía desde el suelo hasta el techo de la fachada oriental convertía la casa en una obra maestra en medio de la nada.

El único momento en el que abandonaba mi hogar era para ir a trabajar. Simplemente, no había ningún otro sitio en el que quisiera estar.

Llegué hasta la entrada principal y después subí los escalones que conducían hasta las puertas dobles. Uno de mis guardias salió de la nada y me ofreció una botella de agua fría. La cogí, asentí brevemente y después entré en la casa.

—¿Qué tal la carrera, señor? —Lars, mi mayordomo, me saludó en la puerta.

—Bien. —Di un largo trago de agua antes de estirar las piernas.

—El amo Cane ha venido a verle. Está en la sala de té.

Al instante despertó en mí la irritación.

—¿Qué es lo que quiere?

—Ha dicho que era privado.

Eso era lo que siempre decía.

—Lo veré después de ducharme.

—Por supuesto, señor. ¿Qué le apetece desayunar? —Me siguió hasta las escaleras y me cogió la botella vacía de agua de la mano.

—Café solo. Claras de huevo. —Era lo mismo que pedía todos los días, pero él siempre insistía en preguntar.

—Estará preparado cuando vuelva. —Se alejó, con la botella de plástico todavía en la mano.

—Gracias, Lars.

—Un placer, señor.

ME TOMÉ MI TIEMPO EN PREPARARME, SÓLO PARA EVITARLO. MI FURIA HABÍA sido peor de lo habitual aquella semana. Las pesadillas venían a por mí cada vez que cerraba los ojos, y la cara muerta de Vanessa siempre era la protagonista.

Lars me había sugerido que permaneciese activo, que me agotara para dejar de tener sueños. Pero daba igual cuánto corriese, boxease o nadase. Mis sueños seguían siendo siempre los mismos: mi hermana muerta en mis brazos.

Me entretenía pensando en cómo iba a matar a Bones. Todo debía ser ejecutado a la perfección. Los hombres como nosotros eran difíciles de

doblegar, pero yo encontraría la forma de hacer que se rindiera, como todos los demás. Quizá lo desollara vivo. Quizá le clavara agujas en los ojos hasta dejarlo completamente ciego. Puede que le rebanara la polla y lo hiciera mirar mientras una manada de perros se la comían, si es que había suficiente para todos.

Ninguna de mis acciones tenía lugar sin ser antes cuidadosamente planeada. No era impulsivo ni impaciente. Necesitaba esperar hasta estar absolutamente seguro de mi décimo movimiento antes de hacer el primero.

Era un pelín controlador.

Entré en la sala de té y vi a mi hermano sentado en el sillón junto al fuego. En aquel preciso instante, Lars trajo el desayuno y café para ambos, poniendo en silencio la mesa con gracia y rapidez. Salió un momento después, cerrando las puertas tras de sí.

Yo me senté en el otro sillón, pero no toqué nada de lo que había en la mesa. Ambos esperamos a que Lars se fuese antes de dirigirnos la palabra. Yo tenía la certeza de que mis empleados se llevarían mis secretos a la tumba, pero eso no quería decir que regalase información así como así.

—¿Qué es lo que quieres?

Cane se sirvió una taza de café y descansó el tobillo sobre la rodilla opuesta. Llevaba traje y corbata porque acababa de salir de las instalaciones. A pesar de nuestro vínculo genético, no nos parecíamos en nada el uno al otro. Él no tenía los rasgos tan marcados como los míos, y sus gruesos músculos le daban un aspecto corpulento. Yo era lo contrario. Tenía los rasgos definidos y diferenciados, y el cuerpo musculoso y tonificado. Prefería mi apariencia esbelta y fuerte. Yo era más rápido, más ágil y podía concentrar una gran cantidad de fuerza en un solo puñetazo. Si me preguntabas mi opinión, la corpulencia de mi hermano lo hacía más lento, alargando su tiempo de reacción... y por eso siempre lo ganaba en una pelea.

—¿Estás siempre tan gruñón a primera hora de la mañana? Lo siento por Lars... —Se bebió el café solo, cogiendo la taza por el asa como si fuera de

la realeza.

—Siempre me vuelvo así de gruñón cuando te miro. —Me serví café y me lo bebí solo, igual que él. Era la única forma de saborear los preciados granos. Le había dicho que quería estar solo... varias veces. La única persona a la que soportaba era a Lars. Él no hacía preguntas. No se sentía con derecho a pedir explicaciones. Hacía su trabajo, sin emitir juicios de valor. Se limitaba a existir a mi lado, presente cuando lo necesitaba, y ausente cuando no era bienvenido.

—¿Qué tal tu carrera?

Yo odiaba la cháchara intrascendente.

—¿Hay algo sobre lo que quieras hablar?

—Siempre directo al grano... —Se sacó un trozo de papel doblado del bolsillo del interior de la chaqueta—. Tengo cierta información sobre Bones.

—¿Algo útil? —Quizá tenía una relación especial con alguno de sus sirvientes. Era posible que sintiera debilidad por algún empleado. Si había alguien que le importaba, yo lo terminaría sabiendo.

—Pues de hecho, sí. Parece que Bones se compró otra esclava justo después de... —No terminó la frase, porque ninguno de los dos necesitaba escucharlo. No nos dejábamos llevar por el corazón porque ninguno de los dos teníamos corazón—. Es americana.

—¿Qué quieres decir? —No me importaba quién era la próxima víctima de Bones. Con suerte, tendría una muerte rápida e indolora.

—Uno de nuestros infiltrados me dijo que la había llevado a su fábrica del norte de Italia.

Yo estaba a punto de darle un sorbo al café, pero cambié rápidamente de idea.

—¿Se lo enseñó todo?

Asintió.

—Al parecer, ejecutó a un hombre que se había desmayado por culpa de un ataque epiléptico. Menudo fanfarrón. —Se rio entre dientes y examinó el

papel—. Pero eso no es lo más interesante. Tiene entradas para la ópera este sábado. Y adivina quién va a acompañarle.

Yo no necesitaba la respuesta. Bones había tenido esclavas durante toda su carrera. Se quedaban en su casa, nunca vistas por ningún testigo. Les hacía lo que quería y después las desechaba. Nunca las exhibía públicamente, ni las trataba mejor que si fuesen perros.

Esta era diferente.

—¿Qué crees que significa?

—No estoy seguro —contestó Cane—. Pero sólo puedo asumir que siente un cariño especial por esta.

Yo estaba llegando a la misma conclusión.

—Nunca adivinarás cuánto pagó por ella.

Yo nunca había oído una cifra superior a un millón.

—Uno y medio.

Leyó el papel con una sonrisa en los labios.

—Tres.

Yo tenía la taza en la mano, pero no bebí. El vapor me ascendía al rostro, pero yo no me di cuenta. Lo único en lo que podía concentrarme era el sonido de la voz de mi hermano.

—¿Tres millones de dólares?

Asintió.

—Por esta tiró la casa por la ventana.

Yo no conseguía meterme aquello en la cabeza. Era la puja más alta de la que había oído hablar, al menos por una esclava. No tenía sentido gastarse tanto dinero en una esclava que moriría a los pocos años.

—Mis fuentes dicen que ella es algo fuera de lo normal.

—¿Fuera de lo normal?

—Es exquisita. Divina. Espectacular. Algo fuera de este mundo. Uno de los muchachos me dijo que era la mujer más guapa que había visto nunca. Pelo castaño largo, ojos azules y unas piernas que se alargan durante días.

—Silbó quedamente—. Ahora tengo que verla por mí mismo.

Las mujeres guapas iban y venían. Yo había visto una buena cantidad de ellas. Me había follado a una buena cantidad de ellas. No existía una mujer tan guapa como para valer aquella cantidad de dinero. Puede que fuera un hombre difícil de impresionar, pero no se me hechizaba fácilmente. Tenía el corazón de piedra, y sólo latía para mantenerme la sangre circulando. Incluso en el culmen de la pasión, el corazón me latía peligrosamente despacio. Mi cuerpo no estaba interesado en el amor. Apenas se interesaba por el sexo. Lo único que me interesaba era la destrucción.

—Estoy convencido de que no es nada demasiado especial.

—Bueno, algo especial sí que debe de tener —dijo—. Hasta un hombre rico como Bones atesora su dinero. No desembolsaría ese dinero a menos que tuviese una buena razón para ello.

—La belleza está en los ojos del que la mira. —Daba igual la opinión que tuviera Bones. Ambos éramos malvados, pero de formas absolutamente diferentes. Sólo porque él pensaba que esta mujer valía algo no quería decir que yo fuera a estar de acuerdo.

—Creo que deberíamos comprobarlo por nosotros mismos.

La fascinación que sentía mi hermano por las mujeres bonitas resultaba irritante. Se dejaba guiar constantemente por la erección que tenía dentro de los pantalones. Yo conservaba mis pensamientos para mí, guardando mi privacidad como si fuera un tesoro repleto de oro. En mi línea de negocio, no había lugar para sentimientos ni apegos. Cuando alguien me importaba, normalmente terminaba muriendo.

—No me podría importar menos el aspecto que tenga esta mujer. —Que fuera preciosa o feísima no suponía ninguna diferencia para mí.

—Quiero verlos juntos —dijo Cane—. Ver cómo la trata. Eso debería darnos una pista sobre lo que siente por ella.

Aquella no era mala idea, de hecho. Si se trataba simplemente de una esclava más, no estaría allí, para empezar. ¿Se sentaría junto a él, como una

persona? ¿O se inclinaría de rodillas todo el tiempo, demostrando su obediencia? ¿Estaría trayéndole bebidas toda la noche? ¿Para qué llevarla a ella, cuando podía hacerse atender por cualquiera de sus muchos sirvientes? Las preguntas me carcomían por dentro.

—¿Dónde se van a sentar?

—Palco izquierdo. —Leyó sus notas—. Es privado, así que aún mejor.

—¿Se ha registrado bajo pseudónimo?

—Sí.

—Entonces no sospechará de nosotros. —Podríamos enviar a uno de nuestros hombres a ocuparse de ello, pero Cane y yo teníamos un interés personal en esta gesta. Necesitábamos ver a Bones en acción con nuestros propios ojos. Necesitábamos verlo todo. Éramos los únicos que podíamos tomar la decisión correcta.

—No. Ese maldito cabrón no tendrá ni idea.

PEARL

—ESTA NOCHE VAMOS A LA ÓPERA. —BONES ABRIÓ EL ARMARIO PARA revelar el impresionante vestido que yo debía llevar—. Después de cenar saldremos para allá. Van a representar una de mis producciones favoritas.

Iba a volver a salir.

No podía creerme mi buena suerte.

Podría salir de aquella mansión sofocante, con sus aburridas paredes pálidas y falta de decoración. La alfombra no tenía un tacto suave bajo mis pies desnudos. Era fina y barata. Podría estar con otras personas, escucharlas hablar en italiano, uno de los idiomas más bellos que había escuchado jamás. Era posible que pudiera decirle a alguien que me habían secuestrado. Quizá lograra pedir ayuda. ¿Y si hubiera policía? ¿Podría tratar de escaparme?

—Nunca he ido a la ópera.

—Te encantará. Muy elegante. —A pesar de su tosca anatomía y sus costumbres enfermizas, tenía un lado cultivado. La semana pasada le había dado un tiro a alguien en la cabeza, y ahora quería escuchar a una mujer cantar.

—Gracias por invitarme. —Yo mantenía las apariencias, fingiendo tolerarlo, pero sin abandonar del todo mi combatividad. Le encantaba el fuego que ardía en mi interior. Le encantaba ser el que apagara mi llama.

—Quiero presumir de ti ante el mundo. Harás que hasta las mujeres

italianas parezcan ordinarias.

Era la primera vez que me dedicaba un cumplido que no tuviese que ver con mi vagina o mis tetas. Fue casi dulce, de un modo retorcido. Deseaba exhibir a su esclava ante los otros aristócratas de la sociedad. Pero probablemente quería fingir que yo era una cita bien dispuesta, no una cautiva.

—De eso no estoy tan segura... pero gracias.

—Vístete y nos iremos. —Salió de mi dormitorio, que seguía sin tener una puerta.

—Vale. —Me dolió la boca al pronunciar palabras de aceptación, incluso aunque no me hubiera ordenado hacer nada. Pero me reventaba actuar como su juguete, cumplir sus deseos, aunque formara parte de mi plan.

Tuve que tragarme mi irritación y continuar con ello. Cuando llegase a la ópera, encontraría la forma de escaparme. Encontraría la forma de salir corriendo. Lo único que debía hacer era conservar la concentración y morderme la lengua. Decirle lo que quería escuchar y fingir que lo respetaba era lo que me iba a salvar la vida.

Podía seguir haciéndolo.

LLEGAMOS A LA ÓPERA Y NOS ACOMPAÑARON A UN PALCO PRIVADO. NO HABÍA nadie más allí excepto nosotros dos, y un mayordomo de pie en la parte trasera, preparado para traernos cualquier cosa que le pidiera Bones.

Examiné a las personas del público, observando a todas las mujeres con sus vestidos de noche y los hombres con sus esmóquines. Las conversaciones colectivas llenaban el auditorio, y unas cuantas risas resonaban contra las paredes. Me concentré en los sonidos de sus voces, en el acento de sus palabras en italiano. Nunca había escuchado un idioma más bonito. El único idioma extranjero que había oído en Estados Unidos era el español. Aunque

el italiano era parecido, tenía sus propias cualidades únicas.

Bones se volvió hacia mí, vigilando mi expresión. Yo llevaba un collar de diamantes que me había dado, además de un vestido color verde azulado que resultaba favorecedor contra mi piel pálida y mi pelo oscuro. Era largo y estaba hecho de satén, y tenía un tacto suave contra mis piernas.

—¿En qué piensas?

Yo mantuve los ojos fijos en la sala, mirando aquel mar de gente.

—Los estoy escuchando.

—¿Por qué?

—Me encanta cómo suena su acento. Me encanta escuchar el idioma.

Él pasó del inglés al italiano, diciéndome algo que no entendí.

Lo miré sin comprender, insegura de lo que intentaba decirme.

Cuando vio la confusión en mi mirada, volvió a pasar al inglés.

—Puedo enseñarte, si quieres.

Era difícil de creer que pudiera ser tan refinado después de las cosas terribles que me había hecho. Durante toda la semana, me tomó por la noche. Aún me pegaba, azotándose el culo para excitarse, pero no me hacía sangrar como solía. Seguía penetrándose por detrás porque sabía que yo lo odiaba. Hacía cosas imperdonables, pero nunca eran tan malas como habían sido anteriormente. Y cuando Alfonso vino a casa por motivos de negocios, Bones se negó a volver a compartirme.

Me sentí muy agradecida por ello.

Mi plan estaba funcionando. Aunque no consiguiera escaparme, al menos mi situación era mejor que antes.

Él continuó mirándose fijamente, esperando una respuesta.

Finalmente encontré las palabras.

—Me gustaría mucho. Me encantaría entender lo que dice la gente.

—El idioma es más bonito cuando no entiendes lo que está diciendo la gente —dijo con una risita—. Inglés, italiano, francés... da igual. Todo el mundo habla de las mismas cosas. Todos son malas personas.

«Mira quién habla».

Un mayordomo se aproximó a nosotros con una mano a la espalda.

—¿Vino? ¿Champán?

A mí nunca me permitía pedir por mí misma. Bones se ocupaba de todo.

—Tomaremos dos copas de vino. Nada de los viñedos Barsetti. —Su voz se volvió cruel al pronunciar esas últimas palabras—. Tinto.

—Sí, señor. —El sirviente desapareció detrás de la cortina y fue a por las bebidas. Volvió un momento después y nos sirvió de una botella italiana para que la compartiéramos—. ¿Algo más, señor?

—No. —Bones lo despidió con un gesto de la mano.

El sirviente se marchó sin pronunciar otra palabra.

Yo tomé la copa y di un sorbo, necesitando el alcohol para templarme los nervios. Tenía que encontrar una manera de escabullirme de allí. Si pudiera apartarme de su lado por un solo instante, es posible que encontrase la forma de escapar. Pero no podía precipitarme. Tenía que ser paciente.

—¿Por qué no te gustan los viñedos Barsetti?

—Porque hacen pis de caballo. —Me amenazó simplemente con su tono, cerrándose al tema—. Ahora cállate la boca y bébete el vino.

Intenté no sobresaltarme ante su hostilidad y mantuve la vista baja. Había tocado un tema sobre el que él no deseaba hablar, y yo me guardaría aquella información para otro momento.

Podría serme útil.

CROW

—SE HAN APAGADO LAS LUCES Y ACABA DE ABRIRSE EL TELÓN. —CANE atisbaba por la pequeña grieta divisoria del techo—. Ya podemos irnos.

Tiré del panel y lo deslicé a través del resto del conducto de ventilación, abriendo una franja de un palmo y medio. Observábamos a la gente del público directamente desde arriba, desde la izquierda del escenario. La potente voz de la cantante de ópera levantaba ecos en el pasaje, haciendo que nos pitaran los oídos.

—Suena como el culo —dijo Cane—. No entiendo la ópera.

A mí me gustaba. Si no odiase tanto a la gente, iría más a menudo.

—Cállate y vamos a hacer esto.

Sacó el extensor con la cámara en un extremo. Lo dejó caer fuera del panel, sobre la multitud pero cerca del techo, para que nadie lo advirtiera.

Yo saqué mi móvil y comprobé la pantalla, viendo la imagen de la cámara en tiempo real.

—Más a la derecha.

Cane pulsó los botones del extensor, ajustando la cámara.

—Acerca el encuadre.

Él enfocó la cámara, capturando el palco en el que estaban sentados Bones y su cita.

—Un poco más a la derecha.

Gruñó por lo bajo e hizo algunos ajustes.

—¿Está bien ahora?

Cambié los ajustes de luz de la pantalla para obtener una imagen de mejor calidad. Cuando los tuve a ambos en el encuadre, me quedé paralizado. No había visto a Bones desde aquella noche, y cuando lo miré, me recordó la rabia que llevaba guardada en mi interior. Le vi sacar la pistola de la chaqueta y disparar a Vanessa directamente detrás de la cabeza.

Me temblaron las manos.

—¿Está bien? —repitió Cane.

Mis ojos pasaron a la mujer que tenía al lado. Llevaba un vestido verde azulado, hecho a mano por el propio diseñador, que se ajustaba a su cuerpo esbelto como si se lo hubieran hecho en exclusiva. Tenía los hombros redondeados y estrechos, y los brazos delgados pero tonificados. Hacía algún tipo de deporte en su tiempo libre, tiro al arco o escalada. El recinto del palco ocultaba la mayoría de la parte inferior de su cuerpo de la vista.

Mis ojos pasaron a su fino cuello. En el hueco de la garganta descansaba un diamante inmenso engarzado en un collar de oro blanco. Era demasiado lujoso y caro para ser algo que se hubiera comprado ella misma. Se trataba de un regalo. Y Bones no hacía regalos a sus esclavas, se los arrebataba.

La miré a la cara, viendo unos ojos azules en los que no había interés por lo que estaban mirando. Tenía la mente en otro sitio, pensativa en otro mundo. Los labios relucían de color rojo rubí debido al pintalabios que llevaba, y sus ojos resplandecían gracias al maquillaje. Llevaba el pelo en lustrosos rizos, enmarcando el contorno de su rostro expresivo. Era tan guapa como me habían dicho.

Pero seguía sin impresionarme.

—¡Crow!

—¿Qué? —Me volví hacia él, molesto por el exabrupto—. Calla la puta boca o alguien nos va a oír.

—¿Está bien la cámara o qué? Ya te lo he preguntado dos veces.

—Está perfecta. Toma. —Le pasé mi móvil.

Él sostuvo el extensor con una mano y cogió mi móvil con la otra. Silbó para sí, igual que había hecho la semana pasada.

Puse los ojos en blanco.

—Joder, está buenísima.

Yo bajé la vista al escenario y observé a la cantante emitir sus melodías a voz en cuello, ensanchando el pecho con cada nota que daba. La música era triste. Podía entender cada palabra que decía, y la canción expresaba dolor por el amor y la pérdida. Conocía aquel sentimiento perfectamente.

—Me voy a divertir un montón con ella. Me va a chupar la polla tanto que se va a asfixiar.

Volví a coger mi teléfono.

—Pensemos en eso luego. Todavía no hemos decidido si realmente significa algo para él.

—¿No estás viendo el puto diamante que lleva al cuello? —preguntó—. Esa mierda iba en el Titanic antes de hundirse.

—Pero no se tocan.

—¿Y eso qué más da? —preguntó—. Están en una cita. Sabemos lo que les hace a sus esclavas. No las saca a pasar una noche en la ciudad. Y está claro que no teme que se escape.

Yo contemplaba el pecho de ella elevarse y descender con un peso invisible. Tenía los ojos pegados al escenario, pero no parecía verlo. Sin conocerla, podía adivinar lo que estaba pensando. Tenía los labios entreabiertos por una razón.

—Ahora mismo está pensando en escaparse.

—¿Por qué lo dices?

Tamborileé los dedos sobre la pantalla.

—Tiene la cara sofocada y su respiración es superficial. Ahí están todos los signos. Está nerviosa. Está asustada.

—Puede que sólo esté asustada porque tiene a un psicópata sentado junto

a ella.

—No. Lo va a intentar.

—Esa no sería una buena idea... Él tiene guardias en la entrada. Cuando la atrape, podría matarla. Yo le aconsejaría que se quedara quietecita sentada hasta que la saquemos de allí.

—Como si fuera a estar mejor con nosotros.

Se encogió de hombros.

—Al menos nosotros somos guapos. Es posible que no le importe chuparnos nuestros pollones.

Miré la hora en mi reloj.

—Voy a pasarme por el vestíbulo, sólo por si lo intenta.

—¿Y qué vas a decir? —preguntó con incredulidad.

—No lo sé. Ya pensaré en algo. Quédate aquí, y avísame cuando pase a la acción.

—¿Cómo estás tan seguro de que va a hacer algo?

Me arrastré de espaldas por el conducto de aire.

—Se me da bien leer a las personas.

—¿Es por eso por lo que las odias tanto? ¿Porque puedes leerles la mente? —Se rio, como si fuese un chiste.

En realidad, había dado justo en el clavo.

—Limítate a mantenerme informado.

PEARL

CONTEMPLABA EL BRILLANTE ESCENARIO Y VEÍA A LOS BAILARINES MOVERSE por él, dando la clase de espectáculo que nunca pensé que tendría el privilegio de observar. El auditorio era antiguo, como el resto de Italia, y estaba lleno del pasado de la historia. Los frescos del techo sólo podían haber sido creados por un genio, y el intricado patrón de la alfombra me hacía sentirme honrada de caminar sobre ella.

Pero lo único que quería era escaparme.

El espectáculo iba por la mitad, y yo había desperdiciado todo aquel tiempo allí sentada. Si me excusaba para ir al baño, podría trepar y escurrirme por la ventana. No podía salir por la entrada, ya que era probable que tuviese allí hombres vigilando el lugar. Pero si lograba salir por algún otro sitio, seguramente podría correr hasta algún lugar.

Era bastante rápida.

Pero estaba aterrorizada. Tenía miedo de arriesgar nuestra nueva y tranquila relación si fracasaba. Se volvería contra mí y sería más implacable que nunca. Es posible que incluso me matara, enfadado por haber confiado relativamente en mí y que yo lo hubiera traicionado. ¿Merecía realmente la pena la mera posibilidad? ¿Qué sucedía si me estaba poniendo a prueba? ¿Si esperaba que huyese?

No era capaz de tomar una decisión.

No sabía qué hacer.

El corazón me saltaba dentro del pecho, y tenía las palmas de las manos sudadas. Mi garganta estaba seca y me resultaba doloroso tragar. No toqué el vino, porque era incapaz de retener nada en el estómago. Bones estaba absorto en el espectáculo, ignorante de la lucha que sostenía conmigo misma.

Si aquella noche volvía a casa con él, tendría que aguantarlo encima de mí. Me metería un consolador en el culo y después me penetraría por delante. Probablemente me amordazaría, para acallar mis gritos. No utilizaría lubricante, sólo para hacerme daño. La única manera de evitarlo era frotarme el clítoris e intentar pensar en cosas excitantes, pensar en Jacob cuando el sexo era bueno. Así su pene no me haría demasiado daño, pero él pensaría que era él quien me ponía cachonda, cuando lo único que me inspiraba era repugnancia.

No podía volver a aquello.

No quería hacerlo.

Tenía que salir de allí, aquella misma noche.

—Disculpa, necesito ir al aseo. —Me puse de pie y esperé a que me detuviera. Suponía que me agarraría la muñeca y me obligaría a volver a sentarme.

Pero me dejó marchar.

Yo me alejé y sentí cómo se me tensaban los músculos de la espalda mientras me dirigía hacia las escaleras. Me pregunté si estaría observándome, mirando cómo se me movía el culo debajo del vestido. Me pregunté si realmente confiaba en mí.

No tuve la oportunidad de pensármelo dos veces. Seguí avanzando.

Llegué hasta el final de las escaleras y eché un rápido vistazo a mi alrededor. Nadie me miraba. Nadie me prestaba atención. No parecía haber ningún hombre por los alrededores, al menos no del tipo que trabajaba para Bones.

Y entonces vi al hombre en el bar.

Con un elegante traje oscuro, estaba apoyado contra la barra, con una mano en el bolsillo. Llevaba una camisa de cuello gris debajo del traje, y una corbata de color verde azulado. La corbata tenía un estampado, pero era demasiado intrincado como para determinarlo. Su traje negro me recordó a los hombres que venían a visitar a Bones. Pero aquella tranquilizadora corbata era algo que ninguno de aquellos hombres se pondría.

Era un hombre alto, de más de uno ochenta. Tenía las piernas largas con muslos musculados, y sus hombros eran tan anchos como la envergadura de un águila. Sus dedos eran largos, masculinos y fuertes. Tenía el cuerpo esbelto y apretado, compactado a base de músculos, piel y tendones. Parecía atlético, el tipo de hombre que no engordaba por más *whisky* que bebiera.

Subí la vista por su cuello, buscando peligro en su mirada. Tenía la mandíbula fuerte, rígida y robusta. Su barba de un día parecía áspera. Si pasara mi mano por ella, podría sentir la fricción. Tenía unos labios interesantes. Eran finos y estaban apretados, lo que le daba aspecto de estar claramente insatisfecho por algo.

Cuando le examiné el rostro, me di cuenta de que me estaba mirando. Había vuelto sus ojos de color avellana hacia mí, examinándome como si supiera exactamente quién era yo. Tenía el pelo castaño oscuro y corto, cuidadosamente peinado para darle un aspecto airoso y elegante. A pesar de lo calmado y fino que parecía, sus ojos eran implacables.

Era guapísimo.

Y aterrador.

Volví la cabeza, aunque era demasiado tarde para actuar como si no lo hubiera visto. No daba la impresión de trabajar para Bones. Pero aquello no quería decir que no tuviera sus propios planes malvados.

¿Había alguna buena persona en este país?

Yo entré en el baño, y sentí cómo la puerta se cerraba a mi espalda. No vi pies por debajo de las puertas, y entonces me di cuenta de que estaba sola.

Sola.

Lo había hecho. Lo había logrado. Me temblaban las manos de emoción. Se me había olvidado respirar, porque podía sentir la libertad en la boca. Mi plan para engañar a Bones había tenido éxito, e iba a lograr escaparme.

Lo iba a conseguir.

Había una ventana a cierta altura sobre los lavabos. No era muy ancha, pero sí larga. Si conseguía trepar hasta ella y lograba abrirla, podría escurrirme hasta el otro lado. Probablemente conducía al piso que había sobre el auditorio. Todo lo que tendría que hacer era quitarme los tacones y correr.

Sin pensármelo más, me saqué los zapatos de una patada.

—No lo hagas.

Casi me muero del susto al oír su voz. Echó el pestillo de la puerta antes de entrar en el cuarto. La corbata verde azulado hacía juego con mi vestido. Si nos conociéramos, parecería que estábamos en una cita. Sólo pronunció esas tres palabras, pero sus ojos decían mucho más.

—¿Trabajas para Bones?

No me contestó.

—Este plan es estúpido. En el momento en que salgas por esa ventana, sus hombres te verán. Y él te matará.

¿Cómo sabía lo que estaba haciendo? ¿Cómo sabía lo de los hombres de Bones? ¿Por qué me hacía aquella advertencia?

—¿Quién coño eres?

—Haz lo que tengas que hacer, y después vuelve.

—¿Por qué debería confiar en ti? —No podía volver junto a aquel hombre aterrador. Simplemente, no podía.

—No te he pedido que confíes en mí. No deberías fiarte nunca de nadie. ¿Cómo crees que te metiste en este lío, en primer lugar?

—¿Disculpa? —solté—. ¿Me vas a ayudar, o a insultarme?

—No te estaba ayudando. Sólo insultándote. Ahora haz lo que te digo, o te arrepentirás.

—¿Y a ti qué te importa?

—No me importa. —Me dirigió una mirada más fría que el hielo y después salió. Cerró la puerta con fuerza tras de sí, dando un sonoro portazo.

Yo me quedé frente al lavabo, contemplando mi reflejo. No tenía ni idea de qué coño acababa de pasar. No estaba segura de que aquello hubiera sucedido de verdad. ¿Me había imaginado todo el episodio? ¿Me estaba poniendo una excusa para no escaparme?

Le eché un vistazo a la ventana que había cerca del techo y dejé escapar un sonoro suspiro. No tenía ni idea de quién era aquel tipo, pero no trabajaba para Bones. ¿Por qué había entrado a hablar conmigo? ¿Cómo sabía que pensaba escaparme? Era posible que conociera a Bones de algo. Quizá lo odiaba tanto como yo. Pero si realmente me quería ayudar, ¿no habría llamado a la policía? ¿No me habría dado su móvil?

Estaba terriblemente confusa.

Me agarré al lavabo, intentando decidir qué hacer. Aquel hombre sabía exactamente lo que pensaba hacer, y yo ni siquiera lo conocía. Si resultaba obvio para él, probablemente también fuera evidente para Bones.

Tenía que volver.

No quería hacerlo. Me chillaba la sangre en protesta ante la idea. Estaba tan cerca de la libertad, a sólo una ventana de ella.

Pero sabía que nunca lo lograría.

Los sollozos clamaban por salir de mi pecho, pero no los dejé escapar. Los mantuve bien encerrados dentro, rehusando ceder a mi dolor. No había tiempo para lamentarse revolcándose en la autocompasión. Era posible que este plan hubiera fallado, pero habría otro. Y si aquel no funcionaba, entonces habría otro más. No pensaba rendirme. De una forma o de otra, encontraría la forma de salir de allí.

Volví con Bones como la esclava obediente que era. Subí las escaleras y regresé a mi sitio, fingiendo que no acaba de intentar escapar de sus grasientas manos. Lo único que había hecho era ir al baño y retocarme el maquillaje. No había conocido a un extraño que me había dicho que volviera

al palco. Los últimos diez minutos de mi vida habían transcurrido sin incidentes.

Bones giró ligeramente la cabeza en mi dirección, valorándome. Su mirada era siniestra, como si se hubiera estado preguntando si pasaría algo más interesante. Quizá fuera una prueba.

Una prueba que yo había superado.

LA SEMANA PASÓ DE FORMA REPETITIVA.

Él llegaba a casa de trabajar, me ataba y me follaba, para después volver a su despacho y pasar el tiempo a solas. Lo volvía a ver a la hora de la cena, y después me volvía a follar antes de dormir.

Aquella era mi vida.

Yo había pasado el tiempo sumida en mis pensamientos. ¿Quién era aquel tipo que había entrado en el baño como si fuera el dueño del lugar? Me había hablado como si yo le estuviera molestando, y sin embargo fue él quien había decidido hablar conmigo.

Aquello no tenía sentido.

¿Por qué me había hecho aquella advertencia?

Él sabía lo que iba a pasar. Cuando volví a mi sitio, Bones me había mirado de una forma diferente. Había estado esperando que intentara escaparme. Probablemente era lo que quería, para poder darme una paliza de muerte.

Pero Don Misterioso y su corbata verde azulada me habían avisado de ello.

Me estaba volviendo loca. Era otro problema que no tenía solución. ¿Qué sacaba él ayudándome? ¿Qué recompensa obtenía? Ninguna que yo pudiera adivinar. Cuando llegaban hombres a la casa, yo los escudriñaba, buscando al de la corbata color azul verdoso.

Pero nunca apareció.

No descansaría hasta conocer la verdad. Necesitaba saber si era un aliado o un enemigo. No podía ser un amigo, porque habría llamado a la policía. Pero tampoco podía ser un enemigo, porque me habría dejado salir arrastrándome por aquella ventana.

¿Me estaba perdiendo algo?

ESTÁBAMOS COMIENDO JUNTOS EN SILENCIO EN LA MESA DEL COMEDOR. Tomábamos su plato favorito, lasaña con pan de ajo. Yo odiaba aquella vida y al hombre que me violaba todos los días, pero no podía negar lo buena que estaba la comida. Al menos por aquello estaba agradecida.

—Pensé que te ibas a intentar escapar.

La frase salió de la nada, y yo no pude evitar que se me crispara la mano, aunque sólo fuera ligeramente. Tenía los ojos fijos en el plato, y no deseaba mirarlo. No habíamos hablado demasiado desde la noche en la ópera. El único momento en que me dedicaba algunas palabras era cuando me llamaba «sucio coñito»: su sucio coñito.

—¿Disculpa?

—En la ópera. Pensé que ibas a intentar huir. —Siguió comiendo como si la conversación no encerrase un enfrentamiento. En muchos sentidos, no era así. De haberlo sido, me habría estampado la cabeza contra la mesa.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Desde que empecé a vivir allí, me había convertido en una mentirosa consumada. Cuando mi vida estaba en juego, hacía locuras por sobrevivir—. Entiendo lo poderoso que eres. Me lo has demostrado. ¿A dónde iría? ¿Cómo de lejos llegaría antes de que salieras a buscarme?

Era la respuesta correcta, porque le brillaron los ojos de placer. Le encantaba oírme acariciar su ego, incluso aunque los cumplidos no fueran

sinceros. Le encantaba saber que tenía un control absoluto sobre mí, fuese a donde fuese. No fingí que no quería huir. Simplemente le di la explicación que deseaba escuchar; y funcionó.

—Buen coñito.

Seguía sin cogerle cariño a aquel apodo.

—Eres más lista de lo que había supuesto. El fuego sigue ardiendo en tus ojos, más tenue, pero brillante. Pero tu cabeza toma buenas decisiones. Entiendes cuándo te superan en número y sabes cuándo ceder. Eso es lo que hacen las esclavas inteligentes. Las otras nunca fueron tan listas.

Quería clavarle mi cuchillo en la garganta. Quería rebanarle la carótida y ver cómo se desangraba hasta morir. Cuando me faltaba al respeto de aquella manera, deseaba cargármelo. Pero cuando hablaba de sus antiguas esclavas, de lo débiles que eran, me ponía totalmente furiosa. El hecho de que las hubieras matado con tanta facilidad, descartándolas como a un condón usado, me cabreaba de veras. No sólo deseaba vengarme por lo que me había hecho a mí. Quería vengarme por lo que les había hecho a todas aquellas otras mujeres.

Sabía que tenía que responder, porque me estaba mirando expectante.

—Quizá algún día podrías darme poder.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Se rio, como si la idea fuese desternillante.

—Bueno, ¿vas a quedarte soltero para siempre? ¿Nunca piensas en tener mujer? ¿Hijos? —Cuanto más lo odiaba, más duro me resultaba manipularlo. Las palabras me abrasaban la garganta al pronunciarlas.

—¿Mujer? —preguntó—. ¿Qué poder podría tener esa posición?

—¿La señora de Bones? —pregunté—. ¿Casada con el hombre más acaudalado y criminal del mundo? Me parece que es un título que automáticamente concede poder. Concede respeto. Concede privilegios. Podría acercarse a cualquiera y darle un tiro en la cabeza sin una sola consecuencia. Podría criar a tus hijos para que te respetasen y temiesen.

Suena como una posición por la que cualquier mujer mataría.

Su cena estaba a medio comer, pero él ya no le prestaba atención. Me observaba con interés, repitiéndose mis palabras en la cabeza.

—Creo que ahora lo entiendo.

¿Entender qué? ¿Sabía lo que estaba haciendo?

—Llegaste aquí odiándome. Pero ahora estás celosa de mi riqueza. De mi poder. Quieres un poco de poder para ti, incluso aunque eso signifique casarte conmigo.

«Lo que haga falta para evitar que me clave un consolador en el culo».

—Supongo que no soy tan repulsivo, al fin y al cabo. Supongo que has entendido cómo funciona el mundo real. —Bebió vino—. Admiro tu ambición. No demasiadas mujeres la tienen.

«Tengo una gran ambición: matarte».

—He pensado en casarme, pero no he conocido a ninguna mujer digna del puesto. Es posible que por fin la haya encontrado. —Chocó su copa con la mía en un brindis.

Bebí de la copa, deseando que esto fuese a parar a algún sitio que me conviniera. Si era su mujer, ¿me trataría como a una esclava? ¿Me estaría permitido salir sola de la casa? Porque en ese caso, seguro que podría escaparme.

—Sin duda.

CROW

—AHORA SABEMOS DÓNDE ESTÁ VIVIENDO. —CANE COLOCÓ MARCADORES EN el mapa—. Dos entradas. Una delante y una detrás. Yo digo que reventemos la puerta delantera con granadas y ataquemos todo lo duro que podamos.

—¿No te parece que las granadas son un poco evidentes?

—¿De qué otra manera vamos a entrar?

—¿Qué te parece trepando, culo gordo? —Mi hermano no pensaba nunca a fondo las cosas. Iba a por la vía más fácil, la más destructiva.

—¿Y se supone que treinta hombres van a trepar la puerta sin que nadie se dé cuenta? —preguntó con incredulidad—. No. Reventamos la puerta, entramos con los coches y soltamos a todos los hombres delante. Todo sucederá tan rápido que ni siquiera sabrán por dónde les ha llegado el golpe.

—Eso le dará a Bones una oportunidad de escaparse.

—No si entramos inmediatamente.

Me recliné en el sillón y me puse la punta de los dedos en los labios.

—¿Y qué pasa si reventamos la entrada, justo como has dicho? Los chicos entran y se cargan a los guardias de la parte delantera. Pero nosotros trepamos por la verja desde un lateral y nos metemos en la casa justo al mismo tiempo.

—¿Cómo una distracción?

—Exacto.

—No está mal.

—Agarramos a la chica y salimos corriendo.

—¿Y qué pasa con Bones?

Me quedé mirándolo en silencio, esperando a que continuase.

—¿Lo matamos, o qué?

La idea era tentadora. Después de lo que le había hecho a mi familia, no estaba seguro de poder renunciar a la posibilidad de hacerlo. Pero si moría, sería demasiado fácil. No sufriría. Sólo recibiría un tiro en la nuca. Aquello era demasiado bueno para él.

—No.

—¿En serio?

Sacudí la cabeza.

—Quiero que se preocupe por su esclava todos los santos días. Quiero que vomite, sólo de pensar en las cosas terribles que estaremos haciéndole, las mismas que él le hizo a Vanessa. Quiero estropearle la inversión, depreciarla tanto que no querrá recuperarla.

Cane asintió, mientras una sonrisa se le formaba en los labios.

—Me gusta. Me gusta un montón.

—Vamos a preparar este plan. Quiero hacerlo lo antes posible.

—Sí —coincidió—. Quiero follarme a esa esclava suya lo antes posible.

PEARL

NO QUERÍA SER LA SEÑORA DE BONES.

Joder, vaya nombre más feo.

Cuando la policía me preguntase por qué lo había hecho, les explicaría que porque no tuve otra opción. Era necesario para que él confiase en mí. Una vez me ganase aquella confianza, me largaría.

Y correría como una posesa.

Mi vida en la mansión se volvió aún más aburrida. Yo no tenía nada que hacer mientras él estaba en el trabajo. No tenía internet, ni juegos, ni siquiera libros. Lo único que hacía era quedarme tumbada en la cama y dejar pasar el tiempo.

Observaba al sol cruzar el cielo, intentando descubrir si realmente podría verlo moverse o no. Intenté medir el progreso con el pulgar y un ojo cerrado, pero aquello tampoco funcionaba.

Echaba de menos mi vida en casa.

Echaba de menos trabajar. Echaba de menos la ciudad. Echaba de menos a Jacob. Esperaba que estuviese bien. Aquellos hombres sólo querían traficar conmigo, así que dudaba que le hubieran hecho a Jacob nada peor que atracarlo. Probablemente había conseguido volver a casa, sano y salvo. Sólo deseaba que no estuviera perdiendo todo su tiempo preocupándose por mí. No había nada que pudiera hacer por mí, así que más valía que ni siquiera

pensara en ello.

Aquella noche, Bones y yo cenamos juntos, como hacíamos siempre. No solíamos hablar, así que no estaba segura de para qué quería que yo estuviese allí. No me hablaba sobre su trabajo. La única información que me había dado fue aquel día en la fábrica. Sabía que hacía armas y se las vendía a gente.

Pero no me hacía falta saber más que eso.

Hasta donde yo sabía, no tenía amigos ni familia. No había fotografías en las paredes ni álbumes de fotos guardados en una estantería. En aquella casa apenas había señales de vida.

No podía dejar de preguntarme cómo había terminado de aquella manera. Era un monstruo, pero ¿había sido siempre un monstruo? ¿Alguna vez fue una persona normal? Aquella era una respuesta que nunca obtendría. De cualquier forma, no cambiaría nada, así que no tenía sentido preguntar.

Cortó el pollo y comió despacio, sin apartar la mirada de su plato en ningún momento. Tomaba vino con las comidas, bebiéndose normalmente tres o cuatro copas cada noche. Cuando estaba borracho le costaba más correrse, lo cual prolongaba aún más mi dolor.

Yo me quedé mirando mi cuchillo y consideré seriamente apuñalarme con él. Quién sabía cuánto tiempo pasaría antes de tener una oportunidad para escapar. ¿Qué pasaba si no me escapaba nunca? ¿Qué pasaba si vivía allí durante el resto de mi vida? Definitivamente preferiría morir a aquello.

Cogí el cuchillo por la empuñadura y lo sostuve con firmeza, pensando en cómo sería morir. La gente decía que era doloroso y daba miedo, deslizarse en la oscuridad para toda la eternidad. Pero a mí me parecía que sería muy tranquilo.

Bones le echó un vistazo a mi mano, observando mis movimientos. Seguía sin confiar en mí. Puede que nunca lo hiciera.

—¿Qué estás...?

Una explosión hizo estallar absolutamente todas las ventanas y el suelo

tembló bajo nuestros pies. Los platos y los cubiertos se cayeron al suelo, y la vela se volcó y prendió fuego al tapete de la mesa.

—¿Pero qué coño? —Bones se puso en pie de un salto y estiró la mano hacia el arma que llevaba en el bolsillo.

Yo no había estado nunca antes en medio de un tiroteo, pero sabía lo que tenía que hacer. Volqué la mesa y la utilicé como escudo para protegerme de las balas que volaban por la habitación. Los hombres aullaban y gritaban al recrudecerse la contienda. Yo no sabía si venía de dentro o de fuera de la casa. Todo estallaba a mi alrededor, tragándoseme por completo. Me tapé los oídos con las manos porque los disparos eran ensordecedores.

Se produjo una nueva oleada de tiros y gritos. Bones les daba órdenes a sus hombres, y otro hombre reunía a sus soldados. Sin mirar por encima de la mesa, sabía que ahí fuera debía de haberse organizado un sangriento campo de batalla.

«Por favor, matad a Bones».

«Por favor».

—¿Dónde coño está la chica? —gritó un hombre.

—¿Te piensas que yo lo sé? —respondió otro.

¿Me estaban buscando a mí?

¿Había venido alguien a salvarme?

¿Se había puesto Jacob en contacto con las autoridades, habían encontrado mi rastro y me habían seguido hasta aquí? ¿Estaba siendo liberada? ¿Era este el final de mi cautividad? Era demasiado bueno para ser verdad.

Apareció un hombre junto a mí detrás de la mesa, con una pistola en la mano. Tenía el pelo castaño oscuro y ojos color avellana. Tenía una estructura ósea prominente y la mandíbula rígida. Lo reconocí en un solo segundo.

Era él.

—Vamos. —Gritó sobre el tiroteo—. Ahora.

No me lo pensé dos veces. Aquel hombre estaba allí para salvarme. Me había estado observando en la ópera para obtener información sobre mi captor. Trabajaba para las autoridades italianas. O puede que fuese de la CIA. Me daba igual. Me iba a sacar de allí de una puta vez, y aquello era lo único que me importaba.

Yo acudí a su lado, y él me cogió de la mano. Era una sensación maravillosa, ser tocada de una forma normal, no ser sexualizada o forzada. Era una mano de ayuda. Estaba allí para ayudarme, para liberarme.

Tuve ganas de llorar.

Miró asomándose por encima de la mesa hasta que se despejó la costa.

—Venga. Vámonos. —Me arrastró con él, el arma preparada por si debía cargarse a alguien. La mayoría de los hombres de Bones habían sido exterminados, pero aquel hombre seguía teniendo prisa por salir de allí.

Salimos por el lateral de la casa, y entonces abrió la puerta de atrás de un todoterreno.

—Sube.

Salté al interior y contuve las lágrimas. Me iba a casa. Volvía con Jacob. Volvía con mis amigos. Todo iba a salir bien. Vivir con aquel demonio había sido una tortura, pero de algún modo había sobrevivido.

—Písale a fondo —ordenó.

El conductor arrancó y se dirigió a la calle. Con un rápido giro, derrapó sobre la carretera y apretó el acelerador.

Ya no se veía la casa de Bones. Estaba fuera de mi visión, no era más que un recuerdo lejano y doloroso. Podía volver a respirar. Nunca más volvería a tener a aquella cosa asquerosa encima de mí. Nunca más tendría que meterme su pene en la boca. Volvía a ser una mujer libre.

Era libre.

—Muchísimas gracias. —Estaba tan contenta que me incliné y abracé a mi salvador. Tenía que ser muy valiente para entrar así en aquella casa, sólo para salvarme. Ese tipo de heroísmo no abundaba. Estaba más agradecida de

lo que podía expresar con palabras.

—Quítame las putas manos de encima. —Me empujó hacia un lado, asqueado por mi tacto.

—Lo siento... —No quería cabrear al tipo que acababa de arriesgar el culo por salvar el mío.

—No me des las gracias.

Al menos era humilde.

—Me has salvado. ¿No puedo agradecértelo?

Se sacó un par de esposas del bolsillo trasero y me rodeó con ellas las muñecas en un instante.

—No te he salvado.

El pánico me volvió a estallar en el corazón. Me quedé mirando el metal que tenía en las manos, incapaz de entender lo que estaba contemplando. ¿Qué mierda estaba pasando?

—Sólo te has librado de un monstruo para toparte con otro.

Intenté sacármelas de las muñecas con ayuda de mi propio sudor. Empecé a chillar, hiperventilando. ¿Qué hostias era aquello? ¿Por qué no dejaba la gente de tratarme como a una mula? ¿Por qué pensaba todo el mundo que tenía derecho a hacer lo que le diera la gana conmigo?

—Suéltame ahora mismo. —Le di una patada en la pierna con toda la fuerza que pude—. Te romperé la polla en cuanto tenga ocasión.

Se sacó una jeringuilla del bolsillo y le quitó la tapa con los dientes.

No. Odiaba que me drogasen. Odiaba no saber lo que me estaba sucediendo. Odiaba perder toda sensación de control.

—Para. Para. —Me escabullí hacia la ventanilla opuesta—. Me estaré callada. Pero no me pongas eso.

Volvió a ponerle la tapa y se la metió en el bolsillo.

—Un solo ruido y te clavo la jeringuilla. —Iba mirando por la ventana con los hombros relajados. Después del caos de la casa, parecía aburrido.

Primero me advertía sobre Bones, pero después me liberaba para

quedarse él conmigo. ¿Cómo era posible que aquellos criminales pudieran hacer estas cosas impunemente? Tenía muchísimas preguntas, pero no podía hacer ninguna, no sin miedo a que me clavara aquella aguja en el cuello.

Miré por la ventana e intenté conservar la calma. Las lágrimas me ardían en los ojos, pero me negaba a dejarlas salir. Aquel hombre no podía ser peor que el que acababa de dejar atrás. No era posible. Fuese a donde fuese, sería mejor que el lugar del que venía.

Sólo tenía que continuar repitiéndome aquello.

E intentar creérmelo.

CROW

PENSABA QUE LA HABÍAN SALVADO.

Idiota.

¿Creía que Bones era malo? Que esperara a pasar algún tiempo de calidad con Cane y conmigo. Le íbamos a enseñar lo que era una auténtica pesadilla. Le enseñaríamos qué aspecto tenía el mal en su forma más pura.

Probablemente cambiaría de opinión acerca de la jeringuilla.

Se quedó en su lado del coche y no emitió un solo sonido, callada como un ratón. Las muñecas esposadas descansaban sobre sus piernas, y tenía los ojos fijos en la ventana. Ligeros temblores sacudían su cuerpo. Estaba asustada, pero intentaba ocultarlo.

Si pensaba que estaba asustada ahora, se iba a llevar una buena sorpresa.

Llegamos a la base una hora después y nos adentramos en el complejo, a salvo de las miradas curiosas. Habíamos asestado un duro golpe a Bones y a sus hombres. Estaban demasiado desorientados para venir detrás de nosotros. Habíamos matado a la mayoría de los hombres que tenía en la casa, así que tendría que llamar a más refuerzos.

Estábamos a salvo. Por ahora.

El todoterreno aparcó, y salimos del coche. Di la vuelta hasta el otro lado para recoger a nuestra nueva cautiva. Abrí la puerta y la saqué de un tirón.

Casi se cayó al suelo de cemento por no conseguir mantenerse a mi paso. Siseó entre dientes debido a mi ferocidad, pero siguió sin pronunciar palabra.

La agarré por la nuca y la escolté hasta el interior. Los hombres se quitaron los chalecos antibalas y dejaron los rifles, ya pasado el peligro. Cane y el resto de los muchachos venían justo detrás de nosotros, con cierta viveza en el paso debida a la victoria.

—El cabrón ni nos vio venir. —Cane entró e inmediatamente se sirvió un *bourbon*—. Jodido gilipollas. Le pegué un tiro en el brazo sólo para hacerlo gritar. Fue increíble.

La mujer estaba de pie en medio de la habitación con las manos esposadas delante del cuerpo. Nos observaba a todos con atención, intentando encontrar una ruta de huída. Mantenía un gesto frío en la cara, negándose a demostrar temor alguno.

Le quité las esposas porque no había razón para mantenerla atada. No había ningún sitio a donde pudiera huir. Si intentaba escapar, sería un espectáculo interesante.

Cuando me acerqué a ella, me dedicó una mirada venenosa. Si hubiera tenido la oportunidad de matarme, lo habría hecho. No había aprensión en sus ojos. Me aborrecía, probablemente más que a su anterior amo.

Como si me importara una mierda.

Cane se terminó el vaso de un solo trago y después se secó la boca con el dorso del antebrazo. Se quedó mirando a la mujer con deseo, sus pensamientos perdidos dentro de los pantalones. Los otros hombres también la miraban fijamente, como si fuera el plato principal de un banquete.

Cane presionó el dorso de su índice contra la mejilla de la mujer, haciéndolo descender lentamente.

—Buf. Anda que no eres guapa.

Ella le apartó la muñeca al instante de una palmada.

—Mantén las putas manos lejos de mí.

—Joder —exclamó Cane con sorpresa—. Esta sí que es una fiera.

Después de un golpe, normalmente necesito relajarme. Voy a darme una vuelta con ella. —La agarró por la muñeca y se la sujetó detrás de la espalda—. A ver con qué estaba tan obsesionado Bones.

—Que te diviertas. —Me serví un vaso de *bourbon*—. Deja que los muchachos la prueben después.

—Pues no sé —dijo Cane estrechándola—. Es posible que tarde un buen rato. —Se dio la vuelta y la dirigió hacia el dormitorio.

La respiración de ella se aceleró, y le entró el pánico. Estampó el pie con toda la fuerza que pudo en la bota de Cane, haciéndolo gritar de dolor y soltarla momentáneamente.

Después le quitó el cuchillo del cinturón, abalanzándose de inmediato sobre el soldado que tenía más cerca y cruzándole el pecho de un tajo con tal ferocidad que parecía una asesina a sueldo.

Los hombres se abalanzaron a por sus pistolas, con la necesidad de acabar con aquella zorra antes de que causara daños graves.

Uno de los hombres saltó sobre ella desde detrás y la agarró por la muñeca, pero ella le dio un cabezazo y a continuación le tiró con fuerza del brazo, rompiéndoselo por el codo. Le lanzó un tajo con el cuchillo, haciéndolo sangrar.

La hostia.

Ella salió corriendo a toda velocidad en dirección a la puerta.

Cane agarró su arma.

—Maldita puta. ¡Cogedla!

Los hombres salieron corriendo detrás de ella, desapareciendo por el corredor. Sus gritos llegaban hasta la sala de estar principal, donde estábamos nosotros. Incluso ahora, era dura de pelar.

—Esto es un puto circo. —Dejé mi vaso de golpe y me uní a los hombres, con la necesidad de domar a aquella yegua salvaje. Atravesé trotando el corredor, siguiendo el sonido de sus voces. Me topé con un soldado muerto en el suelo con una puñalada en el pecho. Continué hasta llegar al vestíbulo

de entrada.

La mujer intentó abrir la ventana, pero estaba cerrada. Todas ellas estaban cerradas. La puerta delantera tenía echada la llave. Los hombres intentaban abalanzarse sobre ella cuando se acercaba demasiado. No utilizaban sus armas porque no podíamos matarla... todavía.

Me abrí paso a empujones entre los hombres y llegué al frente del grupo.
—Ya basta.

Los ojos de la mujer escudriñaban la habitación, buscando algo que no encontraba. Tenía la desesperación pintada en la cara. Necesitaba irse de allí, pero no podía encontrar una salida. Volvió los ojos con rapidez hacia el cuchillo, y yo supe cuál sería su próximo pensamiento.

—Detente —ordené.

Ella agarró la empuñadura y se apuntó con el cuchillo directamente al corazón.

—Ninguno de estos hombres te va a tocar. Te doy mi palabra. Detente.

Ella se apretó el cuchillo contra el cuello del vestido. No demostraba ni la más mínima duda. Aceptaba su muerte como si fuera una antigua amiga. Deseaba marcharse. Deseaba desangrarse y morir. Probablemente sonaba mejor que la alternativa.

—Como si tu palabra significara algo para mí.

—Lo significa todo.

—Me dijiste que nunca confiara en nadie.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. —Extendí la mano y después la bajé lentamente—. Tira el cuchillo. Vamos.

—Prefiero morir a ser una esclava. Prefiero morir a vivir un instante más en este infierno. —El labio inferior le temblaba debido a la emoción, a la destrucción que assolaba su vida. En los ojos seguía ardiendo aquel fuego, aquel odio. Pero ya había tenido bastante. La habían presionado demasiado, y ahora se estaba desmoronando. Extendió la muñeca, lista para asestar el golpe, preparada para decirle adiós al mundo.

Mis robustas piernas me impulsaron hacia delante y me permitieron llegar justo a tiempo. Le bajé la muñeca y le quité el cuchillo de la mano. Tintineó contra la ventana más próxima y después cayó al suelo.

—¡No! —Las rodillas se le aflojaron al inundarla la angustia—. Por favor, déjame morir. ¿Es que no tienes compasión?

Yo la cogí mientras el cuerpo se le aflojaba y se derrumbaba. Cayó sobre mi pecho, impidiendo que se fuera directa al suelo. La rodeé con mis brazos y después la cogí en brazos.

Ella se dejó caer como un cadáver exangüe, sin importarle ya lo que le sucediera. No le importaba nada ni nadie. Podía haberle puesto un cuchillo en la garganta y ni siquiera habría pestañeado.

La llevé a la sala principal.

—¿Has noqueado a esa puta? —Cane se echaba vodka en el corte antes de vendárselo.

Yo entré en el dormitorio y la tendí sobre el colchón. La habitación tenía una ventana, pero estaba obstruida con barrotes metálicos. En la habitación no había adornos ni tampoco muebles. La cama no era más que un colchón en el suelo. Tenía un baño incorporado, pero era igual de sencillo. Era una celda para prisioneros, con una pizca de privacidad.

En el momento en que la dejé sobre el colchón, su cuerpo volvió a la vida y se arrastró para alejarse de mí, sentándose lo más lejos posible. Se cruzó los brazos sobre el pecho como protección, y se negó a mirarme. Observaba la ventana con desconsuelo. No lloraba, pero yo sabía que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No soy una esclava. —Su voz fuerte reverberó en las paredes, amplificándose en mis oídos—. Puede que sea una prisionera, pero no soy una esclava. Puedes intentar hacerme lo que quieras, pero me rebelaré contra ello, todas las veces. Cuando menos te lo esperes, te mataré. Y eso es una puta promesa. —Finalmente volvió la vista hacia mí, y sus ojos eran más fríos que el invierno ártico. Su promesa brillaba con la intensidad de una

estrella. No me tenía miedo. No les tenía miedo a mis hombres. De un modo u otro, conseguiría vengarse.

—Soy un hombre de palabra.

—Eres un criminal. Un secuestrador. Un violador. Tu palabra no vale una mierda.

Se me tensó el cuerpo como respuesta. Se me aceleró el pulso, y sentí un ardor correrme por las venas. Su lucha, su ferocidad, brillaban como un faro iluminándome el fondo del alma. Me encendían el cuerpo, endureciéndome el pene en los pantalones y haciendo que mis manos se desesperasen por tocarla.

Saqué la jeringuilla.

Le echó un vistazo, enfriándose al instante.

—Si te piensas que te voy a dejar clavarme eso, vas listo.

—Te lo estoy pidiendo.

—¿Me lo estás pidiendo? —preguntó con incredulidad—. Como si fuese a aceptar jamás.

—Si te dejas aquí, que era mi plan original, se te van a follar sin parar. Los hombres se turnarán, y no te concederán un solo descanso. Ni siquiera te dejarán dormir. Si te piensas que Bones es malo, no sabes de lo que estás hablando. Nosotros somos los hombres de los que están hechos los terrores nocturnos, no las pesadillas. Somos los hombres que le dan a la maldad una definición.

Ella se estrechó más entre sus brazos como respuesta, tomándome en serio.

—Es posible que yo sea malvado, pero tengo algunas normas. La primera de ellas es que siempre mantengo mi palabra. Y si te digo algo, va a misa. ¿Entiendes?

Ella apretó con fuerza la mandíbula, negándose a estar de acuerdo conmigo. Necesitaba parecer desafiante, oponerse a mí en toda ocasión.

—Te voy a inyectar esta jeringuilla porque necesito transportarte. No

puedo hacerlo si estás consciente.

—Que. Te. Jodan.

El insulto me excitó, en vez de ofenderme.

—Si no cooperas, tendré que dejarte aquí. Y si te dejas aquí, vas a desear haberte quedado con Bones.

Ella tembló apreciablemente.

—¿Y a dónde me quieres llevar?

—A mi casa.

—¿Por qué no puedo verlo?

—No quiero que sepas cómo llegar. No quiero que sepas cómo marcharte. —Sostuve la jeringuilla en alto—. ¿Tenemos un trato?

Ella contempló la jeringa, con los labios muy apretados.

—Me parece que quieres drogarme sólo para follarme sin que me resista.

Yo me reí, porque no podría estar más equivocada.

—Quiero follarte y que te resistas. Así es como me gusta.

Ella palideció.

—¿Entonces cómo quedamos? —Hice girar la aguja entre mis dedos.

—Si voy contigo, me vas a hacer daño. Me vas a violar.

Yo mantuve su mirada, sin negar ninguna de sus afirmaciones.

—También puedes quedarte aquí y que te la metan en la boca, en el culo y en el coño, todo a la vez. Tú eliges. —Yo era el menor de los males, y ambos lo sabíamos.

Ella ocultó su reacción, pero la recorría un torbellino de emociones.

—Véndame los ojos. No me drogues.

—No.

Entrecerró los ojos al no salirse con la suya.

—He visto lo que eres capaz de hacer. Saldrás corriendo a la mínima oportunidad. Agarrarás el volante y nos despeñarás por un precipicio. Y yo no hago concesiones. Como he dicho antes, mi palabra es la ley.

Se llevó las rodillas al pecho.

—Estoy empezando a impacientarme. —Me levanté y me metí la jeringuilla en el bolsillo—. Si te quieres quedar aquí, por mí perfecto. Pero no repetiré mi oferta. Si decides quedarte, vas a estar aquí durante muchísimo tiempo.

Sus ojos iban de un lado a otro frenéticamente, insegura de qué elegir. Cualquier decisión acarrearía dolor. ¿Pero cuál le supondría una menor cantidad?

Me giré hacia la puerta porque no tenía tiempo para aquello. Si quería ser una estúpida, podía ser una estúpida.

—De acuerdo. Iré.

Me detuve en la puerta y me di la vuelta lentamente.

—¿Me das tu palabra de que no me pondrás las manos encima cuando esté... drogada?

En aquel momento entendí su temor más profundo. Odiaba la falta de control. Odiaba la incapacidad para ser partícipe de su destino. La mayoría de las mujeres habrían preferido la droga. Serían torturadas y violadas, pero no se enterarían de ello. Sólo tendrían que lidiar con el dolor al día siguiente. Pero eso no era lo que ella quería.

—Sí.

Ella sopesó mis palabras antes de deslizarse hasta el borde de la cama y apartarse el pelo.

—Si me mientes, haré que lo lamentes. —Expuso el cuello, sometiéndose a mí.

Yo me empalmé aún más ante el pensamiento de dominarla. Era una digna rival, una mujer que no podía ser domada fácilmente. No era como el resto que había conocido. No se inclinaba a mis pies ni se comportaba como una perra obediente. Tenía agallas, y peleaba sin piedad. El hecho de lanzar una amenaza sincera cuando no tenía forma de cumplirla resultaba extrañamente encantador.

Yo me senté junto a ella en la cama y le rodeé el cuello con la mano,

sintiendo su fuerte pulso bajo la yema de los dedos. Un escalofrío me recorrió la columna al tocarla. Me estaba permitiendo acercarme. Me permitía hacerle algo. Ahora no podía pensar en nada más que en follármela a conciencia sobre aquella misma cama.

Pero no faltaría a mi palabra.

Le clavé la jeringuilla y le inyecté la droga.

De inmediato, las pestañas le aletearon y después se le empezaron a caer los párpados. Buscó el colchón y se tumbó lentamente, incapaz de luchar contra el hechizo que la sumergía en la oscuridad. Luchó por mantener los ojos abiertos, pero fue una lucha que perdió con rapidez. Se le cerraron los párpados y se quedó dormida.

Pasó un minuto mientras la miraba fijamente. Contemplé su pecho subir y bajar suavemente. Se le entreabrieron los labios y se sumió en un profundo sueño. Cuando estaba inconsciente tenía un aspecto desvalido. La combativa mujer que había conocido ya no estaba allí.

La cogí en brazos y la saqué del cuarto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cane.

Me pesaba poco en los brazos, ligera como una pluma. Los brazos le colgaban inertes a ambos lados mientras seguía durmiendo.

—Se viene conmigo.

—¿Cómo? —exigió saber Cane—. ¿Por qué?

—Porque yo soy el único que puede someterla. Ya has visto lo que acaba de suceder. Uno de nuestros muchachos está muerto, dos están heridos y tú sigues sangrando.

—Sigo queriendo mi turno con ella.

—Hoy no, Cane.

—Bueno, tendré mi oportunidad. Aunque sea en tu cama.

Si no hubiese estado llevando a alguien en brazos, le habría dado un puñetazo en la cara.

—Sigue hablándome de esa manera, y te quedarás sin tu oportunidad.

PEARL

CUANDO ME DESPERTÉ, ESTABA EN UN LUGAR NUEVO. LA LUZ DEL SOL SE filtraba por la ventana abierta, y el sonido del piar de los pájaros llenaba mis oídos. Varios de ellos hablaban entre sí, comunicándose en un lenguaje propio que yo nunca entendería.

La luz me caldeaba la piel, haciéndome olvidar el frío del invierno. Me atravesaba los párpados, instándome a levantarme, aunque seguía exhausta.

Por fin abrí los ojos y eché un vistazo a mi alrededor.

Las contraventanas estaban abiertas hacia fuera, permitiendo que la brisa entrase en el dormitorio. Había unas cortinas beige a los lados, en contraste con las paredes pintadas de marrón. La parte superior de la ventana se curvaba en forma de óvalo, haciéndome pensar en un arco antiguo.

Estudí el resto de la habitación. Un sofá circular marrón se curvaba alrededor de una mesa redonda. Los muebles eran de color blanco, acentuados con cojines dorados. Una televisión colgaba de la pared, con una chimenea de piedra debajo. Un tocador blanco se apoyaba contra la pared, cubierto con brochas y cajitas antiguas de maquillaje. La habitación era lo bastante grande para ser una casa. La puerta que había en la esquina daba seguramente a un cuarto de baño privado.

Era la primera vez que me despertaba en paz desde que me habían secuestrado. Era la primera vez que el delicioso sonido de los pájaros me

servía de despertador. No había visto una ventana abierta en meses, y no me había dado cuenta de lo maravilloso que era hasta ahora.

Salí de la cama llevando el mismo vestido que tenía puesto la noche anterior y me dirigí a la ventana. Las contraventanas estaban abiertas de par en par, y podía ver hileras de viñedos sin fin. Se extendían hasta unas colinas que había a lo lejos. No se veía ni una sola casa. Estaba aislada, lejos de la ciudad más cercana.

El sol brillaba alto en el cielo, y relucía sobre cada fragmento de tierra hasta donde alcanzaba la vista. Estaba en el segundo piso y vi césped bajo mi ventana. Era frondoso y oscuro, más oscuro que las hojas de las vides.

Las puntas de mis dedos descansaban sobre el antepecho de la ventana, y sentí una sensación de libertad recorriéndome. Podía saltar por la ventana y correr todo lo deprisa que pudiera, perdiéndome entre las hileras de uvas. La mera idea se me figuraba fácil y tentadora.

¿Pero por qué era tan fácil?

Me giré en redondo y examiné el contenido de mi habitación. Había estantes llenos de libros clásicos y un montón de revistas en el estante que había bajo la mesa. Vi el jarrón con una sola rosa roja. Era fresca, recién cogida aquella mañana. Debajo había una nota escrita a mano.

«No huyas».

No había nombre, pero sabía quién la había dejado.

Investigué el cuarto de baño. Tenía unos azulejos inmaculados, y la vibrante decoración hacía pensar en la cultura italiana. Aunque fuese una prisión glorificada, era preciosa. Yo no podía más que soñar con vivir en un lugar como aquel.

Salí del dormitorio y me acerqué a las puertas que separaban mi cuarto del resto de la casa. Si la ventana del dormitorio estaba abierta, asumí que quería decir que podía merodear por la casa.

Abrí las puertas y salí al pasillo. Una imponente escalinata se abría a mi derecha, con el pasillo continuando hacia la izquierda.

Una voz surgió de la nada.

—Buenos días, señorita. —Apareció un mayordomo con uniforme completo. Se conducía con elegancia a pesar de su avanzada edad, y sus ojos relucían amistosamente. Parecía inofensivo, dulce incluso.

—¿Quién es usted? —solté.

—Lars. Encantado de conocerla.

Aquello no respondía a mi pregunta.

—Su Excelencia está a punto de sentarse a desayunar. ¿Le gustaría acompañarlo?

¿Tenía otra opción? Estaba hambrienta. Y desde luego quería respuestas.

—Vale.

—¿Vale? —preguntó—. Mi pregunta requiere un sí o un no.

Le dediqué una mirada irritada.

—Claro.

—Tendrá que bastar. Sígame. —Abrió camino, bajando por las escaleras hasta el piso inferior. La misma arcada de la ventana de mi dormitorio se repetía en las puertas y el resto de ventanas. Los azulejos brillaban lo bastante como para ser completamente nuevos, y la zona resultaba espaciosa en su lujo. Mi captor no vivía simplemente en una mansión. Vivía con elegancia. La casa de Bones era sosa y fea: igual que él. Este lugar tenía buen gusto.

Lars me escoltó hasta el comedor. Una gran ventana ocupaba una de las paredes, poniendo de relieve los viñedos en el extremo opuesto de la casa. La mesa de caoba era lo bastante grande para sentar a dieciséis personas. ¿Invitaba normalmente a dieciséis personas a cenar?

Lars me apartó la silla y la acercó a la mesa cuando me senté.

—Llegará en seguida. —Salió y dejó las dobles puertas abiertas de par en par. El sonido de los platos llegaba como un eco desde la cocina mientras preparaba el desayuno.

Yo me senté completamente inmóvil, concentrada en admirar la gloriosa vista que tenía delante. A pesar de mi miedo, no podía negar la radiante

belleza de aquel paisaje. Nunca había visto nada parecido en toda mi vida, y sospechaba que nunca lo volvería a ver.

Un segundo después, él atravesó la puerta vestido con un traje azul marino y una corbata violeta. Tenía tan buen aspecto como la primera vez que lo había visto sentado en el bar. Se movía con confianza, los hombros anchos y poderosos. Aunque guardaba silencio, dominaba la habitación únicamente con su presencia. Era aterrador, pero hipnotizante al mismo tiempo.

En cuanto se sentó, Lars entró en la habitación, como si hubiera estado esperando su llegada. Colocó una tortilla de claras de huevo con champiñones, tomates y espinacas delante de él, además de una taza de café solo y el periódico de la mañana.

El hombre dio las gracias en italiano. Al menos, eso creía que había dicho.

Lars me colocó la misma comida delante, junto con un periódico en inglés. Después se fue, cerrando las puertas detrás de sí.

Mi captor le dio un sorbo a su café y abrió el periódico, actuando como si yo no estuviera allí. Ni siquiera me miró. Su comportamiento hacía pensar que ya habíamos hecho esto; varias veces.

Comí en silencio, y me encantó el sabor. Todo sabía fresco, como si lo acabaran de recolectar aquella mañana. Las verduras no sabían a supermercado. Eran evidentemente orgánicas. El café era mucho mejor que lo que me daban en mi antigua prisión. Todo era mejor, de hecho. Tenía una copia del *New York Times* delante, con titulares formados por palabras que podía entender.

Él siguió sin darse por enterado de mi presencia. Volvió la página y continuó leyendo.

—Entonces... ¿qué voy...?

—Puedes hablarme cuando haya terminado de leer. —Su mirada no perdió la concentración mientras leía. Tomó algunos bocados de comida y

dio un sorbo de café.

«Menudo gilipollas».

Treinta minutos más tarde, terminó el periódico de principio a fin. Lo dobló con su aspecto original y lo puso sobre la mesa.

—¿Sí?

Yo leía mi periódico a modo de protesta, ignorándolo igual que él me había ignorado a mí.

Dio un sorbo a su café y me miró.

—Eres vengativa, ¿no?

—No me gusta que me traten como a un perro. Es algo bastante normal.

—Bien, espero que tus preferencias cambien pronto. —Me quitó el periódico y lo puso sobre el suyo.

Aquel hombre era exasperante. Quería clavarle el tenedor en el ojo, pero sabía que no lo lograría.

—Leíste mi nota esta mañana.

Odiaba cuando hacía una pregunta en forma de afirmación. Quedaba arrogante. Actuaba como si fuera el dueño de todo, yo incluida.

—No habría tenido sentido huir.

Quería saber por qué, pero me negaba a preguntar por terquedad.

—Te he insertado un rastreador en el tobillo. Sabré dónde vas y cuándo lo haces. La ciudad más cercana está a casi cincuenta kilómetros. No llegarías a tiempo, aunque fueses en coche.

Me llevé la mano automáticamente a los tobillos hasta que noté un bultito en el derecho.

—Estás enfermo.

—Te lo puedo quitar si lo deseas.

—Pues hazlo ya.

—Pero te quedarías encerrada en tu dormitorio en todo momento. Se pondrían barrotes en tu ventana y te llevarían las comidas. Si eso es lo que prefieres, te lo quitaré. —Un atisbo de sonrisa le bailaba en los labios.

«Maldito cabrón».

—¿Qué me dices?

Aparté la vista, rechazando dar mi respuesta verbalmente.

—Eso pensaba. —Estaba sentado perfectamente derecho en la silla, como si se tratara de una reunión de negocios. Lograba que su traje pareciera cómodo, en vez de ajustado. Cada vez que se movía, lo hacía con elegancia. Era un asesino cuando hacía falta serlo... y un diplomático el resto del tiempo.

—¿Por qué estoy aquí? —Cuando me había despertado por la mañana no noté ninguna molestia. Parecía haber mantenido su palabra y no haberme tocado contra mi voluntad. Y tampoco había permitido que nadie más me tocara. No deseaba confiar en él ni sentir gratitud por su instante de compasión. Seguía siendo malvado. Seguía siendo mi enemigo. Cuando tuviera ocasión, lo mataría. Y disfrutaría con ello.

—Porque quiero que lo estés.

—¿Por qué impediste que aquellos hombres hicieran lo que quisiesen conmigo?

—Era la única manera de conseguir controlarte.

—Pero me tenías. Llegaste a mí antes de que pudiera terminar con mi miserable existencia.

Volvió a beber café.

Yo esperé una respuesta.

No me dio ninguna.

—Eh, ¿hola? —salté—. Te acabo de hacer una pregunta.

—Puedes preguntar todo lo que quieras. Eso no significa que yo vaya a darte una respuesta.

Deseé abofetear aquel rostro tan atractivo. Quería que aquella complexión perfecta se enrojeciera bajo mi tacto.

—¿Por qué me robaste a Bones?

—Bones es mi enemigo.

—De acuerdo... pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Él te aprecia. Se preocupa por ti. Es mucho más fácil herir a alguien haciendo daño a los que quiere. Podría cortarle todos y cada uno de sus miembros, y aún así no le haría tanto daño como lo que tengo pensado para ti.

Se me heló la sangre. Había asumido estúpidamente que este hombre era menos peligroso que los otros. Puede que hubiese tomado la decisión equivocada. Esta casa era preciosa, pero no era más que una máscara para el patio del diablo que realmente era.

—Te equivocas. Yo no le importo. Mi ausencia no le quitará el sueño.

—Ahí es donde te equivocas. Lo he visto contigo. Nunca ha llevado a una esclava a su fábrica. Nunca ha llevado a ninguna a la ópera. Y jamás ha rehusado compartir una esclava con sus colegas. Si eso no es amor, ya me dirás qué es.

¿Cómo sabía él todo aquello?

De alguna manera, fue capaz de leerme los pensamientos.

—Os estaba observando juntos en la ópera. Te dije que no huyeses porque te cargarías mi plan de sacarte de allí. No te estaba ayudando. Me estaba ayudando a mí mismo.

El gran misterio quedaba resuelto.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a pedir un rescate?

—No. No te pienso devolver. No hay dinero suficiente en el mundo para conseguir que te devuelva.

Mi situación se volvía más lúgubre a cada segundo que pasaba.

—Entonces... ¿quiere eso decir que voy a ser tu esclava para siempre?

—No. —Dejó la taza de café y me miró directamente a los ojos—. Sólo hasta que te mate.

CROW

MI ODIIO CRECÍA CON CADA DÍA QUE PASABA.

Odiaba a aquella mujer.

La aborrecía.

Deseaba abrirle el cuerpo a golpes y tirar de sus entrañas hacia fuera. Deseaba causarle todo el dolor posible. Deseaba hacerle la vida insoportable. Se merecía una pesadilla. Se merecía sentir un terror tan inmenso que no pudiera dejar de temblar. Se merecía el más puro y absoluto infierno.

Y yo haría que sucediera.

Sabía que la había asustado con las últimas palabras que le dije. Le había contado cuál era mi plan. Sería usada una y otra vez hasta que le rompiera el cuello. Sabía exactamente lo que se avecinaba, y el hecho de habérselo dicho de una manera tan casual la había asustado aún más.

Bien. Era lo que se merecía.

Pasó una semana y no la vi ni una vez. No comía conmigo, y aunque era libre para disfrutar de los diferentes sectores de la casa, jamás salía de su agujero. Se quedaba fuera de la vista y no llamaba la atención, esperando que me olvidase de ella.

¿Cómo me iba a olvidar de semejante grano en el culo?

En mi corazón no había otra cosa que destrucción. Me excitaba haciéndole daño. Quería hacerla gritar, hacerla llorar y hacerla sangrar. La

más pura agonía era el éxtasis. La tortura en estado puro era el tipo de mierda que me hacía correrme.

Después de una semana, mi pene ansiaba hacer realidad mis fantasías. La espera debía de haber sido la parte más agonizante de la situación. Lo único que ella podía hacer era esperar a que fuera a buscarla.

Y ahora estaba preparado.

Era ya tarde por la noche, y el resto del personal se había ido a la cama. Entré en su dormitorio sin encender la luz. La ventana del cuarto seguía abierta. El calor toscano todavía llenaba la noche, aunque el sol se había puesto hacía horas.

Ella se sentó de inmediato en la cama, sobresaltada por mi aparición.

Cerré la ventana para que nadie pudiera oírla gritar.

Ella se deslizó hacia atrás hasta quedar contra el cabecero, todo lo lejos posible. El pecho le subía y bajaba en su agitación, pero la fuerza seguía ardiéndole en los ojos. No se rendiría con facilidad.

Eso era justo lo que estaba deseando.

—Esclava, ven aquí.

Ella se negó obedecerme. Se negó a hablar.

—Haz lo que te digo, o será peor.

Se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Que te jodan.

—Estaba deseando que te comportaras así. —Me abalancé al instante sobre ella y la arrastré por el tobillo a través de la cama.

Ella se puso como loca y arañó las sábanas, intentando agarrarse a algo para liberarse. Luchó con todas sus fuerzas, en modo de supervivencia por completo.

Yo le metí las piernas entre las mías y la mantuve sujeta boca abajo. No podía hacer nada contra mi peso, aunque continuó forcejeando. Le agarré los pantalones cortos del pijama y se los quité de un tirón, al igual que las bragas.

—¡No! —Intentó darse la vuelta para abofetearme, pero no se podía

mover.

La mantuve inmovilizada mientras me quitaba los pantalones y los calzoncillos. Mi erección quedó libre, gruesa y larga. Contemplé su culo perfecto, enamorado de la raja entre ambas nalgas. No estaba seguro de qué sentía más deseos de follarme, si su culo o su vagina.

—¡Para! Por favor.

Le di la vuelta para que estuviéramos cara a cara, y la inmovilicé con mi peso. Le mantenía las piernas separadas con los muslos, y mi mano tenía aprisionadas las suyas por encima de la cabeza. Tenía los pezones erectos y los ojos húmedos.

—Por favor, no lo hagas. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, las primeras que había visto. Se sentía frustrada hasta el límite de su resistencia, agotada por el tratamiento criminal. Sus lágrimas me excitaron aún más.

Pero también me hicieron sentir como una mierda.

—Suéltame. Por favor. —Intentó apartarme empujando, pero su fuerza era inútil contra la mía.

Tenía el pene cerca de su abertura y deseando sentir su sexo. Quería estirarla hasta que sollozase, quería destrozarla más allá de lo reparable. Quería torturarla sin piedad.

—Por favor... —Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Mi cuerpo se bloqueó de repente. Mi excitación ya no era la misma. Estas eran un tipo diferente de lágrimas, no las que yo quería. Algo me hacía contenerme, me impedía llevarlo a cabo. Tenía todo el derecho a hacerlo. Después de lo que me había pasado, me lo merecía. Pero no podía. No veía venganza al mirar a esta mujer a los ojos. Sólo veía mi propio reflejo: el de una bestia.

Me aparté de encima de ella y me subí los bóxers y los pantalones.

Ella continuó allí tendida, insegura de lo que estaba sucediendo.

No la volví a mirar antes de marcharme. Salí de su dormitorio como una tromba y atravesé el pasillo. Estaba demasiado alterado como para dormir, y

ya no estaba excitado para poder masturbarme.

Sólo estaba enfadado.

Enfadado conmigo mismo.

ELLA NO SALIÓ DE SU HABITACIÓN EN VARIOS DÍAS DESPUÉS DE AQUELLO.

Lars le llevaba las comidas y atendía sus necesidades.

Yo guardé las distancias.

Me concentré en hacer ejercicio y trabajar. Me mantuve ocupado fuera de casa, gestionando los viñedos en el centro de distribución y ocupándome de los negocios. Y por supuesto, tenía también que hacerme cargo de mis otros asuntos con Cane.

El hecho de que no se me acercase quería decir que seguía asustada de mí, como debía. Aquella noche podía haberse desarrollado de una forma bastante diferente. Quizá había bebido demasiado y no estaba del ánimo adecuado. Me había acobardado, pero no volvería a cometer el mismo error.

Cuando llegué a casa del trabajo una tarde, Lars estaba esperándome en la entrada.

—Excelencia, Cane ha venido a verle.

El cuerpo se me puso rígido.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Quince minutos. Le he dicho que le esperase en su estudio.

Sabía que no estaba en mi estudio. Sabía exactamente dónde estaba, y se me revolvió el estómago. Salí a la carrera y subí corriendo las escaleras, saltando los escalones de dos en dos.

—¿Todo bien, Excelencia? —dijo Lars.

Lo ignoré, moviéndome tan rápido como me permitían los pies. Llegué corriendo al dormitorio y arremetí contra la puerta con el hombro, sabiendo que estaría cerrada con pestillo sin ni siquiera probar. Se abrió de golpe, y vi

exactamente lo que había temido.

Cane la había desnudado y atado a la cama. Estaba desnudo, con el pene tieso y preparado para arremeter. Tenía un cinturón en la mano y le acababa de azotar los muslos.

Yo lo vi todo rojo.

—Sal. Cagando. Hostias.

Cane se volvió.

—¿Quieres probar tú? —Me tendió el cinturón.

Yo le arrebaté el cinturón de las manos y se lo pasé por la garganta, asfixiándolo hasta que empezó a convulsionarse en mis brazos. Intentaba librarse dando patadas, pero no lo logró. Le cerré al instante la vía de aire, haciendo que se desmayara.

Lo dejé caer al suelo y me acerqué a la cama, ignorando la erección que me crecía en el pantalón al verla, atada y lista para ser azotada. Saqué mi navaja y corté las cuerdas, liberándola de su cautiverio.

Ella se tapó inmediatamente con la manta, ocultando su desnudez de la vista.

—¿Estás bien?

Todavía tenía los ojos llenos de lágrimas. Relucían como diamantes bajo el sol, intachables y excepcionales. Se negaba a mirarme. Volvía la cara a propósito, evitándome.

Yo envolví a mi hermano en una manta y después lo saqué de la habitación. Ya no tenía una puerta en condiciones, por lo que su privacidad había dejado de importar. Lars subió las escaleras, preocupado por el escándalo.

—Tráeme un vaso de agua —ordené.

Lars obedeció de inmediato.

Cuando volvió con el agua, se la tiré a Cane a la cara, despertándolo al instante.

Tosió antes de sentarse, con el agua goteándole por la nariz. Se pasó la

mano por el pelo, volviendo en sí lentamente.

—¿Qué coño ha pasado?

Ahora que estaba despierto, lo agarré por la garganta.

—No vuelvas a tocar a mi esclava. —Lo sacudí con fuerza, lo bastante para partirle el cuello—. ¿Me has entendido, joder? —Le estampé la cabeza contra el suelo para que le quedase claro.

—¿Tu esclava? —Se apartó de mí, frotándose la sien—. ¿Qué cojones está pasando aquí? Habíamos quedado en que íbamos a follárnosla y torturarla, hacerle exactamente lo que Bones le hizo a Vanessa. Pero llego aquí y la chica no tiene ni un rasguño. Al menos ninguno nuevo.

—No te preocupes por ello.

—No, sí que estoy preocupado por ello, —saltó—. En eso habíamos quedado. Lleva aquí dos semanas, y no le has hecho nada.

—Se lo he hecho cuanto he querido. —Me resultaba fácil mentir cuando estaba cabreado.

—Eso es una puta mentira, y ambos lo sabemos. Lo sé sólo con mirarla.

—Sal de mi casa, Cane. Y no toques a mi esclava sin mi permiso.

—¿Quién ha decidido que era *tuya*? —Se levantó con la manta enrollada a la cintura.

—Yo. —Lo había decidido en el momento en que la vi luchar. No era como las demás. No se resquebrajaba bajo el castigo duro. No se partía en dos como una ramita. Era resistente. Era fuerte. Había despertado mi interés y no había dejado de pensar en ella de aquella manera desde entonces—. Que te quede claro.

Cane no ocultó su desprecio por mí. Como un niño, no le gustaba no salirse con la suya. Era rencoroso, vengativo. Este no sería el final de la discusión. Nunca lo era.

—¿Y quién te ha nombrado rey del mundo?

—Yo. —Me tenía miedo, y yo lo sabía. Era posible que yo hablara menos, pero era mucho más implacable. Me había visto hacer cosas

imposibles de olvidar. Me había visto hacer cosas que hacían aullar a hombres hechos y derechos. Le gustaba presionarme, pero sólo hasta cierto punto—. Te compraré una puta para que entretenerte. Pero aléjate de la mía.

—Me puedo comprar mi propia puta. —Señaló hacia la puerta derrumbada—. La próxima vez que venga, más vale que esté jodida y amoratada. Más vale que tenga cicatrices sobre cicatrices. Más vale que se postre a mis putos pies cuando entre por la puerta. Ese era el plan, y te conviene cumplirlo. Si tú no te ocupas de ello, lo haré yo.

—No te preocupes por ello. Lo haré.

Me escudriñó los ojos hasta encontrar mi conformidad. Cuando encontró lo que necesitaba, se volvió para marcharse por fin.

—Llena de moratones, Crow. Lo digo en serio. —Cogió su ropa y se fue.

Yo me quedé en la galería hasta oír cómo se cerraba la puerta delantera. Cuando estuve solo, finalmente volví al dormitorio, pasando sobre la puerta rota.

Ella estaba exactamente donde la había dejado, acurrucada bajo la manta, para ocultar sus pechos de la vista. Había vuelto su expresión fiera. Como si nadie la hubiera violado hacía diez minutos, mantenía la cabeza erguida como una reina.

—Me diste tu palabra. —El odio rezumaba en su voz.

—¿Te ha violado?

Se quedó mirando fijamente a través de la ventana abierta.

—Te he hecho una pregunta. —Di la vuelta a la cama y me acerqué a ella.

Seguía sin contestarme.

La agarré del pelo y le acerqué de un tirón su cara a la mía. La mantuve inmóvil, desafiándola a mantener su silencio.

—No me hagas preguntártelo otra vez. —Apreté la boca contra su mejilla. Mis dientes deseaban mordisquearle la clavícula. Quería succionarle la piel del cuello hasta dejársela amoratada.

—No.

—Entonces he mantenido la palabra que te di.

Sus ojos finalmente buscaron los míos, húmedos y repletos de emoción.

—¿Te ha hecho daño?

Se llevó las rodillas al pecho bajo la manta.

—Me han hecho cosas peores.

Estaba a punto de hacer algo que nunca antes había hecho, menos aún a una esclava.

—Lo siento.

Sus fríos ojos buscaron los míos con incredulidad, como si esperara que este fuese algún tipo de chiste cruel.

—No sabía que estaba aquí. No es así como llevo esta casa. Te prometo que no dejaré que se te vuelva a acercar. Te prometo que no dejaré que nadie te toque, excepto yo. —Mi mano se deslizó hacia abajo hasta llegar a su cuello. Sentí su débil pulso bajo las yemas de los dedos.

Bajó la mirada hasta su regazo. Me despidió en silencio, deseando estar a solas para lamerse las heridas en privado.

Yo no había tenido ocasión de ver los verdugones debido al jaleo, pero estaba convencido de que le dolían.

—Arreglaré tu puerta y haré que Lars te traiga algo para los golpes.

—Oí lo que dijiste. —Su voz no era más que un susurro. Aún sonaba fuerte, a pesar de hablar tan bajo.

Yo le miré los labios, viendo cómo se separaban al tomar aire.

—Llena de moratones. —Lentamente, volvió a mirarme a los ojos—. Tienes que violarme y hacerme daño. —Me suplicó con los ojos, rogándome que no lo hiciera. Me dijo que ya había pasado por suficiente. Lo único que anhelaba era un poco de paz.

Deslicé los dedos lentamente por su pelo, presionando mi rostro contra el suyo. Nuestras frentes se tocaron, y el calor de su cuerpo caldeó lejanos rincones del mío. Era la primera vez que no se apartaba. Permitted que el

contacto se prolongase.

Mis labios buscaron los suyos, y le di un suave beso. El simple contacto hizo arder mi interior de deseo. Cuando había visto a esta mujer por primera vez, pensé que era corriente. Pero en las dos semanas que llevaba conmigo, no podía pensar en nada más que en ella. Deseaba tenerla debajo. Deseaba que me llamase a gritos.

Al principio, ella me devolvió el beso, como si fuera su reacción instintiva al entrar en contacto con mi boca. Pero se apartó rápidamente, retrayendo los labios. Todavía tenía la frente pegada a la mía, pero el beso quedaba descartado.

—Sí. Te haré todas esas cosas.

PEARL

CUANDO ME DESPERTÉ AQUELLA MAÑANA, LA HINCHAZÓN HABÍA BAJADO. Lars me trajo una pomada que me suavizó la piel y también algunos analgésicos de propina. Con Bones nunca me dejaban tomar nada para el dolor. Aquella era una de las ventajas de estar con Crow.

Crow. Ahora sabía su nombre.

Resultaba curioso. Aunque en su caso, tenía todo el sentido del mundo. Su pelo castaño oscuro y sus ojos avellana le daban un aspecto siniestro. Era sin duda alguna una manifestación de la oscuridad, una pesadilla que te imaginarías en un cementerio. Lo único que le hacía conservar la humanidad eran aquellos ojos.

Eran maravillosos.

A veces cuando me miraba en ellos, me olvidaba de quién era. A veces me olvidaba de que era un demonio que me había implantado un rastreador en el tobillo. A veces me olvidaba de que era el hombre que me estaba reteniendo allí contra mi voluntad.

Salí de la cama y caminé hacia la ventana. Lo mejor de mi habitación era aquella ventana. Cuando la abría cada mañana, miraba a través del valle de un glorioso viñedo. Con un cielo tan claro como el mar y unas colinas que parecían artificiales de tan perfectas que eran, ya no me daba la sensación de estar en una prisión. A veces podía fingir que estaba allí por elección propia.

A veces podía fingir que estaba allí de vacaciones, y que un día de estos me iría a casa.

Con la brisa acariciándome la cara, sentí cómo la gratitud me inundaba. Con Bones, nunca había disfrutado de este tipo de privilegios. Era un simple perro con correa venido a más. Cada uno de mis movimientos era controlado hasta el último detalle. Pero allí, tenía cierta libertad.

Mis ojos escudriñaron el horizonte, y advertí algo moviéndose entre las viñas. Cuando la imagen se acercó, reconocí el pelo oscuro y la barba reciente a lo largo de la mandíbula. Corría sin camiseta. El sudor de su pecho relucía bajo la luz del sol, resaltando cada línea de sus músculos. Tenía un pecho poderoso, del tipo tan ancho como la Gran Muralla, y abdominales tonificados. Cada uno de ellos sobresalía bien definido. Conté ocho.

Sus finas caderas poseían la marcada forma de V que yo había visto en los modelos de ropa interior de las vallas publicitarias de Manhattan. Llevase o no camisa, era realmente atractivo. Cuando lo vi por primera vez en el bar, me pareció una bendición. Pensé que representaba la esperanza, que había personas bellas y personas corrientes en el mundo. Que no todos los hombres eran criminales maníacos que compraban y vendían personas para enriquecerse.

No podía haber estado más equivocada.

Se acercó a la casa, reduciendo su carrera hasta convertirla en un paso ligero. Llevaba pantalones cortos de correr negros y zapatillas de correr, también negras. Tenía el cuerpo delgado y tonificado, poderoso pero esbelto. Era el extremo opuesto a su hermano, fornido y corpulento. Compartían algunos rasgos faciales. Supe que eran hermanos en cuanto me secuestraron.

Él llegó a la pradera y dejó atrás mi ventana, dirigiéndose a la parte delantera de la casa. Volvió la cabeza en mi dirección, ya fuese porque esperaba que estuviese allí, o porque quería mirar por razones propias. Sus ojos se encontraron con los míos, y se detuvo en seco. Se quedó allí de pie, mirándome fijamente.

Me habían pillado, pero no desvié los ojos. Le devolví la mirada desde arriba, intentando descifrar aquel enigma que me mantenía prisionera. Me amenazaba con violarme y hacerme daño, pero cuando intentaba hacer honor a su palabra, no terminaba de hacerlo. Me protegía de sus hombres y de su hermano, trayéndome a esta preciosa mansión rodeada de viñedos. Y cuando su hermano me había atado y había intentado violarme, me había protegido. Podía simplemente haber hecho la vista gorda, o dejar que sucediera.

Pero no lo había hecho.

La noche anterior me había dado un beso. No había sido un beso agresivo de los que me daba Bones, metiéndome la lengua en la boca sin tener ni idea de lo que hacer con ella. Había sido inusitadamente suave, frágil casi.

Mis labios se movieron automáticamente contra los suyos. No lo había pensado dos veces. Simplemente había sucedido. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me aparté. Aquel hombre era un psicópata, ¿por qué demonios lo estaba besando?

Me había amenazado con mantener la promesa que le había hecho a su hermano: darme una paliza de muerte y llenarme de moratones. Me había dicho que iba a violarme, a tomarme como le diera la gana. Pero aquellas amenazas no tenían tanto significado como cuando había llegado allí por primera vez. En tres ocasiones había hecho algo para ayudarme.

Quizá no era tan malvado como había pensado.

Sostuvo mi mirada con intensidad, sin parpadear a pesar de que el sol le daba directamente en los ojos. La luz resaltaba los tonos marrones de sus ojos, igualándolos al intenso color de las hojas en otoño.

Deseaba apartarme, pero estaba clavada en el sitio, hechizada por su aspecto. Su fuerte cuerpo aún relucía de sudor. En algún lugar de mi mente, un lugar muy oscuro, me pregunté a qué sabría.

Sin previo aviso, siguió caminando hacia la casa como si no me hubiera visto en absoluto. Su cuerpo poderoso tenía la piel más bonita que yo había visto. Era clara, pálida como la mía, pero sin una sola imperfección. No tenía

líneas de bronceado en los brazos, como la mayoría de la gente. Quizá porque llevaba un traje cuando salía de casa.

Cuando desapareció de la vista, yo entré en mi cuarto de baño y me preparé para el desayuno. Lars solía traerme una bandeja que yo disfrutaba en privado. Pero estaba cansada de estar encerrada en la habitación. Vivía en una mansión preciosa, pero no había visto demasiado de ella.

CROW SE HABÍA TERMINADO LA MITAD DEL DESAYUNO CUANDO YO ENTRÉ EN el comedor. Ya no estaba sudado, ni iba sin camiseta. Ahora llevaba un traje negro y una corbata amarilla. La camisa que llevaba debajo era de un bello color verde azulado. A pesar de llevar colores tan vistosos, él lograba que el atuendo resultase aún más masculino.

Yo me senté y lo miré por encima de la mesa.

Él seguía sujetando el periódico con una mano, pero sus ojos se desviaron hasta mi cara para saludarme en silencio. Me echó una sola mirada antes de volver los ojos al periódico. Seguía sin querer ser molestado mientras comía por la mañana.

De todas formas, yo no tenía nada que decir.

Lars me trajo el desayuno, una delicia italiana a base de tomates *cherry*, queso mozzarella y albahaca. También trajo fruta como acompañamiento, plátanos y una mezcla de frutos el bosque.

—Gracias.

—Un placer, señora. —Me ofreció una sonrisa dulce antes de marcharse. Lars era el primer hombre que conocía en aquella aventura que no parecía cruel. Cuando me miraba, veía a una persona, no a un objeto.

Crow dejó caer el periódico.

—¿Cómo te llamas?

La indiscreta pregunta salió de la nada.

—Estoy seguro de que a Lars le gustaría saber cómo dirigirse a ti.

—«Señora» está bien —dije—. No pensaba que nadie hablara así todavía.

—Puedo hacer que te llame esclava, si lo prefieres.

Lo miré con los ojos entrecerrados, sintiendo crecer mi ira.

—Estoy cansada de este teatro. Ya no me lo trago.

Ahora fue su turno de mirarme con los ojos entrecerrados.

—Yo no soy tu esclava. No me trates como si lo fuera. Me dejas ir donde quiera como a un ser humano. No me has violado, aunque dijiste que lo harías. Cuando alguien más intentó hacerme daño, tú lo impediste. No creo que seas quien dices que eres.

—Tonterías.

—No. Creo que tú eres el tonto, por pensar que yo me iba a tragar todo este teatro. Ahora dime por qué me estás reteniendo, si no sientes deseos de hacerme daño.

Él se puso en pie de un ágil movimiento y estampó los puños contra la mesa. La colisión de sus palmas me envió un escalofrío de temor por la columna. Lars no entró corriendo, probablemente entendiendo lo que había causado aquel escándalo.

—No hay nada que desee más que atarte y darte una paliza hasta dejarte inconsciente. Cuando vi aquellos moratones en tu muslo, tuve una erección. Cuando pienso en hacerte llorar, me corro en los pantalones como un adolescente. No, no estás segura conmigo. Sí, siento grandes deseos de hacerte daño. Cuando haya acabado contigo, te enterraré entre mis vides para que mi próxima cosecha sea aún más fructífera que la anterior. —Volvió a estampar los puños contra la mesa—. Soy una bestia. Y tú sabes lo que hacen las bestias en la oscuridad.

PASÉ LA TARDE FUERA, EN EL PATIO TRASERO. TENÍA UN LIBRO Y UNA JARRA

de té helado junto a mí. Lars se ocupaba de la más mínima de mis necesidades, trayéndome el almuerzo aunque yo no había pedido nada y proporcionándome una sombrilla cuando el calor se hizo excesivo.

Me sentía como un miembro de la realeza.

Se acercó a mí, con las manos detrás de la espalda.

—¿Sí, señora?

Yo cerré el libro que estaba leyendo.

—¿Le puedo preguntar algo?

—Por supuesto. Cualquier cosa que necesite, me puedo ocupar de ello.

—Bueno... Siento curiosidad por Crow...

—El Sr. Barsetti.

Yo no sabía su apellido. Nunca me lo había dicho.

—Sí. Me preguntaba qué tipo de hombre es. Quiero decir... ¿sabe usted lo que quiere de mí? —Los sirvientes estaban al corriente de todos los cotilleos de una casa. Al menos, así era según *Downton Abbey*.

Lars no demostró reacción alguna.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Quiero decir... ¿tiene normalmente esclavas por la casa? —¿Era yo la primera? ¿Qué tipo de negocios hacía con Cane? ¿Por qué era enemigo de Bones?

—No puedo responder a eso. Lo lamento. —Se marchó antes de que pudiera hacerle más preguntas.

Debería haber sabido que Lars le sería leal a su jefe. No obtendría nada de él. La única persona a la que podía preguntarle era al propio Crow. Pero dudaba que me dijera nada tampoco. A veces parecía calmado y suave, como un pétalo de rosa contra la piel. Otras veces, como esta mañana, se comportaba como un psicópata.

Yo pasé la tarde leyendo y disfrutando del movimiento del sol a través del cielo. La mansión estaba aislada del resto del mundo, y las vistas eran tan bonitas que una parte de mí no quería marcharse nunca. Si Crow no estuviera

loco y Cane no pudiera dejarse caer cualquier momento, hasta me habría gustado estar allí.

Cuando el sol estaba a punto de ocultarse tras la colina a lo lejos, supe que había llegado la noche. Cenaría, y después volvería a mi habitación para leer a la luz de mi lamparilla de noche. La ventana permanecería abierta mientras yo escuchaba los sonidos del campo.

—He oído que has tenido un día relajante.

Cerré el libro con un sobresalto. No lo había oído acercándose por detrás. Sus pisadas eran silenciosas porque caminaba con una elegancia impecable. No alteraba la atmósfera a su alrededor, porque él era su dueño.

—¿Por qué te acercas sigilosamente a la gente de esa manera?

—¿Por qué no prestas más atención a lo que te rodea? —Se subió las perneras de los pantalones antes de sentarse en una silla junto a mí. El traje que llevaba tenía un aspecto tan fresco como aquella mañana. Se amoldaba a su cuerpo, sentándole incluso mejor que su propia piel desnuda.

Yo mantuve el libro en mi regazo y me quedé mirando la ladera de la colina. Era mejor que mirarlo a él. Lo último que había dicho aquella mañana me había dejado hecha un manojo de nervios. No estaba segura de qué creer. Ni qué no creer.

—¿Has tenido un buen día?

—Sí. —Me negaba a mirarlo, deseando que desapareciese.

—Lars me ha dicho que últimamente tienes una mente curiosa.

«Menudo chivato».

—No tendría que preguntarle nada si tú contestaras a mis preguntas.

Se frotó la muñeca justo debajo del reloj. Tenía unas manos grandes con dedos largos. Destilaba una mezcla de elegancia y masculinidad, con el aspecto de un modelo de la portada de la revista *GQ*.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Has tenido alguna esclava antes?

—¿Yo? —preguntó.

—¿No era clara mi pregunta?

Una suave sonrisa se le formó en los labios, como si le divirtiera mi enfado, en vez de sentirse amenazado por él.

—No. Nunca antes he tenido una esclava.

—Entonces ¿por qué me quieres a mí?

—Ya sabes lo que dicen. —Descansó los brazos sobre las rodillas y se volvió a mirarme—. Prueba siempre cosas nuevas.

Yo odiaba sus vagas respuestas. Era peor que no tenerlas.

—¿Por qué me capturaste para hacerme daño y matarme? ¿En qué afecta eso a Bones?

—Le cabrearé, por decirlo suavemente.

—Sobrestimas el cariño que me tiene. Te puedo asegurar que ya me ha reemplazado por alguna otra pobre chica. Hacerme daño no se lo hará a él. Eso te lo puedo prometer.

Se quedó mirándome con las defensas levantadas, absorbiendo mi reacción, pero sin ofrecer una a su vez.

—Tres millones de dólares.

Se me debilitó el pulso.

—Tres millones de dólares es una gran inversión, incluso para él.

—Estaba borracho cuando me compró.

Soltó una risita.

—Buen intento. Ambos sabemos que no lo estaba. Lo máximo que ha pagado nunca por una esclava es un millón. Eso es tres veces esa suma.

—A lo mejor le subieron el sueldo.

Se pasó los largos dedos por la mandíbula, palpando su naciente barba.

—Él te enseñó lo que hace para ganarse la vida. Sólo se hace eso con un igual, no con un esclavo. Y te llevó a la ópera, sabiendo que las personas que lo reconocerían os verían juntos. Significas mucho para él... pero que mucho.

Tenía una forma muy rara de demostrarlo.

—¿Y quieres saber lo que pienso?

Ahora aparté la mirada, molesta por su arrogancia.

—Pienso que fuiste tú la que lograste que sucediera. —Sus palabras me alcanzaron los oídos como un alfiler cayendo en una habitación en silencio. Se amplificaron en mi cabeza, simplemente porque era verdad—. Creo que lo manipulaste como una maestra para mejorar tu situación. Y para encontrar una oportunidad de escaparte.

No le iba a dar la satisfacción de darle la razón. Me llevaría aquella verdad a la tumba.

—Y eso es realmente impresionante.

No reaccioné al cumplido. Mis ojos querían mirar instintivamente los suyos, pero impedí que aquello sucediera.

—Eres una luchadora. No paras hasta conseguir lo que quieres. Por eso te libré de pasar por mis hombres. Muy en el fondo, en algún lugar que realmente no puedo entender, había respeto. Te respetaba. Sigo haciéndolo.

Él no me había hecho daño, ni una sola vez. Había hecho promesas de herirme, pero no eran más que amenazas para mantenerme a raya. Yo creía firmemente que aquel hombre no era tan cruel como afirmaba ser. Creía que había una posibilidad de que me dejara marchar, siempre que jugara bien mis cartas.

—Si es así como te sientes, ¿por qué no me liberas? —Me volví hacia él, impidiendo que la súplica asomase a mis ojos. No importa lo bonito que fuera aquel lugar, yo me quería ir a casa.

—Mi necesidad de vengarme es más fuerte.

—¿Más fuerte que dejar que una mujer inocente se marche a casa? ¿Tienes alguna idea de por lo que he pasado? Como hombre, nunca entenderás lo que es que te inmovilicen mientras te violan como a un objeto. Nunca entenderás lo que es ser propiedad de otra persona. No lo entiendes, y nunca lo harás.

—Claro que lo entiendo.

Busqué sus ojos y esperé encontrar allí algo bueno, algo puro.

Su mirada no había cambiado en ningún momento durante nuestra conversación. Tenía los ojos suaves como sábanas de satén, pero su mandíbula estaba rígida, cargada de crueldad.

—Simplemente, no me importa.

NO ME UNÍ A MI CAPTOR PARA CENAR, PORQUE AHORA MISMO NO QUERÍA NI mirarlo. Lo último que me había dicho me había hecho hervir de rabia. Hubo un momento en mi vida en el que pensaba que el mundo era un lugar maravilloso. En él había malas personas, pero también había muchísima gente buena.

Pero me daba cuenta de que me equivocaba de plano.

Todo el mundo actuaba según sus propios intereses. Todo el mundo era egoísta. A nadie le importaba a quién hería en su camino para obtener lo que quería.

Era despreciable.

Apenas toqué mi cena, a pesar de lo deliciosa que estaba, y dejé la bandeja a medio comer fuera para que Lars la recogiera. Al menos mi cuarto era un santuario. Nadie me molestaba allí. Estaba espléndidamente decorado, y tenía algo que significaba un mundo para mí.

Una ventana.

A veces, podía fingir que era libre. No debería estarle agradecida a Crow por tratarme mejor que Bones, pero lo estaba.

Aunque no debería.

Me preparé para meterme en la cama y coloqué mi libro sobre la mesilla. La cama era cómoda, la mejor en la que había dormido. Las sábanas eran italianas de la mejor calidad, y el edredón me mantenía caliente y fresca a un tiempo. Aliviaba mi dolor de espalda y mis miembros magullados. Llevar tanto tiempo alejada de Bones le dio a mi cuerpo tiempo para curarse de las

cosas que había tenido que soportar. Aunque me preguntaba si habría tiempo suficiente para curarme del todo.

Me dormí y me sumergí en mis pesadillas. Por lo general soñaba con Bones haciéndome cosas espantosas. No importaba con cuánta fuerza intentara bloquear aquellas imágenes, no lo conseguía. Formaban parte de mí, otra cicatriz que me había dejado. Aunque me había escapado, él seguía ganando. Ahora que ya no estaba, seguía pensando en él. Si aquello no era una victoria, no sé qué lo sería.

Sentí la tierra moviéndose bajo mis pies, y la temperatura del aire descendió. Mi cuerpo se movió, y sentí cómo mis bragas desaparecían. Bones me estaba desvistiendo, preparándose para penetrarme con fuerza abrasiva. Yo deseaba que desapareciese. Deseaba que acabaran las pesadillas.

Sentí que me quitaban la parte de arriba y mis tetas quedaban expuestas al aire frío. Se volvían duras y rígidas, encogiéndose por la intrusión. Entonces una boca se apretaba contra la mía. No era brusca y torpe. No estaba llena de una lengua sin rumbo que me entraba en la boca como una manguera mojada.

Era agradable.

Me chupó el labio inferior suavemente, frotándolo contra sus labios suaves. Entonces me volvió a besar, rascándome ligeramente con el pelo de la barbilla. Su aliento me inundó los pulmones cuando respiró en mi boca.

Mi sueño cambió, y el que me besaba ahora era Crow. Iba sin camisa y sudaba, exactamente igual que lo había visto esa mañana. Me besaba suavemente y me enterró la mano en el pelo. Me mostró su lado amable, no era el hombre temperamental que saltaba a la más mínima irritación.

Unos dedos me frotaron el clítoris, y yo sentí cómo se me separaban las rodillas, porque era una sensación muy grata. Llevaban siglos sin tocarme de aquella manera. Bones se limitaba a hundirse en mí con rudeza, únicamente tomando placer y nunca dándolo. Debía de estar tocándome a mí misma sin darme cuenta, pero podía sentir mis manos sobre el colchón, podía sentir el fresco satén bajo mi piel.

La alarma me recorrió el cuerpo cuando me di cuenta de que aquello no era un sueño. Esto era real. Abrí los ojos, y vi la cara de Crow contra la mía mientras continuaba besándome. Estaba desnudo sobre mí, con la dura erección presionada contra mi estómago.

—Apártate. —Le empujé bruscamente el pecho.

Él retrocedió, pero sus dedos permanecieron entre mis piernas.

—Hace un segundo te gustaba.

—Porque estaba dormida, idiota. —Le aparté la mano de una palmada.

—¿Ah, sí? —Se echó hacia atrás, sentándose sobre los talones, su glorioso cuerpo tan atractivo como lo recordaba. Su grueso pene se alzaba, orgulloso y erecto—. ¿Y con quién estabas soñando?

¿Podía saberlo? Aquello no era posible. Puede que fuese capaz de leer mis expresiones, pero no me podía leer la mente.

—No estaba soñando con nadie. Y eso no importa. No me toques.

En sus labios se dibujó una leve sonrisa, igual que cuando lo desafiaba. Volvió a ponerse encima de mí y me sujetó ambos brazos sobre la cabeza con una sola mano. Mantuvo mis muñecas juntas y su cuerpo se volvió hacia el mío.

Yo luché contra él, pero pesaba demasiado. Era todo músculo y fuerza, me doblaba el tamaño y era mil veces más fuerte.

—Si te resistes, te haré daño. —Me estrujó las muñecas con fuerza, advirtiéndome.

—Me resistiré hasta que me mates.

Entonces sonrió abiertamente, encantado con la respuesta.

—Nena, qué *sexy* eres.

—Y a ti te ponen las cosas más perversas. —Arqueé las caderas contra él.

—Ahora mismo, sólo me pones tú. —Se inclinó hacia abajo y me besó la piel del cuello. Su lengua recorrió la zona en la que estaba mi arteria, y me mordisqueó suavemente, aplicando sólo la presión justa para sentir una

punzada, pero que no sangrase. Sus labios se desplazaron hasta mi oreja, y me besó la parte de arriba con suavidad, respirando en mi oído. La excitación intensificaba su respiración, y pude escuchar un gruñido distante.

Su mano libre se movió hasta mi pecho y me cubrió una teta, apretándola y masajeándola. Dejó escapar un quedo gemido en mi oído.

—Bonitas tetas.

Yo estaba allí tendida con impotencia, incapaz de hacer nada más que permitir que me tomara. Los pezones se me endurecieron bajo su tacto, y sentí cómo mi respiración se aceleraba. No sentía miedo como la última vez. El corazón no me latía con violencia como en una situación de vida o muerte. Tenía el cuerpo extrañamente relajado, extrañamente cargado.

Crow me besó la clavícula antes de apresarla delicadamente entre los dientes. Entonces su boca se movió hacia mi otra teta, y me la succionó con fuerza, provocándome una mueca de dolor. La mordisqueó suavemente antes de continuar succionando, mientras la espalda se le tensaba de excitación.

Sabía que esta vez no sería capaz de detenerlo. Si le decía que no, simplemente continuaría a lo suyo. Si intentaba luchar, me ganaría una bofetada, probablemente algo peor.

Lamió el valle que había entre mis pechos y después me besó el estómago, me besó cada centímetro de la piel mientras su sexo descansaba contra mi estómago. Exudaba líquido preseminal, listo para entrar en mi interior.

Volvió a subir hasta mi cara y entonces sus dedos volvieron a mi clítoris. Frotó el bultito en sentido circular, aplicando la presión adecuada a la velocidad adecuada, como si lo hubiera hecho un millón de veces.

Era muy agradable.

Y yo lo odiaba. Odiaba la forma en que mis rodillas se separaban con naturalidad para dejarle sitio. Odiaba el hecho de que quisiera que me volviese a chupar los pezones. Odiaba el hecho de que su beso me hiciera sentir de una forma tan increíble.

Él me miró a los ojos y contempló mi expresión, con la cara oscureciéndosele de deseo sexual. Sus dedos trabajaban agresivamente sobre mí, enviando oleadas de excitación incontenible al resto de mi cuerpo.

—Para.

Dos dedos se deslizaron hasta mi entrada, mientras el pulgar se quedaba detrás.

—No. —Bloqueé las rodillas para que no pudiera acceder a mi interior. No quería que lo sintiera. No quería que supiera lo que tenía entre las piernas.

Él me separó bruscamente las rodillas con el muslo e insertó dos dedos.

«No».

En cuanto estuvo dentro de mí, se quedó petrificado. Sintió la humedad que se acumulaba allí. Sintió lo mojada que estaba: lo empapada que estaba.

La vergüenza me recorría con violencia en oleadas, y me sentí mortificada. Mi cuerpo me traicionaba, y yo me avergonzaba de lo fácilmente que me había vendido. Estaba más mojada de lo que había estado en mucho tiempo. Mi cuerpo se había despertado de su hibernación y estaba desesperado por obtener alivio.

Crow esgrimía una expresión victoriosa. Su arrogancia se multiplicó por diez. Sus dedos se movían en mi interior, mientras el pulgar me masajeaba el clítoris. Curvó los dedos para llegar al tejido sensible, provocando oleadas de placer que hicieron que mis tetas se endurecieran aún más.

—Estás empapada.

—Por mi sueño... —Balbucí a modo de explicación, no queriendo que asumiera que él era el responsable de lo que había pasado.

—Estabas soñando conmigo. —Lo dijo totalmente convencido, como si no cupiera la posibilidad de una respuesta alternativa—. Pronunciaste mi nombre.

«Maldita sea».

Continuó metiendo y sacando sus dedos de mí, ocupándose al mismo tiempo de mi clítoris. Presionó más y aumentó la velocidad, haciendo que mi

cuerpo me traicionase aún más, empujándome hacia el orgasmo.

«Ni siquiera pensé que pudiera tener uno».

Sacó lentamente los dedos y a continuación se los metió en la boca. Chupó mis jugos antes de agarrarse la base del pene y apuntar hacia mi entrada.

—No hace falta que me la chupes estando tan mojada. —Presionó el glande contra mi entrada.

La excitación me abandonó de golpe cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Puede que me sintiera atraída por él, pero seguía sin querer que me violasen. Seguía sin querer ser una prisionera. Quería que me devolvieran mi vida.

—No, para. Por favor.

Él me metió la punta ligeramente, estirándome.

—Para. Por favor. Haré lo que sea. —Las lágrimas descendían por mis mejillas en oleadas. Odiaba llorar porque demostraba debilidad, pero no sabía qué otra cosa hacer. Estaba cansada de ser usada una y otra vez. Estaba cansada de no tener elección. Estaba cansada de todo—. Crow, por favor.

El sonido de su nombre penetró a través de la niebla sexual que le inundaba la mente. Escuchó mi súplica y me miró a la cara, todavía con la punta del pene parcialmente en mi interior. La lucha ardió detrás de sus ojos. Quería continuar porque su erección quería mojarse, pero mis lágrimas significaban algo para él.

—Por favor... —Tiré de mis manos librándolas de su encierro, aliviada de tener la libertad de moverme. Se las apreté contra el pecho y lo recorrí arriba y abajo con las palmas, sintiendo los duros músculos de su cuerpo. Intentaba persuadirlo para que cooperara, apelando a su buen corazón. Él no era malvado como su hermano. Tenía algo bueno en su interior—. No me hagas esto.

La niebla se disipó por completo y él retiró el pene de mi abertura.

La gratitud me inundó en oleadas. Nunca había estado tan agradecida por

algo en mi vida. Tenía cierto control sobre mi destino. Tenía cierto control sobre lo que me sucediera. Se me había mojado la vagina por él, por vergonzoso que resultara, pero aún así no lo había hecho. Podría haberlo justificado diciendo que yo lo deseaba, pero no lo había hecho.

Se apartó de mí y se sentó en el borde de la cama. Sus bóxers y sus pantalones de chándal estaban en el suelo, y los cogió entre las manos. Su definida espalda parecía esculpida, algo evidente incluso con la luz limitada del dormitorio.

No debería sentir nada bueno por este hombre, pero lo sentía. No lo veía de la misma manera que al resto. Es posible que fuera brusco, pero bajo aquella rudeza había honorabilidad.

Me desplazé hasta su lado de la cama y le cogí la cara con las manos. Su barba reciente me rascaba los dedos mientras lo tocaba. Me encantaba la sensación de su dura mandíbula. Era rígida y fuerte, en contradicción directa con la suave belleza de sus ojos.

Volvió la cara hacia mí, observando cada movimiento que hacía. Su ancho pecho se hinchaba cada vez que respiraba silenciosamente. Me miró los labios de reojo antes de buscar mis ojos con los suyos.

Sin pensarlo, me incliné y le di un suave beso. Le besé la comisura de la boca antes de tocar su labio superior. Sus finos labios tenían un sabor delicioso contra mi lengua, y me encantaba el tacto de su boca. Nunca pensé que podría volver a disfrutar besando a alguien después de lo que había pasado.

Pero me encantaba besarlo.

La zona entre mis piernas seguía mojada, y él seguía empalmado. Yo no quería invitarlo de vuelta a la cama, así que interrumpí el abrazo antes de que cambiase de idea. Cuando me miró con sus ojos penetrantes, yo bajé la mirada.

—Gracias... —Podría haber hecho lo que quisiera conmigo, mi opinión no contaba. Pero me dejó marchar. Me escuchó. Me trató más como a una

persona que ningún otro. La noche podría haber transcurrido de manera bastante diferente. Pero él me dio a elegir. Me dio libertad.

Me había dado una voz.

CROW

EL FUEGO CREPITABA EN MI OFICINA, AUNQUE ERA UN DÍA CÁLIDO. ME gustaba el sonido de las llamas chisporroteantes dentro de la chimenea. Era mi tipo de música, el sonido natural del fuego en danza.

Mantuve la mente concentrada en el trabajo, pero aquella morena seguía encontrando el camino hasta mis pensamientos. La noche anterior la había tenido debajo de mí. Ella estaba desnuda. Yo estaba desnudo. La tenía más dura de lo que la había tenido nunca, y quería metérsela a lo bestia en su sexo resbaladizo.

A ella le gustaban mis besos. Le gustaba que la tocara. Su vagina empapada revelaba que le gustaba la manera en que mis dedos le frotaban el clítoris. Le gustaba cómo le succionaba los pezones hasta dejarlos en carne viva. Le gustaba cómo apretaba los dientes en torno a su clavícula, haciéndole un poco de daño en medio del placer.

Su lenguaje corporal no dejaba lugar a dudas: todo aquello le encantaba.

Pero aún así me dijo que no.

Debería haber continuado. No debería haber dejado a aquella mujer minúscula decirme lo que tenía que hacer. Pero cuando se puso a suplicarme, rogándome que parara, la obedecí automáticamente.

No podía creérmelo. Realmente había *obedecido* a alguien.

Quería hacerle daño porque me ponía muchísimo. Pero quería que ella

quisiera sentir dolor. Quería que le gustara. Y la desesperación que me había demostrado la noche anterior no era lo que yo deseaba. Era diferente. No sabría explicar en qué.

Alguien llamó a mi puerta. Supe quién era porque lo había oído muchas veces. Durante toda mi vida, había escuchado esos nudillos tamborileantes.

—Entra.

Lars entró con una carpeta negra bajo el brazo.

—Un hombre dejó esto para usted. Me dijo que usted sabría de qué se trataba. —Lo colocó en un extremo de mi escritorio—. ¿Necesita algo, ya que estoy aquí?

—Sí. ¿Qué tal está?

Sólo había otra persona en la casa a quien pudiera estarme refiriendo.

—No la he visto, señor. Ha desayunado y ha dejado la bandeja fuera.

Había comido algo. Era todo lo que necesitaba saber.

—Gracias, Lars.

Él asintió antes de salir.

Abrí la carpeta en cuanto se cerró la puerta. Había contratado a un tipo para obtener información sobre mi invitada. Quería saberlo todo sobre ella sin tener que hacer preguntas. Quería que ella supiera que yo era Dios: lo sabía todo.

Empecé a pasar las páginas y descubrí su nombre.

Pearl.

Me encantaba. Me encantaba lo puro que era. Me encantaba lo bonito que era.

Seguí ojeando información y descubrí cómo había sido traficada. Estaba en Santo Tomás cuando sucedió, acompañada por su novio. La idea de que hubiera estado con alguien más antes que yo, de forma voluntaria, me hizo arder de celos. Continué leyendo para disipar mi ferocidad. Acabé por llegar a un fragmento de información que la empeoró aún más. Releí las palabras, porque no podía creerme lo que leía. Me temblaban las manos de lo enfadado

que estaba. Mi odio casi se equiparaba al que sentía por Bones por haber mutilado a mi hermana. Casi.

Volvieron a llamar a la puerta, interrumpiendo mi enfurecimiento. No era Lars, eso lo sabía. Y aquello quería decir que sólo podía ser una persona: Pearl.

Abrió la puerta sin ser invitada y se quedó allí de pie incómoda, esperando un permiso que no iba a obtener.

Cerré la carpeta y la dejé sobre mi escritorio. Me había pillado en un mal momento. Si hubiera sido cualquier otra persona, se habría marchado lo antes posible. Hasta Lars se hubiera ido, entendiendo mi ira mejor que la mayoría de la gente.

Ella entró en mi oficina y echó una mirada a la chimenea que había en la pared opuesta. Llevaba uno de los vestidos toscanos que Lars había escogido para ella. Le quedaba perfecto, como si hubiera nacido y crecido en la bella ladera.

—¿Estás ocupado?

Su belleza no era suficiente para distraerme.

—Yo siempre estoy ocupado.

Sus ojos dejaron entrever su decepción, al esperar encontrarse con el mismo hombre delicado que había visto la noche anterior. No era constante. Iba y venía, y desaparecía con más frecuencia de la que estaba presente.

—Esperaba que pudiéramos hablar. Puede esperar a más tarde, si te viene mejor.

—O podríamos no hablar en absoluto. Esa es la opción más conveniente.

—Me odiaba a mí mismo por haberme ablandado con ella. Me odiaba por ser cualquier cosa, menos despiadado. Tenía que planear una venganza, y estaba fastidiándola

Ella me miró sobresaltada, sin saber qué había provocado este enfado.

—¿He hecho algo?

—Estás hablando. Eso es lo que has hecho.

Se le pusieron los ojos tristes, sin rastro de lucha interior.

—Sólo quería darte las gracias por...

—Ya lo hiciste. Ahora vete. —Sólo quería que saliera de mi habitación para poder cocerme a gusto en mi rabia, a solas.

—Eres mejor hombre de lo que tú piensas. Sólo quería que lo supieras.

—No me importa.

«Vete de una vez».

Se calentó cuando se hartó de mi hostilidad.

—¿Pero qué coño te pasa? Vengo aquí a hacerte un cumplido y presentarte mis respetos, y te comportas como un bravucón.

Levanté ambas cejas con asombro al escuchar sus palabras.

—¿Bravucón?

—Sí. Así es exactamente como estás actuando.

Al hacerme recriminaciones, sólo consiguió que se me pusiera dura. Quería que me cruzara la cara y que después me besara en los labios. Me puse en pie y rodeé la mesa, sintiendo el enfado correrme por la venas; pero era un enfado diferente al que sentía antes.

Ella ni pestañeó ante mi avance, asumiendo que después de lo de la noche anterior, estaba a salvo conmigo.

Yo le agarré un puñado de pelo y le eché agresivamente la cabeza hacia atrás, exponiendo sus labios para tomarlos en mi boca. La besé con rudeza, casi magullándole los labios. Mi brazo le rodeó la cintura y la atraje contra mí, deseando que entendiera cuánto quería mi pene entrar en su pequeña vagina.

Al principio sus labios no respondieron, pero un momento después me devolvió el beso, moviendo los labios con idénticas agresividad y hostilidad. Nuestros dientes se entrechocaron por error, pero a mí me gustó. A ella también. Me rodeó el cuello con un brazo, arrastrando las uñas sobre mi piel.

Mi mano le dio un buen apretón en el culo antes de apartarme.

—Si me vuelves a hablar así, te enterarás de lo que es bueno.

—No te entiendo.

—No me importa.

—Vine aquí para decirte...

—Viniste aquí para manipularme. Crees que puedes hacer lo que quieras conmigo porque no te pego ni te violo. Me has malinterpretado por completo. Soy el tipo de hombre que todavía está dispuesto a enterrarte en mis dominios. Soy el tipo de hombre que mataría a gente inocente sólo por ponerse en mi camino. No puedes venir aquí toda acicalada y esperar que caiga a tus pies de rodillas. La única persona que caerá de rodillas, eres tú.

—Mis manos se movieron hasta su cintura, y la apreté tanto que intentó apartarse—. No voy a dejar que te vayas. Ni ahora, ni nunca. Sólo conseguirás salir de este lugar cuando te mate. ¿Me has entendido?

En sus ojos no había miedo. Me miró incrédula, sin creerse ni una de mis palabras. Me apartó de un empujón las manos de su cuerpo, luchando por dominar la discusión.

—No me harás daño. No me matarás.

—Eres una estúpida, ¿lo sabías? —Odiaba que me llevara la contraria. Pero me encantaba al mismo jodido tiempo.

—Cuando venga Cane y te exija que me metas un tiro en la cabeza, tú no lo harás. Cuando quiera apretar él mismo el gatillo, recibirás la bala por mí. No estás engañando a nadie, Crow. Eres una buena persona...

Le crucé la cara de un bofetón. No le di demasiado fuerte, porque supe que mi mano estrellándose contra su mejilla sería suficiente para que se callara la puta boca.

—No me hables como si me conocieras. No sabes nada sobre mí. Te estrangularé con mis propias manos y veré la luz abandonar tus ojos. Deja de reescribir mi historia. Deja de intentar cambiar quién soy.

Se giró al recibir el golpe, llevándose la mano a la mejilla, sintiendo la punzada de la bofetada mucho después de haber terminado el golpe. Se mantuvo de espaldas a mí, recuperándose de la conmoción que le había

provocado mi acción.

—Lo volveré a hacer. —*Y lo decía de veras.*

Ella se volvió, con la mano todavía en la mejilla. En vez de lágrimas, sus ojos sólo encerraban sorpresa. Realmente no se esperaba que le fuera a poner una mano encima, como una tonta de remate. Con la velocidad de una víbora, me cruzó la cara de una bofetada, con toda la fuerza que pudo.

Se me giró la cara y sentí enrojecerse mis mejillas. No me dolió, al menos no con un dolor físico. Me puso los nervios de punta, haciendo salir a la bestia que se escondía en mi interior. Tenía el pene como una piedra dentro de los pantalones, y mi boca deseaba la suya dolorosamente. Deseaba retorcerle los pezones hasta que gritara.

Me volví hacia ella, con los agujeros de la nariz dilatados. Quería doblarla sobre mi escritorio y follármela allí mismo, en aquel mismo instante. Ninguna mujer me había abofeteado antes, no sin yo ordenarle que lo hiciera. Esta mujer tenía un filo como una navaja en el que yo deseaba cortarme. Tenía más agallas que la mayoría de mis hombres. Tenía una fiereza equiparable a la mía. Nunca en mi vida había estado tan empalmado.

Me puso un dedo en la cara.

—Si me vuelves a tocar, te enterarás de lo que es bueno.

Ahora ya me estaba provocando.

—Si no quieres que te pegue y te folle contra la mesa, es mejor que te vayas ahora mismo. —Yo tenía los hombros tensos, y las manos habían empezado a temblarme. La bestia que había en mi interior estaba desgarrando sus ataduras. Mi sangre llamaba a la suya a gritos.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, tomando una sabia decisión. Pero se detuvo al advertir los cuadros que había en las paredes. Había por lo menos veinte en la habitación, todos pintados por la misma mano. Algunos eran más excepcionales que otros, hechos sobre todo a base de botones.

Como si se hubiera olvidado completamente de nuestra discusión, se

quedó mirándolos fijamente. Sus ojos se centraron en uno en particular. Al fondo se veían las colinas del valle, pintadas con acuarela. Los viñedos retrocedían al fondo, y cada hilera estaba formada por un conjunto de botones. Era un arte poco habitual, pero encerraba belleza en su originalidad.

Se giró hacia mí, con los labios separados para preguntar por los cuadros de las paredes. Pero cuando vio la lividez de mi rostro, el deseo de sangre todavía en los ojos, se lo pensó mejor. Salió por la puerta sin mirar atrás, ahorrándose un polvo salvaje que la habría dejado tan escocida que no habría sido capaz de andar en una semana.

Yo volví a mi mesa, con una erección todavía palpitante y dura como una piedra. Si no me la follaba pronto, tendría que aliviarme yo mismo con la mano, lo que no era ni de lejos tan divertido. Mis ojos se posaron sobre el frasco que descansaba sobre el borde de la mesa. Era una antigüedad que había encontrado hacía años en un mercadillo. Estaba lleno hasta el borde de una colección de botones. Algunos eran marrones con reborde, otros eran de marfil con vueltas de encaje en los agujeros. Cada uno de ellos era único, hecho a mano e importado.

Y me habían dado una idea.

AQUELLA NOCHE ME SENTÉ A CENAR. TAL Y COMO ESPERABA, NO BAJÓ A acompañarme. Me evitaba después de haberla abofeteado. Y probablemente tenía un poco de miedo por haberme devuelto la bofetada. Me había puesto a prueba, me había presionado hasta el límite. Ahora sabía que realmente había una bestia agazapada detrás de mis ojos color avellana.

—Lars, dile a nuestra invitada que baje a cenar.

—Sí, Excelencia. —Salió de la habitación y subió la escalinata.

Yo me quedé en la mesa con la comida dispuesta sobre ella. En el centro de la mesa había una lasaña de calabacín, además de una ensalada de la

huerta. Al lado había *bruschetta* casera, el aperitivo favorito de cualquier italiano.

Lars volvió unos momentos después.

—Ha declinado la invitación.

Mi irritación no floreció de inmediato. Aquella era la respuesta que esperaba.

—Infórmale de que habrá consecuencias si desobedece. —Era un juego de poder. Yo estaba ejerciendo mi dominio, y ella lo combatía a cada paso. Me encantaba el desafío. Me encantaba el hecho de que no se sometiera. Sólo me hacía aún más dominante que antes.

Lars asintió antes de salir del comedor. Volvió a su habitación y le comunicó mi mensaje. A continuación regresó sin que mi invitada lo acompañase. Se limitó a mirarme.

Yo intenté no sonreír. Esta era justo la respuesta que estaba esperando.

—Gracias, Lars. Ya me ocupo yo.

Salió de la habitación y se retiró a la cocina, sabiendo que lo que quiera que sucediese no era algo en lo que él deseara participar.

Yo subí por la imponente escalinata y entré en su dormitorio. Estaba sentada en el sofá leyendo un libro, llevando todavía el mismo vestido que antes. No levantó la vista cuando entré, como si supiera que iba a hacerlo.

—No tengo hambre.

Yo me acerqué a ella, con las manos en los bolsillos del traje. Sin decir ni una palabra ni levantar la mano, la amenacé. Expresé todas las cosas horribles que le haría si no obedecía. Cada vez que se resistía, yo me limitaba a presionar con más fuerza. Me encantaba tener una oponente que estuviese a mi altura. Me encantaba que no le asustase enfrentarse a mí. Su valentía era muy entretenida.

Cuando sintió que me aproximaba, no pudo ocultar su desazón. Sus dedos se aferraron al libro con anticipación, esperando que mi palma se le estrellara en la mejilla.

La agarré por el cuello y la inmovilicé contra el respaldo del sofá, sobresaltándola a pesar de que había estado esperando que algo sucediera. Me incliné sobre ella, con la cara presionada contra la suya.

—Baja el culo al comedor. No me hagas volver a pedirte. —Le apreté la garganta, casi impidiendo que pasara el aire. Cuanto más se resistiera, más dulce sería la victoria. Me dejé llevar por mi deseo, y le planté un beso en la comisura de la boca. A pesar de la manera agresiva en la que la tenía agarrada, exhaló al sentir mi contacto. Apretó juntos los muslos. Yo la excitaba. Podía intentar ocultarlo, pero era un esfuerzo inútil—. ¿Te lo tengo que volver a pedir? —Mis labios rozaron los suyos al hablar, y pude ver el miedo en sus ojos.

Ella intentó hablar, pero la mayor parte de sus palabras no salieron de su boca. Sólo una lo hizo.

—No.

El pene me saltó en los pantalones al ganar la batalla. Todas las guerras que librábamos suponían un desafío, pero aquello no hacía más que endulzar mi victoria. Presioné mi boca contra la suya y le di un suave beso, un regalo por su obediencia.

—Buena chica.

SE SENTÓ FRENTE A MÍ Y SE COMIÓ LA CENA EN SILENCIO. SE PUSO EL PELO castaño sobre un hombro, dejando al descubierto el esbelto cuello que yo deseaba morder. La piel era totalmente perfecta, de alguna manera había logrado escapar de Bones sin cicatrices. Yo quería dejar mi marca en la carne virgen, hacerle una cicatriz para que todo hombre supiera que yo había estado allí.

Ella mantuvo la cabeza baja, sin entablar conversación. Era una mala perdedora. Nos habíamos enfrentado cara a cara, pero había perdido la

batalla. Yo había ido a su habitación, había logrado la victoria y la había arrastrado conmigo abajo.

El frasco de botones reposaba sobre la mesa, actuando como centro decorativo. Yo estaba esperando a que ella lo advirtiese, a que preguntara sobre el extraño objeto decorativo que chocaba con todo lo demás que había en casa. Antes, por la mañana, había parecido curiosa.

—Estoy dispuesto a dejarte marchar. —Terminé de cenar y me concentré en el vino, hecho con las uvas que mi empresa recolectaba y prensaba. Nada superaba la calidad exquisita de mi cosecha. No éramos la mayor bodega de Italia así porque sí.

Ella dejó de comer al escuchar mis palabras. De hecho, dejó caer el tenedor en el plato, emitiendo un tintineo característico. Las palabras debían de haberle sonado demasiado bien para ser verdad, porque me preguntó:

—¿Qué es lo que has dicho?

—Estoy dispuesto a dejarte marchar. —Repetí mi frase palabra por palabra.

Se llevó inmediatamente la mano al pecho, posándola entre sus dos tetas redondeadas.

—¿Dejarás que me marche? ¿Permitirás que me vaya a casa? —La voz se le quebró de exasperación. Su desesperación era profunda, y dejaba traslucir sus auténticos deseos. Deseaba la libertad más que ninguna otra cosa. La deseaba más que la comida o el agua. La deseaba más que la buena salud.

—Dejaré que te vayas. Lo que decidas hacer con esa libertad lo dejo a tu elección.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le aceleró la respiración.

—Gracias. Muchísimas gracias. Sabía que eras un buen hombre. Sabía que eras...

—No he terminado. —No había nada que me resultara más insultante que ser calificado de buen hombre. Yo sabía exactamente lo que era, y la honorabilidad no era una de mis cualidades. Me acariciaba a contrapelo,

como un cepillo de dientes contra una alfombra.

Se le cerró la boca de inmediato y las lágrimas se le congelaron en el sitio.

—No voy a regalarte la libertad. Te la vas a ganar tú.

Sin entender, continuó mirándome fijamente.

—Al dejarte marchar, yo pierdo algo inestimable: mi venganza. A eso no se le puede poner un precio. No se puede compensar. Perdí hombres al capturarte en casa de Bones. Perderé el respeto de mi hermano al permitir que te vayas. Tendrás que pagarme por todo eso.

—Tengo algo de dinero. Pero tendría que...

—No quiero dinero. —El dinero no significaba nada para mí. Tenía más del que pudiera necesitar nunca.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

Cogí el frasco de botones y le di la vuelta, dejando caer hasta el último de ellos sobre la mesa que nos separaba. Volví a girar el tarro vacío y lo puse sobre la mesa.

—Te quiero a ti.

Ella se quedó mirando los botones que había entre nosotros antes de extender la mano y coger uno. Lo palpó entre los dedos, deslizando el pulgar sobre la lisa superficie. Era de marfil con cuatro agujeros.

—Cada vez que me complazcas, uno irá dentro del frasco. —Cogí uno de la mesa y lo metí dentro. —Cuando esté lleno, habrás pagado tu deuda. Y serás libre para marcharte.

Dentro del tarro cabían por lo menos trescientos botones. Le llevaría mucho tiempo llenarlo, el suficiente para que yo perdiera el interés por ella cuando lo lograra.

Tiró el botón sobre la mesa.

—¿Y qué pasa si digo que no?

No diría que no. Le encantaba que la tocara. Le encantaba que la besara. Me deseaba, pero se negaba a aceptarme por principios. Yo le estaba

ofreciendo una salida, dándole una justificación a los medios. Y ello me permitía controlar la situación exactamente al mismo tiempo.

—Nada cambiará.

—Lo cual quiere decir...

—Vivirás aquí de forma indefinida. Te pondré a trabajar en la casa con las otras doncellas. Nunca te tomaré contra tu voluntad ni dejaré que nadie lo haga. Estarás cómoda, provista y segura. Pero a eso se reducirá toda tu vida. Nunca volverás a tu hogar. Vivirás el resto de tus días en esta casa. Morirás aquí.

Ella examinó los botones.

—Debe de haber cientos...

—Trescientos sesenta y cinco. —El número exacto de días en un año—. Eso nos da un año de servidumbre. —Aquello era más que justo, en mi opinión.

—No voy a follarte a cambio de mi libertad. —Agarró un puñado de botones y me los tiró al pecho—. Me merezco ser libre porque soy un ser humano. Me merezco respeto por el infierno por el que pasado. Me merezco...

—Tú no te mereces nada, a menos que yo te lo dé. —Me levanté, y los botones cayeron a mis pies—. Te he dado una opción. Puedes elegir tu única salida o ser mi prisionera de por vida. Vivir tus días en mis viñedos y esperar a que tu corazón deje de latir. O bien pagar tu deuda y ser libre.

—Yo no tengo ninguna deuda.

—No lo estás entendiendo. —Me agarré al borde de la mesa mientras me inclinaba hacia delante—. Tengo que sacrificar más de lo que te puedas imaginar. Debo olvidarme de algo que me perseguirá para siempre. Desde luego que tienes una gran deuda conmigo. De hecho, me debes mucho más que esto. —Señalé al frasco, el recipiente que podría contener un número infinito de unidades.

—¿Cómo sé que de verdad dejarás que me vaya?

—Porque soy un hombre de palabra. —Es posible que fuera un criminal, pero también me regía por un código ético. Toda organización tenía sus reglas. Hasta los piratas tenían reglas. Imponían el orden. Expulsaban el caos—. Si te digo que te dejaré marchar, lo haré.

Ella escudriñó mis ojos, buscando una mentira.

—¿Me lo prometes?

Iba a decir que sí. Estábamos a sólo unos pasos de cerrar el trato.

—Sí.

Ella se puso de pie, con los ojos desplazándose sobre los botones desperdigados por el comedor.

—Tengo que pensar en ello.

«No. La deseo ahora».

Se apartó de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

«Date prisa, joder».

Salió sin pronunciar otra palabra, dejándome solo.

Con trescientos sesenta y cinco botones.

PEARL

TRESCIENTOS SESENTA Y CINCO BOTONES.

Eso eran un montón de botones.

Eso era un montón de sexo.

Era más sexo del que había tenido con Bones, a pesar de que me tomaba varias veces al día. Era una deuda enorme la que tenía que pagar. Cada vez que estuviera debajo de él, me convertiría en un objeto: su objeto. Tendría que separar las piernas en cuanto me lo ordenase para darle lo que me pidiera.

¿Podría de verdad hacerlo?

Me sentía atraída por Crow. Cuando me besaba, sentía un profundo deseo en mis entrañas. Cuando sentí su pecho bajo mis dedos, me impresionó su fuerza. Cuando me frotó el clítoris, me llevó hasta el borde del orgasmo, algo que nunca pensé que hubiera sido posible después de lo que había sufrido.

Y encendía una chispa en mi interior.

Pero seguía estando mal. Lo que me estaba pidiendo era ilegal. Quería que me convirtiese voluntariamente en su esclava, que aceptara sus términos y que renunciase a mí misma. Estaba mal de raíz. Era inaceptable.

Pero conduciría a mi liberación.

Con cada polvo, me acercaría un poco más al momento en que me iría a casa. Estaría trabajando constantemente por algo, aflojando los grilletes en torno a mis muñecas. Estaría ganándome otra vez mis derechos, cada vez más

cerca de volver a América y a mi hogar. Estaría más cerca de volver a Jacob. Él entendería mi decisión. Si esa era la única salida, tendría que tomarla.

Crow era un criminal, pero era sincero. Si me daba su palabra, la cumplía. Eso era algo con lo que pensaba que podía contar. Me había dicho que no permitiría que nadie me tomase, y se había enfrentado a su hermano para lograrlo. A pesar de cómo me había abofeteado, yo creía que era mejor que la otra gentuza con la que me había encontrado. Seguía teniendo otras buenas cualidades en su interior que lo redimían. Aún quedaba un destello de bondad. Seguía habiendo esperanza.

Tenía que confiar en él.

Si no lo hacía, me habría de conformar con ser una prisionera para siempre. Aunque la mansión en la que vivía era preciosa, no era suficiente. Necesitaba libertad. Necesitaba poder. Necesitaba más. Nunca me casaría ni tendría hijos si me quedaba allí. Nunca volvería a trabajar, ni me compraría una casa en el centro.

Estaría atrapada allí para siempre.

Odiaba la elección que me había puesto delante, pero no me cabía duda de lo que debía elegir. Me haría perderme aún más el respeto, pero también sabía que tenía que hacerlo. Tenía que hacer todo lo que fuera necesario para sobrevivir.

Y nunca pediría perdón por eso.

ME TOMÉ UNA SEMANA PARA PENSAR BIEN LAS COSAS. NO QUERÍA HABLAR DE ello con él antes de tener una respuesta. Él respetó mi soledad y no vino a por mí. No me preguntó si ya había tomado una decisión. Tampoco envió a Lars a preguntármelo. Esperó pacientemente.

Después de cenar, yo sabía que se iba a su estudio. O bien trabajaba, o hacía otras cosas. El único momento en que entraba en su dormitorio era para

dormir. Yo me acerqué a la puerta y golpeé la madera con los nudillos.

—Pasa.

Yo entré y lo vi sentado en un sillón rojo frente al fuego. Llevaba pantalones de chándal grises y una camiseta negra. Era la única vez que lo había visto con ropa corriente, además de la noche en que me sacó de casa de Bones. La camiseta se ajustaba contra el poderoso pecho. También le marcaba los hombros, además de los impresionantes músculos de los brazos. Tenía un libro de tapa dura en el regazo y lo apartó a un lado al entrar yo.

—¿Podemos hablar?

Él señaló levemente con la cabeza el sillón junto al suyo.

Interpreté aquello como una invitación y me senté.

En la mesa que había junto a su sillón había un vaso de *whisky* escocés. Los cubitos de hielo cuadrados se deshacían lentamente en su interior. Bebía café por la mañana, vino con la cena y normalmente *whisky* por la noche. Era un patrón que había llegado a reconocer.

Él rehusó hablar, con los ojos fijos en las llamas de la chimenea. Cuando no nos veíamos durante algún tiempo, se volvía a encerrar en sí mismo, levantando las defensas y negándose a dejarme entrar. Cada vez que volvíamos a reunirnos, teníamos que empezar de nuevo.

—He estado pensando en tu trato.

Volvió la cara en mi dirección, atento a cada una de mis palabras.

—Tengo algunas preguntas.

Apoyó el codo en el reposabrazos y se pasó los dedos por la mandíbula. Volvió a asentir levemente.

—¿Puedes hacerme lo que quieras a cambio de un botón? ¿Tengo derecho a opinar al respecto?

Apartó la mano de la barbilla y la colocó sobre el reposabrazos.

—Por supuesto que puedes opinar al respecto. Desde que has llegado aquí, has tenido voz y voto. Esperaba que a estas alturas ya te hubieras dado cuenta.

Cualquier cosa podía desencadenar su enfado, hasta las palabras más inofensivas.

—¿Entonces puedo decir que no?

—Has dicho que no todas las veces que has querido en el pasado. ¿Por qué iba a cambiar eso?

—Así que, según este acuerdo, ¿puedo decir que no?

—Sí.

—¿Entonces nunca haremos nada que yo no quiera hacer?

—Correcto —dijo con voz aburrida.

—¿Me harás daño? —Eso seguramente formaba parte del acuerdo. Aunque no me había hecho daño hasta entonces, sabía que lo deseaba.

—Sí.

—¿Y tengo voz y voto en eso?

Él asintió.

Ahora que había satisfecho mi curiosidad, entendía en lo que me estaba metiendo. El hecho de tener algunos derechos en aquella situación, de tener cierto control, facilitaba mucho las cosas. Podía hacerlo. Podía hacerlo trescientas sesenta y cinco veces, si era para poder irme a casa.

—De acuerdo.

El volvió los ojos en mi dirección, con las llamas chisporroteantes reflejándose en su mirada. La habitación se oscureció perceptiblemente, aunque las llamas ardieron con más fuerza. Su cuerpo se tensó de deseo, sus manos ansiaron agarrarme ahora que tenían permiso.

—¿Tenemos un trato?

Yo me negué a permitirme pensar demasiado sobre ello. Tenía que hacer lo que tenía que hacer para salir de allí. Ya lo superaría con un psicólogo cuando volviera a casa.

—Sí.

ENTRAMOS EN MI DORMITORIO, EL LUGAR EN DONDE DORMÍA CADA NOCHE. EN el instante en que había dicho que sí, Crow quiso ponerse manos a la obra. Había esperado ansioso mi respuesta, aunque no lo hubiese demostrado en ningún momento. Ahora, ya no podía contener más su impaciencia. Estaba listo para ponerse en marcha.

—¿Puedo hacer una petición? —Había llegado a amar aquella habitación. Había llegado a amar mi pequeña ventana con vistas a los campos. El sofá descansaba junto al fuego, el lugar donde yo leía en paz.

Él aún no me había tocado, pero los brazos le colgaban a los costados con impaciencia. Me dedicó una mirada sombría, molesto por que tuviese algo que decir.

—Me encanta esta habitación. ¿Podemos hacer esto en cualquier otro sitio? —Era mi refugio seguro, lo más parecido que tenía a un hogar. Bones solía tomarme en la cama en la que yo dormía, por lo que nunca me sentí segura. Pero esta pequeña habitación significaba muchísimo para mí. No quería mancillarla con lo que fuera que íbamos a hacer. Cada vez que cerrara aquella puerta, quería saber que estaba en mi espacio, y que nadie podía arrebátarmelo.

Crow debió de entenderlo, porque no pidió más explicaciones. Aceptó mis palabras sin cuestionarlas y salió, caminando por el pasillo hasta entrar en un dormitorio desocupado. Era parecido al mío, con una gran cama y una bonita ventana. Era un poco más grande, con un escritorio en la esquina. Aunque estaba limpio, daba la sensación de no haber sido utilizado en una década.

—¿Este te parece bien?

—Sí.

Él cerró la puerta y se adentró en la habitación a grandes pasos. Enterró la mano en su bolsillo y sacó un botón. Lo mantuvo en alto para que yo lo viera antes de lanzarlo sobre la cama. Era su primer pago, la primera muesca de mi factura gigantesca.

Me sentí como una puta.

Pero al menos no me sentí como una esclava.

Yo me acerqué a él, insegura de lo que él quería hacer o de si quería que yo hiciese algo. La habitación estaba a oscuras porque no había encendido ninguna luz. Se quedó de pie frente a mí, empequeñeciéndome con su altura. Su respiración permaneció uniforme. Estaba calmado, como si ya hubiera hecho esto cientos de veces.

Yo sabía que debía tomar la iniciativa y terminar con ello cuanto antes, pero era incapaz. Estaba congelada en el sitio, asustada por el momento. Él ya me había besado, y a mí me había gustado. Ya me había tocado, y también me había gustado. Pero aún así, seguía sin poder moverme.

Crow advirtió mi incomodidad y me enterró la mano en el pelo. Me acercó a él, nuestros rostros tocándose. El contacto era tan tierno que parecía algo familiar, como si llevara años tocándome. Era incluso relajante, simplemente estar entre sus brazos.

—Llevo queriendo follarte desde que te capturé. —Las palabras eran duras, poco románticas, pero él les dio suavidad—. He pensado en ello cada momento de cada día.

Yo contemplaba sus labios, viéndolos moverse.

—¿Me vas a hacer daño?

El me rozó los labios con los suyos.

—No. Nos lo vamos a tomar con calma.

Me sentí inundada por un sentimiento de gratitud.

—No es más que un botón. Usaré los otros con más juicio.

Ya sólo quedaban trescientos sesenta y cuatro.

—Tu palabra de seguridad es fuego.

—¿Palabra de seguridad? —susurré.

—Si quieres que pare, sólo tienes que decir la palabra, y lo haré.

¿Tenía la opción de parar?

—Pero si lo haces, no te daré un botón a cambio de la noche. Quedará

anulado.

Sentí una gratitud inmensa por el simple hecho de que me permitiera tener una palabra de seguridad. Bones me hizo cosas espantosas, cosas innombrables. No hubiera podido pararlas aunque hubiese querido. Pero tampoco debía sentir lealtad alguna hacia Crow. Después de todo, era él quien me había manipulado para hacer esto en primer lugar.

—De acuerdo.

Volvió a rozar mis labios con los suyos y me dio un beso lento. Era dulce y suave, y encerraba la ternura del primer amor. Me besó con fragilidad, devolviéndome lentamente a la vida. Con cada roce de sus labios, sentía una calidez inundándome el cuerpo. No parecía un trato. Parecía real.

Respiró con fuerza en mi boca antes de quitarme la parte de arriba. Me miró con los ojos muy abiertos, atesorando mi cuerpo como un cofre lleno de oro. Mi cuerpo todavía estaba marcado por viejas cicatrices fruto de los abusos de Bones, pero a Crow no parecía importarle.

Presionó su boca contra mi cuello y me dio un mordisco juguetón, lo bastante fuerte para provocarme una mueca, pero no lo suficiente para hacerme sangrar. Me desabrochó el sujetador exactamente al mismo tiempo, haciendo que se deslizara por mis brazos.

Se me endurecieron los pezones mientras me mordisqueaba el cuello. Me daba pequeños besos antes de succionar mi piel con agresividad, amoratándola con su pasión. Mis manos se movieron automáticamente hacia el hueco de sus brazos, donde se abultaban sus bíceps. Sentía los músculos bajo mis dedos, adorando lo fuertes que eran bajo mi tacto.

Su boca pasó a mi oreja, y me mordisqueó el lóbulo, respirando intensamente en mi oído. Su excitación se amplificó. Podía sentir cuánto me deseaba. Podía sentir su desesperación en sus quedos gruñidos.

Sus manos se desplazaron hasta mis caderas, y me desabrochó los vaqueros antes de bajármelos con un violento tirón. Se arrodilló para ayudarme a quitármelos. Mis manos se posaron sobre sus hombros para

ayudarme a mantener el equilibrio, y sentí los músculos moviéndose bajo su piel perfecta.

Me quitó también el tanga, pasándomelo por los tobillos antes de arrojarlo a un lado. Cuando se puso de pie, me contempló posesivamente. Era toda suya porque había pagado por mí para la noche. Podía mirarme y solazarse todo lo que quisiera. Movi6 la mano hasta mi pierna y toc6 una antigua cicatriz obra de Cane. La toc6 suavemente con los dedos, disculpándose en silencio por ella.

—No pasa nada —susurré.

Mis palabras lo devolvieron al momento y se quit6 la camiseta pasándose la por la cabeza, revelando su cuerpo perfectamente esculpido. Corría todas las mañanas y sólo comía proteínas, pero aún así tenía demasiado buen aspecto como para ser real. Tenía el cuerpo tonificado y musculado, con haces de fibras uniéndose a otros haces de fibras. Si nos hubiéramos conocido en una realidad diferente, quizá en el metro durante la hora punta de la mañana, me habría sentido de manera muy diferente. Le habría pedido salir en aquel mismo instante, con la esperanza de que no estuviese con alguien ya.

A continuación se quit6 los pantalones del chándal y los bóxers, dejando orgullosamente su herramienta al descubierto. Tenía el pene más largo y más grueso que Bones. No estaba segura de si eso era bueno o malo.

Me quedé mirándolo fijamente, incapaz de creerme que me fuera a meter todo aquello dentro.

Él subió los dedos a mi barbilla y me levantó la cara, obligándome a mirarlo a los ojos.

—De rodillas. —Su voz destilaba poder. Se había hecho con el control absoluto de la velada. Ejercía un completo dominio, y yo estaba sometida por completo. Había ganado el juego enfermizo que habíamos estado jugando—. Ahora.

Yo me arrodillé a pesar del dolor que me provocaba el suelo de parquet y

esperé a que me metiera su erección hasta la garganta.

Él cruzó la distancia que nos separaba y me puso el pene erecto en la cara. Su mano me agarró el pelo con fuerza.

—Chúpamela. —Se le oscurecieron los ojos mientras esperaba a que obedeciera.

Yo aparté mis pensamientos e hice sencillamente lo que me pedía. Le agarré el miembro por la base y me metí el glande en la boca. En cuanto estuvo dentro de mí, pude saborear el líquido preseminal. Tenía un sabor salado y masculino. Recorrí la base con la lengua, sintiendo la vena protuberante. Cerré los ojos y me la metí hasta el fondo de la garganta. Le había hecho cientos de mamadas a Bones. Aunque Crow la tenía más grande, esto era mucho mejor. Al menos estaba buenísimo.

Crow dejó escapar un sordo quejido de satisfacción cuando cogí el ritmo. Sus dedos se apretaron sobre mi pelo, arañándome sólo un poco el cuello. Lanzó las caderas hacia mi boca, moviéndose conmigo.

—La chupas bien.

«Qué cumplido tan bonito».

Le bañé con mi cálida saliva y continué, deseando que simplemente se corriera en mi boca y que aquello valiese un botón. Pensé que era justo medirlos por orgasmos, más que por noches.

Se sucedieron los minutos, y yo sentía cómo se tensaba mi interior. Apreté los muslos y sentí la calidez entre mis piernas. Era la misma sensación que había tenido la última vez que estuvimos juntos, y me odié a mí misma por ello. Odié el hecho de excitarme por tener su pene en mi boca. Odié el hecho de excitarme más cuanto más disfrutaba él. Siempre que Bones me violaba, yo sólo sentía desprecio. No quería que Crow supiera cómo mi cuerpo respondía al suyo. Era humillante, y sólo lograría que su ego fuera aún mayor de lo que ya era.

Me agarró por la nuca y sacó el pene. El deseo brillaba en sus ojos con más fuerza que nunca. Tenía la erección goteante de mi saliva, y estaba listo

para metérmela dentro.

—A la cama.

Me dolieron las rodillas al levantarme y trepé sobre la cama, asumiendo que me quería boca abajo. Así era como le gustaba a Bones. Nunca quería mirarme a la cara.

Crow se me acercó por detrás y me agarró de las caderas. Me dio la vuelta, girándome hasta tumbarme de espaldas. Tenía un trozo de cinta en la mano. Era de encaje amarillo. No estaba muy segura de por qué un criminal poseía un trozo de cinta de encaje amarilla. Me ató juntas las muñecas antes de atarlas al cabecero de la cama. Mi cuerpo estaba expuesto para su disfrute, y yo no hubiera podido mover las manos aunque hubiese querido.

Se cernió sobre mí y me separó los muslos con los suyos. La erección le latía con impaciencia, deseando deslizarse en mi interior. Yo llevaba más de un mes sin tener a un hombre dentro, y no estaba segura de lo bien que respondería mi cuerpo. Prefería la abstinencia.

Crow acercó su cara a la mía, dándome un beso completamente diferente del que me había dado antes. Este era agresivo y duro. Aplastó su boca contra la mía, casi magullándome con su insistencia. Al mismo tiempo bajó los dedos hasta mi clítoris y empezó a frotarlo, provocándome las mismas sensaciones que la última vez.

Yo odiaba que me gustara.

Me metió dos dedos dentro sin aviso.

Y yo estaba empapada.

«Maldita sea».

Dejó escapar un gemido contra mis labios cuando sintió lo mojada que estaba. Cuando sacó los dedos, estaban bañados en mi humedad. Un hilito pegajoso se formó entre sus dedos cuando los separó.

—Me deseas tanto como yo a ti.

Mi respuesta automática fue negarlo, pero no podía decir que no. Habría sido una mentira, evidente para ambos.

Me frotó los dedos húmedos contra el clítoris, creando sonidos de fricción debido a la humedad.

Yo me estremecí de gusto. Mis caderas empezaron a balancearse automáticamente por las emociones incontrolables que me provocaba. Me encantaba que me tocara así. Lo hacía mejor que yo.

Me dio un beso con lentitud.

—Te gusta.

Yo respiré en su boca, sintiendo cómo perdía el control ante el despertar de mi lado más carnal.

Se agarró el pene por la base y me dio palmadas con él en el clítoris, provocándome un poco de dolor y un inmenso placer. Después lo frotó contra mí, deslizándose por mi humedad y aplicando al mismo tiempo la presión de su sexo palpitante.

Colocó los brazos detrás de mis rodillas y mantuvo su rostro sobre el mío. Lentamente, presionó para introducirme la punta, penetrándome sólo hasta donde la última vez. Observaba mi expresión atentamente.

En cuanto lo sentí entrar, mi excitación se apagó. Su pene me recordaba todas las cosas horribles que Bones me había hecho. Nada de lo que me había hecho me dio placer. Siempre era una tortura. Y a juzgar por el inmenso tamaño de Crow, esto no iba a ser diferente.

—No. Para. —Sentí cómo se hundía más en mi interior. Yo estaba empapada y él se deslizó con facilidad, pero aún así yo no quería que lo hiciera. No quería volver a sentir aquel dolor otra vez. Pensé que podría con ello, pero no podía.

—No voy a parar a menos que me digas la palabra de seguridad. —Se introdujo más en mi interior, estirándome con la mitad del pene dentro.

Era verdad, se me había olvidado la palabra de seguridad.

—Fue...

—Yo no soy él. —Había seguido mis pensamientos mientras salían de la habitación y volvían a Bones—. Yo soy tu dueño, no él. Esto te gustará. Te lo

prometo. —Apretó su cara contra la mía y me la metió del todo, hasta los testículos—. Quédate conmigo.

Yo no quería quedarme. Quería salir corriendo.

—Botón. —Me puso la mano en la cara y me miró a los ojos—. No te vayas. —Me besó la comisura de la boca.

Nunca antes me había llamado así, y no esperaba que fuese a ser mi apodo. Pero lo era. Por alguna razón, me apaciguó. Tenía toda su erección dentro, pero no luché contra ello. Mantuve el cuerpo relajado, sintiendo cómo me ensanchaba.

Crow se balanceó suavemente en mi interior, sacando su erección hasta que sólo quedaba la punta en mi interior. Después me volvía a penetrar, deslizándose por mi interior escurridizo. Nuestros cuerpos producían sonidos al moverse juntos, con mi humedad ejerciendo una suave fricción.

—Joder. Qué gusto me das. —Sus caderas querían moverse más deprisa, pero él mantenía su control.

Tenía un cuerpo magnífico y la cara aún más perfecta. Habría sido el hombre de mis fantasías al tocarme. Intenté fingir que aquello no era real. Sólo era un sueño. Yo lo deseaba. No estaba siendo obligada a hacerlo.

El bajó la mano hasta mi clítoris y lo frotó como había hecho antes. Giraba en círculos, aplicando la presión justa para mantenerme anclada a aquel momento.

Emitió un gruñido cuando sintió que me mojaba más.

—Joder.

Yo intentaba controlarme, no dejarme ir, pero arqueé la espalda. Quería más de él. Su sexo palpitante parecía inmenso dentro de mí, pero también me producía un enorme placer. No resultaba brusco y abrasivo como con Bones, probablemente porque con aquel monstruo siempre estaba más seca que el desierto. Pero con Crow, nos movíamos juntos a la perfección.

Empezaba a disfrutarlo de verdad.

Crow presionó su cara contra la mía y me chupó el labio inferior. Movi

la mano hasta mi teta y la cubrió agresivamente, pellizcando el pezón. Dolía, pero de una forma buena. La punzada hacía que el sexo fuese aún mejor. Se me mojó más la entrepierna. Sentía cómo la humedad me bajaba por el trasero y goteaba hasta las sábanas que tenía debajo.

Él empezó a penetrarme con más fuerza y rapidez, haciendo que el cabecero golpeará contra la pared al entrar en mí. El sudor le perlaba el pecho, y el esfuerzo le daba un aspecto tremendamente sensual. Parecía un dios del inframundo, oscuro y poderoso.

Yo separé más las piernas, porque quería tanto de él como pudiera soportar. Deseaba hasta el último centímetro de aquella erección. Quería que me lo hiciera más fuerte. Él me quitó la mano de las tetas y utilizó todo su cuerpo para entrar en mí con más fuerza.

Me iba a correr. Podía sentir mi orgasmo acercándose por el horizonte. Me atraparía y se me llevaría. Me temblaron los muslos mientras la calidez empezaba a borbotear, y se me tensó el estómago en anticipación del impacto. Me odiaba a mí misma por lo que estaba sintiendo, pero también deseaba que sucediese más que ninguna otra cosa en el mundo.

Crow sabía que yo estaba a punto de estallar. Tenía una mirada victoriosa en los ojos, como si me poseyera y fuese totalmente consciente de ello.

—Voy a inundarte. —Empujó con más fuerza, su inmensa erección estirándome por dentro y frotándome el clítoris lo justo.

Sus palabras no hubieran debido alterarme, pero lo hicieron. Se me tensó la columna, arqueándose mientras la euforia me inundaba. El placer era incandescente y cegador. No podía hacer otra cosa que sentir aquella poderosa sensación arrastrándome consigo.

Cerré la boca todo lo fuerte que pude, porque no quería emitir sonido alguno. Me negaba a decirle que me iba a correr con su pene dentro. El hombre que me había capturado y rehusaba dejarme marchar acababa de provocarme un orgasmo.

Y lo odiaba.

Joder, cuánto lo odiaba.

Crow me separó los labios con los suyos mientras me embestía. Sus suaves testículos me golpeaban el culo con cada empujón. Enterró la lengua en mi boca, para que no pudiera evitar que salieran los sonidos.

Surgió un gemido, alto y claro.

«Mierda».

Sonrió contra mis labios, disfrutando de su victoria.

—Qué coñito tan estrecho tienes. Estoy deseando llenarlo.

Yo tiré de la cinta de encaje porque deseaba liberarme. Quería agarrar aquellos brazos fuertes y no soltarlos. Quería hundir las uñas en su piel y hacerle sangrar. Mi orgasmo todavía ardía con fuerza, hasta que lentamente empezó a remitir. Se me escapó un gritito de placer, porque todavía sentía las últimas oleadas en la entrepierna.

Él gruñó mientras seguía penetrándome, dando unos cuantos empujones más hasta que me llenó como había dicho que haría. Presionó su frente contra la mía al empezar a correrse. Se tensó sobre mí, con la erección todavía más dura al vaciarse en mi interior con un gruñido.

—Tómalo todo.

Yo abrí más las piernas porque quería llenarme de él. Todavía estaba eufórica por mi orgasmo, y en un estado mental diferente. Otro gemido cruzó mis labios, porque me sentí aún más satisfecha al tener todo su semen dentro de mí.

Se le oscurecieron los ojos al terminar, con su ardiente semilla todavía vertiéndose en mi interior. Podía sentir su peso y su calidez. De sus labios escapó un suspiro de placer, profundo y masculino, nacido del fondo de su garganta.

Él se quedó dentro de mí, como si nunca quisiera salir. Se le ablandó lentamente la erección al remitir el clímax. Su boca encontró la mía, y me dio unos besos suaves que yo no pensaba que fuese capaz de dar.

—Te prometí que lo disfrutarías.

Las mejillas se me enrojecieron de vergüenza. No había podido ocultar lo mucho que me había gustado. Aquel hombre me estaba manteniendo cautiva contra mi voluntad. Le había suplicado que me dejara marchar, pero se había negado. Y ahora me acostaba con él... y me gustaba. Me había proporcionado el primer orgasmo que había tenido en meses.

Era una horrible traición.

Me besó el valle que había entre mis pechos antes de sacar su sexo flácido de mi vagina. Era más pequeño que antes, pero el tamaño seguía siendo impresionante. No podía creerme que aquello me hubiese cabido dentro. Y no podía creerme cuánto me había gustado.

Él se inclinó y me besó el clítoris, dándome un beso lleno de su lengua.

Yo me tensé, porque era aún más placentero que cuando usaba los dedos.

Se apartó, con los labios relucientes debido a mi humedad.

—Un botón menos.

CROW

LE HABÍA GUSTADO.

Había intentado ocultar el orgasmo que la sacudía cerrando aquella bonita boca suya, pero había sido inútil. Su sexo se contraía alrededor de mí como una anaconda. Clamaba por mi semilla, intentado sacármela a apretones. Había abierto más las piernas porque quería más de mi pene. Su patético intento de engañarme era una pérdida de tiempo.

Le había gustado tanto como a mí.

Después de conquistarla por fin, esperaba recuperar mi concentración por el trabajo. Con la mente llena de preocupación, no estaba avanzando mucho. Iba retrasado con el papeleo, los envíos y la contratación de nuevos empleados para la fábrica. Mi esclava estaba acaparando toda mi atención con su suave pelo castaño y sus gruesos labios.

Pero ahora estaba aún más distraído que antes.

La había tomado una vez, y había quedado inmensamente satisfecho. Pero ahora la deseaba de nuevo. Su vagina era muy estrecha, y muy húmeda. Mi pene estaba en el cielo femenino al deslizarse dentro y fuera de ella. Se empapaba por mi causa, por el calor que se generaba entre nosotros.

Cuando le puse los ojos encima por primera vez, no me había impresionado. Era muy guapa, por supuesto. Pero también lo eran muchas otras mujeres. No tenía nada de espectacular, nada que me obligara a

inmovilizarla contra la cama para poder poseerla.

Pero cuando vislumbré el fuego en su interior, me atraieron sus llamas. No era sumisa, ni lo más mínimo. Suponía un desafío, era una mujer que podía luchar sus propias batallas. Después de aquel momento, me sentí desesperado por enjaularla, por dominarla y hacerla mía.

Y había adorado cada segundo.

Cuando volví a casa de trabajar la tarde siguiente, me duché y después me senté a cenar. No había bajado a desayunar conmigo por la mañana, pero sí que bajó ahora. Llevaba uno de los vestidos que Lars había escogido para ella. Era rosa sin tirantes y fluía alrededor de sus caderas. Tenía la elegancia de una reina y la gracia de una diosa.

Se sentó a la mesa frente a mí sin establecer contacto visual. La botella de vino ya estaba allí, así que se sirvió una copa y cogió un trozo de pan francés de la cesta.

Yo observaba cada uno de sus movimientos.

Lars trajo los platos principales y colocó uno frente a cada uno. Había una jarra de agua y dos copas junto a la cesta del pan. Detectando la tensión que flotaba en la sala, salió sin decir palabra. Probablemente nos había escuchado follando la noche anterior. Su habitación estaba en el piso de abajo.

Yo rompí el silencio.

—¿Qué tal tu día?

Tenía los ojos pegados al plato.

—Bien. ¿El tuyo?

Yo sabía por qué no quería mirarme. Se sentía avergonzada por todo lo que había sentido la noche anterior. Le avergonzaba haberse entregado a mí, y que le hubiese gustado. Había perdido la batalla y se había rendido, y eso no le había dejado buen sabor de boca.

—Muy bien. Tenía mucho trabajo que hacer.

Ella nunca me hacía preguntas sobre mi trabajo. O bien asumía que yo no respondería, o bien no le importaba lo que yo hacía fuera de casa.

—¿Qué estás leyendo?

—Un traductor y un libro en italiano.

Sostuve el tenedor con la mano pero no pinché comida con él.

—¿Estás aprendiendo italiano tú sola?

Asintió.

—Lo estoy intentando, al menos.

¿A pesar de que se marcharía en un año?

—Es un idioma precioso —contestó mi pregunta, aunque yo no la hubiera hecho—. Me gusta escucharlo.

—Yo puedo enseñarte.

—Pareces bastante ocupado...

—Cuando hablemos, puedo hacerlo en italiano.

—Pero yo no entendería lo que me estás diciendo.

—Te lo imaginarás. —Por fin di un bocado a mi comida. Lars había trabajado como chef en Viena hacía mucho tiempo, y dominaba la cocina con la misma maestría que el resto de la casa. Era un miembro irremplazable del personal. Si alguna vez deseaba irse, a mí me iba a costar bastante esfuerzo dejarlo marchar.

Ella dio algunos bocados antes de mirarme a los ojos. Los tenía de un azul límpido, más claros que las costas de una isla paradisíaca.

—¿Es Crow tu nombre de verdad?

«Interesante pregunta».

—Sí.

—No es muy habitual...

Yo pensaba que le pegaba perfectamente a mi oscuro exterior, a mi ira y a mi insensibilidad.

—Pearl tampoco es muy habitual.

Ella estaba a punto de coger su copa de vino cuando se detuvo.

—¿Sabes mi nombre?

Yo no perdí el ritmo.

—Lo sé todo sobre ti.

—Pero nunca antes lo has mencionado.

—Si hubieras querido que te llamase por tu nombre, me lo habrías dicho hace mucho tiempo. Además, yo prefiero Botón. —No quería llamarla por un nombre que todos los demás utilizaban. Ella era de mi propiedad. Era mía en todos los sentidos de la palabra. Así que necesitaba un nombre nuevo, algo que sólo yo la llamase.

Ella no pudo evitar que el asombro le asomase al rostro. Había asumido tontamente que sus secretos estaban a salvo.

—Ingeniera mecánica. Eso me impresionó bastante.

Esta vez, no pareció sorprendida. Mantuvo un gesto estoico, ocultando sus pensamientos.

—Me gusta. Cada proyecto es nuevo y desafiante.

—Muy pocas mujeres escogen una profesión relacionada con las ciencias y las matemáticas.

—Supuestamente.

—¿Qué te hizo escoger esa profesión?

Se encogió de hombros.

—Me gusta construir cosas. Me gusta trabajar empezando desde cero. Me gusta hacer cosas que me sobrevivan. No hay dos proyectos iguales. Es algo nuevo cada día.

Mi mano dejó de mover el tenedor, y concentré mis ojos en su cara. Sentí crecer mi atracción por ella, y aumentar mi respeto. Era tan diferente de todas las otras mujeres que había conocido que no conseguía hacerme a la idea. Cuando las otras estaban en mi presencia, se arrugaban como una mala mano de póker. Me obedecían de inmediato, intimidadas o sometidas por mí. Aquella mujer era diferente. Se movía al ritmo de su propio reloj interno. No permitía que nadie la controlara ni la manipulara.

Que era precisamente la razón por la que yo deseaba controlarla y manipularla. Era como el semental más salvaje, el último caballo libre de la

dehesa. No podía ser sometido ni entrenado. Era demasiado obstinado, demasiado fiero.

Me encantaba el desafío.

—Quizá tenga algo de trabajo para ti; si te interesa.

—Depende de lo que tengas en mente.

—En las bodegas siempre estamos buscando formas de hacer más eficiente nuestro proceso de fermentación.

—¿Así es como te ganas la vida? —Ella nunca me había hecho ninguna pregunta personal antes. No parecía importarle. Yo no era más que su captor, la persona de la que deseaba huir.

—Sí.

«En parte».

—¿Eso es lo que haces con Cane?

—No. Las bodegas son exclusivamente mías.

Ella era una mujer inteligente, y los engranajes de su cabeza giraban sin cesar. Ahora mismo tenía pensamientos rondándole la cabeza, y deliberó sobre la conveniencia de hacerme la siguiente pregunta. Finalmente se decidió.

—¿Qué es lo que haces con Cane?

—Traficante de armas. Hacemos armas y las vendemos al mejor postor.

Se le estrecharon los ojos, con la mente trabajando a toda máquina.

—Bones hace lo mismo.

—Sí. —Era mi mayor competidor, mi principal adversario. Nuestra rivalidad se remontaba a otra generación, cuando mi padre y el suyo estaban en guerra el uno con el otro. Nosotros habíamos heredado aquella lucha, y continuaríamos con ella hasta que uno de los dos estuviese muerto.

—Por eso estáis enfrentados. —Lo dijo en alto, pero parecía decírselo más a sí misma que a mí.

—Básicamente.

—Y robarme era una forma de manipularlo.

Ahora estaba errando el tiro.

—No.

—¿No? —preguntó—. ¿Para qué otra cosa me quieres?

—Venganza. —Debía vengar a Vanessa, mi hermana pequeña. No sólo era mi familia, también mi amiga. Cuando nuestros padres fallecieron, yo me convertí en el cabeza de familia. Me convertí en su padre.

—¿Venganza por qué? —preguntó—. ¿Qué te hizo?

Sostuve su mirada, pero apreté los labios. No quería hablar sobre Vanessa. Siempre que pensaba en ella, apartaba aquellos pensamientos de inmediato. Resultaba demasiado doloroso, incluso para mí. Si lo ignoraba el tiempo suficiente, quizá el dolor terminara por desaparecer.

—Ya son bastantes preguntas por esta noche.

La irritación le ardió en los ojos.

—Así que tú puedes saberlo todo sobre mí, ¿pero yo no puedo saber nada sobre ti?

—Sabes mucho sobre mí.

«Más que la mayoría».

—Pero no contestas a mis preguntas.

—¿Contestarías tú a las mías?

Observé su expresión, y vi cómo perdía resolución. Si yo cotilleaba en su vida personal, ella no me contaría nada. Eso lo sabía seguro. Pero por suerte, yo ya sabía todo lo que importaba.

A falta de respuesta, bajó la mirada a su plato y terminó de comer. Estaba molesta porque la había superado. Tenía los hombros tensos, y en los labios se dibujaba una leve mueca. En el poco tiempo que había pasado desde que la conocía, había aprendido sus costumbres. Había aprendido a leer sus pensamientos. Había aprendido lo que le gustaba y lo que no, sin hacer una sola pregunta.

Y ella lo odiaba.

DESPUÉS DE DISFRUTAR DE LA SOLEDAD EN MI ESTUDIO, FUI A SU DORMITORIO. Ya sabía lo que estaría haciendo antes de llegar. Pasaba todo su tiempo libre leyendo. En su habitación había cientos de libros encuadernados, la mayoría en inglés. Siempre tenía algo que hacer cuando yo no la estaba entreteniendo.

Mi reacción natural fue abrir la puerta y entrar en el cuarto. Ella era de mi propiedad, y yo podía hacer todo lo que quisiera. Pero por alguna razón, le concedía más respeto que a nadie. Subí los nudillos hasta la puerta y toqué ligeramente.

—Entra. —Su bella voz me subió por la columna, provocándome un cosquilleo.

Entré y la vi sentada en el sofá, exactamente donde la había imaginado. Yo llevaba mis pantalones de chándal y una camiseta, la ropa que siempre me ponía antes de retirarme a dormir. Sólo Lars y parte de mi personal me veía vestido de aquella manera. Y ahora esta mujer.

Ella cerró el libro que estaba leyendo y levantó la vista hacia mí, sabiendo exactamente lo que quería sin esperar a que yo se lo dijera.

Me senté en el sofá junto a ella y me saqué el botón del bolsillo. Era marrón con un reborde beige. Lo sostuve en alto para que lo viera y jugueteé con él entre mis dedos antes de dejarlo caer en el frasco que había sobre la mesa. El primer botón reposaba en el fondo, y ahora tenía un amigo.

El poder me corría por las venas. El ansia de dominio se apoderó de todo, poseyéndome por completo. Me encantaba entrar en aquella habitación y darle una orden sin tener que pronunciar una sola palabra. Me encantaba hacerla mía por elección, en vez de por la fuerza. Era la mayor conquista que había hecho nunca.

Ella miró el botón y después volvió la mirada hacia mí. La ansiedad que existía la noche anterior ahora estaba ausente. Tenía los labios entreabiertos, y se le aceleró la respiración. Mi mano se envolvió automáticamente alrededor de su muñeca. Ella pensó que era un contacto inocente, pero le

estaba sintiendo el pulso. Se le aceleró de inmediato, hasta una velocidad peligrosa. Eran síntomas de excitación, no de miedo.

Mi pene cobró vida.

Tiré de ella para sacarla del cuarto y dirigírnos al dormitorio que había en el otro extremo del pasillo. Se había convertido en nuestra habitación de follar, nuestros aposentos privados, donde hacíamos cosas malas. Tenía una habitación especial en la que daba vida a mis fantasías más oscuras, pero sabía que todavía no estaba lista para aquello. Invertiría algunos botones en prepararla para lo que realmente quería.

Cuando estuvimos a solas detrás de una puerta cerrada con llave, le puse las manos en las mejillas y la besé justo como me gustaba. Cuando estaba sentado en mi escritorio aquella tarde, esto era en lo que pensaba. Pensaba en sus labios gruesos y deliciosos contra los míos. También pensaba en ellos rodeándome firmemente el pene.

Me devolvió el beso de inmediato, como si también llevara todo el día pensando en ello. Me puso las manos en la cintura, con los dedos presionándome los costados. Se desplazaron para sentir mi potente pecho. Se le aceleró la respiración al aumentar nuestra pasión.

Mi lengua encontró la suya y ambas bailaron como si lo hubieran hecho un millón de veces. Su pequeña boca era deliciosa. Me encantaba saborearla, olerla y tocarla. Mis manos bajaron hasta su espalda, hasta que sentí la pronunciada curva que conducía a su culo. Las curvas de su cuerpo eran perfectas. Valía cada centavo que habían pagado por ella.

Me desnudé y después le quité el vestido, dejando al descubierto sus tetas voluptuosas. No eran gigantescas, pero sí femeninas. Me encantaba estrujarlas entre mis palmas. Le pellizqué los pezones, retorciéndolos, provocándole una mueca de dolor pero también un suspiro del placer al mismo tiempo.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo al inundarme el deseo sexual. Esa mujer me volvía loco, me hacía hundirme aún más en la

oscuridad. Quería azotarle el culo hasta dejárselo enrojecido y magullado. Quería apretarle las tetas un millón de veces más fuerte, hacer que jadeara de dolor. Quería que llorase por mí, que me rogara que la soltase.

Pero aquello tendría que esperar.

Aparté mi boca de la suya, aunque deseaba seguir besándola. Quería seguir haciéndolo para siempre. Pero mi sexo deseaba su boca aún más. Y cuando me enfrentaba a ella, solía perder.

Me senté en el borde de la cama, con la erección contra el estómago. Contemplé su cuerpo desnudo, ardiendo de calor.

—Ponte de rodillas.

A sus ojos asomó el desafío. Odiaba mis órdenes. Odiaba que le dijeran lo que hacer. Por un instante, pareció que iba a desafiarme. Quería decirme que me fuera al infierno. Pero contuvo la lengua, sabiendo que tenía que trabajar por una pieza más hacia la libertad.

Descendió hasta arrodillarse.

El pene me dio un respingo. Había ganado otra batalla. Someterla siempre me ponía como una moto.

—Chúpamela. —Mi mano fue hasta su pelo y cerré el puño alrededor de sus mechones. Me agarré la base del pene y le froté la punta contra los labios húmedos.

Ella obedeció esa orden con mucha menos resistencia. Se metió el glande en la boca y lo succionó. Su lengua acolchaba el fondo, y su aterciopelada textura provocaba una sensación sensual contra mi erección palpitante.

Yo dejé escapar un gemido de inmediato.

Me puso las manos en los testículos y jugó levemente con ellos, acariciándolos con sensualidad y provocándome escalofríos en la columna.

«Ni siquiera tengo que decirle que haga eso».

Se introdujo mi sexo profundamente en la garganta, casi hasta dar arcadas, y después volvió a sacarlo. Seguía masajeándome con los dedos, bañándome con su saliva mientras lo recorría con la boca.

Mis ojos se solazaban en la imagen que tenía ante mí. La dominaba, la obligaba a ponerse de rodillas y a meterse mi pene en su cálida boca. Le puse la mano en la nuca y la guié arriba y abajo, enseñándole exactamente lo que quería y cómo lo quería. La chupaba increíblemente bien, mejor de lo que nunca me lo habían hecho.

Yo la vigilaba con atención, viendo su boca ensancharse justo antes de meterse mi pene en la garganta. En vez de cerrar los ojos, los mantenía totalmente abiertos. Contemplaba mi erección mientras se la metía y se la sacaba de la boca. Un fuego le ardía lentamente en el fondo de los ojos. Ganaba en brillo e intensidad, y su placer reflejaba el mío.

Estaba disfrutándolo.

Quería sentir su vagina mojada. Quería enjuagarme el pene con su humedad. Quería saber cómo estaba de excitada. A ella le encantaba tener mi erección en la boca y en su sexo. Y pronto, también le gustaría tenerla en el culo.

Yo quería disfrutar un poco más de aquellos labios húmedos, pero no podía aguantarme. Quería lanzar un chorro de mi semilla en el fondo de su garganta y ver cómo se la tragaba. Mi boca quería hacerle otras cosas, pero primero necesitaba correrme.

—Trágatelo y enséñamelo. —Mis dedos se le hundieron en la nuca y se la metí con fuerza hasta la garganta. El pecho me rugió de placer mientras me recorría una oleada de calor. Llamas ardientes surgieron de mi interior y explotaron en mis testículos. Un poderoso orgasmo, del tipo que me hacía gemir, me recorrió el cuerpo y bajó por mi pene. Sentí cómo engordaba al correrme dentro de su boca.

Ella abrió la boca automáticamente para que yo pudiera verme eyacular sobre su lengua. Movié la mano hacia arriba y hacia abajo sobre mi pene, provocándome un largo orgasmo que se prolongó durante casi un minuto.

—Joder. —Los dedos se me hundieron con tal fuerza en su cuello que pensé que iba a asfixiarla. Terminé de darle hasta la última gota antes de

bajar del subidón—. Enséñamelo.

Ella sacó la lengua, con mi semen blanco cubriéndole la mayor parte. Era una cantidad impresionante, y no me avergonzaba admitir que me sentía un poco orgulloso. Mi mano se envolvió alrededor de su cuello, y le di otro apretón amenazador.

—Trágatelo.

En vez de asustarse cuando la agarré por la garganta, se le iluminaron los ojos como respuesta. Cerró la boca y tragó dramáticamente, con los músculos del cuello desplazándose para aceptar mi corrida.

Aquello volvió a excitarme.

—Buena chica.

La frase le molestó al instante, y se le enfureció la mirada.

Yo la prefería enfadada. Me parecía *sexy*.

—Sobre la cama. Ahora.

Obedeció mi orden, poniéndose a cuatro patas.

Yo me acerqué por detrás, medio empalmado. Mi erección quería deshincharse después del orgasmo que había tenido, pero al ver su culo en pompa me volví a poner a cien. Le miré el sexo con atención y vi brillar la humedad. Tenía la vagina mojada y resbaladiza, exactamente como esperaba que estuviese.

Sonreí victorioso y después le metí dos dedos.

—Qué mojada estás. —Mi respiración se agitó al sentir la cálida humedad que tenía entre las piernas—. Te encanta chuparme la polla. —Sabía que le gustaba, a pesar de sus intentos por ocultarlo—. ¿Es el sabor de mi polla? ¿Es el tamaño? ¿Es el hecho de que me encante lo bien que la chupas? —La penetraba con los dedos, bañándolos en su calor.

Ella no me contestó, pero su cuerpo respondía. El arco de su espalda se acentuó, y su respiración se volvió trabajosa.

—Dímelo.

Ella continuó en silencio, desafiante.

Yo me arrodillé en el suelo y tiré de sus caderas hasta el borde de la cama. Enterré la cara en su dulce entrepierna y la chupé con agresividad, haciendo círculos con la lengua sobre su clítoris antes de succionarlo violentamente con la boca.

Un gemido reprimido se le escapó de los labios. Se esforzaba por ocultar su placer ante mi contacto. Se negaba a darme la satisfacción de complacerla. Pero era una causa inútil, porque su sexo empapado decía toda la verdad.

Seguí rodeando su clítoris con la lengua, haciendo que se le arqueara más la espalda para aumentar el contacto con mi boca todo lo posible.

Me aparté.

—Dímelo.

Ella respiraba con fuerza, profunda y ruidosamente.

—Contéstame, Botón. —Le succioné el clítoris con fuerza, empujándola hasta el borde del orgasmo, para después retirarme de golpe.

Ella gruñía por la frustración.

Soplé suavemente sobre su abertura, y después le di un suave beso.

Ella saltó, como sabía que haría.

—Me encanta cuánto lo disfrutas... —Hablabla con la voz cargada de odio por sí misma, aborreciéndose por ceder. Suspiró al verse derrotada, y su columna dejó de moverse—. Y me encanta cómo sabe... y me encanta lo grande que es.

Mi posición dominante se fortaleció, y me sentí como un auténtico rey. Yo estaba en la cima del mundo, y ella estaba por debajo de mí. La había vuelto a conquistar. Se lo había quitado todo y la había convertido en una humilde sirviente.

Yo metí la cara entre sus piernas y le di la recompensa por la que se acababa de sacrificar. Le succioné el clítoris con fuerza y después moví la lengua en círculos sobre él, con mayor precisión de la que pudieran haber dado nunca mis dedos.

Ella gimió de inmediato, sin contener ya los gritos de placer desatado.

Arqueó más la espalda y me apretó el culo contra la cara, queriendo más de aquella lengua experta.

Estalló en un orgasmo casi tan potente como el mío. Sus exclamaciones se convirtieron en gritos mientras se perdía en el éxtasis.

—Oh, Dios... —Se agarró a las sábanas de la cama y se derritió—. Oh, Dios... —Presionó la cara contra el colchón, mientras su cuerpo cedía ante el calor que la recorría de dentro afuera.

Cuando sus chillidos se extinguieron, supe que había terminado. Jadeaba sobre la cama, totalmente exhausta después de la comida que acababa de hacerle. Entonces supe que era mía. Y ella también lo supo.

Me puse detrás de ella y le coloqué la erección en la abertura. Después de aquella actuación, mi herramienta estaba a cien y lista para la acción. Me enterré violentamente en su interior, con mi pene deleitándose en la sensación de su humedad mezclada con mi saliva.

Y entonces me la follé hasta que volvió a gritar.

PEARL

LA CULPA ME PESABA COMO UNA LOSA. ME ESTABA AHOGANDO EN MI sufrimiento privado, odiándome por haber cedido ante mi captor implacable. El trato de los botones no era más que negocios. Sólo había aceptado su oferta porque no había ninguna otra opción. Pero ahora, estaba deseando que llegara la noche. Esperaba a que cruzara la puerta, con un botón enterrado en el bolsillo.

Se suponía que no debía disfrutar del sexo, pero lo hacía. Cuando tenía su boca entre mis piernas, me encendía como unos fuegos artificiales. Jacob casi nunca me lo chupaba, y cuando lo hacía, no se le daba demasiado bien. Daba la sensación de tener un lagarto lamiéndome la vulva con una lengua delgada, moviéndose apenas y haciendo un trabajo mediocre. Crow me lo comía como si estuviera muriéndose de hambre.

No me había corrido tan fuerte en mi vida.

Ahora que estaba a solas con mis pensamientos, el odio salió a la superficie. Cuando me apartaron de Jacob, intenté no pensar en él. Lo compadecía, imaginándomelo en casa y preocupado por mí. Cuando pensaba en él, la soledad se acumulaba en mi interior. Era la única familia que tenía en el mundo. Mis padres eran ambos adictos y alcohólicos, y me habían separado de ellos cuando sólo tenía diez años. No tenía otros parientes. Estaba sola en el mundo, literalmente.

Me sentía increíblemente atraída por Crow. Teníamos el tipo de sexo que yo no pensaba que existiera de verdad. Me daba un inmenso placer, y parecía disfrutar tanto provocándome orgasmos como teniéndolos. Yo intentaba fingir que no me encantaba tener su pene dentro de mí, pero ya no podía seguir haciéndolo. Crow me había manipulado para tenerme justo donde él quería.

Y yo me había derrumbado.

Había traicionado a Jacob. Cuando Bones me violaba, yo no podía evitarlo. Pero a Crow podría pararlo. Simplemente escogía no hacerlo. ¿Hasta qué punto rompería aquello el corazón a Jacob? Estaba disfrutando del sexo con otro hombre. De hecho, me estaba encantando.

En cierto sentido, Crow era peor que Bones. Me hacía incluso querer quedarme. Me ofrecía un lugar maravilloso en el que vivir, con la libertad de salir al exterior. Respetaba mi privacidad y nunca me obligaba a hacer nada que yo no quisiera hacer. Me hacía sentir segura, cuando no debería sentirme nada a salvo. Y eso hacía que no quisiera marcharme.

Por eso, él era mucho más peligroso.

Ahora sí que lo odiaba.

Odiaba su arrogancia. Odiaba su inteligencia. Odiaba su implacabilidad. Esto sólo era un juego enfermizo para él. Quería quedar por encima de mí porque eso le ponía. Era el dominante de la relación, y se deleitaba cada vez que yo me sometía.

Lo despreciaba.

Me había desprovisto de mis armas y mi armadura. Era vulnerable y susceptible a un ataque. De alguna manera, me había convencido de que este trato de los botones era una buena idea. Me había engañado para que abriera las piernas y le diera exactamente lo que él quería.

Y me odiaba a mí misma.

YO LO EVITABA COMO A LA PESTE.

Cuando él estaba en casa, yo me aseguraba de salir de ella. Tenía una bonita piscina en la terraza de atrás, por lo que pasaba el tiempo relajándome con mi bikini y mis gafas de sol. Cada vez que salía para decirme algo, yo me metía en la piscina, donde no me seguía.

Cuando él comía, yo no lo acompañaba. Lars me llevaba comida a la habitación, o a donde me estuviera escondiendo. Él parecía darse cuenta de que estaba evitando a su jefe, pero nunca me hizo preguntas al respecto.

Crow solía querer sexo por la noche, así que me aseguré de estar en la piscina a esa hora. Era demasiado tarde para estar fuera, pero era una alternativa mejor a estar debajo de él.

Me senté en el jacuzzi y apoyé la cabeza en una toalla enrollada. Podía ver todas las estrellas del cielo. Aquí brillaban con más intensidad que en América, probablemente porque estábamos lejos de la ciudad. Me quedé mirándolas e intenté identificar las diferentes estrellas y los planetas. Cuando centraba mi mente en una tarea, cesaban todos los otros pensamientos. Era la única paz que conseguía encontrar.

—¿Te importa que te acompañe?

Como siempre, no lo había oído acercarse. Casi se me para el corazón al oír sus palabras. Levanté la cabeza de mi improvisada almohada y lo vi allí de pie, en chándal y con una camiseta negra, lo mismo que llevaba siempre.

—Me gustaría estar sola.

—Llevas sola todo el día.

—Y no ha sido suficiente.

Él no se acercó más. Tenía las manos en los bolsillos, y miraba a través de los campos. Estaban envueltos en la oscuridad, pero sin embargo presentes. La brisa penetraba en mi pelo, cosquilleándome la nuca todavía cargada de humedad.

Yo volví a dejar caer la cabeza y esperé a que se fuera. Sólo venía a buscarme porque quería sexo. Me negaba a dárselo, no aquella noche.

—Buenas noches, Crow.

En vez de marcharse, se desnudó y se metió en el jacuzzi junto a mí.

—He hecho algo, ¿no?

Yo mantuve los ojos en el cielo.

—No. Sencillamente, es que no me gustas.

Se rio.

—Anoche no lo parecía.

Quise darle una patada en los cojones.

—Botón. —Su jovialidad se evaporó como el vapor que se elevaba del agua. En su voz había una orden encerrada que me decía que obedeciera.

Me negaba a hacerlo.

Atravesó el agua hasta ponerse directamente a mi lado, con la mano subiéndome por el muslo. Sus dedos se deslizaban hacia el vértice de mis muslos. Se me tensó el cuerpo en preparación, deseando de inmediato que me frotara el clítoris. Pero después volvió la lógica, y me senté derecha.

—¿Qué?

Él volvió a ponerme la mano en el muslo, manteniéndola a una distancia apropiada.

—Dime algo.

—Esta noche no aceptaré ningún botón. Vete.

No demostró su decepción, retirando la mano al entender que no iba a lograr seducirme.

—No sólo soy tu amo. También soy tu amigo.

—No eres mi amo. —El veneno salió de mi boca junto con algunas gotas de saliva—. No me posees, ni nunca lo harás.

Todo rastro de paciencia y comprensión desapareció. Se resquebrajó en su interior, dejando tras de sí al hombre implacable.

—Yo. Te. Poseo. —Me agarró la muñeca y me la retorció, sujetándomela en una posición incómoda. Si empujaba más, podría romperme el brazo.

A pesar de la incomodidad, no reaccioné. No le di ninguna pista de que

me estaba haciendo daño. Me limité a absorberlo, negándome a doblegarme.

Él me tiró violentamente del brazo, acercándome a su pecho a la fuerza. Me agarró la barbilla a la velocidad del rayo, manteniéndome inmóvil con dos dedos. Me obligó a mirarlo.

—Tú. Eres. Mía. —Me apretó con más fuerza, obligándome a tensarme—. Cuanto antes te des cuenta de ello, más fácil resultará todo. —Me puso la mano en el cuello, apretándomelo amenazadoramente—. Ahora dilo.

—Jamás. —Nunca me inclinaría ante él. Puede que le diera mi cuerpo, pero nunca le daría mi mente. Mi cuerpo reaccionaba físicamente a él, adorando la sensación de su pene en mi interior. Mi boca reaccionaba a él, adorando la presión de sus labios contra los míos. Pero nunca se infiltraría en mi mente. Nunca quebraría mi voluntad. Si Bones no lo había logrado, tampoco lo iba a hacer él.

Él me apretó el cuello con más fuerza.

—Sólo porque he sido clemente contigo en el pasado no quiere decir que lo vaya a ser ahora. No me pongas a prueba. —Cerró los dedos hasta que apenas pude respirar.

—Moriré antes de decirlo. —Podía ahogarme en aquel jacuzzi, pero yo seguiría sin cooperar—. No me doblego ante mis captores. No me doblegué antes Bones, y tan seguro como que hay un infierno que no me doblegaré ante ti. —Sostuve su mirada sin inmutarme. No pensaba retroceder, ni ahora ni nunca.

Él acercó su cara a la mía, con la erección tiesa bajo el agua. Cuanto más lo presionaba, más me deseaba. Se le oscurecieron los ojos, como si aquella fuera la respuesta que quería escuchar. Cada vez que le plantaba cara, su obsesión no hacía más que aumentar. Me apretó la garganta con tanta fuerza que interrumpió mi flujo de aire.

—Ya veremos.

YA HABÍA TENIDO BASTANTE.

No iba a aguantar más mi encierro. Sólo había pagado dos botones de mi deuda, y había tenido que sacrificar mucho sólo por esos dos. ¿Podía sacrificar más?

Una parte de mí respetaba a Crow. No me había hecho daño cuando hubiera podido. Sencillamente podía haberme abierto las piernas a la fuerza y haberme tomado como quería. Cuando Cane quiso hacerme daño, él podría haber dejado que sucediera.

Pero seguía odiándolo.

Odiaba el hecho de que en realidad él me importaba. Odiaba el hecho de que había conseguido colarse hasta lo más profundo de mi ser. Disfrutaba de verdad con su presencia, incluso durante las crípticas conversaciones que manteníamos. No era así como se suponía que debía ser.

Se suponía que mi captor no debía gustarme.

Tenía que salir de allí.

Me deslicé sigilosamente por la casa y llegué hasta la cocina. El lugar estaba a oscuras salvo por la luz de la luna. Ofrecía iluminación suficiente para encontrar los cuchillos que había sobre la encimera. Estaban insertados en las ranuras de una caja metálica, justo al lado del fregadero.

Cogí el más grande que pude encontrar.

Su dormitorio estaba en el piso de arriba. Yo nunca había estado dentro de aquella habitación, pero deduje que estaba junto a su estudio. Subí dos tramos de escaleras sin hacer un solo ruido y me aventuré por el oscuro corredor. En mi mesilla de noche había encontrado un clip para papel, y lo usé para forzar su cerradura.

Trabajé en silencio, escuchando el quedo chasquido de la cerradura al abrirse. El corazón me latía deprisa, pero yo contuve el aliento, demasiado asustada para emitir sonido alguno.

Cuando se abrió la puerta, yo me escabullí dentro. Estaba tan oscuro

como en el resto de la casa, pero era la habitación más grande de la mansión. Tenía una sala de estar privada con una televisión de pantalla plana, un bar completo y un escritorio contra la pared.

Cerré la puerta detrás de mí y me adentré de puntillas en la habitación. Mi mano sujetaba con firmeza la empuñadura del cuchillo: estaba dispuesta a asesinar al hombre que me había capturado. Estaba preparada para rajarle la garganta y permitir que se desangrara hasta morir. No encontrarían su cuerpo hasta que fuese de día, y yo le quitaría las llaves del coche y conduciría hasta el aeropuerto con su dinero en el bolsillo. Estaría en el próximo vuelo de vuelta a mi hogar antes de mediodía.

Mi hogar.

Salí de la sala de estar y encontré el pasillo que debía de conducir a su dormitorio. Mis pies se movían despacio por el suelo. Iba descalza, y no llevaba puesto más que una camiseta larga que me llegaba hasta las rodillas. Si me pillaban, podía mentir y decir que estaba buscando algo.

La puerta de su dormitorio estaba abierta. Vislumbré la cama de matrimonio en el centro de la habitación. Las sábanas eran de un blanco immaculado, y las paredes eran de color gris. El mobiliario era de rica caoba y estaba diseñado por artesanos italianos. Sobre la cama colgaba otro de sus particulares cuadros, hecho de botones.

Me acerqué sigilosamente hasta la cama, respirando en silencio. Estaba tumbado perfectamente inmóvil, boca arriba y con la cara hacia el techo. Tenía los ojos cerrados, y su mandíbula estaba cubierta por una gruesa capa de pelo. Incluso dormido era igual de guapo, puede que incluso más. Las líneas alrededor de los ojos no se veían, y la leve mueca que hacía a veces tampoco. Mientras dormía, sólo era un hombre.

Sostuve firmemente el cuchillo mientras me inclinaba sobre él. Ya había matado antes a un hombre, y volvería a hacerlo. Nada evitaría que escapase de aquella prisión. Cualquier hombre que no quisiese ser asesinado mientras dormía debía evitar meterse conmigo. Era así de sencillo.

Moví la rodilla hacia la cama y me incliné sobre él, colocándole la hoja justo contra la garganta. Lo único que tenía que hacer era deslizar la cuchilla de través, y Crow Barsetti dejaría de existir.

Por fin dejaría de atormentarme.

Mi mano permanecía firme justo antes de hacer el movimiento. Contemplé arrobada su cara durante un segundo más, recordando la sensación de sus labios contra los míos mientras me abrazaba dulcemente. El simple hecho de que me tomara unos instantes para saborear un recuerdo hablaba de cuánto daño había sido hecho. Ya había jugado bastante con mi mente.

Abrió los ojos inesperadamente. Pero no movió ni un pelo. Se quedó mirándome fijamente como si hubiera estado esperando que fuese a su dormitorio. Su mirada desprendía calma. Podía sentir la fría hoja del cuchillo contra la piel, pero se quedó totalmente inmóvil. Me miraba igual que cuando nos sentábamos frente a frente en la mesa del comedor.

Yo contuve el aliento, aterrorizada porque me hubieran pillado.

—Hazlo.

¿Cómo?

—Hazlo. —Se puso una mano detrás de la cabeza, relajándose aún más—. Me estarías haciendo un favor. Yo soy demasiado cobarde para hacerlo yo mismo.

Por primera vez, me tembló la mano. Ya no sujetaba la empuñadura con firmeza. Mis dedos se debilitaron, y mi resolución desapareció.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Vamos, Botón. —Me cogió la mano y se apretó la cuchilla más contra la garganta, dibujando una leve raya de sangre.

Aparté automáticamente la mano, con dolor en el corazón por la sangre que acababa de hacerle.

Me rodeó la cintura con un brazo y me colocó sobre él, apartándose las sábanas de la cintura.

—Después de todo lo que he hecho, tendrías todo el derecho del mundo.
—Me cogió las bragas y las apartó a un lado, con su dura erección apretada contra mi culo.

Mi determinación se esfumó al mirar aquellos ojos marrones. A veces parecían inofensivos, llenos de bondad y de promesas. A veces, podía caerme en ellos si los miraba durante demasiado tiempo.

Se sentó lentamente, con el cuchillo todavía contra la garganta.

—Si tantas ganas tienes de matarme, entonces hazlo. Esta es tu única oportunidad. —Acercó su cara a la mía, y el canto del cuchillo me tocó la garganta.

«Venga. Hazlo».

Mi mano no apretó. Apenas sostenía el cuchillo. Sólo podía pensar en el daño que ya le había hecho. Le caían gotas de sangre por el cuello y sobre el pecho. Lo último que quería era matarlo. Sólo deseaba ayudarlo.

¿Qué coño me pasaba?

Me introdujo la punta del pene, sin parar hasta metérmelo del todo. Dejó escapar un leve gemido al sentirme, al sentir la humedad que parecía haber surgido de la nada. Me apretó los labios contra la oreja, respirando hondo.

—Botón, tu coño fue hecho para mi polla. —Me puso los brazos debajo de los muslos y me hizo subir y bajar sobre él.

Me estiraba de la manera más deliciosa posible. Cada empujón me proporcionaba más placer que el anterior. Olvidé la razón por la que había entrado allí en primer lugar. Nada más importaba, sólo montarme en su erección. Cuando estaba dentro de mí, yo no podía pensar en nada que no fueran nuestros cuerpos moviéndose juntos. La fricción resbaladiza que compartíamos nos puso a ambos a cien. Me humedecí aún más para él, disfrutando de cómo me estiraba más de lo que ningún hombre lo había hecho antes. Le pasé los brazos por el cuello, y balanceé mis caderas hacia delante y hacia detrás, hundiéndome en él hasta el fondo.

Él me cogió el cuchillo de la mano y me cortó ligeramente en el cuello.

Sucedió con tanta rapidez que ni siquiera me di cuenta. No me dolió, pero sentí escozor después de recibir el corte.

Me puso la boca en el cuello y limpió las gotas a besos, bebiéndose mi sangre como una bestia.

Debería haberme repugnado. Debería haberme horrorizado. Pero me hizo arder con un deseo agresivo.

Se apartó y me ofreció el cuello, queriendo que yo le hiciera lo mismo.

Sin pensármelo dos veces, le lamí la sangre. Sentí el sabor metálico sobre la lengua. Aquel íntimo acto nos acercó más. Todo mi odio se extinguió, y bajé las defensas. Lo dejé entrar por primera vez.

El atrajo mi cara hacia la suya mientras se mecía hacia mí. Miró mis labios, y vio los restos de su propia sangre. Después me besó, y nuestras lenguas se saborearon.

Le enterré las uñas en la espalda, agarrándome fuertemente mientras botaba sobre su sexo. Me moví más rápido y más fuerte, follándolo con más agresividad de la que él aplicaba conmigo.

—Crow... —Era la primera vez que decía su nombre. Y me gustó cómo sonaba, como si fuera mío—. Crow.

Él gimió contra mi boca y su pene se contrajo en respuesta. Me amasaba las nalgas, apretujándolas y masajeándolas con agresividad.

—Siempre tienes el coño empapado para mí, Botón. Sólo para mí.

—Sí... —Mi cuerpo nunca había reaccionado así con nadie. Nunca había estado tan excitada. Ni siquiera cuando perdí la virginidad me había excitado tanto. Crow me provocaba las emociones más intensas, desde el odio hasta la pasión. Todas eran tan extremas que parecían la misma emoción.

—Estoy deseando llenarte... con tanto semen...

La tierna zona entre mis piernas ardió. Nunca había deseado más el semen de un hombre de lo que deseaba el suyo. Empujé aún más fuerte contra su pene, sintiendo aproximarse mi propio orgasmo.

—Quiero que te corras conmigo.

Me succionó el labio inferior y después empezó a mordisquearlo. Me empujó con más fuerza, abriéndome del todo las piernas con su peso. Su gruesa erección se frotaba contra mi clítoris con cada empujón, acercándome más hacia el final.

No iba a poder aguantar mucho más.

—Córrete para mí.

Me agarré a sus hombros para mantener el equilibrio y mi vagina se tensó firmemente a su alrededor. Todo mi cuerpo se puso rígido mientras una avalancha de placer lo recorría por completo. Empezó en lo más profundo de mi interior y después se extendió como un incendio salvaje por todo el resto. Estaba empapada de sudor y completamente exhausta, pero no quería parar. Era un placer demasiado intenso.

Se le endureció el pene en mi interior mientras se corría. Podía sentir los chorros llenándome en lo más profundo, su abundante corrida yendo a parar justo donde debía estar. Era cálida y espesa. Nunca antes había permitido de buena gana que un hombre se me corriese dentro. Él era el primero, y era lo más sensual que había hecho nunca.

Los ojos de Crow perdieron su oscuridad cuando el calor se disipó. Su miembro se ablandó en mi interior, pero todavía me estiraba con su grosor natural. Me pasó el brazo por la cintura y me movió hasta la cama. El cuchillo estaba sobre la mesilla de noche, fuera de en medio para que ninguno nos pusiéramos sobre él.

Como si nada hubiera sucedido, él se acurrucó junto a mí y cerró los ojos. Yo tenía una pierna sobre su cintura, y él todavía tenía el brazo alrededor de mis costillas. Ahora que había terminado la diversión, ya no le preocupaba que yo atentara de nuevo contra su vida. No tenía ni una sola preocupación, como si nada pudiera tocarlo. Se durmió casi al instante, con su cálido cuerpo manteniéndome confortable.

Contemplé su rostro antes de que se me cerraran los ojos. La mueca había vuelto a abandonar sus labios y sus ojos se habían suavizado. No poseían la

tensión del criminal. Había vuelto a ser un hombre.

Un hombre al que nunca había conocido.

LLEVABA SIN DORMIR ASÍ DE BIEN POR LA NOCHE DESDE LA ÚLTIMA VEZ QUE había dormido en mi propia cama. No hubo pesadillas que me obligaran a incorporarme de un salto en la cama. No había sueños que me hicieran llorar silenciosamente mientras dormía. Lo único que sentía era paz. Los brazos de Crow me abrazaron firmemente durante toda la noche.

Era la primera vez que me sentía segura.

A la mañana siguiente sonó su alarma, y él se deslizó fuera de la cama. En el instante en que desapareció su cuerpo, la cama se quedó un poco más fría. Entró en el baño y se duchó para prepararse para el día que tenía por delante.

Yo me envolví más estrechamente con las sábanas para combatir el frío, y volví a quedarme dormida. Parecieron pasar sólo unos segundos y él ya había salido de la ducha y se estaba poniendo uno de sus trajes de diseño. Se pasó la chaqueta por los hombros gigantescos y se abrochó el vistoso reloj en la muñeca. Se echó un vistazo en el espejo, buscando arrugas en su atuendo. Parecía un modelo de Armani a punto de salir a la pasarela. Su confianza saturaba el aire, cortándolo como una navaja.

Yo me senté en la cama y tiré de las sábanas sobre mi pecho para mantener el calor. Me encantaba verlo moverse. Tenía el tipo de elegancia que conservaba una masculinidad innata. El aire pretencioso daba a sus movimientos un carácter regio. Poseía todo lo que había en una habitación en cuanto entraba en ella. Aquel tipo de poder era muy sexy... aunque yo me negara a admitirlo.

Me vio en el reflejo del cristal. Se ajustó la corbata, perfeccionándola hasta hacerla digna de ser expuesta en un maniquí.

—Buenos días.

—Buenos días. —El cuchillo todavía estaba sobre la mesilla de noche. El acero relucía bajo la luz de la lámpara. Recordé la noche anterior. Había venido para matarlo, pero en vez de ello, lo había follado como si lo necesitara.

Se acercó a la cama y se inclinó para darme un beso. No pareció importarle que pudiera tener aliento matutino. Me besó igual que lo hacía durante nuestras noches juntos.

Yo me derretí ante su contacto, convirtiéndome en mantequilla sobre un panecillo caliente. Mis manos se aferraron a sus brazos, porque no quería que se marchase. Deseaba arrancarle aquella ropa cara y obligarlo a ponerse encima de mí.

Él apartó los labios, pero los mantuvo cerca de los míos.

—Devuélvele ese cuchillo a Lars. Estará buscándolo. —Había una amenaza oculta en sus ojos. No estaba contento con mi comportamiento de la noche anterior—. Te castigaré cuando llegue a casa.

—¿Castigarme?

—Sí. —Me agarró el pelo por detrás y me mantuvo sujeta. Era inamovible, hecho de hierro. —Un intento de asesinato contra la vida de tu amo no puede pasar inadvertido. Te sugiero que descanses antes de que vuelva.

NO ME PREOCUPABA SU AMENAZA. PODÍA INTENTAR HACERME DAÑO, PERO YO le plantaría cara. Sólo porque no tuviera armas no quería decir que no fuera capaz de dar un buen rechazazo. Crecer en los barrios bajos me había dado unos nervios de acero. Era difícil intimidarme.

Muy difícil.

Él volvió a casa a su hora habitual y se retiró a su habitación para darse

una ducha y cambiarse. No pasó por mi habitación para saludarme. Sin que tuviera que decirme una palabra, sabía que esperaba que bajase a cenar vestida con algo bonito.

Si no obedecía, tendríamos una pelea, y yo prefería ahorrar mi energía para lo que fuera que tenía planeado para mí. Cuando se trataba de Crow, debía escoger mis batallas. Es posible que yo fuera una digna adversaria, pero él no lo era menos.

Me senté frente a él en la mesa del comedor, vestida con lo que encontré en el armario. La mayor parte de mi guardarropa consistía en vestidos. Crow prefería la clase, una mujer vestida con elegancia que mostrara los hombros y las piernas.

Tomó un sorbo de vino y después empezó a comer. No entabló conversación conmigo. No mencionó lo que había pasado la noche anterior. A veces, estaba de un ánimo comunicativo, y otras veces, no. Sus estados de ánimo eran impredecibles. Ser su cautiva durante más de un mes no era tiempo suficiente para desentrañar sus rutinas.

—Bueno, ¿cuándo vas a castigarme? —Probablemente no debería tomarle el pelo, pero no podía evitarlo. Me gustaba ponerle obstáculos, recordarle que no se me podía dominar con tanta facilidad.

—En cuanto hayamos acabado de cenar. —Continuó comiendo con modales impecables. Sus elegantes movimientos contradecían la oscuridad de sus ojos. Era un caballero, pero al mismo tiempo era el mismo diablo.

—¿Y exactamente qué estás planeando hacerme?

—Puede esperar hasta después de la cena. —Siempre tenía que dominar la conversación. Hacía sutiles movimientos para rebajarme y ponerse él por encima.

Yo continué presionando.

—No, no puede.

—No quiero que pierdas el apetito.

—Nunca tengo apetito cuando tengo que mirarte. —Le dediqué una

mirada fría, odiándolo y adorándolo al mismo tiempo. Me encantaba cuando me besaba y me follaba con tanta pasión. Ningún hombre me había tomado nunca como aquel, como si tuviera que tenerme allí y en ese momento. Era el tipo de atracción de la que sólo había oído hablar. Pero también lo despreciaba por mantenerme prisionera. Me trataba como a un peón en un juego, como a un juguete con el que le gustara jugar.

Mis palabras no lo alteraron. No parecía que le importase.

—Lo único que tengo que hacer es meterte dos dedos. Entonces veremos qué tal va tu apetito. —Mantuvo mi mirada con hielo invernal en los ojos.

Los muslos se me apretaron automáticamente, sabiendo que tenía razón. Mi cuerpo estaba peligrosamente deshidratado porque me empapaba cada vez que él se me ponía delante.

Guardamos un silencio incómodo mientras terminábamos de cenar. Esperé a que él me contara sus planes para la velada, pero no lo hizo. Se bebió una copa de vino, como hacía cada noche con la cena. Tiró el resto, no guardando nunca ninguna botella que ya hubiera sido descorchada.

—He terminado. —Dejé la servilleta en la mesa y me levanté.

—Siéntate. —Su orden surgió del fondo de su garganta. Nunca elevaba la voz, pero sonaba poderoso de todas maneras.

Yo no quería obedecer. Quería quedarme allí de pie, desafiante. Pero también quería saber qué planes tenía para mí. Había una botella de vino sobre la mesa, y podría estrellársela encima de la cabeza. Me volví a sentar en la silla.

—Tus acciones me afectaron de verdad. —Se sentaba muy recto en la silla, como si él fuera un rey y yo una súbdita a punto de ser ejecutada—. Nunca se me ha puesto tan dura en toda mi vida.

Aquella última parte me confundió.

—Pero debes ser castigada por tus actos. Así que te voy a atar, te voy a azotar con mi cinturón y después te voy a follar. Ese es un castigo justo por tu comportamiento, Botón.

Ya me habían azotado antes con un cinturón. No parecía doloroso, pero lo era. El mordisco del cuero siempre marcaba la piel, enrojeciéndola y magullándola. El dolor persistía durante días después, y las cicatrices tardaban semanas en desaparecer.

—¿Esperas que haga eso a cambio de un botón?

—Lo *harás* a cambio de un botón. —Me mantuvo la mirada, comunicándome que desafiarme no me ayudaría en esta situación. Iba a conseguir lo que quería, sin importar lo que yo me resistiese.

—No. —No iba a dejar que me zarandease como a una muñeca de trapo. No era algo nuevo para mí.

—Sí. Tus acciones son inexcusables.

—Quizá no te habría intentado matar si no hubieras intentado asfixiarme anoche.

—Y quizá yo no habría tenido que hacerlo si simplemente hubieras admitido que eres mía.

Me crucé los brazos sobre el pecho.

—Moriré antes de que eso suceda.

—Entonces te mataré y después te traeré de vuelta a la vida. —No era una amenaza vacía. Me miraba como si dijese en serio cada palabra.

A veces se me olvidaba que era un auténtico psicópata. No del tipo desquiciado como Bones, pero no por ello menos inestable mentalmente.

—No te voy a dejar que me des una paliza. Que te quede claro.

—No voy a darte una paliza.

—Eso acabas de decir.

—He dicho que voy a azotarte. Dolerá un poco, pero te dará tanto placer que ni siquiera lo notarás.

—Ya me han pegado antes con un cinturón. No produce placer, para nada. Quizá deberías dejarme que te pegara yo, a ver si te gusta.

No respondió al sarcasmo.

—Lo disfrutarás.

—No lo haré.

—Conmigo lo disfrutarás, te lo prometo.

—Ni hablar.

Se inclinó sobre la mesa, con los codos apoyados sobre la superficie.

—Botón.

Lo miré sin pestañear.

—Crow.

Odiaba que lo desafiaran, pero le encantaba al mismo tiempo. Era obvio por la intensidad de su mirada. Le temblaban los brazos de frustración. Alzó dos dedos.

—Dos botones.

Arqueé una ceja.

—¿Eso qué quiere decir?

—En vez de uno, te daré dos.

No había caído en la cuenta de que el coste de mis acciones fuera negociable.

—Cinco, como poco.

Se me quedó mirando con ojos calculadores.

Yo no iba a pasar por aquello sin una compensación que mereciera la pena. Cinco botones por una sesión era algo razonable. Aquello me ahorraba cinco días de esclavitud. Aquello me acercaba cinco días a la libertad.

—Cinco son demasiados.

—Si te fueran a azotar a ti, pensarías de otro modo.

—No te voy a hacer daño, Botón.

—Es fácil de decir para ti. Cinco. —No pensaba ceder. Yo valía más que dos botones.

Apretó la mandíbula mientras consideraba la oferta. Tenía el pene como una piedra dentro de los vaqueros pensando en la violencia que iba a provocar. No deseaba perder tiempo regateando en aquel tira y afloja. Quería ir directo a lo bueno.

—Cuatro.

—Cinco.

Se agarró al borde de la mesa antes de ceder.

—Cinco.

ME EMPUJÓ SOBRE LA CAMA Y ME ATÓ JUNTOS LOS TOBILLOS CON LA CINTA DE encaje amarillo que se sacó del bolsillo. Yo estaba en cueros sobre el estómago. Él me agarró las muñecas y me las ató juntas a la espalda, evitando que pudiera moverme.

Trepó sobre mí y me apartó el pelo de la nuca. Me besó suavemente la nuca, siguiendo mi columna hasta llegar al culo. Sus labios encontraron mi abertura y la besaron ligeramente, haciendo que se me arqueara la espalda de placer.

Se me olvidó que estaba atada como un novillo, y me limité a disfrutarlo. Era un dios con la lengua y sabía cómo resucitarme. Me introdujo la lengua en la raja y después me frotó el clítoris vigorosamente.

Mi odio por él se difuminó, sustituido por el fuego del deseo en mi abdomen. En el culmen de la pasión, sólo existíamos nosotros dos. No había dudas, ni cambios de opinión. Estábamos juntos, y en aquel momento, siempre estaríamos juntos.

Él trepó por mi espalda, con el pecho pegado a mí. Me besó en cada hombro antes de volverme la cara hacia él y besarme en la boca. Me pude saborear a mí misma, pero aquello no hizo más que aumentar mi excitación.

Él mantuvo su boca contra la mía, pero dejó de besarme.

—La palabra de seguridad es encaje.

La palabra de seguridad me asustó, porque esta vez era necesaria. Pero también me hizo arder con más intensidad el hecho de tener la opción. Lo único que tenía que hacer era decir la palabra, y se detendría en seco. Me

daba poder, del tipo que nunca había tenido con Bones.

—Dila.

—Encaje.

Él se puso de pie y cogió el cinturón negro de encima de la mesa. Sólo llevaba puestos unos bóxers negros, dejando al descubierto sus muslos musculosos, gruesos y fuertes. Tenía el estómago duro y definido, con los abdominales dibujándose incluso en la oscuridad. El pecho se le expandía con cada respiración excitada. La oscuridad se había posado en sus ojos.

—Intentaste matarme en mi propia cama. —Levantó el cinturón.

Cerré los ojos y me preparé para el golpe. Ya me habían dado antes con un cinturón, y aunque no era un dolor agonizante, desde luego dolía. Pero la anticipación del dolor era peor que el dolor en sí mismo.

Me estrelló el cinturón contra la nalga izquierda, provocando un ruido sordo en cuanto tocó mi piel.

Dejé escapar un grito involuntario.

Él respiró hondo, como si le hubiese gustado mi reacción.

—Te mereces ser castigada por lo que hiciste. —Me volvió a pegar con el cinturón, azotándome la nalga derecha.

Yo apreté la mandíbula e intenté no emitir ningún sonido. Ya había dejado escapar un chillido, y estaba avergonzada.

Él volvió a dejar caer el cinturón.

Mi cuerpo se contrajo con el impacto. Me ardía la piel y podía sentir cómo se enrojecía. En vez de secarse, se me mojó más la entrepierna. Para mi espanto, realmente lo estaba disfrutando. Realmente me gustaba el mordisco del cuero contra mi piel. Dolía, pero era placentero al mismo tiempo.

Él volvió a azotarme.

—Si me vuelves a intentar matar, ya verás lo que sucede. —Me dio tres veces seguidas, golpeándome justo en el mismo sitio con ferocidad.

Las lágrimas me abrasaban los ojos, pero no las dejé caer. Lo que no pude evitar fueron los gritos que pugnaban por salir de mi garganta.

—Para. Por favor, para. —Me dolía el culo entero, y sabía que no iba a poder sentarme en semanas.

—¿Quieres que pare? —Me volvió a azotar el culo—. Lo haré cuando hayas aprendido la lección.

Las lágrimas me inundaron los ojos hasta emerger a la superficie. Me cayeron por la cara y se me llenó la nariz de mocos. Mi cuerpo reaccionaba sintiendo dolor, pero tenía la vagina contraída de deseo. El dolor sólo lo hacía más placentero.

Estaba enferma.

Él arrojó el cinturón al suelo y me arrancó la cinta de los tobillos de un solo tirón. Me puso de espaldas, con las manos debajo de mi cuerpo. El fuego de sus ojos se había convertido en un infierno llameante. Lo abrasaba todo a su paso. Me deseaba. Me separó las piernas y se inclinó sobre mí, metiéndome de un empujón su erección dura como una piedra. Contempló las lágrimas que me bajaban por la cara, con el pene más grueso y más duro que nunca. La visión de mis lágrimas lo excitó aún más. Mi dolor era su fantasía.

Se enterró en mi interior sin preámbulos, y se deslizó por la humedad que tenía entre las piernas. Gruñía mientras me follaba, con los testículos golpeándome el culo mientras corcoveaba con violencia.

Sentí la sal en mis labios y las lágrimas dejaron de brotar. Contemplé su pecho poderoso mientras él se movía en mi interior. Relucía de sudor y de fuerza. Quería estirarme y tocarlo, pero tenía las manos atadas.

Él me cogió las piernas y se las pasó por encima de los hombros, comprimiéndome con fuerza contra la cama. Me penetraba con toda su fuerza, utilizando los muelles del colchón para hacerme rebotar hacia arriba contra su pene. Me estaba follando con mayor dureza de lo que lo había hecho jamás.

—Estás más mojada que nunca.

Debería sentirme asqueada por haber accedido a aquello. Debería asquearme su obsesión por hacerme daño. Pero me veía arrastrada a la

oscuridad con él. Era una bestia, justo igual que él. Mi cautividad con Bones era una pesadilla hecha realidad, pero ser la prisionera de Crow estaba siendo la experiencia más erótica de mi vida.

—Tu coño es mío. —Presionó su frente contra la mía y me penetró de un fuerte empujón—. Dímelo.

Mi vagina aceptaba su pene una y otra vez, humedeciéndose cada vez más a medida que un orgasmo se aproximaba por el horizonte. Lo sentí empezar en lo más hondo de mi ser y extenderse lentamente por el resto de mi cuerpo. En el interior de las montañas había comenzado una avalancha, y la nieve se iba derrumbando despacio en mi dirección.

Me presionó con la pelvis mientras empujaba, frotándome el clítoris con violencia.

—Dímelo.

Yo no era suya, y nunca lo sería. Pero se había apoderado de mi cuerpo. Poseía mi reacción. Era dueño de la forma en la que me hacía correrme alrededor de su miembro.

—Mi coño es tuyo.

Mi rendición le hizo emitir un profundo gemido desde el fondo de la garganta.

—Todo mío. —Quería correrse, pero se contenía, follándome con más fuerza para que yo alcanzara el límite al mismo tiempo que él.

El orgasmo empezó dentro de mí con lentitud, pero una vez cerca, se desencadenó a la velocidad de la luz. Me fragmentó en un número infinito de trozos. Me derrumbé, rompiéndome pedazo a pedazo hasta que no quedó nada. Sólo una sensación abrasadora entre mis piernas. Un placer desatado se extendió a través de mí, enviándome hasta las estrellas y devolviéndome a donde estaba.

—Oh, Dios... —Era el orgasmo más poderoso que había tenido jamás. Sentía tanto placer que me dolía. Se alargó durante una eternidad, combinando múltiples orgasmos en una sola y ensordecedora explosión—.

Crow... —Clavé mis ojos en los suyos y me caí en su interior, más unida a él de lo que nunca habría querido estar.

—Botón. —Se introdujo por completo en mi interior mientras se corría, gimiendo de placer mientras me llenaba por dentro con su cálida semilla—. Joder. —Me agarró la nuca y me inmovilizó mientras permanecía en mi interior, queriendo asegurarse de que me daba hasta la última gota.

Yo me retorcí bajo él, agarrándome a la euforia mientras se desvanecía. Deseaba que aquella sensación no se acabase nunca. Era fantástica, mejor que la comida más exquisita del mundo. Era incluso mejor que la libertad.

Y entonces fue cuando me asaltó la culpabilidad. Estaba disfrutando demasiado de esto. Tenía un novio en casa preocupado por mí, y yo estaba teniendo sexo del bueno en un país extranjero. Aquello no sólo me hacía una puta. Me hacía también una persona terrible.

Crow percibió el cambio en mis ojos. Vio cómo la luz se marchaba para siempre.

—¿Dónde te has ido?

No quería hablar de aquello con él. Le acababa de decir que mi coño era suyo. Jacob no se me había pasado por la cabeza ni una vez. Lo había soltado sin pensar en las consecuencias.

—A ninguna parte.

DESPUÉS DE DUCHARSE, ENTRÓ EN MI DORMITORIO. ACABABA DE TERMINAR de ponerme una pomada en el culo para aliviar el ardor. Tenía las nalgas enrojecidas y cubiertas de magulladuras. Aunque dolían, seguía disfrutando con ellas. Me recordaban la feroz manera en la que me había tomado. Y aquello solía hacer que el área entre mis piernas suspirara por él.

Él caminó hasta el frasco que reposaba sobre la estantería, con dos botones en el fondo. Se sacó cinco botones del bolsillo y los dejó caer dentro,

lo cual me daba un impresionante total de siete.

Se sentó junto a mí en la cama, con los ojos otra vez amables. La oscuridad y el calor desaparecieron cuando hubimos terminado.

—Te estaba gustando. Y de repente desapareciste. ¿Qué te pasó?

Era dos personas diferentes, dependiendo de la hora del día que fuera. Ahora mismo, era el hombre dulce y protector que veía de vez en cuando. No tenía ningún interés en hacerme daño, y me protegería de cualquier cosa. Se interesaba por mis sentimientos y por mis pensamientos. Me encantaba aquella cara suya. Pero también me gustaba la parte salvaje.

—No quiero hablar de ello.

Me apartó el pelo de la cara y deslizó sus dedos entre los mechones. Me tranquilizaba en silencio, llevándome a un lugar seguro. Se inclinó y me besó la mejilla, y después el hombro, tratándome como a una diosa que él adoraba.

—¿Hice yo algo?

—No. —Bueno, sí. Yo me encontraba en aquella situación porque él no me quería dejar marchar. No paraba de follarme y hacer que lo disfrutara.

—Estoy aquí si cambias de opinión.

—Lo sé... —Se me ablandó el corazón ante la oferta.

Me puso la cara en la mano y me dio un beso.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —No quería que se fuese. Cuando dormí con él la noche anterior, fue la noche que mejor dormí de todas. Nadie podía tocarme cuando estaba entre sus brazos. Bones no podía atraparme. Nadie podía.

Salió de mi habitación y cerró la puerta tras de sí.

Mis ojos se trasladaron hasta el frasco que había sobre el estante, y contemplaron los siete botones diferentes que había en el interior. Todos eran de colores distintos y venían de lugares diferentes. Cada uno era único, especial. Era la divisa más extraña de la que había oído hablar.

Me metí en la cama y me sentí sola. La habitación era demasiado grande y yo era demasiado pequeña. Mi pasado me perseguía y yo no podía escapar.

Continuaba pensando en Bones y en cómo me había herido. Pero entonces pensaba en Crow haciéndome lo mismo y en cuánto lo disfrutaba. No tenía ningún sentido. Nada cuadraba.

Finalmente me dormí, pero no tuve ningún sueño. En vez de ello, tuve pesadillas. Soñé con Jacob intentando volver a ponerse en pie cuando yo desaparecí. Imaginé la tristeza en sus ojos al ir a cualquier parte. Estaba perdido sin mí, viviendo en el apartamento que solía compartir conmigo. Iba a la policía e intentaba todo lo que podía para encontrarme, pero la pista se había enfriado. Me había perdido para siempre.

Entonces el sueño pasaba a Bones. Su cara grotesca contemplaba la mía antes de abofetearme con toda la fuerza que podía. Un bate salía de la nada, y él me perseguía por la casa, preparado para partirme la cabeza.

Crow salía de la nada y lo hacía retroceder de un empujón, rompiéndole el bate sobre el muslo antes de clavarle los dos trozos en el estómago. Bones caía, muerto en el sitio.

Crow volvía a por mí, envolviendo sus brazos protectores a mi alrededor.

—Botón, nadie te hará daño. Mi palabra es la ley. —Su voz era vaga, confusa del sueño.

Yo lo abrazaba y por fin me sentía segura.

Bones volvió a la vida y se sacó los trozos de madera del estómago. Entonces se abalanzó hacia Crow, atravesándole con ellos la espalda y llegando hasta mi pecho. Estábamos empalados juntos, inmovilizados.

Bones se reía mientras la luz abandonaba los ojos de Crow.

«Para».

«Despierta».

«Vamos, Pearl».

«Levántate».

Por fin conseguí salir del sueño y me incorporé en la cama. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y no conseguía estabilizar mi respiración. Agarré las sábanas y pude sentir la humedad que empapaba la tela. Necesitaba algo para

confirmar que realmente estaba despierta: que estaba a salvo.

El corazón me latía a un millón de pulsaciones por minuto y tenía el estómago revuelto. Delante de mis ojos se desarrollaban visiones del sueño, disipándose con lentitud como humo en el viento. Aún cuando conseguí desterrar las imágenes de mi mente, el miedo seguía atenazándome el corazón.

Salí de la cama y dejé que mis pies me llevaran. Salí del dormitorio y subí las escaleras hasta llegar al tercer piso. Su dormitorio estaba al final del pasillo, y yo caminé todo lo deprisa que pude sin correr.

Extendí la mano, cogí el pomo y lo giré, pero estaba bloqueado. No se movía. Estampé los puños contra la puerta y deseé que pudiera oírme desde su dormitorio. Cuando se me cansaron las manos, apoyé la frente contra la puerta e intenté conservar la calma. Sólo era una pesadilla. Bones no podía atraparme ahora.

Se abrió la puerta y Crow me contempló con rostro inexpresivo. Tenía las cejas fruncidas y el pelo ligeramente revuelto de dar vueltas en la cama. Sólo llevaba sus bóxers negros.

—¿Qué pasa, Botón?

Me abalancé contra su pecho y posé la mejilla contra su corazón, que latía lentamente.

—Una pesadilla.

Él me envolvió en sus brazos y me frotó suavemente la espalda. Su barbilla descansaba sobre mi cabeza y me consoló en silencio, dejando que su cariño hiciera casi todo el trabajo.

Cuando estuve entre sus brazos, me sentí mejor de inmediato. Estaba tranquila, como cuando dormí con él. Me encantaba mi habitación, pero no quería estar sola. Quería dormir junto a mi atrapasueños. Me aparté de sus brazos y me dirigí a su dormitorio.

Él me tomó de la mano y me detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

—Irme a dormir. —Tiré para soltarme.

—No puedes dormir aquí.

Me volví hacia él, suponiendo que había escuchado mal.

—¿Disculpa?

—No puedes dormir aquí —repitió—. Esta es mi habitación, no la tuya.

—Anoche dormí aquí.

—Aquello fueron circunstancias especiales.

¿De qué iba?

—Me pegas y me follas, ¿pero no quieres dormir conmigo? —No podía evitar que el enfado me subiese por la garganta—. He tenido una pesadilla y no quiero estar sola ¿pero me vas a rechazar de todas formas? —Dolía estar abriéndome a él y enseñándole mi vulnerabilidad y que a él le importase una mierda.

—Te acompañaré a tu cuarto y me tumbaré contigo hasta que te duermas. Aquello no hizo sino empeorar el asunto.

—¿Así que lo harás simplemente por lástima?

Se le oscurecieron los ojos de irritación.

—No sé qué esperas de mí. Soy tu amo y tú eres mi esclava. No soy tu novio. Ni siquiera soy tu amante. Y no te debo una puta mierda.

Aquello fue como una bofetada en la cara.

—Que te jodan, Crow.

Se quedó allí en silencio, quieto como una estatua.

—Debería haberte matado cuando tuve la oportunidad. —Salí como una tromba, estampando la puerta a mi espalda. Estaba tan cabreada que no podía ver las cosas claras. Mi corazón había llegado a apreciarlo, incluso a confiar en él, y que me hubiera rechazado con aquella crueldad me hizo sentirme estúpida. Me hizo sentirme algo más que estúpida. Me hizo sentirme una condenada gilipollas.

Demasiado cegada por la rabia para ver a dónde iba, prácticamente corrí por el pasillo hasta llegar a las escaleras. Me tropecé con un escalón y rodé

dolorosamente hasta el fondo. Mi cuerpo se estrelló contra las baldosas, y allí me quedé, con todo el cuerpo dolorido, especialmente mi tobillo.

No me levanté porque no sentí la motivación. No tenía ninguna razón. Acababa de tocar fondo y lo sabía. Miré la habitación y vi la entrada en el otro extremo. Toda mi vida me había vuelto a poner en pie en el instante después de caerme. La derrota era algo que nunca había aceptado. Pero ahora le daba la bienvenida.

Unas rápidas pisadas sonaron detrás de mí y se detuvieron al llegar a mi lado. Unas manos fuertes me recogieron y me alzaron en el aire.

No necesitaba mirar para saber quién era.

Crow me llevó hasta mi dormitorio y me posó sobre la cama. Me echó un vistazo rápidamente, examinándome para comprobar que no estuviese herida. Me palpó el tobillo con las puntas de los dedos para asegurarse de que no estaba dislocado.

¿Cómo podía echarme con tanta frialdad y después cuidarme como si le importase?

—Estoy perfectamente, vete. —Le di una patada en la mano y me arrastré por la cama hasta que mi cabeza llegó a la almohada. El sudor se había evaporado de las sábanas y ya no estaban tan húmedas.

Su cuerpo se hundió en el colchón junto a mí y me pasó un brazo por la cintura. Su pecho se apretaba contra mi espalda y podía sentir su aliento en la nuca.

—Me quedaré aquí hasta que te duermas.

—Estoy perfectamente. Puedes irte.

Él se quedó donde estaba, estrechándome fuertemente con el brazo.

En cuanto nos callamos, empezaron a pesarme los párpados. El agotamiento se apoderó de mí, y pude sentir mi cuerpo hundiéndose. Lentamente, me dejé ir hasta que cesaron los pensamientos conscientes. Me quedé dormida sin soñar.

Gracias a él.

CROW

ESTABA SENTANDO EN MI ESTUDIO CON MI BOTELLA DE *WHISKY* JUNTO A MÍ. Estaba repasando los márgenes del mes de la bodega y me agradó comprobar que el nuevo centro de distribución era un éxito. Los ingresos generados compensaban con creces los gastos.

La voz de Lars surgió por el interfono.

—Excelencia, Cane acaba de acercarse a la verja.

Se me heló la sangre cuando me di cuenta de lo que había dicho.

—Gracias.

—¿Lo dejo entrar?

—Retrásalo un par de minutos.

—Por supuesto, señor.

Salí de mi despacho y bajé las escaleras hasta su dormitorio. Probablemente estuviera leyendo en el sofá. No me había hablado desde la noche anterior. No podía ocultar su odio por mí. De hecho, en aquel momento me despreciaba. Pero aquello cambiaría la próxima vez que me tuviera entre sus piernas.

No llamé como hacía normalmente. Atravesé las puertas a toda prisa.

Estaba sentada en el sofá, exactamente donde esperaba que estuviese.

—Um, ¿sabes lo que es llamar a la puerta?

—Ven conmigo. Ahora. —Chasquéé los dedos y señalé la puerta.

Se le agrandaron los ojos por la ofensa. Abrió la boca para contestarme.

—Cane está aquí. —No necesité decir nada más.

Dejó el libro y acudió a mi lado, con el pánico en los ojos.

—Sé que vendrá aquí a buscarte. Sígueme. —Volví a subir las escaleras hasta el tercer piso, con ella pisándome los talones. Tomé el corredor de la derecha, alejándome del pasillo en el que estaba mi dormitorio. Me saqué una llave del bolsillo y abrí la gran puerta verde.

Ella se quedó junto a mí, mirando dubitativamente la puerta.

—¿Qué habitación es esta?

—Es una en la que él no entrará. —Pasamos dentro y cerré la puerta a nuestra espalda.

Ella jadeó al ver las correas de cuero colgando del techo, la cama de matrimonio en un rincón y las estanterías llenas de juguetes sexuales y látigos.

—Dios mío...

Yo no la había invitado a mi sala de juegos porque sabía que no estaba preparada para ello. Pero ahora no tenía elección.

—Simplemente quédate aquí hasta que vuelva a por ti. Ponte cómoda.

—¿Se supone que me tengo que poner cómoda aquí? —preguntó con incredulidad.

—¿A menos que quieras bajar conmigo? —amenacé.

Ella me fulminó con la mirada antes de acercarse hasta la cama. Se sentó y se acercó las rodillas al pecho.

—Volveré en una hora más o menos.

—De acuerdo.

Salí de la habitación y cerré la puerta detrás de mí. La puerta de acero mantendría a Cane fuera. No quería que le pusiera las manos encima a mi esclava. No quería que tocara mi posesión.

Atravesé la mansión hasta la entrada, donde encontré a Cane. Llevaba uno de sus mejores trajes y tenía aspecto de ciudadano prominente. Se había

rasurado a la perfección y llevaba el pelo bien peinado.

—Hola, hermano. Hace tiempo que no te veo.

—Hola, Cane. —Oculté mi irritación lo mejor que pude. Cuando sabía que me estaba molestando, se esforzaba por irritarme aún más—. Miguel me ha dicho que han recibido el primer envío. Les ha encantado el producto.

—Como debería ser. —Se quedó allí con las manos en los bolsillos—. Es la mejor maquinaria que el mundo ha visto jamás. Nada de lo que tenga Bones se le puede comparar.

—Bones no se puede comparar con nada. —Hablar de negocios era lo único que Cane y yo podíamos hacer de manera civilizada. Teníamos los mismos intereses en mente, y trabajábamos bien juntos. Cuando pasábamos a lo personal, nos enfrentábamos. Desde la muerte de Vanessa, las cosas habían empeorado entre nosotros. Ella era el pegamento que nos mantenía unidos. Era la que imponía disciplina y nos mantenía a raya, probablemente por parecerse tanto a nuestra madre.

Cuando pensaba demasiado en ella, el dolor se acumulaba en mi interior. Sentía la pena filtrármeme por la piel. La agonía era demasiado intensa para soportarla, así que la empujaba hasta los rincones más oscuros de mi mente.

—Bueno, ¿dónde está tu juguetito?

—Atada por ahí.

Sonrió como un niño emocionado.

—¿Así que por fin has encontrado las agallas para darle alguna que otra paliza?

Lo más que había hecho era azotarla... y aquello me la había puesto como una piedra. Se le había enrojecido la piel bajo el mordisco del cuero, y pensé que me iba a correr en los bóxers con sólo pensar en ello.

—Podría decirse que sí.

—¿Cómo es? —preguntó—. ¿De las que lloran? ¿De las que gritan?

Aquella pregunta era demasiado personal. Lo que Botón y yo teníamos era algo íntimo. Era mía, y no quería compartirla con nadie más. Ni siquiera

quería compartir historias sobre ella.

—¿Has venido por alguna razón?

Puso los ojos en blanco.

—Eres un pringado.

Esperé a que contestara mi pregunta, sin importarme su ordinario insulto.

—Quiero probar. Ese era el trato.

Yo no pensaba dejar que se acercara a mi esclava. Era mía.

—Está fuera de los límites. Fin de la discusión.

—¿Pero qué coño? —soltó—. Yo también me merezco mi venganza. Quiero hacerle daño a Bones igual que él me lo hizo a mí. Para conseguirlo tengo que darle por el culo.

—Tendremos nuestra venganza. No te preocupes por eso.

—Bueno, pues nos estamos quedando sin tiempo. Tendremos que enviarle pronto su cadáver.

¿Qué acababa de decir?

—¿Qué quieres decir?

—Bones nos envió un mensaje.

Su largo silencio me indicaba que su plan principal era tomar represalias de inmediato. Quería golpearnos, y hacerlo con dureza. Pero no podría seguirnos el rastro. Estábamos dispersos por todo el país y también por Francia. Era más fácil buscar una aguja en un pajar.

—¿Qué es lo que quiere?

—Dice que nos pagará veinte millones por ella.

Yo mantuve una expresión estoica, pero me martilleaba el corazón. Me cabreaba que estuviese dispuesto a pagar tanto por recuperarla. Ella era mía. No podía volverla a comprar. No estaba a la venta.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó Cane—. Veinte putos millones de dólares. Es una locura. ¿Tiene el coño mágico, o algo así?

—Cierra. La. Puta. Boca. —Lo amenacé con la mirada. Nadie hablaba así de ella... menos yo.

Él arqueó una ceja.

—Joder. Ahora tú también estás obsesionado con ella. ¿Qué es lo que tiene esta mujer? Admito que está muy buena, pero no es una supermodelo.

—No vamos a aceptar la oferta. —*Fin de la historia.*

—¿Estás de coña? —preguntó—. Joder, y tanto que vamos a aceptar el dinero. ¿Te haces una idea de cuánto es? Sé que los dos somos ricos, pero hostias, eso es más de lo que la mayoría de los países tienen en la tesorería.

—No. —Ella valía más de lo que ningún hombre podría pagar.

—Se me ocurre lo siguiente... —Se frotó las manos—. Aceptamos el dinero y lo transferimos a nuestra cuenta. Después devolvemos a la mujer, pero le insertamos un vial de veneno en el brazo. En cuanto se haya ido y él la tenga en su poder, detonamos el vial y la matamos justo allí y en ese preciso instante. —Sonrió de oreja a oreja, orgulloso de su plan—. Para que luego hablen de una venganza dulce.

No pensaba desprenderme de ella. Y desde luego no iba a matarla. Había hecho un trato con ella, y yo era un hombre de palabra. Cuando hubiera pagado su deuda conmigo, la dejaría marchar. Pero eso no podía decírselo a Cane, no sin que él perdiera los estribos.

—Pensaré en ello.

—¿Qué es lo que hay que pensar?

—Si rechazamos su oferta y nos la quedamos, eso le cabreará aún más. Esa venganza es aún más dulce, en mi opinión.

—No estoy de acuerdo contigo.

—Si nos negamos a entregársela a ningún precio, lo joderemos aún más. No hay nada que un hombre odie más que no poder hacer nada. Bones no tendrá manera de recuperarla, sabiendo que la estamos violando y mutilando a diario. A mí me parece que es una venganza bastante dulce.

—Supongo —dijo—. Pero creo que todavía la podemos mejorar.

—Tomémonos algo de tiempo para pensarlo. —No estaba seguro de cómo iba a conseguir arreglar aquello. Si la dejaba marchar, Cane lo

interpretaría como una declaración de guerra. Quería a Vanessa tanto como yo. Si le negaba su venganza, nunca me lo perdonaría. Nuestro negocio quedaría partido justo por la mitad, al igual que nuestro vínculo familiar. No sería capaz de aceptar aquel tipo de rechazo, no del único familiar que le quedaba con vida.

—Mientras tanto, la obligaré a arrodillarse y a chupármela. Eso es inofensivo.

Sus labios sólo se cerrarían en torno a mi pene: ambos pares de labios.

—Ya te he dicho que es mía.

—Ya hemos compartido antes. ¿Por qué esto es diferente?

—Es diferente porque lo es. —No tenía ninguna respuesta rotunda que darle. No tenía justificación alguna para mi comportamiento. Lo único que sabía era que no iba a permitirle que se acercara a ella. Ni a ningún otro hombre—. Ahora déjalo estar.

—¿Y por qué coño te la vas a quedar tú? Llevas acaparándola un mes. Pensé que ya te habrías cansado de ella.

—Bueno, pues no es así. —No estaba cansado ni de lejos—. Así que déjalo ya. Sabes dónde encontrar entretenimiento.

—Pagarle a alguien para que haga algo es una cosa. Pero violar a la esclava de alguien... eso no es algo a lo que un hombre pueda renunciar.

Su encaprichamiento con mi propiedad resultaba desconcertante. Nunca antes habíamos peleado por una mujer. Teníamos de sobra para ambos, siendo hombres atractivos como éramos. Esta obsesión era un desafío directo contra mí. Y no me gustaba.

—Pues vas a tener que hacerlo. Ahora, vete. Tengo cosas que hacer.

—Quieres decir que tienes polvos que echar. —Cuando se giró, chocó dolorosamente su hombro contra el mío. El acto fue acompañado de una mirada amenazante—. La voy a conseguir de un modo u otro, Crow. Ya me conoces. —Se dirigió a la puerta y mi lacayo la abrió de inmediato para él.

Salió y se acercó a su coche deportivo, que esperaba en el arcén. Se puso

las gafas de sol y se metió en el coche, arrancando el poderoso motor con sólo presionar un botón. Se volvió hacia mí y me dedicó la mirada más fría que le había visto nunca, aún con los ojos ocultos.

Mi lacayo cerró la puerta justo antes de que se marchase en su coche, interrumpiendo nuestro contacto visual. Yo reconocía una amenaza cuando me la dirigían, y no me gustaba ni un pelo. Nadie me amenazaba a no ser que fueran unos suicidas.

Nadie.

ABRÍ EL CERROJO DE LA PUERTA Y ENTRÉ EN LA SALA DE JUEGOS.

Ella estaba tumbada en la cama con las rodillas dobladas. Contemplaba el techo, inspeccionando las correas de cuero que colgaban de ganchos.

—Qué rapidez.

—No teníamos mucho que decirnos. —Mi mal humor se había agravado en lo que había tardado en llegar a la habitación. Tenía la mandíbula apretada y una migraña distante palpitaba detrás de mis ojos. Me acerqué a la cama y me quedé de pie con las manos en los bolsillos.

—Te ha cabreado. —No estaba contenta conmigo después de cómo la había tratado la noche anterior. Había venido a mi cuarto esperando encontrar consuelo.

Interrumpí aquello con bastante rapidez.

—Se te quiere follar. —Miré los látigos y las cadenas que había encima de la mesa estéril. Había utilizado mis juguetes con un puñado de chicas, pero nunca me había divertido demasiado. Siempre me pedían que parase en cuanto empezábamos. Otras recibían dinero a cambio de desempeñar el papel. Aquello tampoco era excitante.

Ella se sentó en la cama, aquello había captado su atención.

—¿Vas a permitirselo?

—Nadie excepto yo te va a follar nunca.

Ella suspiró aliviada. No se molestó en ocultar su reacción. Le encantaba tener mi pene dentro, y no quería el de nadie más. Cuando follábamos, se hundía en la oscuridad conmigo como si estuviera destinada a ella. Se había acostumbrado enseguida a la intensidad, con sus nervios de acero y su corazón temerario. Ocultaba una bestia tanto como yo, aunque no se diera cuenta de ello.

—Es bueno saberlo. Entonces, ¿por qué estás tan... gruñón?

—Porque no deja el tema.

—Antes o después perderá el interés. No soy nada especial. —Cruzó las piernas ante ella y se agarró los tobillos.

Era la primera vez que me reía en todo el día. Me sorprendía con las extrañas cosas que decía.

—¿Algo divertido? —preguntó fríamente.

—Tú.

—¿Y qué es lo que tengo de gracioso? —Se había puesto a la defensiva, inquieta porque yo supiera algo que ella desconocía.

—Eres muy especial. Eres la mujer más especial que he conocido nunca... y he conocido muchísimas. —Hasta ahora no había conocido a ninguna mujer que pudiera luchar con tanta fiereza. No conocía a ninguna mujer que no se doblegase bajo la presión. Nunca había conocido a una mujer tan fuerte. Me excitaba sólo de pensarlo.

Ella apretó con fuerza los labios, como si estuviera pensando en qué decir a continuación. Se acercaba una pregunta. El cerebro le marchaba a toda máquina.

—Ven aquí. —Dio unas palmaditas en el edredón sobre el que estaba sentada.

A mí no me gustaba que me dijeran lo que hacer, pero no iba a rechazar una invitación. Mi obsesión estaba sentada en mi sala de juegos, y no tenía ni idea del peligro en el que se encontraba. Quería atarle las muñecas con las

correas de cuero y colgarla por encima del suelo.

Me quité los zapatos de una patada antes de sentarme junto a ella, a sólo unos centímetros de su boca. En cuanto estuve cerca de ella, la sangre empezó a clamar por desahogo. Quería cruzarle la cara de una fuerte bofetada y después besarla con más fuerza aún.

—¿Te puedo preguntar algo?

Mi mano se posó sobre su muslo, sintiendo el músculo por debajo de su preciosa piel.

—Depende.

—¿De qué?

—Si vas a hacerme varias preguntas que no deseo contestar, quiero algo a cambio.

—Siempre quieres algo a cambio.

—Sí. —No me avergonzaba de ello. Era un hombre de negocios. No hacía nada por caridad—. ¿No lo queremos todos?

—¿Qué es lo que quieres?

—Lo que quiero siempre. —Le estrujé suavemente el muslo.

—¿Conseguiré un botón?

—Sí. Pero tendrás que darme un botón si quieres respuestas.

Entrecerró los ojos.

—¿Tengo que pagar para obtener algo de ti?

—Exactamente.

Puso los ojos en blanco.

—Eres de lo que no hay.

—Ese es nuestro mundo, Botón. Esa es nuestra divisa. Si quieres algo de mí, tendrás que pagar por ello. Cuando yo quiero algo de ti, yo también tengo que pagar. Es la relación más justa del mundo, en realidad.

Ella contempló mi mano mientras la masajeaba.

—Entonces, ¿qué va a ser?

Permaneció en silencio mientras deliberaba. Un mechón de pelo se le

soltó de detrás de la oreja, y ella volvió a apartarlo.

—Quiero hacer mis preguntas.

—Y yo te quiero follar. Parece que tenemos un acuerdo.

—Entonces, ¿puedo preguntar lo que quiera?

—¿Te puedo follar como quiera? —la desafié.

El temor asomó a sus ojos al entender lo que quería decir.

—No.

—Entonces sé selectiva.

Ella se quedó en silencio mientras intentaba determinar lo que quería decir. Finalmente, habló.

—¿Por qué te gusta hacerme daño?

Era una pregunta justa.

—No lo sé. ¿Por qué disfrutas cuando te hago daño?

—Yo soy la que hace las preguntas aquí. Así que contesta.

—Es un tema de dominio. Se trata de fuerza. Sólo los que son realmente fuertes pueden descubrir lo bueno en lo malo. Cuando tú disfrutas del placer en medio del dolor, te hace más fuerte. Te reivindica. Me excita ver a una mujer llorar y aún así disfrutarlo. Si lo puede soportar, quiere decir que es una luchadora. —Volví mis ojos hacia ella, con los labios desesperados por los suyos—. Por eso estoy tan obsesionado contigo. No eres como las demás. Tú respiras fuego. Eres fuerte. Nada puede romperte, ni siquiera yo.

En vez de ofenderse con mi respuesta, pareció un poco conmovida. No era la respuesta que estaba esperando.

—¿Les haces daño a todas las mujeres que están contigo?

—No. Tengo sexo normal. Simplemente, no lo disfruto tanto.

—¿Has violado antes a alguien?

Ahora estaba haciendo la pregunta número tres.

—Continuaré respondiendo a tus preguntas, pero tendrás que pagarlas.

—¿Cuánto?

—Otro botón.

Apretó los labios mientras consideraba su siguiente movimiento. Sólo le quedaban seis botones en el frasco. ¿Cuánto se iba a gastar?

—Contesta a mi pregunta.

—Ya me preguntaste eso hace semanas.

—Y ahora quiero saber si tu respuesta continúa siendo la misma.

Necesitaba asegurarse de que no era un mentiroso. Cuando me hizo la pregunta la primera vez, no me conocía tan bien como ahora.

—No, nunca.

—¿Me ibas a violar alguna vez?

Lo había intentado dos veces, y había fallado ambas.

—No fue por no intentarlo. Cuando entré en tu dormitorio la primera vez, tenía toda la intención de hacerlo. Pero no pude.

—¿Por qué no?

Aquella era una pregunta complicada.

—No me gusta hacer llorar a las mujeres. No me gusta causarles dolor. El temor que demostraste y las lágrimas que vertiste... eran de temor. Eso no me excita. Me gusta que una mujer me desee... y que también desee que le haga daño.

—Entonces, ¿por qué propusiste este trato de los botones?

—Porque notaba que me deseabas. Necesitabas una excusa para estar conmigo. Eres demasiado orgullosa para rendirte ante tu captor, aunque te sientas atraída por él. Tenía que darte una razón. Y la libertad era la única manera de hacerlo. Estaba dispuesto a perderte siempre que te pudiera tener antes.

—Así que, ¿realmente dejarás que me vaya?

Ya había hecho suficientes preguntas.

—Has pasado al siguiente nivel. Te costará tres botones continuar.

Ella suspiró irritada.

—Eso no es justo. Tú no necesitas hacerme ninguna pregunta porque lo sabes todo sobre mí. Pero yo no sé nada sobre ti.

—¿Quién ha dicho que la vida sea justa? —respondí.

Me miró iracunda.

—No debería tener que pagarte por tus respuestas.

Me encogí de hombros.

—Así es como va la cosa.

Volvió a fulminarme con la mirada.

—¿Qué te parece esto? Continuaré respondiendo las preguntas hasta alcanzar el número de botones que estás dispuesta a pagar. Y esta noche te los volverás a ganar. —Estábamos en la habitación perfecta para lograr dicho objetivo—. Estaremos en paz.

—Pero me obligarás a hacer alguna locura.

—Nunca te haré hacer nada que no estés dispuesta a hacer. —Ella ya me iba conociendo mejor. Nunca había sido forzada a hacer nada contra su voluntad. Ni ahora, ni nunca. Bueno... excepto ser mi prisionera.

—Vale. ¿De verdad dejarás que me vaya?

—¿Cuando hayas pagado tu deuda?

—Sí.

—Soy un hombre de palabra, de principio a fin.

El alivio le llenó los ojos.

—He estado debatiéndome sobre si debo confiar en ti o no.

—Sabes que soy un tío con honor, un criminal con honor.

—No sabía que existiera algo así.

—Pues ahora ya lo sabes. ¿Algo más?

—Si eres un buen tipo, ¿por qué les vendes armas a los criminales?

Yo nunca había dicho nada por el estilo.

—¿Qué te hace pensar que vendo a criminales?

—Eres un traficante de armas. ¿A quién más se las venderías?

—Nuestra empresa crea armas para venderlas a los gobiernos, para su defensa. Cuando Bones saca un nuevo prototipo, nosotros diseñamos algo para contrarrestarlo. Así los países siempre están preparados para lo que se

les viene encima.

Ella se me quedó mirando fijamente con una expresión confundida, dándose cuenta de que había supuesto lo peor. Normalmente ocultaba sus debilidades como una experta, pero esta vez no pudo ocultar su paso en falso.

—¿De verdad?

—¿Cuándo te he mentado?

—Sólo pensé... Estoy confusa.

—Es evidente.

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué les vendes armas a los gobiernos en vez de al mejor postor?

—A veces los buenos son los mejores postores. —Ahí tenía mi respuesta, pero sólo en parte—. No sé tú, pero a mí me gusta sentirme seguro en mi país. Tengo amigos por todo el mundo, y también quiero que estén a salvo. Bones es el tipo de enemigo que intentará dominar el mundo. Si lo consiguiera, nadie saldría beneficiado. Además, le cabrea. Y me gusta cabrearlo.

Ella seguía pareciendo confusa, incapaz de procesar la verdad.

—Así que... realmente no eres un criminal.

—Tampoco diría eso. —Había hecho mi buena cantidad de cosas terribles. Tenía más de malvado que de buena persona—. No olvides que estás siendo retenida en contra de tu voluntad. Te hago trabajar por tu libertad... follando. Definitivamente, soy un criminal.

Ella tocaba las sábanas que tenía debajo con las puntas de los dedos, sumida en sus pensamientos.

—Me pregunto...

—Llevas cinco botones. Continuaré si estás dispuesta a pagar el precio.

Entrecerró los ojos.

—Tus respuestas no valían tanto.

—No estoy de acuerdo. —Sabía mucho más sobre mí.

—Pero tengo más preguntas...

—Adelante. Pero tendrás que pagar por ellas. —Me encantaba manipularla a cambio de sexo. Me encantaba conseguir que me pagara con su bonita boca y su vagina estrecha.

—¿Es eso lo único que en realidad te importa? ¿El sexo?

No contesté a la pregunta porque no la entendí.

—¿Alguna vez has tenido una relación?

—Eso parece otra pregunta.

Puso los ojos en blanco.

—Sabes que puedes obtener sexo de mí con sólo pedirlo. ¿Realmente necesitas obtener botones a cambio?

—Sí. —Sostuve su mirada sin una pizca de compasión—. Cuantos más botones consiga, más sexo obtendré antes de verme obligado a dejarte marchar. No es diferente del saldo de una cuenta corriente. Lo gasto con prudencia.

Cuando no me hizo más preguntas, supe que realmente había alcanzado su tope. No quería efectuar ningún acto sexual que costara más de cinco botones, porque sabía exactamente cuánto valía... porque ya lo había hecho una vez antes.

—De acuerdo. He terminado.

—Muy bien. Ahora vayamos a lo bueno. —Me levanté de la cama y cogí el instrumento en el que había estado pensando. Mientras hacía sus preguntas, yo pensaba en cómo quería tomarla. Verla sentada en la cama de mi propia sala de juegos me había puesto cachondo y empalmado. Mi mente se iba derecha a lugares sucios... lugares realmente sucios.

Volví a la cama y dejé el cilindro encima. Mi boca gravitó hacia la suya para empezar con los preliminares. Calentar a la mujer era la parte que menos me gustaba. Yo la tenía dura y quería metérsela. Pero con Botón, no me importaba. Me encantaba besarla y tocarla. Me encantaban los quedos ruiditos que hacía al separar los labios. Se retorció entre mis brazos porque me deseaba, y yo podía sentir cómo apretaba los muslos a causa del deseo.

—Eh... ¿qué es eso?

Le miré los labios, irritado porque me hubiese detenido.

—Un tapón anal. —Aplasté mi boca contra la suya de nuevo y la guié para que se tumbara de espaldas. Me arranqué la chaqueta y la tiré al suelo. El hecho de que mi hermano se la quisiera follar me hacía desearla aún más. Ella era mía, y yo nunca compartía nada que fuera mío.

—Eh, eh, ¿el qué? —Me empujó el pecho con la mano, echándome hacia atrás—. ¿Un tapón anal?

—Sí. —Una joya morada brillaba en un extremo, para que cuando lo tuviera en el culo yo pudiera verla brillar bajo la luz. Tendría un aspecto muy sexy entre sus nalgas—. Ahora deja de hablar. —Le agarré la nuca y acerqué por la fuerza sus labios a los míos.

Volvió a empujarme hacia atrás.

—No me vas a meter eso en el culo. Olvídalo.

Se había mostrado aprensiva antes de que la azotara con el cinturón, pero lo había disfrutado. Esto también lo disfrutaría.

—Confía en mí.

—No.

—Te gustará. —Me hallaba en un dilema. Me irritaba que discutiera conmigo, pero al mismo tiempo me gustaba más que nada. Tenía una compañera que rivalizaba conmigo en fuerza. Tenía una compañera que era igual de cabezota, discutidora y obstinada—. Te gustó que te azotara, y te gustará esto.

—Sólo hay algo que no hago, y es el sexo anal. Está fuera de toda discusión.

El pene se me endureció aún más con su desacuerdo. Ahora su culo me parecía todavía más deseable. El hecho de no poder tenerlo, o al menos que ella pensara que no podía, me hacía desearlo aún más.

—Botón. —Mi mano se enroscó entre su pelo, y me mantuve sobre ella—. ¿Cuándo te he hecho algo que no te haya dado placer? —La trataba

con dureza, pero nunca le hacía más de lo que podía aguantar. Y esto era muy moderado.

Ella se suavizó bajo mi tacto, adorando mi faceta dulce porque era muy infrecuente.

—Bones me lo hizo un montón de veces, y fue la experiencia más dolorosa de mi vida. Más dolorosa que ser golpeada con un bate. Más dolorosa que ser cortada con un cuchillo. Crow, no quiero hacerlo.

Era la primera vez que sentía algo parecido a la empatía. Imaginármela siendo cazada y golpeada me hizo sentir rabia recorriéndome la columna. El hecho de que hubiera sufrido a solas sin ningún consuelo me destrozaba el corazón. Era una sensación que no pensaba que pudiera sentir. Pero de alguna manera, lo hacía.

—Dejemos algo claro. Yo no soy él. No me parezco en nada a él. Si me vuelves a comparar con él, te abofetearé tan fuerte que estarás días fuera de combate. ¿Me entiendes? —Mi momento de debilidad me había vuelto frío como el hielo. No quería ser cariñoso ni compasivo. No quería preocuparme por nada ni nadie. Cada vez que lo hacía, desaparecían.

Ella vio las llamas en mis ojos y asintió de inmediato.

—Esto vamos a hacerlo. Sé que puedes. —Ella estaba hecha de una fibra más gruesa que el resto de nosotros. Nada podía derrotarla. Era como Superwoman, pero más sexy.

—Crow...

—Botón. —Mantuve su mirada y le ordené que cooperase.

—Siete botones.

Entrecerré los ojos al escuchar su oferta.

—Cinco. Ese era el acuerdo.

—No voy a hacer esto por menos de siete.

—No.

—Entonces no hay trato. —Me desafió con el fuego de su mirada. No me tenía miedo, y no tenía ningún problema en enfrentarse a mí. Sabía que podía

conseguir lo que quisiera con sólo presionar con la dureza suficiente.

Le succioné el labio inferior hasta introducirme en la boca y le di un suave mordisco.

—Te diré lo que haremos. Aceptaré siete. Pero si te gusta, volveremos a cinco. Parece lo justo.

Ella me miró con sorpresa.

—¿Cómo sabes que no mentiré?

Le besé la comisura de la boca.

—Porque nosotros no nos decimos mentiras.

LA COGÍ POR DETRÁS Y LE METÍ LENTAMENTE EL PENE EN SU ESTRECHA vagina. Estaba caliente y resbaladiza, igual que todas las otras veces que la había sentido. Tenía la mejor vagina del mundo. Se ceñía alrededor de mi miembro cada vez que se lo metía dentro. Podía sentir cómo temblaba de placer.

Estaba tan mojada que su humedad me goteaba hasta los testículos. Mi enorme erección no le habría cabido tan bien si no estuviera tan empapada para mí. Estaba carnalmente desesperada por mí, igual que yo lo estaba por ella.

Contemplé su minúsculo ano y sentí mi pene engordar. No podía esperar a follarme aquel agujerito. La estiraría del todo, haciéndola gritar tanto de dolor como de éxtasis.

Cuando la sentí estrecharse alrededor de mí, aproximándose lentamente al clímax, bajé el ritmo. No quería que se corriera todavía. Quería estar profundamente dentro de su culo cuando eso sucediera.

Me miró por encima del hombro y me dedicó un gemido mezclado con un gruñido.

Aquella mirada de necesidad en su cara, aquella súplica para que la

hiciera correrse, casi me hizo estallar. Me incliné sobre su espalda y le di un firme beso en la boca, devorándola como quería hacerlo mi pene.

Sabía que estaba lista, así que salí de ella y apliqué el lubricante templado sobre su culo. Ella se sobresaltó al instante al sentir el líquido, temiendo lo que venía a continuación.

Yo le metí dos dedos en el culo y los moví despacio, todavía con mi erección moviéndose en su interior. Quería que le gustara tanto como me gustaba a mí. Mi otra mano se acercó a su clítoris, y lo froté agresivamente, intentando que volviera a excitarse como antes.

Cuando se acostumbró, volvió a presionar el culo contra mí, deseando tener dentro hasta el último centímetro de mi sexo. Gimió suavemente, disfrutando del despertar de todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Yo apenas podía contenerme. Tenía a una mujer preciosa presionándome con el culo desesperadamente. Tenía la entrepierna empapada alrededor de mi pene, y mis dedos adoraban la estrechez de su culo. No podía esperar a entrar en ella, a sentir su estrecho canal.

Saqué lentamente los dedos y cogí el tapón anal. Le metí la punta curvada en el culo y empujé suavemente hasta metérselo entero. Casi se deslizó solo, debido a lo excitada que estaba.

Mi mano continuaba trabajándole el clítoris, y yo no podía apartar la vista de la joya que apuntaba hacia mí. Nunca había tenido problemas para contener mi corrida hasta el final, pero ella me estaba debilitando. Había tenido muchísimo sexo salvaje en mi vida, pero follarme a Botón era lo mejor. Tenía el cuerpo perfecto, el alma perfecta y el perfecto... todo.

Me la follé algunos minutos más, haciendo una pausa cuando estaba a punto de correrse, para continuar después. Podía provocarle múltiples orgasmos, pero quería guardarlo para el gran final. Quería que entendiese lo placentero que podía resultar que te dieran por el culo.

Cuando tenía el culo dilatado y listo para mí, le saqué el tapón y rápidamente introduje mi erección, antes de que pudiera volver a contraerse.

Le deslicé dentro la punta y después empujé con suavidad.

Ella se tensó debajo de mí, incómoda con mi grosor y mi longitud.

—Relájate.

—Intenta relajarte tú cuando te estén metiendo una pelota de fútbol por el culo.

Su forma de contestarme me excitó aún más. Le metí el resto hasta el fondo, hasta tocarle el culo con los testículos.

Ella soltó un gritito ante la intrusión. No se apartó, pero se tensó debajo de mí.

—Duele...

—Puedes usar la palabra de seguridad en cualquier momento. La de esta noche es hielo. —Siempre le recordaba aquello, por si se le olvidaba. Quería que lo hiciera porque quería, no porque tenía que hacerlo—. Pero espero que no lo hagas. —La agarré del cogote y la re Coloqué contra el colchón. Puse un pie encima de la cama y doblé la rodilla para tener mejor ángulo.

Y después le di por el culo.

Ella gimió de dolor al sentir mi polla entrando y saliendo. Había mucho para meter, y era normal que estuviera incómoda.

—Dios, qué gusto. —Tenía el culo aún más estrecho que la vagina. Se ceñía alrededor de mi pene con tanta presión que casi me lo magullaba. Me enterré dentro de ella y sentí el pecho doliéndome de placer. Sus quedos gritos me excitaban aún más. Me encantaba saber que sentía dolor por culpa de mi enorme erección.

Le froté el clítoris mientras me balanceaba en su interior, deseando que empezara a apreciar la sensación de su culo. Ella se relajó de inmediato para mí, con el ano notablemente más flojo.

—Botón, frótate el clítoris por mí. —Aparté la mano y vi cómo era sustituida por la suya.

Ella se frotó el bultito con las puntas de los dedos. Podía verlas debajo de su culo.

Yo aumenté la intensidad de mis embestidas y me la follé más fuerte. Supe el momento en que empezó a disfrutarlo porque sus gritos se convirtieron en gemidos. Se hicieron más fuertes a medida que pasaba el tiempo. Dejó de tocarse el clítoris y se dedicó simplemente a disfrutarlo.

—Oh, Dios mío...

Yo sabía lo que venía después. Pude sentirlo mientras su cuerpo se tensaba.

—Me voy a correr... No me lo puedo creer.

Me la follé con más fuerza.

—Córrete para mí, Botón.

Ella chilló con más fuerza de lo que había hecho nunca. Explotó como unos fuegos de artificio y aulló cuando la inundó el placer. Se retorció debajo de mí, con las caderas corcoveando como respuesta. Sus gemidos duraron una eternidad, disfrutando de un largo orgasmo que no podría haber alcanzado sin un poco de dolor.

Cuando terminó, por fin me dejé ir. Me dediqué a su culo con entusiasmo, follándomela como un animal. El culo se me contraía con cada empujón, y mis testículos golpeaban su piel al moverme. Sus gemidos se convirtieron otra vez en gritos por la dureza de mis movimientos.

Entonces me corrí.

—Joder. —Le agarré las caderas mientras me vaciaba en su interior, llenándola con oleadas de semen blanco. Tenía toda la erección metida en su culo y le di hasta la última gota, deseando que lo tuviera dentro todo lo posible. Me encantaba saber que se pasearía por mis fincas con mi corrida todavía dentro, en el culo, en el coño y en la garganta—. Botón, tu culo es jodidamente increíble.

Ella se separó las nalgas mientras yo me deslizaba fuera de su culo. Hizo una mueca en cuanto se la terminé de sacar, porque su culo tenía que ajustarse. Se soltó las nalgas y suspiró sobre la cama, a la vez exhausta y satisfecha.

Yo me colapsé junto a ella, con los párpados pesados por el orgasmo que casi me había partido en dos. Botón me daba tanto placer que yo no estaba seguro de cómo aceptarlo. Era mejor con ella que con cualquier otra mujer con la que había estado.

—Cinco.

Me volví hacia ella al oírla hablar. Inseguro de lo que había dicho, seguí mirándola.

—Cinco botones.

Sonreí y después miré al techo, sabiendo que iba a decir aquello antes de que lo hubiera dicho.

PEARL

¿PERO QUÉ MIERDA ME PASABA?

Estaba prisionera en una bella mansión en medio de un viñedo, y estaba teniendo un sexo impresionante... del que estaba disfrutando a fondo. Cuando tenía a Crow dentro de mí, no pensaba en nadie salvo en él. No pensaba en el novio que había dejado atrás, el hombre que todavía penaba por mi ausencia. Nuestra relación acababa de empezar a arreglarse cuando se me llevaron.

Era una persona terrible.

Malvada.

Cuanto más tiempo pasaba allí, menos pensaba en Jacob, y darme cuenta de aquello me hizo odiarme aún más. Estaba olvidándome lentamente de él, aceptando mi nueva vida por completo. Italia era ahora mi casa.

¿Qué tipo de persona era yo?

La culpa me pesaba como una losa, y casi no me dejaba respirar. Estaba ahogándome en mi propio egoísmo. Mientras Jacob estaba en casa sufriendo por mí, yo estaba intercambiando botones con un hombre posesivo que sólo estaba dispuesto a venderme mi libertad... en forma de favores sexuales.

Y a mí me gustaba.

No podía continuar viviendo de aquella manera por más tiempo. Cuando dejaba de pensar en Jacob, me sentía mejor. Pero cuando me daba cuenta de

que había dejado de pensar en él, me sentía aún peor. Era necesario hacer algo.

Crow vino aquella noche a mi habitación. Yo no había bajado a cenar ni a desayunar, y él no me agobió. Me daba espacio cuando entendía que lo necesitaba. Pero cuando el silencio se alargaba durante demasiado tiempo, tomaba la iniciativa.

Se sentó junto a mí en el sofá, con sus pantalones de chándal y su camiseta. El tejido realzaba los músculos de su cuerpo. Todo su cuerpo emanaba sensualidad. Era el hombre más bello sobre el que había posado la vista.

—¿Qué pasa, Botón?

No estaba segura de si debería decírselo, pero no tenía otra opción. Crow era el único amigo que había hecho desde que me raptaron. A pesar de su oscuridad, era de fiar. Podía decirle cosas que no podía contarle a nadie más.

—Me siento culpable, no consigo deshacerme del sentimiento de culpa.

—¿Por qué te sientes culpable? —Puso un brazo sobre el respaldo del sofá, y sentí su piel cálida contra mi nuca.

—Por nosotros.

Bajó la cara hacia mí, a la espera de una explicación.

—Tú me has secuestrado, pero no por eso deja de encantarme follar contigo. Me estás reteniendo aquí contra mi voluntad, pero confío en ti. Me has abofeteado y azotado, pero me siento segura contigo.

—Eso no es nada de lo que sentirse culpable. Nos atraemos el uno al otro. Él no lo entendía.

—Tengo novio... —Crow conocía su existencia. Lo había visto en mi expediente—. Y me siento mal disfrutando contigo cuando él está en casa enfermo de preocupación por mí. No sabe lo que me ha pasado. Probablemente no pueda dormir, ni siquiera pensar...

Crow se tensó junto a mí, claramente irritado por el tema.

—Ahora eres mía, Botón. Olvídate de él.

—Pero no puedo. Vivíamos juntos. Llevábamos juntos un año. Hemos pasado algunos momentos duros, pero sé que no cambiaron nuestros sentimientos. Sé que está intentando sobrevivir a cada día, rezando para que no esté muerta en una zanja en alguna parte.

Crow desvió la mirada, con las mejillas rojas y las fosas nasales dilatadas. La ira se acumulaba en su interior, alcanzando un punto de ruptura. Entonces le sacudió la violencia, convirtiéndolo en un hombre al que no reconocía.

—No te pongas celoso.

Apretó la mandíbula y se contuvo para no hablar.

—Por favor, déjame llamarlo. Déjame sólo decirle que estoy bien, y que volveré en un año. —Aquello aliviaría en parte mi sentimiento de culpa. Jacob sabría que estaba viva y bien cuidada. Que no estaba drogada en un burdel en algún lugar de Oriente Medio. Que vivía en medio del lujo con un hombre que me protegía.

—No vas a llamarlo. —Apartó el brazo y se alejó hasta el borde del sofá. Puso los brazos sobre las rodillas, con la cabeza inclinada hacia el suelo—. No te sientas culpable por nada. Ni siquiera pienses en él. Finge que no existe. —El enfado hervía en su voz—. Es un pedazo de mierda. Ni se te ocurra pensar en él.

Sabía que Crow era posesivo en lo que se refería a mí, pero nunca sospeché que fuera del tipo celoso. Yo era su esclava, su juguete. Pero en ningún momento fui su novia. Nunca era su amante. Había dejado aquello meridianamente claro.

—Por favor, déjame llamarlo. Sólo dos minutos.

Se puso de pie, con los brazos temblando.

—No.

—No le voy a decir dónde estoy, ¿de acuerdo?

Él se dio la vuelta, dedicándome una mirada que me asustó de verdad.

—No. Y ahora déjalo ya.

—Crow...

—Tienes prohibido pensar en él. Fin de la historia.

—¿*Prohibido*? —pregunté—. Crow, no hay nada de lo que estar celoso.

—No estoy celoso —saltó—. Odio a ese gilipollas con todas las fibras de mi ser. Escúchame y punto. No pienses en él. Olvida que lo has conocido.

Había algo en la conversación que no encajaba. Crow declaraba no estar celoso, pero estaba violentamente enfadado, más enfadado de lo que lo había visto nunca.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Él evitó mi mirada, desviando la vista a la chimenea apagada.

—¿Crow?

Su mandíbula continuaba apretada, negándose a hablar.

Me puse en pie mientras crecían mis sospechas. Llevaba el tiempo suficiente cerca de Crow para entenderlo. Sus estados de ánimo no se parecían a este. Su enfado no salía de la nada. Tenía una razón para cada una de sus acciones. Había alguna explicación para esto.

—Dímelo. Ahora. —Sólo respondía a la fuerza. Cuanto más presionaba, más me daba. No se sometía por debilidad, sino por respeto.

Él volvió la vista hacia mí, sus ojos marrones deliberando.

—Podré soportarlo.

Él continuó en silencio unos segundos más antes de hablar.

—No te lo iba a decir. No veía de qué iba a servir.

—¿Decirme el qué?

—Pero no voy a permitir que te sientas culpable por disfrutar conmigo, un hombre de verdad. No voy a permitir que pienses que está en casa buscándote. No voy a permitir que pienses que ese hijo de puta te quiere.

Ahora me estaba asustando. Me estaba asustando de verdad.

Rompió el contacto visual por un instante, mirando al suelo antes de volverse hacia mí.

—Él fue el que te vendió. —Sus palabras sacudieron el aire como bombas atómicas. Cada una explotó con fuerza suficiente para derrumbar montañas.

Escuché lo que decía. Lo entendí perfectamente. Pero mi cerebro lo rechazaba, porque era inconcebible.

—¿Cómo?

—Te llevó a los muelles porque ahí es donde habían acordado quedar. Tenía que entregarte y marcharse.

—Pero... lo tiraron al suelo.

—Era parte del plan. Él no quería que tú supieras que era el responsable. —Todavía le ardía la ferocidad en los ojos. Su enfado aumentaba a cada segundo que pasaba, extendiéndose por todos los rincones de la habitación.

—Él no haría eso. —Me negaba a creerlo. Nuestra relación había sido turbulenta durante meses, pero no recurriría a eso para conseguir algo de dinero rápido—. No.

—Tenía algunas deudas serias de juego. Si no devolvía el dinero, lo iban a matar. Consiguió cien mil dólares por ti, porque eres americana y bonita.

Se me contrajo el estómago como si me hubieran apuñalado. Recordaba al hombre grasiento que había venido al apartamento buscando a Jacob. Había dicho que Jacob le debía dinero. Yo no le di importancia en aquel momento, asumiendo que no era más que un error, o que Jacob había perdido cien pavos en una ronda de póker. Pero ahora tenía sentido. Todo empezaba a encajar, a confirmar la historia que Crow me estaba contando.

Me crucé los brazos sobre el pecho y sentí la humillación pegándoseme a la piel como humedad. Durante todo este tiempo, había luchado contra la culpabilidad por mi relación con Crow. Había aceptado nuestro acuerdo sólo para poder irme a casa y volver a mi vida. Pero ahora entendía que no había ninguna vida esperándome en casa. Jacob nunca había conseguido otro trabajo. Había utilizado el dinero que le habían pagado para llevarme a las Bahamas con la intención de dejarme allí.

Oh, Dios.

Me cubrí la boca mientras las lágrimas me ardían en lo más hondo del corazón. No surgieron de detrás de mis ojos como sucedía normalmente. Se

filtraron desde mi alma rota.

Crow me miraba. Su enfado se esfumó para ser sustituido por tristeza.

—No quería contártelo.

Yo no deseaba su compasión. Estaba escrita por toda su cara. Para él, no era más que una chica estúpida que creía en cosas estúpidas. Mi propio novio me había traicionado a cambio de un poco de dinero. Cuando él tocó fondo, yo me había quedado a su lado. Pero cuando él se metió en problemas, se volvió inmediatamente hacia mí. Me había vendido a una banda de traficantes, sabiendo exactamente lo que iba a pasarme.

Y lo había hecho de todas formas.

Lo que sentía no podía describirse como un corazón roto.

Tampoco como una traición.

No había nada en ningún idioma humano capaz de describir la agonía que me partía en dos desde dentro. Para cualquiera que me mirara, simplemente estaba callada. Pero por dentro me estaba rompiendo en pedazos. Toda mi fuerza para sobrevivir y volver a casa se había desvanecido. Jacob era la única familia que tenía. Ahora no tenía ninguna razón para volver a mi hogar. Allí no había nada esperándome.

Me volví hacia la puerta porque necesitaba salir de allí. No podía aguantar la compasión de Crow ni un segundo más. Odiaba el reflejo de mi dolor en sus ojos. Lo único que quería hacer era marcharme... y no volver jamás.

—Botón. —Su voz amable me tranquilizó, pero sólo por un instante.

Salí del dormitorio sin mirar atrás. Mis pies me llevaron hasta la entrada y atravesé las puertas delanteras. Mi cuerpo era incapaz de aguantar el dolor que me atenazaba en lo más profundo del estómago. No sabía cómo digerir esta clase de agonía. Era peor que cualquier cosa que hubiera experimentado con Bones. Prefería estar encerrada a esto.

No veía bien en la oscuridad, así que me adentré tambaleándome en la noche. Supe que había llegado a los viñedos cuando sentí las hojas

rozándome al pasar. Seguí el camino de tierra que recorría las hileras, caminando en línea recta. Cuando me hube alejado de la casa y estuve por fin a solas, sentí las lágrimas brotando de mis ojos.

Caí de rodillas en medio de los campos y sollocé donde nadie podía oírme. Me rendí a mi corazón roto y dejé que todo saliera. Pensaba que había tocado fondo cuando me había convertido en una esclava. Pero supe que de verdad había tocado fondo al darme cuenta de que no había nada esperándome en casa. Mis padres estaban demasiado ocupados con las drogas y el alcohol para preocuparse por que se me llevara la policía. Mi propio novio, con el que vivía, me había vendido por un cheque. No tenía a nadie.

No era nadie.

LOS ASPERSORES SE ENCENDIERON, SALPICÁNDOME LA CARA CON AGUA helada. Mis ojos se abrieron de inmediato mientras se me empapaban el pelo y la ropa. Me senté y dejé que las gotas me resbalaran por el puente de la nariz.

El sol acababa de asomarse sobre las colinas, bañando el valle con una luz anaranjada. La noche había pasado, pero la oscuridad se había quedado. Lloré hasta quedarme dormida y sentí que se me secaban los ojos, mientras la agonía continuaba anidada en mi corazón.

Nunca me había sentido tan hundida, no de aquella manera. Cuando me desperté, deseé que la noche anterior no hubiera sido más que una pesadilla. Pero al ver los campos a mi alrededor, supe que no era otra cosa que la cruda realidad.

Me puse en pie y fui siguiendo la hilera, todavía húmeda por los aspersores. Tenía las ropas empapadas y adheridas al cuerpo. El pelo se me pegaba a la nuca. Iba descalza, por lo que la tierra se me metía entre los dedos.

Volví caminando hasta la casa, sabiendo que para entonces Crow ya se habría marchado al trabajo. No tendría que vérmelas con él y con sus patéticas miradas de compasión. Era probable que Lars me mirara desdeñoso mientras esparcía barro por toda la casa.

Pero ahora mismo no podía importarme menos.

Entré en mi dormitorio en el segundo piso y contraí la cara cuando vi a Crow sentado en él. No llevaba un traje puesto, ni se había peinado el pelo. Llevaba lo mismo que había llevado la noche anterior. Era evidente que no se había movido en toda la noche.

Sobre la cama reposaba una bandeja de desayuno con huevos revueltos, tomates y lonchas de beicon. En un jarroncito había una rosa roja, igual que el día que llegué allí.

Se puso de pie y me miró, todavía con aire compasivo. No me hizo ninguna pregunta, lo cual fue un alivio. La preocupación le bailaba en los ojos, como si llevara toda la noche preocupado por mí.

Yo no sabía qué decir, así que solté lo primero que me vino a la cabeza.

—Me voy a duchar. —Parecía un gato mojado que se hubiera quedado atrapado en el barro. Olía como un animal de granja.

Él asintió.

Me metí en la ducha y me quedé bajo el agua caliente. El barro llenó el desagüe del fondo y desapareció por los agujeritos. Tenía el pelo lleno de él, y los pies estaban aún peor.

Se abrió la puerta y Crow se me acercó por la espalda, totalmente desnudo y en toda su gloria. El agua resbalaba por sus duros músculos y sus poderosos muslos. El agua le echaba el pelo hacia atrás y la barba se había espesado durante la noche.

Pero no sentí absolutamente nada.

Se enjabonó las manos y frotó las palmas contra mi piel. Me limpió con sus manos desnudas, masajeándome el cuello y los hombros para eliminar la suciedad que me había penetrado en los poros. Incluso me limpió las manos,

frotando la porquería de las grietas de mis uñas. Me lavó con dulzura, tomándose su tiempo. El pene no se le puso duro mientras me tocaba. Pero por supuesto, ¿por qué se le pondría? Yo no era más que una chica sucia y tonta dentro de la ducha.

Después me lavó el pelo, frotando para eliminar la suciedad de los mechones. Sus fuertes dedos me masajearon el cuero cabelludo, consolándome de la única forma que podía. Me subió la barbilla y me puso las manos en la cara. Había pena en sus ojos, la primera señal de compasión de verdad que había visto en su cara. Entonces se inclinó y me dio un suave beso en los labios.

—Le haré daño por herirte. Lo prometo.

Era la única persona a la que le importaba lo que me sucediese. Cuando algún hombre había intentado tomarme, él me había protegido. Cuando alguien me miraba, él saltaba. Me había dado un hogar en el que me sentía segura. Me respetaba, incluso me atesoraba. A pesar de su oscuridad, era el hombre más bueno que había conocido.

—Lo sé.

CROW TRABAJÓ DESDE CASA TODA LA SEMANA. ENTENDÍA QUE NECESITABA MI espacio, pero se quedó en casa sólo por si cambiaba de opinión. Venía a mi dormitorio cada pocas horas para ver qué tal estaba.

Yo pasé la mayor parte del tiempo a solas. Paseaba por los campos durante el día, acompañada por el viento y las uvas. El sol me abrasaba los hombros, pero su calor me hacía sentirme viva.

Nadaba en la piscina y me hacía la muerta en la superficie, dejando que mi flotabilidad hiciera todo el trabajo. Contemplaba el cielo e intentaba quedarme dormida. Quería deslizarme bajo el agua y ahogarme. La muerte solía aterrarme, pero ahora ya no lo hacía. Deslizarse en la oscuridad sonaba

mejor que vivir en una pesadilla.

Había sido vendida a un monstruo por otro monstruo. Entonces me había atrapado una bestia. El mundo era más oscuro y aterrador de lo que nunca hubiera pensado. Todo el mundo era intrínsecamente egoísta, movido por la avaricia y el poder. Yo no era más que un peón en el juego, como todos los demás. Pero yo era uno de los afortunados. Me podían haber drogado y colocado en un burdel en México. No habría sido consciente de lo que me rodeaba hasta disiparse los efectos de la droga. Pero entonces me habrían drogado otra vez... y otra.

Era un pensamiento triste, considerarme afortunada.

Pasaba las noches sola en mi habitación. La mayor parte del tiempo, no dormía. Simplemente miraba a la pared y me preguntaba lo que estaría haciendo Jacob en aquel momento. ¿Habría pasado ya página con otra mujer? ¿Se sentía culpable alguna vez por lo que me había hecho? ¿O sencillamente estaba aliviado porque su deuda estaba pagada?

¿Había significado algo para él alguna vez?

¿Se había obligado a llorar al contarle a todo el mundo lo que había pasado? ¿Engañó a alguien para que creyese que estaba realmente triste por perderme? ¿Habían dejado de hablar de mí? Llevaba seis meses fuera.

Eso era mucho tiempo.

Mis noches siempre se llenaban de pesadillas. A veces incluían a Bones. Otras incluían a Jacob. Casi siempre incluían a ambos. Jacob estaba rodeado de montañas de dinero, mientras Bones me apuñalaba con un cuchillo y me follaba al mismo tiempo.

Siempre me despertaba empapada en sudor frío.

Aquella noche era igual que todas las demás. Me senté en la cama, y mis ojos se desplazaron de inmediato hasta el frasco que había sobre el alfeizar. Tenía siete botones dentro, brillando distantes bajo la luz de la luna.

Me quedé mirándolos y pensé en qué debería hacer. Crow me había dicho que eran la divisa que compartíamos. Él pagaba por cosas que él quería, y yo

pagaba por cosas que yo quería.

En aquel momento, quise algo.

Él ya me lo había negado antes, pero quizá un botón le haría cambiar de idea. Cogí uno de los botones del frasco y fui hasta su habitación. La puerta estaba cerrada como de costumbre, así que llamé.

Contestó un segundo después, con el pecho descubierto y aire de cansancio. Tenía el pelo revuelto y sus ojos expresaban su agotamiento. No me miró con irritación, como habría hecho normalmente. Ahora sólo estaba preocupado.

Sostuve el botón en alto y después se lo puse en la palma.

—¿Puedo dormir contigo? —Un solo botón a cambio de una noche de descanso parecía justo. Pero le daría dos botones, si realmente quería negociar. No me importaba el precio. Sólo quería estar en la misma cama que él, permitir que espantara mis pesadillas.

Miró el botón que tenía en la palma y pasó el pulgar por las ranuras. Le dio la vuelta, palpando la otra cara, sintiendo los agujeritos que tenía en el centro. Lo apretó entre el índice y el pulgar antes de agarrarme la mano y colocármelo dentro de la palma. Me dobló los dedos sobre él, cerrándome el puño.

—Puedes quedarte el botón... esta vez.

Yo me llevé la mano al pecho, atesorando el pago que no tenía que hacer. Quedarme el botón no me importaba. La libertad ya no me importaba tampoco. Pero el gesto, la amabilidad, significaron un mundo para mí.

Crow me besó la comisura de la boca antes de conducirme hasta su dormitorio. Se tumbó junto a mí en la cama y me envolvió en sus poderosos brazos, durmiendo conmigo como a mí me gustaba.

Coloqué el botón sobre la mesilla de noche, justo junto a su lámpara, donde pudiera cogerlo a la mañana siguiente. Relucía bajo la luz de su reloj despertador, inmaculado y brillante.

Crow me abrazó contra su pecho y me depositó un beso en un lado del

cuello.

—Que duermas bien, Botón.

Yo me agarré a su brazo alrededor de mi pecho, utilizándolo como ancla.

—Lo haré.

POSTFACIO

Muchísimas gracias por leer *Botones y encaje*. Disfruté muchísimo escribiendo esta historia, y llevo a Crow y a Pearl muy cerca del corazón. Si también te ha gustado, para mí significaría un MUNDO que dejaras una breve reseña. Es el mejor tipo de apoyo que se le puede dar a un escritor.

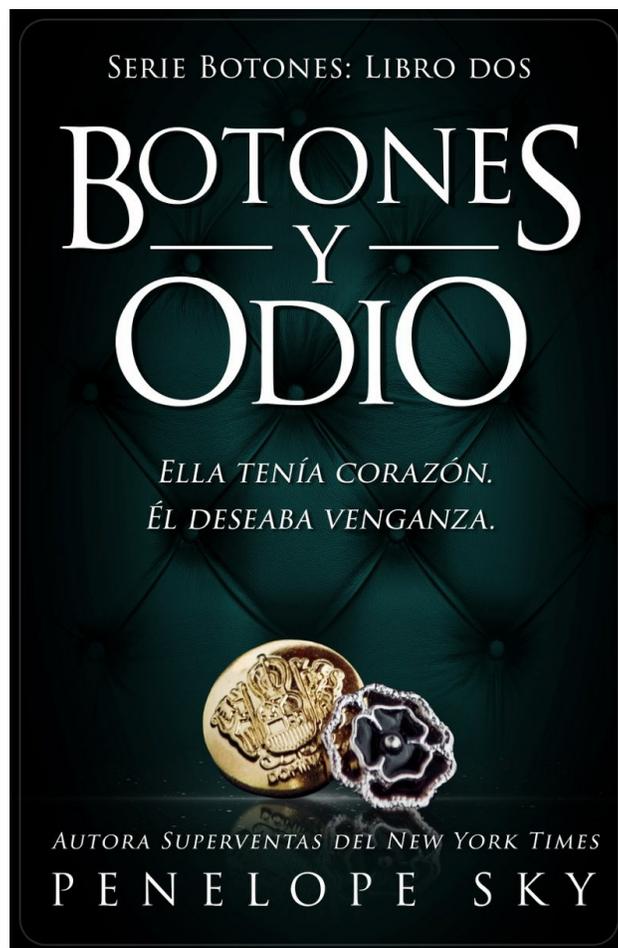
Abrazos,
Pene

OTRAS OBRAS DE PENELOPE SKY

¿Quieres más?

La historia continúa en *Botones y odio*

Libro dos



PEDIR AHORA

MANTENTE EN CONTACTO CON PENELOPE

Suscríbete a mi newsletter para recibir actualizaciones sobre nuevas publicaciones y regalos.

Suscríbete hoy.

www.PenelopeSky.com

Dale a ME GUSTA en la página de Facebook de Penelope para recibir actualizaciones sobre nuevas publicaciones y regalos.